



HISTORIA A CONTRAPELO ADOLFO GILLY Y EL OFICIO DE HISTORIAN



Instituto Nacional de
Estudios Históricos de las
Revoluciones de México



PROGRAMA UNIVERSITARIO
DE ESTUDIOS SOBRE
DEMOCRACIA, JUSTICIA Y SOCIEDAD

FELIPE ÁVILA ESPINOSA
ARACELI MONDRAGÓN GONZÁLEZ
TATIANA PÉREZ RAMÍREZ
EDGAR URBINA SEBASTIÁN
JOHN M. ACKERMAN
COORDINADORES

**HISTORIA
A CONTRAPELO
ADOLFO GILLY
Y EL OFICIO
DE HISTORAR**



Cultura

Secretaría de Cultura

SECRETARÍA DE CULTURA

Claudia Stella Curiel de Icaza
Secretaria de Cultura



INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS HISTÓRICOS
DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO

Felipe Arturo Ávila Espinosa
Director General



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Leonardo Lomelí Vanegas
Rector



PROGRAMA UNIVERSITARIO DE ESTUDIOS
SOBRE DEMOCRACIA, JUSTICIA Y SOCIEDAD

John Mill Ackerman Rose
Director

HISTORIA A CONTRAPELO ADOLFO GILLY Y EL OFICIO DE HISTORiar

FELIPE ÁVILA ESPINOSA
ARACELI MONDRAGÓN GONZÁLEZ
TATIANA PÉREZ RAMÍREZ
EDGAR URBINA SEBASTIÁN
JOHN M. ACKERMAN
COORDINADORES

MÉXICO 2025

Foto de portada: Mitin de Cuauhtémoc Cárdenas en la UNAM, 1994.

Tomada por Tina Mendoza Martínez, DG.

Ediciones en formato electrónico

Primera edición, INEHRM-PUEDJS/UNAM, 2025.

D. R. © Rafael Barajas, *La revolución permanente...*; Luis Hernández Navarro, *Adolfo Gilly, el hermano...*; Paola Pacheco Ruiz, *Adolfo Gilly, luchador...*; Edgar Urbina Sebastián, *Ese Lucero llamado Adolfo*; Karla Valverde Viesca, *Las versiones de Adolfo...*; Michael Löwy, *Homenaje a Adolfo Gilly...*; Olivia Gall, *Hacer historia significa...*; Tatiana Pérez Ramírez, *Experiencia, memoria e historia*; Viviana Bravo Vargas, *Pensar la historia...*; Felipe Ávila Espinosa, *Discusión sobre la historia...*; John M. Ackerman, *Adolfo Gilly y el sentido de la historia*; Araceli Mondragón González, *Adolfo Gilly y el tiempo...*; John Tutino, *Revoluciones y utopías...*; Francisco Colmenares César, *Adolfo Gilly y La revolución interrumpida*; Anna Ribera Carbó, *Encender en el pasado...*; Sinclair Thomson, *Es bien corto el tiempo...*; Mario Ruiz Sotelo, *El pensamiento latinoamericanista...*; Israel Jurado Zapata, *Unidad entre los movimientos sociales...*; Miguel Ángel Ramírez Zaragoza y Roberto Osorio Orozco, *Adolfo Gilly: pasión y razón...*

D. R. © Universidad Nacional Autónoma de México, Programa Universitario de Estudios sobre Democracia, Justicia y Sociedad, Torre UNAM-Tlatelolco, Piso 13, Ricardo Flores Magón núm. 1, Colonia Nonoalco Tlatelolco, Alcaldía Cuauhtémoc, C. P. 06995, Ciudad de México.
www.puedjs.unam.mx

D. R. © Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México (INEHRM), Plaza del Carmen núm. 27, Colonia San Ángel, C. P. 01000, Alcaldía Álvaro Obregón, Ciudad de México.
www.inehrm.gob.mx

Las características gráficas y tipográficas de esta edición son propiedad del Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, órgano desconcentrado de la Secretaría de Cultura.

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción parcial o total, directa o indirecta, del contenido de la presente obra, sin contar previamente con la autorización expresa y por escrito de los editores, en términos de la Ley Federal del Derecho de Autor, y en su caso de los tratados internacionales aplicables; la persona que infrinja esta disposición se hará acreedora a las sanciones legales correspondientes.

ISBN PUEDJS: 978-607-587-637-5

ISBN INEHRM: 978-607-549-588-0

HECHO EN MÉXICO

PRESENTACIÓN 9

Tatiana Pérez Ramírez

Araceli Mondragón González

Edgar Urbina Sebastián

I.

Pasiones cardinales y educación sentimental

La revolución permanente de Adolfo Gilly 19

Rafael Barajas, El Fisgón

Adolfo Gilly, el hermano que supo ser hermano 33

Luis Hernández Navarro

Adolfo Gilly, luchador y educador sentimental 59

Paola Pacheco Ruiz

Ese Lucero llamado Adolfo 73

Edgar Urbina Sebastián

Las versiones de Adolfo que conocí 95

Karla Valverde Viesca

II.

Escribir a contrapelo en las Ciencias Sociales

Homenaje a Adolfo Gilly, historiador a contrapelo	103
---	-----

Michael Löwy

Hacer historia significa adueñarse de un recuerdo tal como éste relampaguea en un instante de peligro	109
---	-----

Olivia Gall

Experiencia, memoria e historia	137
---------------------------------------	-----

Tatiana Pérez Ramírez

Pensar la historia como experiencia y sedimentación. Adolfo Gilly y los relámpagos del tiempo	157
--	-----

Viviana Bravo Vargas

Discusión sobre la historia entre Adolfo Gilly y el subcomandante Marcos	169
---	-----

Felipe Ávila

Adolfo Gilly y el sentido de la historia	179
--	-----

John M. Ackerman

III.

"Arriba los de abajo". Constelaciones de rebeldías y revoluciones

Adolfo Gilly y el <i>tempo</i> de las revoluciones	203
--	-----

Araceli Mondragón González

Revoluciones y utopías: movilizaciones populares y poderes estatales en México, siglos XX y XXI	221
--	-----

John Tutino

Adolfo Gilly y <i>La revolución interrumpida</i>	237
--	-----

Francisco Colmenares César

Encender en el pasado la chispa de la esperanza.

Adolfo Gilly y el camino solitario

del general Felipe Ángeles	251
----------------------------------	-----

Anna Ribera Carbó

IV.

Historias clandestinas e insurreccionales en América Latina

Es bien corto el tiempo de las cerezas:

Adolfo y la revolución en Bolivia	267
---	-----

Sinclair Thomson

El pensamiento latinoamericanista de Adolfo Gilly	277
---	-----

Mario Ruiz Sotelo

Unidad entre los movimientos sociales

y los partidos de izquierda: un llamado de Gilly	305
--	-----

Israel Jurado Zapata

Adolfo Gilly: pasión y razón por la universidad

pública y los movimientos estudiantiles	329
---	-----

Miguel Ángel Ramírez Zaragoza

Roberto Osorio Orozco



Presentación

Tatiana Pérez Ramírez

Araceli Mondragón González

Edgar Urbina Sebastián



Este libro versa sobre la vida y obra de Adolfo Gilly, escritor, académico y militante, reconocido en México y en diversas regiones del mundo por su pensar y por su actuar. Fue profesor de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) por más de 40 años y profesor visitante en universidades como North Carolina; New York; Stanford; California, Berkeley; Chicago; Yale y Maryland. También cultivó una red intelectual y de amistad alrededor del mundo. Educó y apoyó a muchas generaciones que hoy forman parte de cuerpos docentes y de investigación en varias universidades e institutos en México y es, desde algunos de estos espacios, de donde surge —después de su partida el 4 de julio de 2023— la iniciativa de organizar un coloquio para rememorar su legado, de la mejor manera que puede hacerse con un personaje como Adolfo Gilly, en diálogo y discusión crítica.

Así fue como —coordinado por Felipe Ávila Espinosa del Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México; Araceli Mondragón González de la Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco; Edgar Urbina Sebastián de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM y Tatiana Pérez Ramírez de El Colegio Mexiquense— se convocó a la realización de un evento internacional para reunir a algunos intelectuales cercanos a la obra y la figura de este profesor entrañable.

La propuesta de seis mesas temáticas intentó abordar los principales aportes teóricos de Gilly al análisis de lo polí-

tico; al estudio de la historia; a los estudios sobre la Revolución Mexicana y a las luchas sociales en América Latina. Por supuesto que, en el transcurrir del evento, estos temas fueron desbordados por historias y sentires que van de la importancia que puso nuestro personaje en temas como el arte, la literatura, los mitos y, en general, las configuraciones estéticas y simbólicas; hasta anécdotas que dimensionan su preocupación por la educación sentimental y los principios éticos; pasando por el reconocimiento de la sensibilidad y certeza que tenía para ubicar a los movimientos sociales y los sujetos rebeldes en el momento mismo de su emergencia en la historia social.

De aquel diálogo inicial, reflexiones enriquecidas por lecturas, observaciones y nuevas contribuciones, surgió el libro que aquí presentamos. De acuerdo con los temas principales y las dimensiones y facetas del propio Adolfo, se decidió la organización de los capítulos en cuatro grandes apartados que comprenden:

I. PASIONES CARDINALES Y EDUCACIÓN SENTIMENTAL

Aquí se recogen rasgos de la personalidad de Adolfo Gilly; historias de vida; testimonios y anécdotas que nos dan pistas sobre el hombre que sustenta las preocupaciones del intelectual, las responsabilidades del educador y los empeños del militante.

Dan fe de esta dimensión los textos de Rafael Barajas, *El Fisgón*, “La revolución permanente de Adolfo Gilly”; de Luis Hernández Navarro, “Adolfo Gilly, el hermano que supo ser hermano”; de Paola Pacheco Ruiz, “Adolfo Gilly, luchador y educador sentimental”; de Edgar Urbina Sebastián, “Ese Lucero llamado Adolfo” y de Karla Valverde Viesca, “Las versiones de Adolfo que conocí”. En este apartado encontramos

una suerte de postales y retratos personales, incluso íntimos del maestro, el amigo, el compañero de lucha, el militante comprometido a lo largo de varias épocas y vistos a través del cristal de varias generaciones.

II. ESCRIBIR A CONTRAPELO EN LAS CIENCIAS SOCIALES

Este apartado se aboca a las contribuciones teóricas y metodológicas de Adolfo Gilly al estudio de los problemas y movimientos sociales, particularmente en una lectura situada “desde abajo”. Aquí aparece recurrentemente la propuesta de una historia a contrapelo, que nos revela (y nos rebela al mismo tiempo), una red de afinidades electivas de figuras y temas que Gilly llevó a diversos espacios de discusión (clases, seminarios, ensayos y libros), y que siguen representando una veta muy rica para entender la dinámica social y política de México y el mundo.

Aquí ubicamos los textos de Michael Löwy, “Homenaje a Adolfo Gilly, historiador a contrapelo”; Olivia Gall, “Hacer historia significa adueñarse de un recuerdo tal como éste relampaguea en un instante de peligro”; Tatiana Pérez Ramírez, “Experiencia, memoria e historia”; Viviana Bravo Vargas, “Pensar la historia como experiencia y sedimentación. Adolfo Gilly y los relámpagos del tiempo”; Felipe Ávila, “Discusión sobre la historia entre Adolfo Gilly y el subcomandante Marcos” y John M. Ackerman, “Adolfo Gilly y el sentido de la historia”.

En esta sección, pese a no estar ausentes los recuerdos personales, se hace patente la riqueza intelectual y los conceptos que se fueron forjando a lo largo de años de lecturas, de vivencias y de andanzas para configurar andamiajes teóricos que nos brindan claves de lectura en el indispensable diálogo entre la historia y las ciencias sociales.

III. “ARRIBA LOS DE ABAJO”. CONSTELACIONES DE REBELDÍAS Y REVOLUCIONES

En esta sección ubicamos las contribuciones que giran en torno al interés de Adolfo Gilly en las revueltas, rebeliones, motines, y revoluciones, es decir, en las historias plebeyas o “desde abajo”. En particular, hay varios textos que dan cuenta de su empeño y pasión por la Revolución Mexicana, obra a la que va a dedicar sus tres grandes libros: *La revolución interrumpida*, *El cardenismo. Una utopía mexicana* y *Felipe Ángeles, el estratega*.

En este apartado se incluyen los textos de Araceli Mondragón González, “Adolfo Gilly y el *tempo* de las revoluciones”; John Tutino, “Revoluciones y utopías: movilizaciones populares y poderes estatales en México, siglos XX y XXI”; Francisco Colmenares César, “Adolfo Gilly y *La revolución interrumpida*”; y Anna Ribera Carbó, “Encender en el pasado la chispa de la esperanza. Adolfo Gilly y el camino solitario del general Felipe Ángeles”.

Aquí tampoco faltan los recuerdos entrañables que Gilly suscitó entre estudiantes y colegas, incluso, a partir de éstos, se muestra cómo a lo largo de su vida fue cultivando afectos, intereses, lecturas, discusiones y praxis militante que supo entretener con reflexiones teóricas y narraciones históricas.

IV. HISTORIAS CLANDESTINAS E INSURRECCIONALES EN AMÉRICA LATINA

Como sabemos, desde sus primeros años, en el despertar de su compromiso militante, Gilly se echó a andar por las calles, las selvas y las minas de América Latina, andares clandestinos que sólo su detención y reclusión en Lecumberri habrían de detener. No obstante, a lo largo de su vida, éstos se-

rían territorios a los que constantemente retornaría, tanto de manera presencial, como en sus preocupaciones y afectos.

De estos temas se ocupan los artículos de Sinclair Thomson, “Es bien corto el tiempo de las cerezas: Adolfo y la Revolución en Bolivia”; Mario Ruiz Sotelo, “El pensamiento latinoamericanista de Adolfo Gilly”; Israel Jurado Zapata, “Unidad entre los movimientos sociales y los partidos de izquierda: un llamado de Gilly”; Miguel Ángel Ramírez Zaragoza y Roberto Osorio Orozco, “Adolfo Gilly: pasión y razón por la universidad pública y los movimientos estudiantiles”.

Esta sección es una lectura de andanzas y acompañamientos, de transformación histórica de actores sociales y sujetos revolucionarios, que va de trabajadores y mineros a estudiantes y mujeres, pasando por la persistencia de las insurgencias indígenas.

Como podemos apreciar, hemos propuesto una trama que, sin duda, podría haberse configurado de otras maneras y que, de hecho, puede cambiar el orden que cada lector le asigne a los textos de acuerdo con sus preocupaciones e intereses. Es éste uno de los aspectos interesantes del libro que se suma al interés compartido por las personas autoras, de invocar, en antiguos y nuevos lectores, el ánimo para seguir conversando con Adolfo Gilly.



I.

Pasiones cardinales y educación sentimental



La revolución permanente de Adolfo Gilly

Rafael Barajas, El Fisgón

*Odio la máscara y vicio
Del corredor de mi hotel:
Me vuelvo al manso bullicio
De mi monte de laurel.*

JOSÉ MARTÍ, *VERSOS SENCILLOS III*

EL EXTRAÑO DON DE ADOLFO GILLY

A lo largo de mi vida he conocido a personajes con diversos dones y superpoderes. Carlos Monsiváis tenía el don de la ubicuidad y memoria fotográfica, Guillermo Tovar tenía la capacidad de vivir al mismo tiempo en el siglo XVII y en el XXI y Eduardo del Río, *Rius*, sabía traducir de manera sencilla y divertida textos y fenómenos tan complejos que ni él mismo los entendía. Pero de todas las personas superdotadas que he conocido en mi vida, el superpoder de Adolfo Gilly es de los más extraños: tenía el don de convertirse en lo que aprendía.

Este don se hizo evidente desde su nacimiento. En 1924, el escritor argentino Manuel Baldomero Ugarte popularizó el concepto de *La patria grande de América Latina*. La idea flotaba en el aire y Adolfo Malvagni Gilly la absorbió de alguna

manera, de modo que nació el 25 de agosto de 1928 en Buenos Aires, Argentina, pero al mismo tiempo nació en Bolivia, Cuba, Colombia, Guatemala y México. Parafraseando a Chavela Vargas, Adolfo supo desde antes de nacer que los ciudadanos de la patria grande latinoamericana nacen donde se les da su chingada gana.

Adolfo Malvagni Gilly solía contar que su abuelo Malvagni había sido un transformista que se presentaba bajo el nombre de *Mesmeris*, y que interpretaba más de 20 papeles en escena. Sin saberlo, Adolfo heredó esta habilidad y, a lo largo de su vida, representó, al mismo tiempo, más de 20 papeles: era militante, activista, agitador, analista, filósofo, escritor, maestro, estratega, guerrillero, comandante, preso político, abajofirmante, historiador, orador, polemista, investigador, defensor de derechos humanos, disidente, panflelista, periodista, marxista, leninista, trotskista, y cardenista. Sin embargo, a diferencia de *Mesmeris*, Adolfo nunca pretendió ser otra persona y en todos sus papeles fue siempre él mismo.

El padre de Adolfo fue abogado y comandante de la Armada, y es indudable que nuestro pensador heredó de él el gusto por la estrategia militar y por litigar. Su madre fue una ama de casa amorosa y de ella Adolfo aprendió lo que era el amor por el prójimo y la importancia de apellidarse Gilly (no por nada usó en su vida adulta el nombre de Adolfo Gilly). En la primera escuela, Adolfo se aprendió estos versos de Martí:

Con los pobres de la tierra
Quiero yo mi suerte echar:
El arroyo de la sierra
Me complace más que el mar [...]

Yo sé de un pesar profundo
Entre las penas sin nombres:
¡La esclavitud de los hombres
Es la gran pena del mundo! [...]

Cultivo una rosa blanca
En junio como en enero,
Para el amigo sincero
Que me da su mano franca.

Y para el cruel que me arranca
El corazón con que vivo,
Cardos ni ortigas cultivo;
Cultivo una rosa blanca.¹

El niño interiorizó este poema y, como tenía la maldición de convertirse en lo que aprendía, durante el resto de su vida echó su suerte con los pobres de la tierra, luchó contra la esclavitud de los hombres y fue siempre solidario y un amigo sincero.

Adolfo Malvagni Gilly estudió en la Escuela Normal de Profesores “Mariano Acosta” de Buenos Aires, de la que egresó en 1946. Después de esto fue profesor toda su vida. Sus estudios en la Normal revelaron que tenía una inteligencia muy superior a la normal. Después cursó una licenciatura en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, donde consolidó su vocación como historiador.

¹ José Martí, *Versos sencillos*, pp. 4, 24 y 26. En: <<https://web.seducoahuila.gob.mx/biblioweb/upload/Versos%20sencillos.pdf>>.

Malvagni Gilly se involucró en política desde muy joven, a mediados de la década de 1940, al final de la Segunda Guerra Mundial, cuando en todo el mundo se organizaba un potente movimiento antifascista. En una entrevista, Adolfo contó cómo fueron sus primeros pasos en política: “Mi primera actividad política se remonta a 1943, cuando me uní al *Comité de Gaulle*, sin saber realmente quién era, simplemente por simpatía hacia la Francia combatiente”.²

Así, en vez de preparar su fiesta de 15 años, Adolfo iba a mítines y marchas. El joven precoz también se interesó por la literatura surrealista y se fascinó con la novela *L'amour fou* de André Breton. Su amor por la Francia combatiente, que inició a los 15 años, y por la pasión amorosa surrealista, le duró toda la vida.

En 1946, Adolfo empezó a leer a Trotsky y se volvió trotskista en pleno esplendor de la Unión Soviética. Este grave error marcó su vida, pues el trotskismo es una enfermedad incurable que no se alivia nunca y que lleva a la permanente frustración. Desde ese momento, durante el resto de su vida, Adolfo tuvo que soportar que todo el mundo le contara el mismo chiste:

—¿Qué es un trotskista?

—Un partido.

—¿Y dos trotskistas?

—Un partido y una corriente.

—¿Y tres trotskistas?

—Un partido, una corriente y una escisión.

² *New Left Review*, “Lo que existe no puede ser verdad”, [Entrevista a Adolfo Gilly], pp. 28-44. En: <<https://newleftreview.es/issues/64/articles/adolfo-gilly-lo-que-existe-no-puede-ser-verdad.pdf>>.

- ¿Y cuatro trotskistas?
- La cuarta internacional.
- ¿Y cinco trotskistas?
- La Cuarta Internacional y el movimiento lambertista.
- ¿Y seis trotskistas?
- No, eso no existe.³

(Lo peor de todo es que Adolfo también tuvo que soportar las corrientes, las escisiones y a los otros cinco trotskistas.)

Para aliviar su sufrimiento, Gilly participó en las movilizaciones masivas de trabajadores que culminaron con el establecimiento del gobierno de Juan Domingo Perón. Ese mismo año se unió a la Juventud Socialista del Partido Socialista. Como él sí era un socialista de a deveras, pronto se salió de ahí y en 1947 se unió al MOR (Movimiento Obrero Revolucionario), un grupo trotskista, y se afilió a la corriente de Homero Cristali, quien firmaba como J. Posadas. Hay que decir que, en aquel momento, el posadismo era la corriente más centrada y avanzada del trotskismo argentino. Si tomamos en cuenta que J. Posadas terminó buscando alianzas interplanetarias con los ovnis, no nos podemos imaginar lo que eran las otras corrientes.

La consecuencia de su primera formación es que Adolfo siempre fue trotskista, estuvo siempre con los obreros, siempre fue revolucionario y siempre le gustaron los grabados de José Guadalupe Posada. De aquellos tiempos data su amistad con Guillermo Almeyra, su compañero de mil batallas, y su afiliación a la Cuarta Internacional. A medida que el posadismo se volvió una secta delirante, Adolfo se distanció de este clan y terminó rompiendo definitivamente con él en la década de 1960:

³ De la tradición oral.

En París me uní a la sección posadista de la Cuarta Internacional y participé en sus reuniones. Pero me di cuenta de que no comprendía nada; la atmósfera era conspirativa, sectaria y rígida. Me había sentido mucho más libre en prisión. En todo caso, una secta, sea del tipo que sea, es una prisión para el pensamiento e incluso para el cuerpo. Tras año y medio dejé de participar en el grupo, lo cual supuso mi ruptura definitiva con lo que había sido el partido de Posadas.⁴

Con el tiempo, Gilly recordaba el obituario de J. Posadas con una sonrisa burlona y triste: “Ha dejado de funcionar la forma superior de organización de la materia en la tierra: el cerebro del camarada Posadas”.⁵

La revolución permanente de Adolfo Gilly

Lo más grave del trotskismo de Adolfo Gilly es que, en cuanto leyó *La revolución permanente* de León Trotsky, debido a su don de ser lo que aprendía, Adolfo entró en estado de revolución permanente. Vean si no:

–En 1956, a los 28 años de edad, se instaló en Bolivia, en plena insurrección de los mineros.

–Entre 1960 y 1962 trabajó con la organización trotskista Gruppi Comunisti Rivoluzionari, y representó al Buró Latinoamericano en el secretariado de la Cuarta Internacional, al lado de personajes como Michel Pablo de Grecia, Ernest Mandel de Bélgica, Livio Maitan de Italia, Pierre Frank de Francia, Sal Santen de Holanda y Georg Jungclass de Alemania. (Ahí, pinchemente, diría un camarada.)

–Trabajó en Cuba entre 1962 y 1963 como escritor y periodista para la revista trotskista-posadista *Voz Proletaria*. En

⁴ *New Left Review*, “Lo que existe no puede ser verdad”.

⁵ Entrevista del autor con Adolfo Gilly.

la isla se entrevistó con Ernesto *Che* Guevara y lo trató de convencer de que se uniera a su corriente. En 1963, Gilly fue acusado de ser un provocador y fue embarcado en un avión rumbo a Italia.

—En 1964, Adolfo viajó a Chile y acompañó en sus giras por los barrios proletarios al candidato socialista, un tal Salvador Allende. También viajó a Colombia, donde entrevistó a un cura de nombre Camilo Torres.

—Entre 1964 y 1965, Adolfo estuvo en Guatemala, levantado en armas, con la guerrilla de Luis Augusto Turcios y Marco Antonio Yon Sosa, del grupo MR-13, por las zonas altas de la Sierra de Minas, luchando contra la dictadura de Peralta.

—En enero de 1966, en su discurso de la Conferencia Tricontinental, Fidel Castro se plegó a las directivas del estalinismo soviético, se lanzó contra los trotskistas a quienes acusó de ser “un vulgar instrumento del imperialismo y la reacción”, y arremetió contra Gilly, quien respondió con un artículo muy sólido.⁶ El tiempo le dio la razón a Gilly.

—En 1966, Adolfo viajó a México, donde fue arrestado. Pasó seis años encerrado en la prisión de Lecumberri. Desde su cujía escribió *La revolución interrumpida*.

En este libro, Adolfo advirtió que en México podía resurgir un movimiento revolucionario, de raigambre cardenista, de modo que se volvió cardenista y, tras salir de la cárcel, se fue a París (donde rompió con J. Posadas). Luego, en 1976, Adolfo regresó a México y después se nacionalizó mexicano para esperar que la nueva ola revolucionaria cardenista que él había anunciado lo alcanzara.

En lo que llegaba la nueva ola revolucionaria en México, Adolfo militó primero en el PRT (Partido Revolucionario de los Trabajadores, la sección mexicana de la Cuarta Inter-

⁶ Adolfo Gilly, “Respuesta a Fidel Castro”, *Marcha*, p. 10.

nacional) y siguió de cerca a los movimientos guerrilleros de Nicaragua y El Salvador. En la década de 1980, el bloque socialista entró en crisis y en todo el mundo se impulsó el proyecto neoliberal. Parecía que la nueva oleada revolucionaria estaba lejana, pero eso era sólo un espejismo, pues, tal como lo había previsto Adolfo, pronto se echó a andar una nueva oleada en México. En 1984, un grupo de disidentes del periódico *Unomásuno* fundó el diario *La Jornada*, y entre los jornaleros fundadores estaba Gilly.

En 1985 un terremoto sacudió la ciudad de México y los capitalinos se organizaron desde abajo. En 1986, en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) estalló un potente movimiento estudiantil, el Consejo Estudiantil Universitario (CEU), encabezado por Carlos Ímaz, Imanol Ordozika y Antonio Santos, quienes le pidieron a Gilly que fuera uno de sus asesores. En 1987, tal como lo había advertido Adolfo en *La revolución interrumpida*, el Partido Revolucionario Institucional (PRI) se fracturó y se organizó un potente movimiento político-electoral de masas —democrático, nacionalista y antiimperialista— dirigido por Cuauhtémoc Cárdenas, el hijo de Lázaro Cárdenas.

Gilly hizo campaña para Cuauhtémoc, quien ganó las elecciones presidenciales de 1988, pero el PRI hizo fraude e impuso a su candidato Carlos Salinas de Gortari para profundizar el proyecto neoliberal en México. En 1989, Adolfo fue fundador del Partido de la Revolución Democrática (PRD) y en 1994 apoyó de manera decidida el alzamiento del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) en Chiapas. En 1997 fue parte del gabinete de Cuauhtémoc Cárdenas cuando éste fue jefe de gobierno de la capital. Cuando terminó esta gestión, Adolfo se distanció del PRD porque sintió que este instituto había traicionado sus principios y su razón de ser.

Adolfo fue profesor de tiempo completo en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM desde 1979. Fue

profesor visitante de diversas universidades norteamericanas y en 1989 recibió la Beca Guggenheim. Fue profesor emérito de la UNAM. Así como le atribuyen falsamente a Luis XIV la frase “El Estado soy yo”, los alumnos de la UNAM solían decir, señalando a Adolfo: “La revolución permanente es él”.

LA REVOLUCIÓN INTERRUMPIDA DE UN REVOLUCIONARIO PERMANENTE

Adolfo Gilly fue un revolucionario permanente porque era un pensador permanente y profundo que se preocupaba por los problemas de la humanidad. En la mejor tradición marxista, su acción revolucionaria se entrelaza con su obra escrita. Parte de su lucha revolucionaria fue su proceso intelectual, y parte de su proceso intelectual fue su lucha revolucionaria. De entre su vasta bibliografía⁷ sólo voy a comentar

⁷ Véanse: *Cuba, ¿coexistencia o revolución?*, Buenos Aires, Monthly Review/Editorial Perspectivas, 1965. *La revolución interrumpida*, México, El Caballito, 1971. *Sacerdotes y burócratas*, México, Era, 1980. *La nueva Nicaragua*, México, Nueva Imagen, 1980. *Guerra y política en El Salvador*, México, Nueva Imagen, 1981. *Por todos los caminos*, México, Nueva Imagen, 1983, 2 vols. *México, la larga travesía*, México, Nueva Imagen, 1985. *Arriba los de abajo. Perfiles mexicanos*, México, Océano, 1986. *Nuestra caída en la modernidad*, México, Joan Boldó i Climent, 1988. *Cartas a Cuauhtémoc Cárdenas*, México, Era, 1989. *El cardenismo. Una utopía mexicana*, México, Cal y Arena, 1994 (2a. ed., México, Era, 2001). Con el subcomandante Marcos y Carlo Ginzburg, *Discusión sobre la historia*, México, Taurus, 1995. *Chiapas: la razón ardiente. Ensayo sobre la rebelión del mundo encantado*, México, Era, 1997. *Pasiones cardinales*, México, Cal y Arena, 2001. *Historias clandestinas*, México, Ítaca, 2009. *El siglo del relámpago*, México, Ítaca/La Jornada, 2002. *Cada quien morirá por su lado*, México, Era, 2013. *Historia a contrapelo. Una constelación*, México, Era, 2014. Con Rhina Roux, *El tiempo del despojo. Siete ensayos sobre un cambio de época*, México, Ítaca, 2015. *Felipe Ángeles, el estratega*, México, Era, 2019. *A la luz del relámpago. Cuba en octubre*, México, FCE, 2020. *Estrella y espiral*, México, Era, 2023.

tres obras: *La revolución interrumpida*, *El tiempo del despojo* (hecho en coautoría con Rhina Roux) y *Felipe Ángeles, el estratega*.

El propio Adolfo cuenta la génesis de *La revolución interrumpida*: “La idea para la arquitectura del libro proviene del prólogo de Trotsky a su *Historia de la Revolución Rusa*, donde describe la curva de la Revolución. Mi idea era intentar establecer la forma equivalente respecto a la Revolución mexicana”.⁸

La revolución interrumpida fue, según el propio Gilly, un trabajo de combate político y cultural, preparado para dar continuación a la lucha teórica del marxismo en México y América Latina. Esta interpretación marxista de la Revolución Mexicana demolió el discurso oficial y arrojó nuevas luces sobre un movimiento revolucionario fundamental que se creía muy estudiado. El objetivo de Gilly con este libro no era hacer una investigación histórica erudita, ni exponer una tesis teórica, sino “explicar y comprender para poder organizar la intervención revolucionaria. Es la defensa de las conquistas alcanzadas para preparar las luchas que vienen”.⁹

El libro cumplió con su objetivo. Impactó a varias generaciones de mexicanos que, al entender la lucha revolucionaria de Villa y Zapata, se prepararon para las luchas futuras. Además, introdujo a muchos la pasión por la historia.

Sobre este clásico, Carlos Monsiváis escribió que en esta obra Gilly confirma que:

la inteligencia crítica requiere de la pasión, que la Revolución Mexicana es un proceso legible y entendible y no una cadena de aberraciones históricas, que el juego de los héroes y los villanos pertenece a una visión rudimentaria y (por desgracia

⁸ *New Left Review*, “Lo que existe no puede ser verdad”.

⁹ Adolfo Gilly, *La revolución interrumpida*.

para nuestro proceso educativo) escolar. El libro de Gilly es una espléndida amalgama de análisis dialéctico, visión de un pueblo en armas, desmitificación a ultranza y hecho político.¹⁰

Uno de los textos teóricos más vigentes de Adolfo es *El tiempo del despojo*, que reúne ensayos de Gilly y de Rhina Roux. En el ensayo “Planeta sin ley”, Adolfo Gilly plantea que, más que un modelo económico inspirado en las tesis de David Ricardo,

lo que hoy se denomina “neoliberalismo” es una forma de dominación, despojo y apropiación privada tanto del producto social excedente como del patrimonio social sustentada en una subordinación de la ciencia al capital que va más allá de todos los límites antes imaginados.

Lo que estamos viviendo puede así ser visto como una nueva fase histórica del despojo universal de los bienes comunes, la privatización de lo que era de todos, la redistribución mundial de los bienes de la tierra y del plusvalor generado por el trabajo vivo [...]

Esta forma de dominación se sustenta en una concentración de la violencia y del conocimiento puesto a su servicio como jamás se hubo visto en el pasado.¹¹

Más adelante, en el mismo texto, Adolfo advierte:

Esta subsunción de la vida humana al mundo y las exigencias de la relación de capital transita también por la subordinación de la naturaleza y de procesos constitutivos de la reproducción na-

¹⁰ Carlos Monsiváis, contraportada de *La revolución interrumpida*.

¹¹ Adolfo Gilly, “Planeta sin ley”, p. 13.

tural de la vida. En la realización del ser de tal relación se despliegan formas antes impensables de colonización de la naturaleza y de la vida humana. La subordinación de los procesos naturales a los procesos del capital y a su dinámica es uno de los fenómenos que define la actual mutación epocal impuesta “por la hegemonía de la voluntad puramente cósmica del mundo de las mercancías habitadas por el valor económico capitalista”.

Una voluntad puramente cósmica, una voluntad inhumana encarnada en el mundo en apariencia inmaterial de las finanzas y en las cosas en tanto mercancías y no como objetos de la creación, el intercambio y el disfrute de los seres humanos; y sustentada en el poder material de los dueños del dinero, las armas y las tecnologías.

[...] Es una fuerza abstracta que finalmente conduce a la violencia bélica y al exterminio de pueblos y culturas, bosques, ríos y lagos, glaciares y cultivos milenarios, todos constitucionales a la vida humana. El dinamismo ciego del mundo de las finanzas se nutre de esta apropiación, que parece no reconocer límites, de los productos de la naturaleza y del intelecto colectivo.¹²

Este ensayo debería ser lectura obligada para todos los mexicanos en 2024.

Otra obra canónica de Gilly es *Felipe Ángeles, el estratega*. Esta *minuciosa y detallada* biografía del general villista es consecuencia directa de *La revolución interrumpida*, complementa el trabajo monumental que hizo Friedrich Katz sobre Francisco Villa y resulta indispensable para entender el periodo revolucionario de 1910-1914. En este libro también, el biografiado se encarna en el biógrafo, pues Felipe Ángeles,

¹² *Ibid.*, pp. 32 y 34.

al igual que Adolfo Gilly, fue un hombre de honor, un hombre de acción consecuente, un intelectual revolucionario, el hijo ejemplar de un militar honorable y un hombre que puso toda su inteligencia y su conocimiento al servicio de la causa popular rebelde y que sirvió bajo la orden de revolucionarios surgidos del pueblo.

En el centro del pensamiento de Adolfo Gilly se encuentra siempre una motivación afectiva profunda: la indignación contra la injusticia y la convicción de que es indispensable pensar y actuar para combatir las injusticias. El mismo Adolfo lo expresó de esta manera en una entrevista:

Mi compromiso inicial con el movimiento revolucionario llegó primero, los libros después. Lo que leía parecía de veras que confirmaba lo que mi experiencia y mi intuición ya me habían indicado. De hecho, creo que este es generalmente el caso: uno se encamina a la rebelión por sentimientos, no por pensamientos. Al final de su declaración ante la Comisión Dewey, Trotsky afirmó que se sintió arrastrado a los barrios obreros de Nikolayev a la edad de dieciocho años por su «fe en la razón, en la verdad, en la solidaridad humana», no por el marxismo. Pero quizá el sentimiento verdaderamente crucial es el de justicia: la constatación de que tú no estás de acuerdo con este mundo.¹³

Para Adolfo, no estar de acuerdo con el mundo implicaba el imperativo de luchar para cambiarlo. De ahí, de esa consecuencia, derivaba el don de Adolfo, su superpoder: el poder de ser lo que pensaba. Gilly les dio a varias generaciones la convicción de que —a pesar de las interrupciones— la revolución tenía que ser un proceso permanente.

¹³ *New Left Review*, “Lo que existe no puede ser verdad”.

FUENTES CONSULTADAS

GILLY, Adolfo, “Planeta sin ley” en Adolfo Gilly y Rhina Roux, *El tiempo del despojo. Siete ensayos sobre un cambio de época*, México, Ítaca, 2015, p. 13.

———, *La revolución interrumpida*, México, El Caballito, 1971.

———, “Respuesta a Fidel Castro”, *Marcha*, núm. 1293, Montevideo, febrero 1966, p. 10.

MARTÍ, José, *Versos sencillos*, Biblioteca Virtual Universal, [Editorial del Cardo, 2010], pp. 4, 24 y 26, disponible en: <<https://web.seducoahuila.gob.mx/biblioweb/upload/Versos%20sencillos.pdf>>. (Consultado: 21/11/2024).

MONSIVÁIS, Carlos, contraportada de *La revolución interrumpida*.

New Left Review, “Lo que existe no puede ser verdad”, [Entrevista a Adolfo Gilly], 2010, pp. 28-44, disponible en: <<https://newleftreview.es/issues/64/articles/adolfo-gilly-lo-que-existe-no-puede-ser-verdad.pdf>>. (Consultado: 21/11/2024).



Adolfo Gilly, el hermano que supo ser hermano

Luis Hernández Navarro

LA ENSEÑANZA BOLIVIANA

Adolfo Atilio Malvagni Gilly, mejor conocido como Adolfo Gilly, acumuló a lo largo de casi 95 años de vida países, revueltas y asaltos al cielo. Como los viejos bolcheviques, fue, durante buena parte de su existencia, un conspirador profesional ducho en las artes del silencio y el secreto, que sufrió persecuciones, cárcel y exilio. Sobrevivió para contarlo.

Como él lo reconoció en distintos momentos, creció dentro de las tradiciones republicanas y socialistas provenientes de las revoluciones francesa, rusa y mexicana, impregnadas de lucha de clases, donde hay un “nosotros” y un “ellos” claramente diferenciados en la realidad y las conciencias.

Maestro normalista y corrector de pruebas en una editorial, combinó el periodismo con la academia, la historia con el presente y la teoría con la práctica. Como hacen los revolucionarios profesionales, organizó su vida contra la coacción, la opresión y por el socialismo. Nació en Buenos Aires, Argentina, el 25 de agosto de 1928 y se nacionalizó mexicano en 1982. Vivió en Brasil, Bolivia, Italia, Holanda, Francia, Guatemala, Estados Unidos y Cuba. Su trayectoria se confunde con las gestas libertarias de América Latina. En 1964 acompañó a Salvador Allende en su campaña presiden-

cial. Estuvo en su casa, revisó sus libros y anduvo en fábricas y mercados de Santiago de Chile.

Su primera adhesión al socialismo revolucionario fue en 1944, con apenas 16 años de edad, el día en que el pueblo de París reconquistó, armas en la mano, su ciudad sobre los invasores nazis. Se encaminó a la rebelión por la vía de sus sentimientos y no de los pensamientos. Primero fue su compromiso revolucionario y luego los libros.

Fue inicialmente militante de la Juventud Socialista (1946), y se incorporó en 1949 a la corriente posadista de la Cuarta Internacional trotskista. Como explicó a la revista *Monthly Review*, se acercó a ella después de leer dos artículos del autor de *La Historia de la Revolución Rusa*

sobre Lázaro Cárdenas que analizaban las continuas oscilaciones del gobierno mexicano posrevolucionario entre la subordinación al imperialismo y la defensa de los intereses de los trabajadores. En su opinión, el cardenismo era una forma sui géneris de bonapartismo, que intentaba elevarse “por encima de las clases”, haciendo concesiones a los trabajadores con el fin de asegurarse cierto espacio de maniobra contra el capital extranjero. Me sentí vivamente impresionado por la fuerza de los argumentos de Trotsky.

Adolfo vivió cuatro años en Bolivia (de 1956 a 1960), un país atravesado por la efervescencia de la revolución de 1952, que, al llegar él allí, todavía conservaba su brillantez y mucha de su vitalidad. Acompañó al Partido Obrero (trotskista), que editaba el periódico *Lucha Obrera*, y tenía una dirección integrada por trabajadores de la industria.

Aprendió allí, entre otras muchas cosas más, que una revolución no es una fiesta. Es un sacrificio obligado y amargo, al que nadie va por propia voluntad, sino porque ya no que-

da otra. Es un gran acto de lucidez colectiva, no una locura o una improvisación. Por eso, sostenía, había que referirse a ella con afecto, humildad y respeto.

La experiencia de las milicias mineras armadas lo marcó por el resto de sus días. Tenía 27 años cuando se mudó a La Paz. Entrevistado por Sinclair Thomson y Seemin Qayum recordó aquellos días: “Todavía lo estoy viendo, viendo desfilar el mito. El mito de la revolución permanente: ¡las milicias obreras! ¡No puede ser! Me quedé muy impresionado...”.

Estuvo en la capital y fue a las minas. Se encontró con una realidad que nada tenía que ver con lo que había vivido. Reconoce: “Sin proponérselo, los bolivianos me fueron civilizando, educando, enseñando”. Su primer choque fue con los tiempos. Era normal llegar una o dos horas tarde. Cuando en 1960, en Ámsterdam, Holanda, le preguntaron por las diferencias entre Europa y Bolivia, respondió: “Aquí todos los relojes públicos marcan la misma hora, y allá cada uno marca la hora que le parece”.

Vivió en Oruro. No le extrañó el mundo minero, al que había conocido con los trabajadores de Argentina. Sin embargo, los mineros de allá eran una especie de campesinos industriales. Se encontró con otro modo de pensar. Tardó en sacarse la idea de “progreso”. Lo mucho que aprendió en aquellas tierras, con esas gentes, lo entendió después. Ellos lo instruyeron. Entendió cómo hablaban con el silencio. Se educó en mirar, y en saber a quién le hablaba y desde dónde lo hacía, sin tono de mando o suficiencia.

TROTSKISMO

En la mejor tradición trotskista, Adolfo Gilly fue un revolucionario sin fronteras que miró, pensó y se movió en el mundo entero con espíritu cosmopolita. Fue un gigante dentro de una corriente política llena de gigantes: Pierre Frank,

Ernest Mandel, Livio Maitan, Michel Pablo, George Novack. Una estrella del firmamento rebelde que brilló intensamente con luz propia.

Se integró al secretariado del Buró Latinoamericano de la Cuarta Internacional, de la tendencia de Michel Pablo. En su natal Argentina formó parte de la corriente posadista, conocida así por el seudónimo de su líder (Jaime Posadas), llamado Homero Cristalli y nacido en 1912. Militó en esa línea hasta mediados de 1973.

La escuela de Michel Pablo, en la que se formó y militó, estaba inclinada a reconocer la importancia de los movimientos en los países subordinados, como forma específica de la conciencia política de las clases subalternas formada en sus experiencias históricas (en el caso mexicano, la Revolución y el cardenismo). Era una escuela marxista propensa a considerar la necesidad, para los socialistas, de mantener sus ideas, su programa y su trabajo teórico y organizativo propio sin separarse de la evolución y de las luchas de los subalternos agrupados en esos movimientos.

Entre 1962 y 1963 vivió en Cuba, hasta que chocó frontalmente con Fidel Castro.

Conoció a Camilo Torres en Colombia. En un viaje lo buscó por medio del rector de la Universidad Nacional de ese país. El sacerdote Torres le preguntó por la guerrilla guatemalteca. Lo llevó por distintos lugares. Adolfo lo recordaba como un tipo bien parecido y bien plantado.

Torres le contó cómo la curia quería enviarlo a Lovaina, y de no aceptar perdería el derecho a llevar la sotana. A él en lo personal eso no le importaba. “Llevo a Cristo conmigo, somos amigos, hablamos”, le dijo a Gilly. Sin embargo, sabía que sin ella podría perder autoridad ante las comunidades campesinas. El argentino le sugirió que hiciera una consulta con los campesinos. La muerte de Camilo le pareció un absurdo.

Acompañó al Movimiento Revolucionario 13 de Noviembre (MR-13) de Yon Sosa en Guatemala. Estuvo en México por primera ocasión en 1964, para escribir un reportaje para la revista *Marcha* sobre la guerrilla en aquel país. Regresó en marzo de 1966 a ver qué podía hacer para reorganizar el movimiento chapín, pero a los 15 días fue detenido. Fernando Gutiérrez Barrios diría después que le había salvado la vida. Pasó seis años en la cárcel en México: desde 1966 hasta 1972.

EL PALACIO NEGRO

En Lecumberri, Adolfo Gilly estuvo con otros compañeros de su partido (el Obrero Revolucionario Trotskista) y con Víctor Rico Galán, periodista exiliado español, dirigente del Movimiento Revolucionario del Pueblo (MRP). Como estaban aislados, cocinaban en común. Se turnaban los días en que cada quien guisaba. Leyó a Hegel. Fue víctima de un proceso a sus ideas, sin sustento en hechos. Fue defendido legalmente por los abogados Carlos Fernández del Real y Guillermo Andrade.

Allá por 1966, lo visitó el uruguayo Eduardo Galeano, a pesar de ser extranjero. Habían sido compañeros en el semanario *Marcha*, de don Carlos Quijano, y en el diario *Época*, del mismo autor de *Las venas abiertas de América Latina*. Años después, Gilly se lo recordó en una conmovedora carta: “me llevaron al Polígono, la torre central desde donde se vigilaban todas las crujías del viejo panóptico. Y en el Polígono me esperabas tú. Y allí nos quedamos platicando”.

Durante los años en prisión escribió una obra medular de la historiografía sobre el movimiento armado de 1910-1917, *La revolución interrumpida*, con una pregunta central: ¿qué demonios quería la gente? Nunca podía terminar el capítulo sobre la Comuna de Morelos, porque se le llenaban los ojos de lágrimas. Fue el punto de partida para elaborar una caracteri-

zación trascendental sobre el Estado mexicano, tan polémica como imprescindible. Se publicó en junio de 1971, meses antes de salir libre, en mucho gracias al dirigente electricista democrático Rafael Galván, militante trotskista en su juventud y nacionalista revolucionario en su madurez. A las manos del líder obrero llegó uno de los originales del libro, rechazado por varias editoriales. Dejó el manuscrito sobre su escritorio y un día comenzó a hojearlo. Lo leyó completo en una noche. Al día siguiente convenció a Manuel López Gallo de publicarlo.

Galván era parco en dispensar elogios, pero años después, una mañana, en el local que tenían en la calle Zaca-tecas en la Ciudad de México, comentó a sus compañeros: “Les voy a contar lo que me dijo un campesino de Morelos, viejo oficial zapatista, sobre el libro de Gilly. Decía que el nombre de Gilly no es el verdadero y que debe ser hijo de algún zapatista, porque aquí cuenta cosas que nadie conoce y ellos les contaban a sus hijos, y está contado igual”.

Octavio Paz se sumó a una larga lista de personalidades que exigieron la libertad de Adolfo. En una carta al preso político desde Cambridge, publicada en la revista *Plural* en 1972, el poeta le dijo:

Usted escogió el socialismo, por eso está en la cárcel. Este hecho también me lleva a mí a escoger y a condenar a la sociedad que lo encarcela. Así, al menos en ciertos momentos, nuestras diferencias filosóficas y políticas se disuelven y se resuelven en esta proposición: hay que luchar contra una sociedad que encarcela a los disidentes. Ya es hora de terminar. Espero que a mi regreso podamos continuar esta conversación al aire libre. Si no fuese así, iré a visitarlo a su celda en la prisión de Lecumberri, esa prisión que empieza a convertirse, según Womack, en nuestro Instituto de Ciencias Políticas.

Cordialmente, Octavio Paz.

Mucho tiempo después, en junio de 2006, en una intervención en *la otra campaña*, refiriéndose sobre todo a los dirigentes de Atenco recluidos en Almoloya, recordó su experiencia como preso político, para que los luchadores sociales a los que el gobierno había tomado como rehenes, llevaran su encierro con dignidad y entereza, poniendo buen cuidado en construir una cotidianidad solidaria y compartida, generando buenas relaciones humanas y creando, aun en la reclusión, un territorio propio, sin caer en heroísmos innecesarios. “El verdadero héroe no sabe que lo es”, les dijo.

Finalmente, en 1972, la Suprema Corte de Justicia resolvió que no había delito que perseguir en su contra, lo absolvió de todos los cargos y lo puso en libertad. Después de seis años tras las rejas, el 4 de marzo de ese año, dos policías de civil o funcionarios de la Secretaría de Gobernación, lo sacaron de la cárcel y lo trasladaron directamente al aeropuerto. Su misión era embarcarlo a París. Uno de los agentes —contaba Adolfo— le dijo que era un honor conocerlo, que había leído su libro y le dio un abrazo.

Francia e Italia fueron su nuevo destino. Sin embargo, en 1974 fue expulsado de su partido. Se quedó solo con su alma y unos pocos amigos. Regresó a México al final del sexenio de Luis Echeverría por mediación de Carlos Fuentes y Javier Wimer, quien trató el asunto con el mandatario. El presidente le respondió: “Que regrese si quiere”.

El día de su llegada a territorio azteca, en el aeropuerto lo esperaban Rodolfo F. Peña, Eduardo Alonso —quien lo alojó en su casa— y muchos otros amigos, no fuera a ser que a Migración se le ocurriera darle un susto. Para celebrarlo hubo una fiesta de bienvenida. Todavía siguió viajando. Y al regresar definitivamente del exilio para quedarse en México, fue hospedado por su amigo y cómplice Rodolfo F. Peña y su esposa Marta.

BATIR EL TAMBOR DEL ALBA

En el local de los electricistas democráticos, en la calle de Zacatecas 94, en Ciudad de México, una pequeña urna con las cenizas de Rafael Galván, su dirigente histórico, fue colocada sobre una bandera rojinegra. Al fondo, un óleo con su imagen, puño en alto, dio rostro al homenajeado.

Ese 4 de julio de 1980 llovía. Los amigos y compañeros del hombre de la Revolución Mexicana en su fase cardenista velaban sus restos. Allí estaba Adolfo Gilly. Se habían conocido personalmente en noviembre de 1976, cuando el argentino retornó a México de su deportación. Las ideas los hicieron amigos.

La relación tenía una historia detrás. Como ya se mencionó, el líder electricista facilitó la publicación de *La revolución interrumpida*, obra insignia de Adolfo, cuando éste se encontraba tras las rejas. Ya libre, Galván le pidió a Rodolfo F. Peña, director de *Solidaridad* entre 1969 y 1973, órgano del movimiento, que visitara al historiador en París, debatiera con él y le solicitara encontrarse con el “compañero Posadas”. Así lo hizo apenas dos meses después de que el revolucionario fue deportado. Viajaron después a Italia para hablar con el dirigente. Más adelante se encontrarían también con dirigentes del Partido Comunista Italiano y la organización de izquierda radical Lotta Continua.

El revolucionario, que tuvo entre otros nombres de batalla los de Héctor Lucero y Esteban Medina, empezó a seguir las luchas de los electricistas democráticos que dirigía el michoacano Galván, cuando, a partir de 1969, comenzó a llegar al Palacio Negro *Solidaridad*, “una revista que era mucho más que una revista”. Las relaciones entre el intelectual y ese movimiento sindical se estrecharon cuando, cada domingo, el periodista Francisco Martínez de la Vega empezó

a ir a la cruzía N, a visitar a Víctor Rico Galán, compañero de Adolfo en la celda 16.

A diferencia de otros camaradas, Adolfo no lloró ese día triste en la capilla ardiente del líder de la Tendencia Democrática. En cambio, experimentó un insoportable malhumor que luego comprendió que se llamaba furia. Volvió a su casa tenso y extenuado. Se tiró en la alfombra, cerró los ojos y sus lágrimas corrieron por las sienes.

A decir de Gilly, la figura de Galván fue un punto de cruce entre el cardenismo y el movimiento obrero mexicano. Para él, el michoacano era descendiente de la izquierda jacobina de la Revolución Mexicana, que creía que era posible cambiar el país en un sentido socialista a partir del Estado surgido de la Revolución, prolongando, en un programa de clase, el cardenismo obrero.

Rafael Galván falleció cuando su movimiento había sido derrotado. En 1975, el hostigamiento en contra de los electricistas democráticos se recrudeció y las fuerzas oficialistas se lanzaron a aniquilarlos. A pesar de ello, los trabajadores se propusieron agrupar a la naciente insurgencia obrera, campesina, popular que despuntaba en el país en un gran frente de masas. Era, decía el michoacano, la hora de “batir el tambor del alba cuando la noche aún no se retira”. Su movimiento se convirtió en soporte y símbolo de la lucha contra la burocracia gremial y por la democracia y la independencia sindical. Sin embargo, fue infructuoso. El alba nunca despuntó. El charrismo sindical expulsó a Galván y a sus compañeros del sindicato, los persiguió en sus puestos de trabajo y los acoorraló para obligarlos a una rendición que nunca aceptaron. Sin embargo, el naciente frente y sus principales impulsores fueron aplastados.

No obstante este desenlace, Adolfo Gilly tuvo en los electricistas democráticos, en su liderazgo, en sus intelectuales históricos y en su entramado organizativo (el Movimiento

Sindical Revolucionario y la revista *Solidaridad*) a una significativa fuerza político-gremial sensible a sus planteamientos sobre México. Parecían ser la demostración práctica de la pertinencia de su propuesta sobre las rutas de la transformación social en el país. En reciprocidad, los sindicalistas democráticos se hicieron de un formidable intelectual que reflexionó sobre la naturaleza y las perspectivas de la lucha con salvaje lucidez.

En la parte final de *La revolución interrumpida*, Adolfo escribió: “La revolución socialista nace de esta revolución (la mexicana), viene dentro de ella, es su continuación y su culminación. Es, al mismo tiempo, su superación y su trascrecimiento”, y añadió: “Ninguna organización, ninguna política revolucionaria pueden construirse al margen y fuera de la revolución mexicana”.

El galvanismo, como después lo fue la Corriente Democrática de Cuauhtémoc Cárdenas, fue, según su mirada, la demostración práctica de cómo la revolución se reinició donde la había dejado el general Cárdenas. En los hechos, a su regreso definitivo a México, fue una pista de aterrizaje para asentarse políticamente en el país.

ACADEMIA Y PERIODISMO

Dirigente revolucionario y teórico marxista a lo largo de toda su vida, Adolfo Gilly participó en movimientos transformadores en países tan diversos como Bolivia, Cuba, Holanda, Francia, Guatemala, Italia y México. Militó en partidos de izquierda, acompañó un sinnúmero de luchas populares y asesoró a Cuauhtémoc Cárdenas en el antiguo Distrito Federal, cuando éste ganó la jefatura de gobierno de 1997.

Establecido en México, el graduado como profesor normalista en su natal Buenos Aires comenzó su carrera como profesor universitario, no sin dificultades. Ugo Pipitone bus-

có que Adolfo se incorporara a la Coordinación de Investigaciones Económicas y Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Francisco Soto Angli abogó por él. Sin embargo, sólo pudo permanecer allí durante tres meses por problemas de papeles: no tenía título de licenciatura y, aunque era posible hacer equivalente su libro a una tesis de licenciatura o maestría, se le cerraron las puertas. Sin embargo, con el apoyo de Octavio Rodríguez Araujo pudo dar clases en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales.

Su labor académica fue todo menos estar en un lecho de rosas. Como en tantas cosas de la vida, para abrirse paso tuvo que remar contra la corriente, pero logró prevalecer. El 3 de diciembre de 2009 fue un momento estelar de esta ruta. Ese día, el Consejo Universitario de la UNAM aprobó otorgarle el máximo reconocimiento académico: Profesor Emérito. Indicador de la respetabilidad que alcanzó su obra académica fueron las numerosas invitaciones y estancias en prestigiadas universidades estadounidenses como Chicago, Columbia, Stanford, Yale, Maryland (College Park) y Nueva York. En la misma línea está su papel como estrecho colaborador de la Fundación Guggenheim durante dos décadas.

Como lo hizo León Trotsky en *Historia de la Revolución Rusa* o en *1905 Resultados y perspectivas*, sistematizó y teorizó las experiencias que vivió de primera mano en América Latina y Europa. Echando mano de las herramientas de la historia y la buena literatura, de los recursos del nuevo periodismo y de la profundidad del pensamiento crítico, dibujó espléndidamente los contornos esenciales del mapa sentimental de nuestra era.

Intellectual público que hizo del periodismo su herramienta para intervenir en los grandes debates nacionales fue, entre otros muchos medios más, colaborador de *Marcha*, *Unomásuno* (en su exilio europeo y su regreso a México) y *La Jornada*. Desde allí, como recomendó José Carlos Mariáte-

gui, ejerció un periodismo que fue acción escrita, en la que no sólo dio la oportunidad de poder reconstruir la vida de nuestro tiempo, sino la de transformarla para construir la del futuro. Una acción escrita en la que, donde antes se ponía declamación, puso por delante el pensamiento. Y a través de la cual, en lugar de una palabra que se contentaba con un servicio anecdótico, recurrió a la calidad histórica. En suma, practicó un periodismo inteligente que siguió con atención, con inteligencia y con filiación ideológica el desarrollo de la gran crisis de nuestro tiempo.

Tomó muy en serio las recomendaciones a los profesionales de la prensa que León Trotski esbozó en *Problemas de la vida cotidiana*: “Queridos colegas periodistas —escribió—, el lector les suplica que eviten dar lecciones, hacerle sermones, dirigirle apóstrofes o ser agresivos. Prefiere que le describan y expliquen clara e inteligentemente lo que pasó, dónde y cómo pasó. Las lecciones y exhortaciones resaltarán por sí mismas”.

Sus numerosos libros fueron escritos utilizando diversos recursos narrativos. Hay en ellos reflexiones sobre teoría de la historia, remembranzas personales, entrevistas, crónicas periodísticas, retratos, crítica histórico-literaria e Historia con H mayúscula. Fueron redactados a horcajadas entre la prosa y la poesía disfrazada de prosa.

Lo suyo no consistió en narrar los grandes relatos del poder, sino, por lo contrario, en contar sus rupturas y sus discontinuidades. Combinó, invariablemente, una visión del arriba y del abajo, observando detalladamente el tejido invisible del campo popular. No se detuvo excesivamente en dar cuenta de sus programas (a los que consideró necesarios para la organización autónoma de los subalternos), sino que se volcó en dibujar las formas, los lazos y las imaginaciones de esos movimientos que, con frecuencia, vienen de atrás.

Ni en sus escritos ni en sus discursos adjetivó o calificó. Razonó y acudió a la razón de los lectores y sus audiencias. Se exigió a sí mismo precisión, claridad y objetividad; transparencia y lealtad a los significados. Respetó las palabras y los conceptos. Su materia de trabajo no fueron las creencias, sino las palabras, los conceptos y las ideas que acompañan el movimiento social real.

Las fronteras de la época en la que sus reflexiones se movieron se ubicaron en un siglo en el que la revolución se encarnaba en fuerzas distintas al proletariado: las de las rebeliones y guerras de liberación nacionales, la marea poderosa y oscura de aquellos que Frantz Fanon llamaba “los condenados de la tierra”.

Simultáneamente hombre de letras y de acción, al final de su vida Adolfo estaba entusiasmado con la publicación de *Yon Sosa. Historia del MR-13 en Guatemala y México. Seguida de las memorias militares del comandante guerrillero*, de Arturo Taracena Arriola. También se encontraba sumamente conternado por la suerte de su viejo camarada, el sociólogo Oscar René Vargas, detenido por el gobierno de Daniel Ortega en Nicaragua, y por la deriva sandinista.

En la revista *Monthly Review* hizo un breve recuento de los libros que lo impactaron. Mencionó, entre otros: *El amor loco*, de André Breton, el poeta surrealista francés; *Los jacobinos negros*, la formidable historia de la revolución en Haití, ejemplo de historia desde abajo, de C. L. R. James, el pensador marxista afroamericano de Trinidad y Tobago, que se reivindicó trotskista; *Los ríos profundos*, del escritor peruano José María Arguedas; la poesía del también peruano César Vallejo; *Los condenados de la tierra*, de Frantz Fanon, que leyó de una sola sentada. En la década de los noventa se acercó a *La creación de la clase obrera inglesa*, de Edward Thompson. Durante su exilio a comienzos de los setenta, estudió a los obreristas italianos. Huellas de esta incursión pueden ras-

trearse en su libro *Sacerdotes y burócratas* y en sus trabajos sobre las luchas obreras en Argentina e Italia publicadas en la revista *Coyoacán*.

Precisamente, entre 1977 y 1985, Adolfo dirigió esta revista teórica, publicada por la Editorial El Caballito, de la que aparecieron 18 números. Desde allí se propuso construir un proyecto proletario para la revolución latinoamericana, en el que la teoría marxista debía ocupar el papel organizador de la práctica concreta de la lucha de clases.

MILITANCIA EN TERRITORIO DEL SOL AZTECA

En 1976 se fundó el Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT), sección mexicana de la IV Internacional-Secretariado Unificado. Adolfo objetaba que su dirección se había formado en las ideas de Ernest Mandel, reacias a comprender los movimientos de masas bajo dirección nacionalista, y cuestionaba lo que consideraba era una obsesión de sus dirigentes en las tareas de construcción partidaria, la mayoría de ellos eran muy jóvenes.

Sin embargo, estuvo cerca del proyecto y acompañó diversas iniciativas suyas. Acuñó la frase “arriba los de abajo” en el marco de las campañas electorales de Rosario Ibarra. Hasta que, mucho por influencia de Ernest Mandel, se incorporó a sus filas, en medio de una ovación, durante su IV Congreso, en noviembre de 1984. No todo fue miel sobre hojuelas. Entró planteando diferencias políticas, como la caracterización del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional y la guerrilla salvadoreña.

Dentro del PRT se convirtió en cabeza de una oposición crítica permanente a la dirección histórica, pero con reconocimiento e influencia en el conjunto del partido. Revistas como *Coyoacán*, que eran iniciativas suyas, recibieron el apoyo financiero del partido, aunque no fuera su órgano oficial.

A mediados de 1987, en los prolegómenos de su V Congreso, eran evidentes sus diferencias sobre la caracterización del periodo y acerca de la caracterización del neoliberalismo en México. La convivencia se había comenzado a agriar desde un poco antes.

El 25 de abril de 1987, el ingeniero Cuauhtémoc Cárdenas y Porfirio Muñoz Ledo fueron invitados a una comida organizada por Manuel Moreno Sánchez, exlíder del Senado en el sexenio de Adolfo López Mateos, en su rancho Los Barandales, en Ocoyoacac, Estado de México. Era la presentación en sociedad de la Corriente Democrática del Partido Revolucionario Institucional (PRI). Moreno Sánchez se pronunció en aquella ocasión a favor de que Cárdenas, Gustavo Petricoli y Carlos Salinas de Gortari contendieran por la candidatura presidencial. A esa reunión asistió Gilly. En la prensa interna del PRT se publicó un artículo sumamente crítico titulado “El que se asoma a los barandales se balconea”.

En plena ola cardenista, el autor de *Estrella y espiral* rompió formalmente con el partido en marzo de 1988, junto a militantes como Arturo Anguiano y Antonio Santos. Quienes se quedaron dentro del partido lo acusaron de abandonar la perspectiva socialista. Según Adolfo, el PRT se había formado, como ya se mencionó, en las ideas de una corriente del trotskismo, la de Ernest Mandel, reacia a comprender los movimientos de masas bajo dirección nacionalista y preocupada por no ser arrastrada y subordinada por esas direcciones no socialistas. Y él venía de la tendencia pablista. No era la primera vez ni el primer país en que ambas corrientes tomaban en la práctica caminos diferentes, y a veces hasta opuestos, y corrían los riesgos inherentes a cada una de esas posiciones.

El 18 de marzo de 1988, en un acto de masas con otros grupos desprendidos de la izquierda revolucionaria fundamentalmente universitarios (Punto Crítico y una parte de la OIR-LM), se fundó el Movimiento al Socialismo (MAS) para

apoyar, en 1988, la candidatura presidencial de Cuauhtémoc Cárdenas, expulsado del PRI. Gilly vio en este movimiento enormes potencialidades transformadoras, al igual que los sismos de 1985. Amigo del ingeniero, compartió con él ideas y causas. Sin embargo, el 6 de julio de 1988 se “cayó el sistema” y el triunfo de Cárdenas fue escamoteado. Adolfo reconoció que esa misma noche el PRT y Rosario Ibarra encabezaron la denuncia del fraude electoral.

Redactor del *Llamamiento al pueblo mexicano*, a través del cual un numeroso grupo de ciudadanos convocó en 1988 a organizar el Partido de la Revolución Democrática (PRD), el intelectual vio en el neocardenismo la confirmación de sus viejas tesis de la revolución interrumpida. Él mismo desempeñó un papel relevante en bautizar al nuevo partido con el nombre que finalmente adquirió. Lo caracterizó como una corriente histórica nacional y social con hondas raíces en la vida política mexicana del siglo XX entero, que se llevó consigo buena parte de la legitimidad popular que antes monopolizaba el PRI.

En 1997, a raíz del triunfo de Cuauhtémoc Cárdenas a la Jefatura de Gobierno de la ciudad, ocupó en su equipo el cargo de Coordinador de Evaluación y Diagnóstico.

El optimismo con el sol azteca no le duró mucho tiempo. Decía: “No creo que el PRD tenga un ‘extravagante proyecto de país’. Pienso que, por el momento, su principal problema es que no tiene uno; quiero decir que no ha alcanzado todavía a formular una visión propia del país y la sociedad”.

Y en 2003, en la víspera del quinto Consejo Nacional del PRD, advirtió:

El PRD está enfrentado a la necesidad de realizar un verdadero viraje para responder a estas exigencias naturales de la sociedad. Si no lo logra, su destino será el de un partido me-

nor y no el que soñaron y quisieron quienes formaron el gran movimiento nacional y social iniciado a finales de los años 80.

Pero, lejos de cambiar el rumbo, el partido lo profundizó. Fue así como observó, con enorme impotencia, la subordinación voluntaria del sol azteca y de toda la casta política, y de cada uno de sus partidos, a las voluntades y el mando indiscutidos del capital financiero. Se lamentó: “El PRD se ha convertido en un partido cercano a las instituciones y lejano al pueblo. La izquierda está donde ahora se ha retirado la marea”.

A pesar de ello, se mantuvo muchos años en sus filas, según explicó,

por la misma razón por la cual los palestinos no dejan su tierra a los colonos de Sharon y los cafres no dejaron Sudáfrica a los colonos blancos. Nosotros estuvimos primero. Este es uno de los territorios fundados desde la izquierda mexicana y a ella pertenece. Tendrá un día que dejarlo la casta divina.

DUEÑOS DE SÍ MISMOS

El 30 de enero de 1996, el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) convocó a la realización del Primer Encuentro Intercontinental por la Humanidad y contra el Neoliberalismo. Seis meses después, la reunión congregó a una diversidad de feministas, sindicalistas, líderes campesinos, Organizaciones No Gubernamentales, jóvenes, ecologistas, intelectuales y dirigentes políticos de decenas de países. Esta reunión, también conocida como la Intergaláctica, fue un momento clave en la forja de una red de resistencias planetarias contra el neoliberalismo. Asistieron más de 3000 delegados, la mitad de ellos extranjeros de 42 países, empe-

ñados en construir un mundo nuevo. Estuvieron presentes representantes de un amplio espectro político de izquierda: del venezolano Douglas Bravo al peruano Hugo Blanco; desde el infrarrojo hasta el ultravioleta. En sus trabajos se buscó diagnosticar la naturaleza del capitalismo salvaje y anticipar vías de resistencia y ruptura.

Allí estuvo presente Adolfo Gilly, con su peculiar sentido del humor. El 28 de julio de 1996, en el Centro Don Bosco, se acreditó en el Centro de Prensa. Entregó su foto, dijo que iba de parte de *La Jornada* y anotó su nombre en el formulario: Rafael Sebastián Guillén.

Ya casi estaba lista su credencial cuando alguien miró la foto y dijo: “No se parece en nada”. “¿A quién?”, preguntó el otro. “Al que te dije”, respondió el primero. “Lo mismo dice él”, comentó Adolfo, entre desencantado y alegre.

Jocosos, escribió: “Así se perdió *La Jornada* de tener el más acreditado corresponsal en Oventic y esta es la hora en la que no sé si me acredité o me desacredité”.

Aunque estaba a casi 800 kilómetros de distancia, Carlos Monsiváis se enteró del chisme, le llamó a San Cristóbal y le dijo: “Cometiste un grave error al intentar registrarte con el nombre de Rafael Sebastián Guillén. Es el seudónimo de Héctor Aguilar Camín. Te van a correr de *Nexos*”. Juguetón, Gilly reviró: “Y ahora qué hago, yo que nada sabía”.

Ya en serio narró cómo un visitante europeo le preguntó en qué se diferenciaba la vida indígena en los poblados zapatistas de la de los otros. Sin darle muchas vueltas le contestó: “En que aquí nadie los humilla y son dueños de sí mismos”. Así lo creyó hasta el final de sus días.

Su diálogo/debate/relación con el zapatismo venía no de esas bromas, sino desde el mismo momento en que los rebeldes se levantaron en armas. Continuó hasta el final de su vida. Los alzados le llamaban *el Güilly*. En una de las cartas incluidas en su debate sobre la historia, el Sup Marcos

le dijo: “Salud y búscate otro nombre más fácil de escribir, porque en nuestros retenes he escuchado seis versiones diferentes de tal nombre”.

Adolfo fue parte de la comitiva del ingeniero Cárdenas que, en mayo de 1994, en plena campaña electoral, se reunió con los zapatistas. Hubo diálogo, convivio, fraternidad. Los rebeldes esperaban que en ese encuentro participaran 25 visitantes y periodistas. Llegaron 75. Tres veces más. A pesar de eso, según él, el ingeniero fue recibido con atención, respeto y deferencia. Gilly subió, entre las envidias de algunos, al estrado.

En aquella ocasión, Manuel Marcué Pardiñas, célebre por su logro de aparecer en todas las fotografías de momentos relevantes, pudo llegar hasta donde se encontraba Marcos y le dijo, mientras le extendía la mano: “Subcomandante, soy Manuel Marcué Pardiñas”. Sonriéndole, el mando rebelde le contestó: “Y yo qué culpa tengo de eso”.

Sobre aquella aventura en Guadalupe Tepeyac, *el Güilly* escribió:

Unos de entre estos fueron, cómo no, a buscar la foto con Marcos, para qué viaja uno hasta la selva y sufre tanta molestia. Otros hicieron desfiguros mayores o menores en términos de hospitalidad indígena, pero ni cuenta se dieron porque esos términos no los conocen. A mí, ni modo, me daba pena ajena y no sabía dónde meterme.

Poco después, en junio de 1994, se reunió con el subcomandante Marcos un grupo integrado por Adolfo Gilly, Imanol Ordorika, Armando Bartra, Julio Moguel y Salvador Martínez de la Roca, el Pino.

Uno de los participantes recuerda aquel encuentro: “Era muy llamativo el respeto del Sub por Adolfo. Además, Adol-

fo mostraba gran sensibilidad. Fue muy prudente al hablar, no hacía preguntas. Era, el de Adolfo y el Sub, un encuentro entre entendidos de las prácticas y las formas de la lucha armada”.

Destacado interlocutor del zapatismo, escribió un hermoso libro sobre las raíces y razones del movimiento: *Chiapas: la razón ardiente*. En 2005, 2006 y 2007 acompañó la otra campaña.

A mediados de 2013 asistió a la Escuelita zapatista. Sus votanes (guías, interlocutores, protectores) fueron los comandantes David y Tacho. Tiempo después les escribió una carta en la que les comentaba sus enseñanzas de aquellas jornadas.

Lo que escuché en las palabras y vi en la presencia física de los expositores y las expositoras zapatistas —les dijo—, jóvenes todos que a la hora de la insurrección tienen que haber sido niños, fue una tarea larga de organización humana, de cuadros como se diría en el lenguaje de la izquierda, de hombres y mujeres que saben explicar y organizar para fines comunes y con palabras comunes para todos.

Eso no se logra en un día o en un año. Requiere una larga paciencia, saber escuchar y comprender y una cierta humildad en quienes la practican. Arrogancia y soberbia son sus enemigos mortales, esas virtudes de quienes nunca han organizado a nadie, ni en las malas ni en las buenas, pero han hablado y *escrito* mucho acerca de sus propias hazañas y personas.

Entre otras más, sobresale una: “Somos trabajadores del campo y nos abastecemos y gobernamos nosotros mismos. Controlamos nuestro territorio y tenemos hoy 27 municipios autónomos. Tenemos un sistema nuestro de justicia donde nada tiene que ver el dinero. Hemos logrado gobernarnos entre

nosotros y hemos hecho nuestra autonomía. Podemos decidir los planes de trabajo. Con esa libertad podemos conquistar otros corazones. Pueblo que no se organiza en sí mismo, pueblo que no tendrá futuro”.

En la remembranza que hizo sobre su viejo camarada Gilly, Sergio Rodríguez Lascano apuntó lo que el finado Sup Marcos contaba sobre alguna vez que alguien le cuestionó que el EZLN tuviera tantas atenciones para don Luis Villoro, don Pablo González Casanova y don Adolfo Gilly. El Sup respondió que sus diferencias

no son con lo que es el zapatismo, sino con las valoraciones, análisis o posiciones que el zapatismo asume frente a diversos asuntos. En segunda —prosiguió—, yo en lo personal he visto a estas tres personas frente a mis compañeras y compañeros jefes. Acá han llegado intelectuales de gran prestigio y, bueno, algunos no tan prestigiados. Han llegado y han dicho su palabra. Pocos, muy pocos, han hablado con las comandantas y comandantes. Sólo frente a esas tres personas he visto a mis jefes y jefas hablar y escuchar de igual a igual, con confianza y camaradería mutuas. ¿Cómo lo hicieron? Bueno, pues habría que preguntarles a ellos. Lo que yo sé es que eso cuesta, que lograr la palabra y el oído de mis compañeras y compañeros jefes y jefas, en respeto y cariño, cuesta y mucho. Nunca, nunca han estado en contra nuestra. Y, a pesar de los vaivenes de la moda, han estado de nuestro lado.

En mucho, en esa reflexión se resumen años y años de relación del Güiilly y los insurgentes del sureste mexicano. En diciembre de 2018, después del triunfo electoral de Andrés

Manuel López Obrador, Adolfo escribió un artículo en *La Jornada* titulado *EZLN: veinticinco años en el que señaló:*

Nada puede hacerse en Chiapas, en el vasto mundo de los pueblos indígenas y en el movimiento indígena nacional, como no sea indigenismo estatal de viejo cuño, sin tomar en cuenta su presencia, sin dialogar con el Ejército Zapatista de Liberación Nacional, su política y su historia, sus propuestas, su resistencia y su existencia.

EL NORMALISTA

En 2016, en la cresta de la novena ola magisterial, apenas un par de meses después de la masacre de Nochixtlán con la que el gobierno de Enrique Peña Nieto quiso aplastar la resistencia docente a su reforma educativa punitiva, con la voz quebrada por la emoción y los recuerdos a flor de piel, Adolfo Gilly tomó la palabra en un auditorio repleto de profesores para solidarizarse con ellos y recordar sus propias raíces.

Graduado en 1946 en la Escuela Normal de Profesores “Mariano Acosta” —en Buenos Aires—, dijo, en medio de una enorme ovación:

Soy normalista. En la escuela Normal aprendí a ser maestro. Y no me olvido nunca. Ustedes que son normalistas, conocen lo que es estar en el aula frente a alumnos. Allí hay una vinculación de vida, de aprendizaje, de sentimientos, de preocupación.

Cuando el maestro es verdadero, hay un amor entre el maestro y el alumno. Ese amor se demuestra al escuchar a los chicos y chicas, al no humillar. Y eso se aprende en la escuela Normal, que está bajo fuego. La escuela Normal es donde se

enseña y se aprende a enseñar sentimientos de fraternidad, de solidaridad, de libertad, de igualdad, que no vienen de los libros. El maestro los inspira.

En contra de su costumbre, los centenares de docentes presentes en el “Foro hacia la construcción del proyecto de educación democrática”, convocado por la Coordinadora Nacional de Trabajadores de la Educación en agosto de 2016, en el Centro de Convenciones del Centro Médico Siglo XXI, en lugar de corear consignas ante el improvisado discurso del profesor emérito de la UNAM, aplaudieron a rabiar y lloraron como magdalenas. Y él dejó de lado, como acostumbraba a hacerlo cuando hablaba frente a asambleas populares, sus títulos y distinciones y se convirtió en un sencillo maestro de banquillo, en uno más de los allí reunidos.

Con absoluta humildad, Adolfo agradeció el esfuerzo de miles de trabajadores de la educación que permanecieron a la intemperie en los plantones, que aguantaron lluvias y enfermedades, que sufrieron la cárcel o perdieron la vida por la lucha magisterial. Lamentó que fuera necesario “todo esto para que hoy estemos aquí. Está fuera de la decencia humana”.

Lejos de la arenga tradicional, explicó cómo la educación primaria y secundaria para toda la población es una “misión del Estado y una obligación de quienes gobiernan”. Afirmó que la formación no es una “industria con capital, tampoco un comercio ni un sistema bancario y financiero. Por ello, la educación no puede estar en manos de Televisa y de quienes la manejan”.

Ante la obsesión gubernamental por condicionar la permanencia en el empleo docente a la realización de exámenes estandarizados de opción múltiple, Gilly advirtió que no hay evaluación que pueda medir los muchos papeles que cum-

plen los docentes, quienes, dijo, “cubren ausencias, enseñan con su actitud, su vida y su conocimiento [...] la escuela debe ser el lugar educativo, pero también es el doble hogar. ¿Con qué evaluación van a medir esto?”.

Ese día, el viejo maestro normalista les habló desde el corazón y en su idioma de docentes a los maestros normalistas en resistencia. Al finalizar, mientras le pedían tomarse fotos con ellos, muchos le contaron lo trascendental que les había resultado en el nacimiento de su conciencia la lectura de *La revolución interrumpida*. La confesión fue demasiado para el militante de las mil batallas: al escucharla de manera reiterada, los ojos se le cuajaron de lágrimas.

LA AMENAZA

A lo largo de su travesía mexicana, Adolfo apoyó al movimiento del Consejo Estudiantil Universitario (CEU) en la UNAM (1986) y a la huelga estudiantil universitaria de 1999-2000. Nunca cesó de alzar la voz a favor de los campesinos de Atenco. Se solidarizó con las viudas de los mineros de Pasta de Conchos. Apoyó las movilizaciones de la Asamblea Popular de los Pueblos de Oaxaca (APPO). Demandó la presentación con vida de los 43 de la Normal Rural “Raúl Isidro Burgos”. Junto a Imanol Ordorika publicó en la primera semana de octubre de 2014 un artículo en el que calificaban los sucesos en Ayotzinapa como crimen de Estado, el primero que señaló, con absoluta claridad, el tamaño de la felonía perpetrada contra los jóvenes normalistas, cuando la mayoría de los analistas culpaban de la desaparición forzada solamente a los grupos criminales.

La obra, el carácter y la congruencia del pensamiento en la vida de Adolfo fueron siempre las de un pensador de salvaje lucidez que supo respetar las palabras y los con-

ceptos, ambos rasgos muy poco frecuentes en la teoría y la práctica políticas.

“El último de los mohicanos”, honesto, éticamente congruente, erudito y sensible, consideraba que el marxismo siempre es revolucionario. Al saludar La marcha del color de la tierra, en marzo de 2001, les dijo a los rebeldes que recorrían el país para exigir el cumplimiento de los Acuerdos de San Andrés, firmados por el gobierno el 16 de febrero de 1996: “Ustedes son ustedes, y nosotros, nosotros. Hermano no es cualquiera. Hermano es quien sabe ser hermano”. Él siempre supo serlo.

El 1 de abril de 1998, el autor de *Felipe Ángeles, el estratega*, fue retenido en Chicago por el Servicio de Inmigración. Su visa tenía la anotación *waiver*, es decir, una persona que el Departamento de Estado considera “una amenaza para la paz y la seguridad de Estados Unidos”.

Donde quiera haya ido ahora que partió, la visa de Adolfo Gilly seguirá diciendo que es un *waiver*. Igual, necio como siempre fue, el cronista de la memoria, de la rebeldía y la insolencia de quienes nunca bajaron la cabeza, llegará con bien a su destino.



Adolfo Gilly, luchador y educador sentimental

Paola Pacheco Ruiz

Servicios y Asesoría para la Paz (Serapaz)

A cerca de la militancia trotskista de Adolfo se ha escrito mucho. Igualmente, de sus años en Lecumberri y cómo desde una crujía dedicaba su tiempo a repensar la Revolución Mexicana; de su exilio en Europa y su regreso a México; de su vida en las revoluciones y revueltas de América Latina; de su cercanía con el Ejército Zapatista de Liberación Nacional; de su lectura del cardenismo. Lo mismo, de muchas facetas más de su prolífica e interesante vida.

En estas líneas sencillas quiero hacer referencia al tiempo en el que tuve la enorme coincidencia y fortuna de poder acompañar a Adolfo como su ayudante de investigación en sus últimos años como profesor en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). No es éste, pues, un intento de análisis teórico ni académico; es más bien la voz de una de las últimas alumnas que formó y a quien le abrió las puertas de su cubículo, de su archivo y de su casa.

La primera imagen que tengo de él es acompañando la lucha de Atenco. Era 2006, un año de resistencia popular, el mismo año en que entré a estudiar a la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. Recuerdo que me causó admiración ver a un intelectual y militante de las revoluciones

en una marcha donde los machetes se alzaban al unísono de la exigencia de justicia de un pueblo que estaba siendo humillado y reprimido. ¿Era el escritor, amigo de Octavio Paz, que había estado en Lecumberri por años y ahora estaba en las calles con el Frente de Pueblos en Defensa de la Tierra? Sí, era él.

Cuatro años después, me inscribí a la materia “El Estado en México II” porque la impartía la doctora María Xelhuantzi; no recuerdo qué sucedió, pero de últimas hubo un cambio y quien impartiría esa materia sería Tatiana Pérez. Decidí quedarme en la clase porque el programa que nos propuso era interesante, había autores de la subalternidad —categoría que yo desconocía hasta ese momento— y lecturas de autores que no conocía. Vaya, no era la misma línea de autores que presentaría la profesora Xelhuantzi. Entre algunos de los libros a leer durante ese semestre estaban *Los dominados y el arte de la resistencia*, de James Scott, y *El príncipe mexicano*, de Rhina Roux. Fue ahí, en la explicación de la profesora de por qué leeríamos esos libros, que salió el nombre de Adolfo Gilly, quien era su mentor. Entonces varios preguntamos: “¿Cómo? ¿Adolfo Gilly sigue dando clases en la facultad?”. “Sí, pero en posgrado”, respondió la profesora. “¿Y podríamos ir de oyentes solamente alguna vez?”, pregunté. “Sí, pero hay que comprometerse a hacer todas las lecturas, para asistir todo el semestre”, dijo ella. No dudé ni un momento en tomar un curso completo con Adolfo Gilly, el mismo intelectual que en 2004 estuvo con la lucha de Atenco, ahora nos daría clases.

Calle Francisco Ortega 14, Coyoacán. Ese era el lugar de la cita cada dos semanas para el seminario de posgrado. Era un espacio con mucha luz que invitaba al encuentro y diálogo entre alumnos y profesores. Cuando entré al salón estaba nerviosa, ya todos se habían sentado y, como no era la primera sesión, me tocó presentarme ante el grupo. Adol-

fo puso atención a mis palabras y dijo un poco sonriendo: “Pues bienvenida al seminario, *Paula*, al parecer la más joven de esta banda”. Ese día, sin saber, me estaba integrando a la *banda del capitán*, como le decíamos. Banda donde he encontrado afinidad política, pero, sobre todo, amistad.

Vengo de tierras mixtecas, así que cuando leí en ese seminario *Embriaguez, homicidio y rebelión en las poblaciones coloniales mexicanas*, de William B. Taylor, me maravilló por la forma en que describe la relación social de dominación de algunos pueblos áridos de la Mixteca con el alcohol, pero sobre todo por la forma en que éstos resistieron a sus dominadores. Así transcurrió el seminario, entre estampas y explicaciones no sólo de dominación, sino de resistencias. *Los jacobinos negros*, de C. R. L. James; *Revolución, rebelión y revolución*, de Friedrich Katz; o *El derecho a la ciudad*, de Henri Lefebvre, fueron algunos de los libros y autores que dieron sentido teórico e historiográfico a estas resistencias.

La cercanía con Tatiana se fue dando por afinidad oaxaqueña, por afinidad política y de carácter. Dejó de ser mi profesora para convertirse en una gran amiga. Las semanas de seminario pasaron rápido entre lecturas, ir a comer todos juntos después de la clase a una fonda en Coyoacán, y asistir a reuniones en el departamento de Tatiana y Viviana. Así fui conociendo a Adolfo y a sus alumnas de más antigüedad.

Al finalizar el seminario, no recuerdo bien las fechas, Tatiana me convocó a la cafetería de Políticas. Me comentó que se iba a El Colegio de México a estudiar la maestría y que Adolfo necesitaba una ayudante: “¿Te gustaría ser tú, Pao?”, me preguntó. No tuve que pensarlo. Ese sí, convirtió a los siguientes años en una etapa vital que daría mucha forma a lo que hoy es mi vida.

Yo llegaba por las mañanas al departamento de Adolfo y Tessa en Coyoacán, el *depa* de la calle Malintzin. Adolfo siempre tomaba expresos y me invitaba uno cuando llegaba a su

casa. No podían faltar las cucharaditas de mascabado para endulzarlo. Nunca volveré a tomar un café tan rico como el que él preparaba, creo que el cariño era el toque. Así, entre cafés, lecturas, copias, correos y trámites fui acompañando a Adolfo en sus días. Siempre me contaba historias del pasado, tuyas o de otros. Era un gran narrador, pero, sobre todo, me preguntaba mucho y me escuchaba. ¿Qué podía decirle yo, una estudiante de licenciatura de Ciencias Políticas que sabía poco del mundo social? No lo sé bien, pero se interesaba atentamente, con esos ojos de azul profundo como el mar.

Adolfo era un hombre cabal. Siempre me trató con respeto y cariño. Nunca me sentí excluida o minimizada, nunca alguien menos. Al contrario, Adolfo me dio un lugar frente a sus colegas o frente a sus amistades. También era estricto. Le gustaba la organización y la puntualidad. Una mañana llegué muy tarde a su casa, quizás más de media hora por el tráfico. Abrió la puerta de manera normal, me ofreció un café amablemente. Me tranquilizó saber que no estaba enojado. Estaba disfrutando mi bebida cuando me vio seriamente y me frunció el ceño: “¿Tú quién te crees, *Paula*? ¡Me tienes aquí esperando como tonto!”, me dijo en tono muy enojado. “Es que el tráfico...”, quería explicarle, pero no me dejó terminar. “¿Tú sabes el sentido del tiempo? ¡Es un principio de igualdad cómo lo usamos! Yo no puedo quitarte el tiempo a ti, como tú a mí tampoco. Ahí hay un principio de igualdad. Que no se te olvide, *Paula*”, me dijo. “Ahora, disfruta tu café que se te va a enfriar, anda”, continuó con una sonrisa y en tono normal. Desde entonces dejé el vicio de la impuntualidad.

A los pocos meses, Tessa y Adolfo dejaron el departamento de Malintzin para irse a una casa, así que parte de mi tarea fue acomodar los libros de las cajas en los libreros del estudio de él. Me llevó semanas terminar. No tanto por los cientos de libros que eran, sino porque yo me perdía en cada

título que veía interesante, es decir, uno tras otro. Porque había novelas, ensayos, revistas, postales. Y por cada tarea como esas que yo hacía, conocía más a Adolfo. Llegué a encontrar notas sueltas de su pluma, guardadas en el tiempo, y cuando él las leía se reía o se enojaba, dependiendo del mensaje escrito. Pero muchas de ellas lo dejaban pensativo y hasta nostálgico.

Una tarde encontré un bloc de notas amarillo que estaba a la mitad, se lo di y comenzó a revisarlo. No sé qué encontré escrito porque no me di a la tarea de averiguar. Entonces, pareció que algún recuerdo le llegó de golpe. Bajó las escaleras de su estudio y sacó un CD de Adriana Varela. Comenzó a sonar “Garganta con arena”. Adolfo se sentó, cruzó las piernas y se puso a escuchar. Después, me llamó para que bajara, me preguntó si me gustaba el tango. Admití que sabía poco, pero que sí, que me gustaba. Volvió a poner “Garganta con arena”. Escuchamos la canción en su sala sin decir nada. Yo sólo lo veía y me preguntaba qué recuerdo le traía esa canción, ¿acaso alguna vivencia con su padre en su natal Argentina?, ¿un amor de juventud?, ¿las tardes de comida en familia? Terminó la canción y dijo algo como: “Bueno, *Paula*, ya es hora de seguir trabajando”. Quitó el disco, lo guardó en su caja y me dijo con cariño: “Ten, *Paula*, para que recuerdes que te gusta el tango”.

POR LA PAZ CON JUSTICIA Y DIGNIDAD

El 28 de marzo de 2011, a Javier Sicilia y a otras madres les arrebataron a sus hijos en Temixco, Morelos. El hartazgo por la violencia criminal cotidiana dio forma a lo que después se llamó Movimiento por la Paz con Justicia y Dignidad. Fueron días en que algo se estaba moviendo y surgiendo: la indignación, la exigencia de justicia, los llamamientos a la autoorganización. De Cuernavaca salimos caminando cientos

de personas y el número fue aumentando conforme avanzábamos hacia la ciudad de México para exigir un alto a la violencia. No cualquier alto, porque era un alto con justicia, con dignidad y con paz. Cuando le comenté a Adolfo que iría, le dio gusto. Me pidió que mirara con atención, que escuchara lo que la gente decía, para poder comprender ese mundo que se estaba gestando. “Tú me vas a decir qué escuchaste en los pueblos de Morelos, así que escucha bien”, me dijo. Dos días después llegamos a Ciudad Universitaria y Adolfo por supuesto que estaba ahí, también sus alumnas y, ahora sí, miles de personas que recibieron a la caravana.

Activistas del movimiento estudiantil, militantes de izquierda, estudiantes de la universidad nos dimos cita en “las islas” para un mitin. Nos reunía la esperanza de que podíamos cambiar la narrativa de guerra que se estaba instalando desde que llegó Felipe Calderón a la presidencia. Adolfo iba con Tessa y con sus alumnas de la banda. Me presentó a Araceli Mondragón, a quien había abrazado con mucho cariño momentos antes. Ella se adelantó unos pasos hacia el estacionamiento y Adolfo me dijo: “Ara es una amiga que nunca te va a fallar, ¿eh?”. Vaya que no se equivocó.

Desde entonces, Adolfo se acercó más al Movimiento por la Paz y parte del Movimiento a él; asistió a reuniones en La Casa de la Solidaridad, habló y escuchó atentamente las voces, los sentimientos de las víctimas, siempre anotando impresiones en su bloc amarillo. En ese momento Servicios y Asesoría para la Paz (Serapaz) fungió como organización acompañante del Movimiento y Alberto Solís —quien también seguía los pasos de Adolfo desde la facultad— conversó largamente con él, por un momento importante que se acercaba: los diálogos por la paz en el Castillo de Chapultepec, adonde asistirían el hoy expresidente Calderón, parte de su gabinete y representantes del Movimiento por la Paz. No es aquí el lugar para reflexionar acerca de los aciertos del

Movimiento en sí, sino de un momento importante de articulación social donde las víctimas fueron el centro de esta fuerza social y donde quiero enmarcar que otra vez Adolfo estuvo con ellas, para acompañar su dignidad.

CUANDO LOS ESTUDIANTES TUMBARON EL TINGLADO¹

En mayo de 2012, desde las redes sociales comenzaba un movimiento estudiantil que de la Universidad Iberoamericana se extendió a otras universidades del país. Llegaría rápidamente a la UNAM con sus asambleas y pliegos petitorios dirigidos a una clase gobernante que seguía la dirección autoritaria, en contubernio con los dueños de medios de comunicación incapaces y sin voluntad política de democratizarse.

Desde que se organizaron las asambleas masivas en Ciudad Universitaria, Adolfo quiso estar ahí. Le llenaba de alegría y emoción ver la energía de las juventudes que con imaginación política intentaban generar contrapoder. Fuimos a varias asambleas Adolfo, Tatiana, Araceli y yo. Se le acercaban estudiantes a preguntarle cómo veía el movimiento y, claro está, a tomarse fotos con él. Un día estábamos en su estudio cuando me pidió que le presentara a estudiantes que estuvieran más vinculados al #YoSoy132 desde la UNAM. Le hablé de Ángel González² y de Alina Duarte, los presenté. Así llegaron las largas tardes de conversaciones con él en Coyoacán, siempre preguntándonos qué pensábamos, qué

¹ Este título lo tomé de un artículo que Adolfo publicó: “Cuando los estudiantes tumbaron el tinglado”, *La Jornada*, 8 de noviembre 2012. En: <<https://www.jornada.com.mx/2012/11/08/opinion/018a1pol>>.

² Ángel escribió este texto para Adolfo a días de su fallecimiento: Ángel González, “Bondad y revolución; Adolfo Gilly”, *Regeneración*, 9 de julio de 2023. En: <<https://regeneracion.mx/opinion-bondad-y-revolucion-adolfo-gilly/>>.

más haríamos, y tejiendo, como buen artesano de la Historia, otras historias universitarias de los años 1968, 1988 y, por supuesto, 1999.

Recuerdo también la emoción de mis compañeros y compañeras al conversar con él, las risas y los cafés que por igual nos invitó. Después, ese mismo grupo sería parte de los estudiantes que tomaron el seminario en la Facultad de Filosofía y Letras, cuya impartición estuvo a cargo de Luis Fernando Granados y Adolfo Gilly y al cual titularon “Investigación y narración en historia y teoría social”. Donde sea que estén ahora Luis Fernando y Adolfo, sé que por ahí, en algún lugar, juntos nos dejaron piedras que sueñan.

Me atrevo a decir que ese grupo, en su mayoría de jóvenes, guardamos con gran cariño las mañanas en los pasillos de Filosofía, rodeando a Adolfo para hablar de lo que pasaba en el país, de las lecturas que descubrimos esos días, del enojo que Adolfo volvía a sentir por la toma del auditorio cada vez que pasaba frente al “Che Guevara”, recordándonos que en realidad se llama auditorio “Justo Sierra”.

No recuerdo si el último semestre que dio Adolfo en la UNAM fue en 2013 o 2014, pero sí sé que fuimos la última generación que pudo tomar clases con él. Fuimos los más jóvenes de sus alumnos, y mientras él pensaba que nosotras le dábamos energía y juventud, en realidad era él quien nos daba eso porque siempre fue un maestro, no sólo un profesor, que nos invitó a escribir, a leer, a pensar, a tener un libro de poesía y que siempre, con su pensamiento y ejemplo, nos invitó a tumbar el tinglado.

UN NORMALISTA ARGENTINO CON AYOTZINAPA

Ayotzinapa. Una palabra que enmarca un lugar, un tiempo, un crimen, ausencias, memoria y resistencia a la vez. Adolfo siempre quiso acompañar la resistencia sin dejar de señalar

el crimen. Así fue también con Ayotzinapa, con las madres y los padres de los muchachos desaparecidos. Cuando llegué a casa de Adolfo por la mañana, el lunes 28 de septiembre de 2014, él ya se había tomado su café, pero seguía leyendo *La Jornada* impresa —como diariamente lo hacía—. Me senté a acompañarlos a él y a Tessa en el comedor de su cocina, comentamos lo poco que todos sabíamos de la noche del 26 de septiembre en Iguala. Adolfo estaba desconcertado y preocupado, estuvo haciendo llamadas y se reunió con Imanol Ordorika para dar luz a un texto que fue de los primeros en que se señaló con la fuerza y contundencia de las palabras lo que es Ayotzinapa: un crimen de Estado.³

Desde entonces Adolfo puso su energía física de 80 años y más para ir a las marchas que convocaban los estudiantes y las familias de los 43, reflexionó para escribir al respecto⁴ y acompañó algunas veces a las familias a reuniones con el Gobierno federal; también estuvo cuando el GIEF⁵ dio a conocer sus primeros informes sobre el caso. Quienes estuvieron presentes cuentan que Adolfo, en una reunión entre autoridades y familiares de los 43, exigió muy enojado y en voz alta que escucharan a los padres y madres. A nadie que conociera un poco a Adolfo le extrañaría ese gesto. Quizá, y esto nunca se lo pregunté, aunque Ayotzinapa en sí misma le indignaba, también pudo haberle generado un recuerdo de sus años como maestro normalista en Argentina, donde él reconocía que allí aprendió a ser maestro. Quizá también su espíritu de normalista en los años cuarenta le estaba ha-

³ Imanol Ordorika y Adolfo Gilly, “Ayotzinapa, crimen de Estado”, *La Jornada*, 6 de octubre de 2014. En: <<https://www.jornada.com.mx/2014/10/06/politica/007a1pol>>.

⁴ Adolfo Gilly, “Ayotzinapa: el crimen, la tragedia y el discurso”, *Sin Permiso*, 28 de diciembre de 2014. En: <<https://www.sinpermiso.info/textos/ayotzinapa-el-crimen-la-tragedia-y-el-discurso>>.

⁵ Grupo Interdisciplinario de Expertos Independientes. [N. del E.]

blando a otros normalistas, esta vez a los camaradas adoloridos y aguerridos de Ayotzinapa.

UN RECUERDO DE OVENTIK

La neblina cubría el camino mientras íbamos subiendo las montañas. Bajamos de la camioneta de redilas un poco mojados porque llovía y la lona no nos alcanzaba a cubrir del todo. Caminamos unos metros y de pronto nos dio la acogida un letrero que decía:

Bienvenid@s al homenaje de los compañeros maestro Galeano y del filósofo don Luis Villoro Toranzo, bienvenid@s familiares del compañero Don Luis Villoro Toranzo y del compañero Galeano.

Estábamos a las puertas del caracol de Oventik.

Llegué a San Cristóbal en un autobús que salió de Ciudad Universitaria con gente como yo, jóvenes ilusionados y combativos —a nuestro modo—, siguiendo la ruta zapatista. Si soy honesta, nunca había ido a un caracol, pero me emocionaba mucho la idea de poder hacerlo. Pero si sigo siendo franca, también iba siguiendo la huella de Adolfo. ¿Cómo faltar a un homenaje a otro grande como Luis Villoro, donde estarían su hijo escritor Juan Villoro, el subcomandante Moisés, el subcomandante Galeano —otrora subcomandante Marcos— y mi maestro Adolfo Gilly en territorio zapatista? No me perdería esa imagen para la historia.

Hace unos meses leí *La figura del mundo*, de Juan Villoro, donde hay retratos íntimos y políticos de su padre filósofo. Conforme avanzaba en el texto, sabía que encontraría una estampa de Adolfo, pues tanto él como Luis Villoro se preguntaron ¿qué es la historia? Ambos personajes también se

ganaron el respeto de los zapatistas y su comandancia, tan así que el subcomandante Galeano refirió, en ese mayo de 2015, que

solo frente a esas tres personas (el sociólogo Pablo González Casanova, el filósofo Luis Villoro y el historiador Adolfo Gilly) he visto a mis jefes y jefas (comandantes y comandantas) hablar y escuchar de igual a igual, con confianza y camaradería como lo hicieron. (...) lo que yo sé es que eso cuesta; que lograr la palabra y el oído de mis compañeros jefes y jefas cuesta y mucho.⁶

No es sorpresa, entonces, que en el mundo zapatista de aquellos años, siempre haya alguna referencia a Adolfo.

Él sabía ganarse esa confianza escuchando, observando y caminando junto a las luchas sociales por las que apostó políticamente en momentos muy distintos, lejanos por las décadas algunos, pero en cercanía con la idea política de subvertir la dominación para la liberación de los pueblos. “Observa y escucha, Paula, que los ecos de los pueblos a veces suenan bajito, pero se logran escuchar si sabes escuchar”, me dijo en Chiapas, como un maestro que le hablaba a su alumna.

DE LA EDUCACIÓN SENTIMENTAL

Adolfo, en *Pasiones cardinales*, nos reveló cómo el primer ejemplar de André Bretón que llegó a sus manos fue *L'amour fou* en el año 1948, y este libro, “vivido junto con el primer

⁶ Elio Henríquez, “Aplaude Galeano el diálogo crítico de Adolfo Gilly, Villoro Toranzo y González Casanova”, *La Jornada*, 5 de mayo de 2015. En: <<https://www.jornada.com.mx/2015/05/05/politica/011n1pol>>.

descubrimiento del amor, fijó mi idea de la poesía, del amor y de la libertad. Después vino todo lo demás”.⁷

Adolfo siempre habló de la educación sentimental, emulando a Flaubert. Se refirió con ello a los personajes cardinales en la vida de sus personajes y en la de él mismo. Los surrealistas franceses, Octavio Paz, Mario Payeras, Alejandra Pizarnik, Felipe Ángeles, fueron algunos de los suyos en esa educación sentimental que cimentaron su vida política y pasional. Para mí, Adolfo sin duda es parte de mis personajes cardinales.

El capitán, como le decíamos los de la banda, sin duda fue y es mi mentor. Lo digo en tiempo presente porque sus enseñanzas no sólo fueron, siguen siendo. No hablo de ser la alumna que heredó *algo* de él, hablo de que su generosidad y su ejemplo dejaron huella en mí. Una huella política y sentimental, en el sentido de que en los años que pude acompañarle me enseñó y guio tanto que hoy, con una forma sencilla y propia de hacer las cosas, me dedico a acompañar y pensar con humildad para el hacer de algunos movimientos sociales en México. No sé si lo hago bien, pero lo hago con empeño y con la esperanza que guardan los que resisten.

A finales de la primavera de 2023 yo acababa de recibir la invitación para estar en otro lugar, con más responsabilidad dentro de la organización en la que doy servicio. Al capitán le dio mucho gusto cuando Araceli se lo contó. Las coincidencias, desde que lo vi en Atenco hasta la lucha en Chiapas, tomaban un sentido de concatenación profunda en mi vida y él lo supo. Se lo hice saber con un par de mensajes de *WhatsApp* que siempre me respondió, yo con la alegría de estar en el momento y él, quizá, con la nostalgia de lo que fue, pero sabiendo que de una u otra manera dejó una impronta importante en muchas de sus alumnas y alumnos.

⁷ Adolfo Gilly, *Pasiones cardinales*, p. 15.

La última vez que lo vi pudimos platicar un poco de Chiapas, de las familias buscadoras y lo que enfrentan cada día; del caso Ayotzinapa; de lo que pasa en Nicaragua. De hecho, una de sus últimas preocupaciones fueron los exatriados y desnacionalizados de Nicaragua por el régimen de Ortega. Él quería escribir una carta llamando a solidarizarse colectivamente con los presos políticos de la dictadura. No pudo hacerlo, pero sí supo que fueron liberados, aunque desterrados a Estados Unidos.

Esa tarde en Coyoacán no sabía que era la última vez que lo vería. Lo supe cuando me despedí de él porque me miró y me dio un beso largo en la mano, dándome las gracias, no sé de qué, porque los años que él me dejó acompañarlo siempre lo hice con mucha admiración, amor y respeto por quien es sin duda una persona cardinal en mi vida.

Escribo estas líneas con un fado de fondo. Ese fado que tanto le gustaba y que cuando extraño a mi mentor y profesor, me pongo a escuchar. Cuando veo una estrella, de esas que guían, imagino que es de tres puntas; en una de ellas está la poesía, en otra la libertad y en otra el amor, porque me gusta pensar que es la estrella en la que te convertiste, querido Adolfo.

FUENTES CONSULTADAS

GILLY, Adolfo, “Ayotzinapa: el crimen, la tragedia y el discurso”, *Sin Permiso*, 28 de diciembre de 2014, disponible en: <<https://www.sinpermiso.info/textos/ayotzinapa-el-crimen-la-tragedia-y-el-discurso>>. (Consultado: 20/11/2024).

———, “Cuando los estudiantes tumbaron el tinglado”, *La Jornada*, 8 de noviembre 2012, disponible en: <<https://www.jornada.com.mx/2012/11/08/opinion/018a1pol>>. (Consultado: 20/11/2024).

———, *Pasiones cardinales*, México, Cal y Arena, 2001, p. 15.

GONZÁLEZ, Ángel, “Bondad y revolución; Adolfo Gilly”, *Regeneración*, 9 de julio de 2023, disponible en: <<https://regeneracion.mx/opinion-bondad-y-revolucion-adolfo-gilly/>>. (Consultado: 20/11/2024).

HENRÍQUEZ, Elio, “Aplauda Galeano el diálogo crítico de Adolfo Gilly, Villoro Toranzo y González Casanova”, *La Jornada*, 5 de mayo de 2015, disponible en: <<https://www.jornada.com.mx/2015/05/05/politica/011n1pol>>. (Consultado: 20/11/2024).

ORDORICA, Imanol y Adolfo Gilly, “Ayotzinapa, crimen de Estado”, *La Jornada*, 6 de octubre de 2014, disponible en: <<https://www.jornada.com.mx/2014/10/06/opinion/007a1pol>>. (Consultado: 20/11/2024).



Ese Lucero llamado Adolfo

Edgar Urbina Sebastián

Facultad de Ciencias Políticas y Sociales-UNAM

Con cariño para Tessa

ADOLFO TRASHUMANTE

i De dónde viene el destino de las personas? Algunos dicen que el camino lo marca Dios; otros, que es cuestión de los astros. No lo sé, pero muchas veces los saberes, los aprendizajes y los senderos se parecen mucho a los de nuestros antepasados. Cuestión de genética o herencia social, vaya usted a saber. Comento esto porque Adolfo fue un ciudadano del mundo. ¿De dónde le venía esa pasión errante? En parte de su abuelo Malvagni, de nombre artístico “Mesmérés”.

MESMÉRIS

Aunque Adolfo no conoció a su abuelo, pues murió en 1901, desde pequeño escuchó de boca de su padre historias y anécdotas familiares y, para averiguar si eran ciertas o no, siguió su pista y logró rastrear parte de su pasado.

¿Quién era él? Mesmérés fue un artista viajero. Después de trabajar en varios países llegó a nuestra nación en 1898. Su acto era de corte trágico, entre las obras que montaba estaban *Hamlet* y *Otelo*. También tenía una obra titulada *El Rayo*,

en ella representaba a una *cocotte*¹ francesa, a un viejo verde portugués, a una vieja napolitana, a un mozo de café, a un político y a un charro mexicano, en cada uno de sus personajes imitaba sus acentos y su idioma. Llegaba a interpretar hasta 100 personajes y podía realizar 200 transformaciones, cada una de ellas en menos de un segundo. Dio funciones en Veracruz, Orizaba, Córdoba, Tehuacán, Puebla, Guadalajara, Hidalgo, San Luis Potosí, Morelia, Aguascalientes, León, Oaxaca, Toluca, Monterrey y en la ciudad de México. En la capital se presentó en el Teatro Nacional y en el Circo Teatro Orrín. Era políglota (Adolfo también lo era), hablaba inglés, francés, italiano, portugués y español.

El 5 de abril de 1899 sufrió un accidente al estar ensayando un acto de fuego, produciéndose una herida en la cabeza. Fue filántropo, dio funciones de beneficencia en favor de sus compañeros artistas y para algunas fundaciones. En julio de 1899 actuó en honor del embajador americano Clayton, y luego para el nuncio apostólico Averardi. Más tarde se dirigió a trabajar a Estados Unidos y Canadá. Los diarios dieron la noticia de que había triunfado en el New York Theatre. Trabajó en Boston, Filadelfia, Chicago, San Francisco, Nueva Orleans, Cincinnati, Albany, Baltimore; y Montreal, Toronto, Ottawa y Quebec, en Canadá. Después regresó a nuestro país a hacer una corta temporada. El domingo 11 de marzo de 1900, el Teatro Principal de Veracruz donde trabajaba se incendió. Mesméis sufrió quemaduras en las manos, un brazo y una pierna. Ahí terminó su estancia en México, después se dirigió a París. Meses más tarde, la prensa mexicana dio la noticia de su muerte, que estaba envuelta en el misterio y en un halo de romanticismo trágico. Se dijo que se había sui-

¹ El término *cocotte* era utilizado para nombrar a los niños pequeños, con el paso del tiempo fue usado para denominar a las prostitutas más elegantes durante la *Belle Époque* en Francia.

cionado a causa de una mujer. En la familia se contaba que “lo había asesinado el marido”, frase críptica que todos menos los niños entendían.²

La historia continúa con Delfa Esther Gilly y Atilio Malvagni, progenitores de Adolfo y de sus hermanas Delfy y Graciela. Atilio fue un abogado marítimo que por cuestiones de salud no había podido continuar su carrera en la marina, aunque llegó a ser capitán de la Armada, el mar era su pasión. No obstante, siempre estuvo atado a la vida naval como litigante. Si bien fue más sedentario, el espíritu del marino viajero siempre se mantuvo. Quizás el mar lo tentaba constantemente, así como al capitán de Neruda:

El viento es un caballo:
óyelo cómo corre
por el mar, por el cielo.

Quiere llevarme: escucha
cómo recorre el mundo
para llevarme lejos.³

² Los datos aquí presentados fueron recopilados de varios periódicos que a continuación se detallan: *El Cómic. Semanario* (1898-1899), *El Correo Español* (1898-1899), *El Chisme* (1899), *El Diario del Hogar* (1898-1901), *Frégoli* (1898-1899), *El Imparcial* (1898), *El Mundo Ilustrado* (1898-1899), *El Nacional* (1898), *La Patria* (1898-1899), *El Popular* (1898-1900), *El Tiempo* (1898-1901), *The Two Republics* (1898-1899), *El Universal* (1898-1900), *La Voz de México* (1898-1899), *The Mexican Herald* (1898-1899), *El Comercio de Morelia —Michoacán—* (1898-1899), *El Amigo de la Verdad —Puebla—* (1900), *Periódico Oficial del Estado de Querétaro-La Sombra de Arteaga —POE de Querétaro—* (1900), *El Contemporáneo —San Luis Potosí—* (1900-1901), *El Eco de Tabasco* (1909).

³ Pablo Neruda, *Los versos del capitán*, p. 28.

Ese ánimo de hacerse a la mar se reflejó en Adolfo, quien dejó su tierra natal para buscar otros horizontes. De esta manera viajó a Bolivia, Colombia, Perú, Francia, Cuba, Italia, Chile, Guatemala, Brasil, Uruguay y muchos lugares más, hasta finalmente lanzar el ancla en nuestro país, al que siempre quiso, y se instaló en el Distrito Federal, en esta ciudad milenaria, surrealista, donde voces se encuentran, se sienten, se viven; pero dejemos que Adolfo nos muestre una postal:

He vivido en ciudades: una en donde el rechinar del tranvía en la curva me despertaba en la madrugada; aquella otra donde, al abrir al rocío la puerta de mi pieza, al fondo del paisaje había la luz de un volcán nevado, aquella más donde un canal pasaba bajo mi balcón. En ninguna como en esta nuestra ciudad hurañña de ojos abiertos y burlones me sucedió que cada día, todavía esta mañana, apareciese un colibrí en mi ventana.⁴

Suelen decir “Si ves a un colibrí, es un ser querido quien te visita”, y yo cada que veo uno pienso en ti, Adolfo.

LAS MIL Y UNA FACETAS

Llamadme Ismael

HERMAN MELVILLE⁵

La frase arriba escrita es con la que inicia la novela *Moby Dick*, tal parecería que con el nombre uno podría darse cuenta de quién es una determinada persona, no obstante

⁴ Adolfo Gilly, “El colibrí”, p. 88.

⁵ Herman Melville, *Moby Dick*, p. 21.

siempre es difícil saber a profundidad sobre ella, y lo mismo ocurre con el personaje de la novela, quien es el narrador pero también el protagonista, y la vida de uno y otro se tocan constantemente, ello hace difícil obtener el cabal perfil del personaje; lo mismo ocurre con la gente, es mucho más complicado cuando nos acercamos a una persona extraordinaria como Adolfo Gilly.

Así como el general Felipe Ángeles —el militar biografiado certeramente por Adolfo—⁶ tuvo muchas facetas y le molestaba que se le identificara con sólo una, de igual manera podríamos decir de Adolfo, quien fue un hombre multifacético. Esa heterogeneidad se reflejó en los diversos seudónimos por él adoptados, y así como su abuelo Mesmérés en el escenario tenía la capacidad de representar 200 personajes diferentes, Adolfo asumió diversos alias: “Héctor Lucero”, “Esteban Molina” o “Tury”. Esa inclinación a tomar otros nombres es una constante en quienes están al interior de los grupos armados, no sólo para su protección y la de sus compañeros, sino también como una especie de homenaje. A propósito, unas líneas de Eduardo Galeano:

Arturo Alape me cuenta que Manuel Marulanda Vélez, el famoso guerrillero colombiano, no se llamaba así. Hace cuarenta años, cuando se alzó, él se llamaba Pedro Antonio Marín. Por entonces, Marulanda era otro: negro de piel, grandote de tamaño, albañil de oficio y zurdo de ideas. Cuando los policías golpearon a Marulanda hasta matarlo, sus compañeros se reunieron en una asamblea y decidieron que Marulanda no se podía acabar. Por unanimidad le dieron el nombre a Marín, que desde entonces lo lleva.

⁶ Adolfo Gilly, *Felipe Ángeles, el estratega*.

También el mexicano Pancho Villa llevaba el nombre de un amigo que le mató la policía.⁷

Lucero, Esteban, Tury, Adolfo, entre tantas caras, entre tantas facetas, es difícil ver sólo una de ellas. Algunas se ven reflejadas en el presente volumen: historiador, político, militante, viajero, pero creo que una de las que más le gustó fue la de docente, así eran sus gestos y sus modos, tanto en clase como fuera de ellas, aunque en las aulas tenían más énfasis.

LA PASIÓN POR LA DOCENCIA

La docencia es una profesión con alto grado de responsabilidad. Existen miles de maestros, pero sólo unos cuantos quedan en la memoria de sus estudiantes. Con su actuar se ganan el respeto y el cariño, y Adolfo siempre mostró ser un gran profesor: nunca se le vio tratar con desdén, insultar, gritar o criticar a un alumno. Cuando algo llegaba a desesperarle, sólo se mecía el pelo, guardaba la calma y con paciencia repetía las reflexiones al estudiante en cuestión.

Uno de sus modos de explicación era contar anécdotas.

Creo que por ello le gustaba hacer referencia constante a aquel relato de cuando, antes de la batalla de Zacatecas, Felipe Ángeles y Francisco Villa tuvieron un encuentro. Ahí el Centauro del Norte le contó a su jefe artillero cómo fue recibido su ascenso a general brigadier durante el gobierno de Francisco I. Madero por los militares federales, quienes se burlaban de él y con sorna le decían “mi general honorario”. Ellos creían que Villa no se daba cuenta, pero éste registró el hecho y lo guardó en la memoria. Ese tipo de actos hicieron que Villa no tuviera amistad con esos militares, a excepción

⁷ Eduardo Galeano, “Nombres”. El EZLN también asume esa actitud.

de los generales Antonio M. Rábago y Guillermo Rubio Navarrete, a quienes consideró con una buena actitud. Villa se caracterizaba por ser un buen lector de seres humanos, en los tratos, en las palabras. Era muy sensible en su acercamiento con la gente, le bastaba solamente con mirar sus gestos, sus modos.

En ese sentido van dos ejemplos.

Adolfo contaba que durante su estancia en la guerrilla de Guatemala al grupo llegó un joven, estudiante, proveniente del ámbito urbano. Al comandante Marco Antonio Yon Sosa no le cayó bien en un primer momento, pues lo consideraba un tipo privilegiado que jugaba a ser guerrillero. Pero un día el trato del militar cambió, el motivo: una tarde Yon Sosa había ido en búsqueda del joven a su habitación, abrió la puerta sin tocar y encontró al joven zurciendo su calcetín roto. Desde ese día las cosas fueron diferentes. Adolfo no daba explicaciones y no necesitaba hacerlo, a veces los pequeños actos son los más significativos.

Una anécdota personal: una noche fuimos con un grupo de sus entonces estudiantes a tomar una cerveza a un bar en Coyoacán, el lugar en cuestión estaba atiborrado y había una larga fila de espera para poder entrar. El encargado de la entrada era un exalumno que reconoció a Adolfo, se acercó a donde estaba, lo saludó y le dijo que podíamos pasar. Ahí el docente dio otra lección, tal vez sin proponérselo. Después de saludarlo de manera cortés y preguntarle cómo le iba, agradeció el ofrecimiento y dijo que esperaríamos en la fila, porque él no iba a pasar sobre nadie. Este hecho sería uno de los múltiples pequeños grandes actos en la cotidianidad de la vida personal de Adolfo, que tal vez parecerían simples pero que no lo eran, no lo son. Su experiencia le permitía entender la vida y la Historia de otra manera, y trataba de inculcar esa visión en sus alumnos. Adolfo, al igual que Villa y Yon Sosa, era un fino lector de los seres humanos.

Hay dos referentes históricos mexicanos muy claros e identificables para Adolfo Gilly: Lázaro Cárdenas y Felipe Ángeles.

Investigando la vida del general Lázaro Cárdenas le llamaban la atención precisamente esas cuestiones humanas. Dos historias:

A Adolfo le gustaba narrar cuando Cárdenas, una tarde después de la jornada laboral, citó a miembros de su gabinete para el día siguiente ya que, dijo, un grupo de campesinos los había invitado a comer. Por la mañana se presentaron los ministros, arreglados a la usanza campesina, y recibieron un regaño. Cárdenas les preguntó por qué vestían así, y si alguna vez habían trabajado la tierra o habían sido campesinos; al recibir una respuesta negativa, los mandó a cambiarse y portar su mejor traje, dijo que los campesinos les habían hecho una cordial invitación y, por lo tanto, deberían mostrarles respeto, darles la importancia debida y no aparentar ser lo que no eran.

Si nosotros buscamos fotografías podremos observar que el general Cárdenas en sus múltiples encuentros con los campesinos casi siempre iba vestido elegantemente, y esto que hoy podría dar pie a una serie de críticas, era un acto de respeto. Cuántos políticos tenemos hoy en día que tienen que “disfrazarse” para fingir ese acercamiento con la gente, con una actitud irreal, y portan una indumentaria de algún grupo indígena, campesino o de un oficio que nunca han practicado en la vida, ¡eso sí es una ofensa y una burla! En Cárdenas siempre hubo un trato cordial a los individuos, en Adolfo también. Por ello se ganó el cariño de sus estudiantes y su relación siempre fue de respeto; a todas y a todos, si no había acercamiento, les hablaba de “usted”.

Esa misma actitud también la vio cuando estuvo en campaña con el ingeniero Cuauhtémoc Cárdenas, en 1988. En

algunas ocasiones los asistentes a los mítines le ofrecían un regalo al candidato, muchas veces un animal —un conejo, una gallina o un guajolote—, inmediatamente los ayudantes de Cárdenas se aproximaban para poder agarrarlo —contaba Adolfo—, pero la gente se resistía a dárselos; cuando el ingeniero se daba cuenta de la situación se acercaba, tomaba al animal y la multitud lo daba con singular alegría, no importaba que después, ahora sí, se lo pasara a los elementos de su comitiva.

Todos esos actos vividos, aprendidos, de conocer los intereses, el modo de hablar y de pensar de los de abajo y su contacto con la gente, le daban un *feeling* especial a Adolfo. No por nada —como lo comentó Luis Hernández—, alguna vez un campesino dijo que era uno de ellos quien había escrito *La revolución interrumpida*.

Esa actitud de comprensión también la vemos presente en el otro personaje que le atraía a Adolfo: Felipe Ángeles. Para muchos es inexplicable la relación de amistad que mantenía con Francisco Villa. Creo que las razones van fundamentadas en esa condición de respeto e inclusive admiración que tuvo Ángeles hacia el líder revolucionario. Felipe llegó a la División del Norte y al arribar al campamento rebelde se encontró con un jefe militar popular. Para entonces Ángeles tenía el cargo de subsecretario de Guerra, anteriormente había estudiado en Francia y había dirigido el Colegio Militar; pese a todos esos antecedentes, su comportamiento no fue el de tratar de imponerse sobre el caudillo, por el contrario, se puso a sus órdenes y escuchó consejos. No con la actitud de superioridad, ni mucho menos de menosprecio a Villa, como la que le habían dispensado antes los jefes federales y como lo haría después Venustiano Carranza, no, sino que Ángeles llegó reconociendo la importancia del general y con el ánimo de aprender de él. Ello le ganó la estimación del Centauro del Norte, quien le permitió dormir en el mismo carro,

en la misma litera, donde la cercanía hizo que surgiese una amistad que con el tiempo se hizo cada vez más fuerte.

LA TEORÍA Y LA PRAXIS

Instrúyanse, porque tendremos necesidad de toda vuestra inteligencia. Agítense, porque tendremos necesidad de todo vuestro entusiasmo. Organícense, porque tendremos necesidad de toda vuestra fuerza

ANTONIO GRAMSCI

Las aulas, comúnmente, son el espacio donde se desarrollan las tareas del docente; no obstante, sus alcances siempre van mucho más allá de ese sitio. Se dice que el proceso de enseñanza-aprendizaje tiene el fin de adquirir una serie de conocimientos, y aquí la pregunta sería ¿para qué?, y ligado con esa cuestión se debería agregar ¿cuál es el trabajo del docente? Una de las múltiples respuestas la da la maestra, poeta y anarquista Louise Michel: “La tarea de los maestros, esos soldados oscuros de la civilización, es dar al pueblo los medios intelectuales para rebelarse”⁸. Esta frase, sumamente esclarecedora, muchas veces daba la bienvenida o despedía a los alumnos de Adolfo que iban a verlo a su cubículo para recibir una asesoría o comentar algún asunto relacionado con la academia.

Las líneas citadas son importantes, nos dicen que se debe obtener conocimientos no para un desarrollo personal y egoísta, sino para ser aplicados en la transformación de la realidad con la que se está inconforme. Y en efecto, el quehacer de Adolfo iba en esa dirección, no se quedaba sólo en la

⁸ Louise Michel, *Memorias*.

teoría, lo llevaba a la práctica, y esa era la regla en su relación con sus estudiantes.

Ese enlace con los alumnos mexicanos se había dado, sin él saberlo, desde que fue hecho prisionero en nuestro país y encerrado en la cárcel de Lecumberri, en el año de 1966.

Dos años después, desde su celda Adolfo leía las noticias de los periódicos que daban cuenta del movimiento estudiantil de 1968. Afuera, los jóvenes universitarios se habían apoderado de las escuelas, explanadas y avenidas, y lanzaban sus consignas y peticiones: disolución del cuerpo de granaderos, destitución de algunos jefes policiacos, la derogación del artículo 145 del Código Penal Federal y la liberación de los presos políticos, entre ellos Adolfo Gilly, quien ya era un referente por su acompañamiento al movimiento armado guatemalteco MR-13, cuando las guerrillas eran planteadas como un medio para poder transformar la sociedad y se hacían presentes, en esa década y en la siguiente, en gran parte de Latinoamérica. Ese lazo Adolfo-universitarios duraría toda la vida.

Adolfo se incorporó a la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) en 1977, y de esta manera dio impulso a su carrera como docente, tarea a la que se entregó con vida y corazón. Con el paso del tiempo, se convirtió en uno de los maestros más destacados, siendo reconocido como Profesor Emérito en 2009.

El estar frente a grupo era algo que deseaba, para ello se había formado, se había titulado como maestro por la Escuela Normal de Profesores “Mariano Acosta” de Buenos Aires, Argentina, y ahora era momento de poner en práctica lo aprendido. Aunque había sido periodista, militante, se había formado como docente y ese era su fin. Así como en Felipe Ángeles —algún tiempo maestro y director del Colegio Militar—, su anhelo fue tomar las armas y convertirse en soldado y así lo hizo, llegando a ser uno de los mejores

generales villistas, aunque la docencia siempre fue parte de él; Adolfo, el militante, se convirtió en docente, pero la lucha siempre lo acompañó, dándole una perspectiva muy particular a sus clases.

Como profesor, Adolfo preparaba con sumo cuidado sus cátedras, perfectamente estructuradas; organizaba con detenimiento sus cursos, la bibliografía miraba siempre a los grupos populares; no por nada la escritura de *La revolución interrumpida*. Los autores por él utilizados eran: Edward P. Thompson, Ranajit Guha, Antonio Gramsci, Walter Benjamin, entre otros.

En 1986 estalló la huelga en la UNAM, provocada por las intenciones del entonces rector Jorge Carpizo de quitar el pase reglamentado y de llevar a cabo una reforma en las tasas de matriculación. Entre los académicos que estuvieron acompañando la lucha de los estudiantes estuvo Adolfo Gilly, se diría después que: “El punto principal era si la educación pública seguía siendo gratuita, si seguía siendo un derecho en vez de un servicio. Se trataba de defender una cierta forma de República”.⁹

Para 1999, en pleno apogeo del neoliberalismo en nuestro país, durante el gobierno de Ernesto Zedillo Ponce de León, hubo una nueva intentona de cerrar las puertas a un sector de la población, se pretendió establecer el sistema de cuotas. Adolfo, aunque en esos años estaba acompañando a Cuauhtémoc Cárdenas en la jefatura de gobierno del Distrito Federal, vio con buenos ojos el movimiento estudiantil y escribió varios artículos en apoyo a los universitarios.

Cuando la Policía Federal Preventiva entró a Ciudad Universitaria, él condenó el acto e inclusive esto le provó un distanciamiento con Cárdenas. Una de las fotografías icóni-

⁹ Reyes Martínez Torrijos, “Adolfo Gilly explicó los movimientos sociales con una visión de izquierda”, *La Jornada*, 5 julio de 2023.

cas de la toma de las instalaciones de la Facultad de Filosofía y Letras es la del momento en que, en medio de la mirada absorta de los policías, una pareja de estudiantes se abraza de manera conmovedora. Ésta era una de las imágenes preferidas de Adolfo, y que adornaba una las paredes de su cubículo.

Como en toda relación, no todas las cosas son armónicas. Un hecho que distanció a Adolfo del movimiento estudiantil, y aun del Ejército Zapatista de Liberación Nacional, fue cuando el EZLN llegó a la ciudad de México. En ese momento, Adolfo condenó que el auditorio “Che Guevara”, de la Facultad de Filosofía y Letras, siguiera ocupado, pues eso le quitaba un espacio a la universidad y al estudiantado. Hoy en día el inmueble sigue tomado.

Adolfo, a pesar de sus críticas, siempre estuvo ahí, acompañando, haciéndose presente, sabedor de que la educación también está fuera de las aulas, en la defensa de la universidad y en la lucha para permitir el acceso a la educación a todas y todos.

La frase de Louise Michel continúa y continuará en la puerta de su cubículo.

CLÍO Y CALÍOPE

En la formación, más allá de la teoría y de la práctica, una destreza que le interesaba desarrollar a Adolfo en sus estudiantes era la escritura.

Él en lo personal era demasiado cuidadoso en este aspecto. Cuando escribía un correo, lo revisaba una y otra vez: buscaba la palabra o la frase correcta, que la puntuación estuviese en su lugar e inclusive que el tamaño de la letra y su acomodo fuera el adecuado.

Una de sus recomendaciones era que, para poder escribir bien, había que leer, pero no cuestiones teóricas sino lite-

ratura, con ello se acrecentaría el léxico y mejoraría la ortografía y el estilo.

La literatura siempre estuvo acompañando la vida y los textos de Adolfo. *La revolución interrumpida* fue comentada de manera elogiosa por el escritor y Premio Nobel Octavio Paz, el intelectual al que muchos no quieren, pero a quien Adolfo siempre respetó y leyó de manera constante.

Paz en carta le diría:

Por fortuna un amigo me prestó hace unos días un ejemplar. Lo leí de un tirón. Su contribución a la historia de la Revolución Mexicana es notable. No lo es menos la que hace a la historia viva, quiero decir, a la historia de México que en estos días, todos vivimos y hacemos (o, a veces, deshacemos).

Usted ha dicho varias cosas nuevas, ha recordado otras que habíamos olvidado y ha iluminado algunas que nos parecían oscuras.¹⁰

En sus reflexiones históricas, Adolfo acudía a los textos narrativos. Para poder conocer el comportamiento y el pensar de los soldados no recurría a la teoría sino consultaba *La guerra y la paz* de Tolstói. Era importante conocer las actitudes y los pensamientos a través de la narrativa.

Cuando uno lee novelas históricas, del siglo XIX o de este siglo [decía Adolfo], uno vive la historia, aun las que son ficción están construidas en determinadas épocas históricas, y por eso se viven: Martín Luis Guzmán recrea el mundo de la historia. Por eso cuando escribimos historia o ensayos de historia hay

¹⁰ Octavio Paz, *El ogro filantrópico. Historia y política, 1971-1978*, p. 109.

que soñarlo, hay que pensar cómo se están viendo estos personajes, estas batallas.¹¹

La literatura no sólo estaba presente en sus análisis, sino también en los títulos de sus obras. Ninguno fue dejado al azar.

Así, dos de sus más grandes obras *El cardenismo. Una utopía mexicana* y *Felipe Ángeles, el estratega*,¹² tienen ciertos guiños a las obras de Tomás Moro y Álvaro Mutis. Pero también algunos otros son metafóricos y poéticos, por ejemplo, *Pasiones cardinales* y *El siglo del relámpago*,¹³ en el que hace referencia a las *Tesis sobre la Historia*¹⁴ de Walter Benjamin, a quien su madre, cuando era pequeño, le leía cuentos y ese gusto lo llevaría a ser crítico literario.

La literatura también tocaba a los personajes tratados por Gilly: Ángeles soñaba en ser Athos, y Francisco Villa en comprarse unas botas como las de *Los Tres Mosqueteros*.¹⁵

Adolfo consideraba que la tarea del historiador siempre debía ser cercana a la del novelista, no por nada el nombre del evento realizado en su honor en 2009 —al que siempre estuvo renuente—, fue él quien lo escogió: “Coloquio internacional Miradas sobre la historia. Historiadores, narradores y troveros”, y que más tarde se materializó en una publicación.¹⁶

¹¹ Adolfo Gilly, participación en el ciclo “La importancia de Clío: reflexiones en torno a la historia”, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, jueves 24 de mayo del 2018.

¹² Adolfo Gilly. *El cardenismo. Una utopía mexicana*; Adolfo Gilly, *Felipe Ángeles, el estratega*; Tomás Moro, *Utopía*; Álvaro Mutis, *La muerte del estratega y otro relato*.

¹³ Adolfo Gilly, *Pasiones cardinales*; Adolfo Gilly, *El siglo del relámpago. Siete ensayos sobre el siglo XX*.

¹⁴ Walter Benjamin, *Tesis sobre la historia y otros fragmentos*.

¹⁵ Adolfo Gilly, “La División del Norte y Los Tres Mosqueteros”, *Revista de la Universidad de México*, pp. 49-53.

¹⁶ Rhina Roux y Felipe Ávila (Comps.), *Miradas sobre la historia. Homenaje a Adolfo Gilly*. El coloquio en cuestión fue realizado del 17 al 19

Lo mismo sucedió con otros eventos por él organizados. En 2016 llevamos a cabo un ciclo de conferencias denominado “La historia en tiempos de cólera: Investigación, imaginación y escritura”, que sirvió de metáfora para discutir los tiempos sombríos que vivíamos, que seguimos viviendo, y que obviamente remitía a la novela de Gabriel García Márquez.¹⁷

Es por ello que Adolfo también gustaba de la lectura del historiador italiano Carlo Ginzburg, que también tenía mucho de literario y narrativo, piénsese en su célebre libro *El queso y los gusanos*,¹⁸ y no era una casualidad el título metafórico, pues el gusto de Ginzburg por la literatura le venía de familia: su padre fue el intelectual Leone Ginzburg y su madre la célebre escritora Natalia Ginzburg. A Adolfo, asimismo, lo acompañaba el espíritu de su abuelo: gustaba de Henry Melville y su *Moby Dick*; los oleajes, la aventura y la mar estarían presentes.

El escribir bien no estaba peleado con la profundidad en el análisis. Por ello admiraba a Friedrich Katz, consideraba que su libro *Pancho Villa*¹⁹ cumplía con ambos objetivos:²⁰ un texto histórico muy literario.

EL OFICIO DE HISTORIAR

Como todo buen investigador, Adolfo tenía una paciencia salomónica y un gran olfato rastreador de huellas, leía docu-

de noviembre de 2009 en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM, y en El Colegio de México.

¹⁷ Gabriel García Márquez, *El amor en los tiempos del cólera*. El coloquio citado se realizó del 3 al 27 de octubre de 2016 en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM.

¹⁸ Carlo Ginzburg, *El queso y los gusanos. El cosmos según un molinero del siglo XVI*.

¹⁹ Friedrich Katz, *Pancho Villa*.

²⁰ Adolfo Gilly, “Friedrich Katz: los adioses. Aquel que se salvó ha vuelto a Viena”, *Revista de la Universidad de México*, pp. 6-13.

mentos, tomaba notas, miraba con ojo escudriñador, y lograba observar cosas que para otros eran invisibles. Aquí estaba muy cercano a la mirada de ese otro gran explorador, Carlo Ginzburg.²¹

Con dudas, luego con incertidumbre y finalmente con asombro, en el proceso de investigación, yo veía cómo Adolfo escogía fojas que parecían tener poca o nula importancia en el tema, y observaba cómo con esa “paja” iba construyendo poco a poco, hasta finalmente convertirla en un castillo sólido y hermoso. Todo ello era producto de un “oficio” desarrollado a lo largo de los años y que le permitía, con gran sentido y maestría, llegar a resultados admirables; así lo hizo en su artículo “¿Y de mis caballos, qué?”.²²

Era un excelente historiador, un gran docente, pero sobre todo un ser humano incomparable que a veces se permitía ciertas travesuras. Como aquella vez, Adolfo, en que colgaste en tu cubículo la fotografía en la que saludabas a Juan Pablo II, y muchas veces las personas al verlo ponían los ojos cuadrados de incredulidad, como exclamando: “¡Vaya! ¡Éste salió más papista que el Papa!”, de lo que no se daban cuenta era de la sonrisa picaresca que tenías al momento del saludo, y también al ver la expresión que ponían.

Tessa, su querida compañera, evoca:

Le divertía mucho a Adolfo provocar o sorprender a la gente, sacarlos de sus papeles conocidos y ensayados y pescar al vuelo reacciones frescas. Según él, en esta foto, no sólo la expresión de los protagonistas sino la manera misma de estirar la mano, manteniendo la mayor distancia posible entre

²¹ Carlo Ginzburg, *El hilo y las huellas. Lo verdadero, lo falso, lo ficticio*.

²² Adolfo Gilly, “¿Y de mis caballos, qué? Un incidente en la vida del general Felipe Ángeles”, pp. 37-67.

los cuerpos, reflejaba el carácter cómico de la situación: más “Vade Retro” que bienvenida.²³

Las líneas podrían continuar, como las olas que se van sucediendo, pero habrá que dejar este escrito porque también hay que saber cuándo es el momento de arribar a puerto. No obstante, quiero cerrar este escrito agradeciéndote por todo lo brindado.

Gracias por las enseñanzas, la guía, la paciencia, la formación.

Gracias por presentarme, en sueños, a tu padre.

Gracias por ese abrazo, esas lágrimas y por regalarme unas de las palabras más bellas que alguien pudiera escuchar.

Gracias por ser ese Lucero que hoy me sigue acompañando.

Gracias por tanto, querido Adolfo, gracias por todo.

FUENTES CONSULTADAS

Bibliográficas

ÁVILA, Felipe y Rhina Roux (coords.), *Miradas sobre la historia. Historiadores, narradores y troveros*, México, Era, 2013.

BENJAMIN, Walter, *Tesis sobre la historia y otros fragmentos*, traducción y presentación de Bolívar Echeverría, México, Contrahistorias. La otra mirada de Clío, 2005.

GALEANO, Eduardo, “Nombres”, *El libro de los abrazos*, México, Siglo XXI, 2015.

GARCÍA MÁRQUEZ, Gabriel, *El amor en los tiempos del cólera*, México, Diana, 2015.

GILLY, Adolfo, *Felipe Ángeles, el estratega*, México, Era, 2019.

²³ Comunicación con Tessa Brisac.

- , “Friedrich Katz: los adioses. Aquel que se salvó ha vuelto a Viena”, *Revista de la Universidad de México*, Nueva época, núm. 129, noviembre 2014, pp. 6-13.
- , “La División del Norte y Los Tres Mosqueteros”, *Revista de la Universidad de México*, núm. 101, julio 2012, pp. 49-53.
- , “El colibrí”, *Revista de la Universidad de México*, Nueva época, núm. 93, noviembre 2011, p. 88.
- , “¿Y de mis caballos, qué? Un incidente en la vida del general Felipe Ángeles” en Adolfo Gilly (comp.), *Felipe Ángeles en la Revolución*, México, Era/Conaculta, 2008, pp. 37-67.
- , *El siglo del relámpago. Siete ensayos sobre el siglo XX*, México, Ítaca/La Jornada, 2002.
- , *Pasiones cardinales*, México, Cal y Arena, 2001.
- , *El cardenismo. Una utopía mexicana*, México, Cal y Arena, 1994.
- , *La revolución interrumpida*, México, Ediciones El Caballito, 1971.
- GINZBURG, Carlo, *El hilo y las huellas. Lo verdadero, lo falso, lo ficticio*, México, FCE, 2010.
- , *El queso y los gusanos. El cosmos según un molinero del siglo XVI*, México, Océano, 2008.
- KATZ, Friedrich, *Pancho Villa*, México, Era, 2004, 2 tomos.
- MARTÍNEZ TORRIJOS, Reyes, “Adolfo Gilly explicó los movimientos sociales con una visión de izquierda”, *La Jornada*, 5 julio 2023.
- MELVILLE, Herman, *Moby Dick*, Madrid, Anaya Editores, 2019.
- MICHEL, Louise, *Memorias*, traducción de Xavier Bonet Casals, España, MRA Ediciones, [1886], 2021.
- MORO, Tomás, *Utopía*, Buenos Aires, Colihue, 2009.
- MUTIS, Álvaro, *La muerte del estratega y otro relato*, México, Santillana, 1995.
- NERUDA, Pablo, *Los versos del capitán*, Buenos Aires, Editorial Losada, 1953.
- PAZ, Octavio, *El ogro filantrópico. Historia y política, 1971-1978*, México, Joaquín Mortiz, 1979, p. 109.

Conferencias

- Ciclo de conferencias “La historia en tiempos de cólera: Investigación, imaginación y escritura”, realizado del 3 al 27 de octubre del 2016 en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM.
- “Coloquio internacional. Miradas sobre la historia. Historiadores, narradores y troveros”, realizado del 17 al 19 de noviembre de 2009 en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM y El Colegio de México.
- GILLY, Adolfo, participación en el ciclo “La importancia de Clío: reflexiones en torno a la historia”, realizado el jueves 24 de mayo del 2018 en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM.

Hemerográficas

- El Cómicó. Semanario* (1898-1899)
- El Correo Español* (1898-1899)
- El Chisme* (1899)
- El Diario del Hogar* (1898-1901)
- Frégoli* (1898-1899)
- El Imparcial* (1898)
- El Mundo Ilustrado* (1898-1899)
- El Nacional* (1898)
- La Patria* (1898-1899)
- El Popular* (1898-1900)
- El Tiempo* (1898-1901)
- The Two Republics* (1898-1899)
- El Universal* (1898-1900)
- La Voz de México* (1898-1899)
- The Mexican Herald* (1898-1899)
- El Comercio de Morelia, Michoacán* (1898-1899)
- El Amigo de la Verdad, Puebla* (1900)

Periódico Oficial de Estado de Querétaro-La Sombra de Arteaga (POE de Querétaro) (1900)

El Contemporáneo, San Luis Potosí (1900-1901)

El Eco de Tabasco (1909)



Las versiones de Adolfo que conocí

Karla Valverde Viesca

Centro de Estudios Políticos.

Facultad de Ciencias Políticas y Sociales-UNAM

Me emociona profundamente la invitación para participar en este encuentro en el que estamos recordando a Adolfo Gilly. La ocasión me ha hecho regresar a mis años como estudiante de la preparatoria, pues fue entonces cuando tuve mi primer contacto con Adolfo al leer *La revolución interrumpida* (1986). Y no sólo eso, también me ha conducido a recuperar una experiencia única, como aquellas que vives cuando primero lees un libro y luego ves una película. En esta remembranza, primero leí a Gilly y luego lo conocí en muchas ocasiones.

No sé si éste es su libro más leído, pero sin duda tuvo un impacto internacional significativo: se tradujo a varios idiomas y marcó un punto de inflexión en la revisión de la Revolución Mexicana. Sin embargo, para quienes tuvimos el privilegio de conocerlo, aunque su obra es excepcional, nada superaba la experiencia de conversar con él. Escucharlo siempre iba más allá de lo que había escrito.

Mi gusto por leer lo aprendí en casa, siempre llena de libros y de conversaciones sobre ellos. Y, en efecto, la primera vez que conocí a Gilly fue a través de su lectura, pero en

mi primer año de la preparatoria, conversando con Marisa López Santibáñez, de manera casual me dijo: “¿Sabes que Adolfo vive en el mismo edificio que yo?”, a lo que respondí: “¿Quién es Adolfo?”. “Gilly, el autor que estábamos comentando”, me respondió. Obviamente me impacté.

Visité muchas veces la casa de Marisa, pero sólo en una ocasión nos encontramos con Adolfo. Recuerdo que entraba por el patio con jardín antes de llegar a la puerta principal. Intercambiamos un simple “Hola”.

El edificio sigue en la calle de Allende, en la esquina con Xicoténcatl, frente al Mercado de Coyoacán. A lo largo de los años, he pasado muchas veces por ahí y aún conserva su estructura, su jardín y su característico color azul.

Tres años después, ingresé a la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales. Como parte de mis primeras actividades como estudiante, asistí a un coloquio que se llamó “Trotsky, Revelador Político del México Cardenista (1937-1987)”. Ese evento marcó mi tercer encuentro con Adolfo Gilly, pero fue la primera vez que lo escuché en una conferencia. Comparto con ustedes que su relato fue interesante, pero en ese momento lo revelador para mí fue ponerle palabras y rostro a un libro.

Aunque nunca tomé clases con Adolfo en la facultad, sin duda fue mi maestro. Aprendí de él a través de sus libros, de nuestras conversaciones en los pasillos, de sus conferencias y de encuentros más informales, como comidas. También lo fue en mis recorridos por el Centro de Estudios Políticos (CEP), donde Luis Alberto de la Garza, entonces coordinador, me invitó a trabajar.

A partir de ese momento, mi vida tomó un nuevo rumbo. Mi incorporación al centro coincidió con el legado de la crisis de los años ochenta y con una serie de movimientos sociales que habían impactado a la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Era un periodo de reformas y

de liberalización promovida por organismos multilaterales, con efectos profundos en la economía mundial. La escalada de la pobreza y el incremento de la desigualdad causaban estragos en América Latina. En ese momento, y sin dudar lo digo, daría un giro mi vida.

Los daños fueron incalculables. Años más tarde, la década de los ochenta sería recordada como una “década perdida”, y la región latinoamericana, como la más desigual del mundo.

Nuestro país no fue la excepción, y los recortes al presupuesto universitario se hicieron visibles frente a la falta de espacios para quienes queríamos iniciar nuestro camino en la vida académica. Fueron años difíciles y también de un arduo abrirse paso, en un espacio donde a diario se interactuaba con quienes, desde la facultad, marcaban las pautas para el análisis y la reflexión política del país. Me recibieron en su cubículo Olivia Gall Sonabend y María del Carmen Solórzano Marcial. Fue una época maravillosa donde aquilaté amistades y reafirmé la importancia de continuar con mis estudios de maestría para profundizar en el ámbito académico.

Fue Olivia quien me presentó a Adolfo. Lo recuerdo bien porque fue conocer a quien había escrito ese libro sobre la Revolución Mexicana desde sus años de confinamiento en la cárcel de Lecumberri. También, a quien había visto en el edificio de Coyoacán y a quien había escuchado en el coloquio sobre Trotsky. Fue un encuentro con la entonces llamada “izquierda mexicana”. En verdad, fue algo mágico todo lo que representó para mí estrechar la mano de quien algunos años atrás, en 1988, había acompañado al ingeniero Cuauhtémoc Cárdenas en su campaña presidencial por el territorio nacional, un punto de inflexión que marcaría el rumbo del país con la ruptura en las filas del Partido Revolucionario Institucional para dar lugar, junto con diversos intelectuales, al Partido de la Revolución Democrática (PRD), por cierto, hoy extinto. Además, como

resultado de esa experiencia, Adolfo ya había publicado su libro *Cartas a Cuauhtémoc Cárdenas* (1989).

Desde ese día, siempre me dirigí a él como Adolfo y le hice saber que dos de sus obras me habían marcado. La primera, y como lo mencioné antes, *La revolución interrumpida*, donde se reafirmaban dos cambios estructurales ocurridos en México entre 1910 y 1940: la destrucción de un Estado oligárquico y de su ejército, y la creación de nuevas instituciones. La segunda, *Cartas a Cuauhtémoc Cárdenas*, donde recopilaba las misivas personales que campesinos y trabajadores le fueron entregando al entonces candidato del PRD durante su recorrido.

Cada vez que me encontraba con Adolfo, me fascinaba verlo con su morral, siempre lleno de historias y de anécdotas por compartir. Con el paso de los años, él se mantuvo muy activo en la política, pero también fue profesor visitante en diversas universidades como Chicago, Yale, Nueva York y Stanford. Yo, por mi parte, avancé en mi paso por la facultad y fue cuando lo conocí un poco más. Eso ocurrió en el año 2008, cuando Fernando Castañeda Sabido, quien era director de la facultad, me invitó para coordinar el CEP. Una de mis primeras encomiendas fue preparar la postulación de Adolfo Gilly como candidato de la facultad para recibir la distinción como Profesor Emérito de la universidad.

En esa época fue cuando pude realmente conversar con él. En alguna ocasión le conté cómo primero conocí su obra y luego le puse una cara a su libro, cuando lo vi con Marisa en el edificio de Coyoacán. Él no podía creer que no se lo hubiera contado antes y reíamos con esa historia. Admiré su sencillez y trato cálido hacia todas las personas que trabajamos en la UNAM, un rasgo con el que me identificaba, pues ambos compartíamos el hábito de caminar por la facultad saludando, a cada paso, a todas y a todos.

También conviví con jóvenes a quienes él había formado como docente: entre ellos Tatiana Pérez y Edgar Urbina. y reencontré a Rhina Roux. En ese tiempo, trabajamos en equipo para persuadirlo de localizar un documento esencial para su postulación. Primero debíamos presentarlo ante la facultad para su evaluación en el H. Consejo Técnico y, posteriormente, dar inicio al proceso institucional ante la Comisión del Mérito Universitario. Recuerdo con gran alegría su festejo cuando recibió el Emeritazgo en el año 2009, momento en el que conocí a Tessa, su compañera de muchos años en México.

Fue un periodo en el que mi relación con Adolfo se volvió cercana y cálida. Junto con Luz María Cruz Parceró, secretaria académica, y Rosa Martha Sánchez, secretaria técnica en el CEP, nos convertimos en “Las Tres Gracias”, sello que nos ganamos porque, al decir de él, trabajábamos con risas, con conversaciones que no queríamos terminar, y con el fomento de un trabajo ameno. El día que nos dijo eso, las tres nos sentimos muy agradecidas.

Él también tuvo una estampa para nosotras. Un día, cuando llegó a visitarnos, Rosa Martha lo llamó “íncrito”. Su cara de asombro fue divina y muy serio comentó: “Ese es un adjetivo para referirse a alguien ilustre o afamado”. “Eso eres para nosotras, alguien ilustre”, le respondimos. Lo convencimos y jugábamos con la frase de “íncrito” y “las tres gracias”.

Ahora entenderán ustedes por qué fueron diversas las versiones de Adolfo que conocí. Nunca olvidaré nuestras escapadas a comer y ese lugar que le gustaba mucho, “Peces”. En los últimos años, también lo acompañamos a “Mafalda”, en Coyoacán, y nos obsequió sus libros *Historia a contrapelo. Una constelación* (2014), y *Felipe Ángeles, el estratega* (2019).

El año pasado, al expresar sus condolencias por su fallecimiento, el presidente Andrés Manuel López Obrador afir-

mó que su obra en conjunto “es indispensable para entender el proceso revolucionario mexicano”. Y no podría estar más de acuerdo.

Gracias por todo, Adolfo. Con cariño, una de tus Gracias.

FUENTES CONSULTADAS

CEPAL (Comisión Económica para América Latina y el Caribe), *América Latina y el Caribe quince años después. De la década perdida a la transformación económica 1980-1995*, Chile, FCE, 1996.

GILLY, Adolfo, *Felipe Ángeles, el estratega*, México, Era, 2019.

———, *Historia a contrapelo. Una constelación*, México, Era, 2014.

———, (coord.), *Cartas a Cuauhtémoc Cárdenas*, México, Era, 1989.

———, *La revolución interrumpida*, 23a. edición, México, El Caballito, 1986.



II.

Escribir a contrapelo en las Ciencias Sociales



Homenaje a Adolfo Gilly, historiador a contrapelo

Michael Löwy

Centro Nacional de Investigaciones Científicas (CNRS), Francia

Pido perdón, porque esto va a ser más bien una colección de recuerdos personales que una intervención académica o científica. O quizás una mezcla impura de los dos.

Adolfo Gilly fue para mí un amigo entrañable, un camarada en la esperanza revolucionaria, y un maestro que mucho me enseñó. Nos conocimos en los años setenta, cuando estuvo exilado en Europa. En esa época participamos juntos en actividades, discusiones y congresos de la Cuarta Internacional. A partir de los años ochenta, nos volvimos a encontrar muchas veces, en París y en México. En septiembre de 1993, en ocasión de una visita a Francia, cuando fue publicada una traducción francesa de *Nuestra caída en la modernidad*, escribió una dedicatoria que ilustra su amistad por mí y por mi compañera Eleni: “Para Michael y Eleni, que no me dieran respuestas —¿y quién podría?— pero afecto, ideas, ironía...”.

Descubrí la obra de Adolfo Gilly leyendo su mágica historia de la Revolución Mexicana, redactada, como se sabe, en la cárcel de Lecumberri, transformada después de 1968, según Womack, en el mejor Instituto de Ciencias Políticas de México.

En mayo de 1983, en otra visita a París, me escribió Gilly en mi copia del libro: “Para Michael Löwy, en aprecio de ca-

marada y la esperanza que podremos llegar juntos a nuestra pequeña Estación de Finlandia”, una referencia a un episodio de la Revolución Rusa en abril de 1917. Y añadió en francés un comentario autoirónico: “*On est déjà arrivé a la Gare Saint Lazare, quand même*” (“Ya llegamos por lo menos a la Estación Saint Lazare en París”). Adolfo Gilly nunca perdió la esperanza revolucionaria, pero tampoco dejó nunca de ser un espíritu crítico e irónico.

Mi capítulo preferido en *La revolución interrumpida* es “La Comuna de Morelos”, que Gilly consideraba como un equivalente campesino de la Comuna de París de 1871. Este capítulo es el momento que yo llamaría “romántico revolucionario” de la obra de Adolfo Gilly: romántico porque critica al capitalismo en nombre de formas sociales premodernas, y revolucionario porque no propone una vuelta *al* pasado, sino un pasaje *por* el pasado en dirección a un futuro revolucionario. La Comuna de Morelos de Emiliano Zapata tenía, según Gilly, sus raíces en las viejas tradiciones comunales de los campesinos, en la vieja comunidad agraria precapitalista, que tomó, en la Revolución Mexicana, un carácter anticapitalista, una forma de socialismo empírico. Lo mismo vale, según Gilly, para los campesinos indígenas de Chiapas, que se levantaron en 1994 bajo la dirección del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN). En mis notas de una conferencia sobre “el nuevo zapatismo” que hizo Gilly en París, el 20 de febrero de 1996, él define al EZLN como un movimiento que “combina lo más antiguo —la tradición de las comunidades indígenas— y lo más moderno”.

Esta idea, que, como recuerda Gilly, ya encontramos en las cartas de Marx a Vera Zasulich en 1881, y en los escritos de José Carlos Mariátegui, en 1927-1930, nos permite entender no sólo el zapatismo mexicano, sino también la Revolución Boliviana de los años cincuenta, una revolución que Gilly vivió directamente como militante trotskista, y sobre

la cual escribió notables ensayos, así como muchos otros movimientos revolucionarios en América Latina. En este apasionante libro que se llama *Historias clandestinas*, Gilly proclama: el legado de la comunidad india da sustento a las ideas del socialismo en la continuidad de los tiempos; la tenaz persistencia de los tiempos indígenas andinos se combina con los instrumentos socialistas del tiempo presente.

Pero más allá de América Latina, ¿no se trataría de un elemento clave de todas las revoluciones del siglo xx? Hablando de la Comuna de Morelos, Gilly observa: este poder revolucionario venía de las mismas tradiciones campesinas de donde surgieron los soviets en Rusia. Y en otros escritos le da un contenido universal a esta dinámica social y cultural: las revoluciones nacionales, agrarias y sociales del siglo xx, se han alzado en contra de la destrucción capitalista del antiguo mundo humano de las relaciones personales, en contra de la transformación de las vidas humanas y de la naturaleza en mercancía. Una hipótesis que ya se encuentra, subraya Adolfo Gilly, en Rosa Luxemburgo, que habla, en su libro *La acumulación del capital*, de la resistencia de las formas no capitalistas de economía natural en contra del régimen colonial capitalista.

Esta reflexión, que rechaza la ideología burguesa del “progreso” —compartida por los liberales y buena parte de la izquierda—, es el eje central de *Historia a contrapelo*, uno de los libros más brillantes de Gilly, dedicado a una “constelación” de historiadores disidentes, de Gramsci a E. P. Thompson. Este libro me encantó. En una carta al autor, de 2007, yo le escribía: “Muchas gracias por *Historia a contrapelo*, que leí, de un solo trago —como se hace con los buenos tequilas— durante mi viaje en avión de vuelta a París. Es un hermoso e importante libro. Creo que esta ‘constelación’ —a la cual se podría agregar a José Carlos Mariátegui— es un semillero para el futuro del socialismo”.

En este libro, que habla también de Karl Polanyi, Ranajit Guha, Guillermo Bonfil y otros historiadores heterodoxos, Walter Benjamin ocupa un lugar decisivo. No es tanto que Benjamin “influenció” a Gilly: toda su obra, desde *La revolución interrumpida*, era ya una tentativa de “cepillar la historia a contrapelo”, como lo escribe Benjamin en sus tesis *Sobre el concepto de historia*. En todos sus escritos, Adolfo Gilly trató de “encender en el pasado la chispa de la esperanza”, otra expresión de Benjamin. Gilly encontró en las tesis de Benjamin la formulación filosófica de su propia experiencia como historiador disidente, crítico y heterodoxo. Adolfo Gilly interpreta en sus términos un famoso pasaje de Benjamin criticando la tesis de Marx sobre las revoluciones como locomotoras de la historia. Escribe Gilly: “La misión de las revoluciones no es impulsar el progreso sino aplicar los frenos para impedir la marcha hacia nuevos desastres”. Es una reflexión que me parece de una terrible actualidad, en nuestros días somos todos pasajeros de un tren suicida, que se llama civilización capitalista industrial moderna, que avanza, a una rapidez creciente, hacia un desastre inmenso: la catástrofe ecológica. Nada más urgente que aplicar los frenos revolucionarios a este tren.

Me gustaría terminar este breve homenaje refiriéndome a un aspecto menos conocido de Adolfo Gilly: la pasión, que compartíamos, por el surrealismo. A Gilly le gustaba definirse irónicamente como “el último surrealista mexicano”. En 1996 escribió un magnífico ensayo dedicado al fundador del movimiento surrealista, “André Breton. La confesión desdeñosa”. Sería incluido más tarde en el libro *Pasiones cardinales* (2001) que me regaló Gilly con la dedicatoria: “Para Michael Löwy, este nuevo cruce del surrealismo y la vida”. Se podría decir que en su vida, Adolfo Gilly cruzó el surrealismo en varios momentos. En el ensayo de 1996 rinde un homenaje conmovedor al autor del *Amor loco*: “Breton asumió la re-

beldía irreductible contra el reinado de las mercancías, contra la deshumanización del mundo, contra el cinismo como su modo de pensamiento". Por supuesto, recuerda la visita de André Breton a México en 1938 y su encuentro con León Trotsky: dos hombres muy distintos, escribe, pero que compartían el rigor, la intransigencia, la correspondencia entre sus escritos y sus actos, y que redactaron juntos "uno de los documentos más memorables de esos días, el *Manifiesto por un arte revolucionario independiente*, publicado en el número 1 de la revista mexicana *Clave* en septiembre de 1938".

Nuestro último encuentro tuvo lugar en México en 2018. Tuvimos largas charlas con él y con Tessa, en su habitación, calle Malintzin 45, Coyoacán. Hablamos de los zapatistas, del surrealismo, de Walter Benjamin y de un montón de otros asuntos políticos, filosóficos y personales. Su salud ya parecía frágil, pero su espíritu era más vivo que nunca. Ese año, 2018, era el 60 aniversario del *Manifiesto por el arte revolucionario* de Breton y Trotsky, que fue celebrado en una conferencia en la Casa Museo de Trotsky en Coyoacán, con mi participación. Gilly no quiso estar en la mesa, pero cuando terminamos nuestras intervenciones, se levantó y tomó la palabra, para rendir un homenaje apasionado al surrealismo, y su *estrella de tres puntas* (una fórmula que tomó a Octavio Paz): *poesía, amor, libertad*. Fue un momento inolvidable, de emoción compartida.

Gilly nos dejó. Es una gran pérdida para nosotros, sus amigos, y para la cultura revolucionaria. Pero nos queda su obra, su precioso legado para las generaciones presentes y futuras, en México, en América Latina, y por todas partes donde se levanten los subalternos y los oprimidos.



Hacer historia significa adueñarse de un recuerdo tal como éste relampaguea en un instante de peligro

Olivia Gall

Centro de Investigaciones Interdisciplinarias
en Ciencias y Humanidades-UNAM

E. P. Thompson estaba preocupado por la supervivencia de la humanidad, amenazada por la guerra nuclear y el desastre ecológico. Hoy en el mundo se agota el agua fresca, hasta no hace mucho bien común que hoy se convierte velozmente en mercancía. Estamos destruyendo los bosques que, al igual que los ríos y los lagos, eran en un tiempo concebidos como patrimonio de todos. Estamos contaminando la naturaleza en todas partes. Estamos —nosotros, las leyes del libre mercado que nuestra sociedad encarna— matando de hambre y pestes a muchos millones de seres humanos en África y en otras tierras. Estamos preparando el terreno para nuevas enfermedades que, como todos sabemos, podrían prevenirse y convertirse sin dificultad con sólo una pequeña parte de los actuales gastos militares.

ADOLFO GILLY

Si hay un libro en el que Adolfo Gilly explica en qué consiste para él hacer historia es *Historia a contrapelo. Una constelación*, editado por primera vez en 2006, cuando él tenía 79 años cumplidos; cargaba en su haber un rico, audaz y variado bagaje de vida, militancia, conocimiento y oficio de historiar.

La expresión “historia a contrapelo”, una forma de concebir y practicar el oficio de historiar, fue acuñada por Walter Benjamin, uno de los pensadores europeos más importantes e influyentes del siglo XX. Fue a esta concepción de la historia a la que Gilly se empezó a adscribir en 1956, cuando estuvo en la Bolivia recién sacudida por la revolución de 1952, donde leyó *Los ríos profundos* de José María Arguedas y *La rebelión de Tupac Amaru* de Boleslao Lewin.

Gilly siguió adscrito a esta forma de historiar por el resto de su vida. Por ello me detendré unos minutos en explicar de qué está hecha. Para Benjamin, hacer historia a contrapelo significa pasarle al pelo de la historia el cepillo en contrasentido. Esto quiere decir no acercarse al pasado a través de las miradas que se concentran en la historia de los vencedores, porque, dice Benjamin, este tipo de historia está “despojada de fuerza liberadora”.

Tesis sobre la filosofía de la historia es el libro en el que Benjamin plasma con claridad su visión sobre el hacer historia. Esta obra puede considerarse también como una acción de resistencia de su autor contra la barbarie desencadenada por la modernidad atravesada por las llamadas leyes capitalistas del mercado, y que en ese momento se traducía en la brutalidad tanto del fascismo como del estalinismo soviético.

Editadas por Theodor Adorno, creador junto con Benjamin de la Escuela de Fráncfort, estas tesis fueron publicadas en 1942, dos años después de que su autor, judío y marxista, se suicidara por temor a ser detenido por los nazis. En ellas se plantea que el lente que le permite al historiador enfocar la historia que habla de los vencidos, sus sufrimientos y sus resistencias, es el único lente que tiene la capacidad de desencadenar, actualizándola, lo que Benjamin llama “la energía mesiánica” del pasado, indispensable

ble para “redimir al pasado y en ese mismo impulso iluminar el presente”.¹

Plantear que el oficio de historiar debe contribuir a redimir al pasado no significa que un historiador pueda trasladarse al pasado a través de un túnel del tiempo para intentar modificar alguno de sus elementos clave, y, de lograrlo, cambiar el curso de la historia en un sentido positivo o liberador. Significa pensar en el pasado como algo que sigue vivo en nuestro tiempo, no sólo como un cúmulo de rememoraciones las más de las veces amargas, sino también como una fuente de conocimiento y de esperanza.

Para Benjamin, redimir el pasado desde el presente equivale a “organizar una lucha revolucionaria en favor del pasado oprimido” (Tesis 17),² y a redimir a los oprimidos de las generaciones pretéritas. Y eso permite “encender en el pasado la chispa de la esperanza”, lo que a su vez conduce a que “estalle el continuum de la historia”.³

Benjamin también creía que historiar de esa manera podía desenmascarar a aquellos historiadores de su época que estaban centrados sobre todo en estudiar a los actores y a las instituciones del poder, y que argumentaban que su labor era una herramienta central para que el presente lograra construir un luminoso futuro de orden y paz. Benjamin les respondía que el futuro que ellos presentaban de esa manera no podía ser otro que el de un estado de excepción permanente. Citando a Benjamin:

Todos aquellos que se hicieron de la victoria hasta nuestros días marchan en el cortejo triunfal de los dominadores de

¹ Sergio Villena Fiengo, “Walter Benjamin o la historia a contrapelo”, *Ciencias Sociales*, pp. 95-96.

² *Ibid.*, p. 98.

³ *Idem.*

hoy, que avanza por encima de aquellos que hoy yacen en el suelo. Y como ha sido siempre la costumbre, el botín de guerra es conducido también en el cortejo triunfal. El nombre que recibe habla de bienes culturales, los mismos que van a encontrar en el materialista histórico un observador que toma distancia. Porque todos los bienes culturales que su mirada abarca, sin excepción, tienen para él [el cortejo] una procedencia en la cual no se puede pensar sin horrorizarse. Todos deben su existencia no sólo a la fatiga de los grandes genios que los crearon, sino también a la servidumbre anónima de sus contemporáneos. No hay documento de cultura que no sea a la vez un documento de barbarie. Y así como éste no está libre de barbarie, tampoco lo está el proceso de la transmisión a través del cual los unos la heredan de los otros. Por eso el materialista histórico se aparta de ella en la medida de lo posible. Mira como tarea suya la de cepillar la historia a contrapelo.⁴

A esos historiadores Benjamin les recomendaba que se quitaran de la cabeza su pretensión de conocer del “decurso posterior de la historia”. Les cuestionaba su pretensión de entender, saber dialogar y celebrar las supuestas glorias de sucesos futuros, cuando, en su mirada, “el futuro es un tiempo aún vacío”. También les criticaba que defendieran la ideología del progreso. Su crítica no estaba basada en que él creyera posible o deseable la repetición, la conservación o el retorno hacia cualquier tiempo pasado, sino en que, entre otras cosas, esta filosofía se basa en una concepción del tiempo en la que, primero, éste es visto como lineal, ascendente y transcurriendo “inalterable en su ruta hacia la nunca total-

⁴ Walter Benjamin, *Tesis sobre la historia*, citado por Bolívar Echeverría, *La mirada de Ángel. En torno a las tesis sobre la historia de Walter Benjamin*, p. VII.

mente lograda perfectibilidad humana”,⁵ y, segundo, el presente no es sino un momento de tránsito hacia la construcción del ideal de ese falso futuro luminoso de orden y paz del que hablábamos líneas arriba. Gilly retoma esta idea en su *Historia a contrapelo*: “La historia, como conocimiento, no nos enseña qué hacer en el tiempo presente ni cómo podría ser el porvenir. [...] [es] una fuente de esperanza implantada en este mundo nuestro y no en algún más allá de la vida”.⁶

Fue bajo esta luz teórica, metodológica y política que Gilly, encerrado en Lecumberri entre 1966 y 1972, volvió a leer la *Historia de la Revolución Rusa* de Trotsky. En este libro Trotsky escribió que las masas no se rebelaron en Rusia porque tuvieran en mente un futuro claro, sino porque lo que estaban viviendo en su momento era intolerable. En el epílogo de su libro *El cardenismo. Una utopía mexicana* (1994), Gilly tomó prestadas las siguientes palabras del libro *A dream of John Ball* escrito por el traductor, poeta, novelista y activista socialista británico William Morris (1834-1896): “Los hombres luchan y pierden la batalla, y aquello por lo cual luchaban sobreviene a pesar de su derrota, y cuando viene resulta no ser lo que ellos querían, y otros hombres tienen que luchar por lo que ellos querían bajo otro nombre”.⁷

Fue también bajo esa luz que Gilly escribió en esa misma época *La revolución interrumpida*, su célebre historia de la Revolución Mexicana, publicada por primera vez en 1971, que cuenta con 35 reediciones y ha sido traducida a varios idiomas. Siguiendo a Trotsky en su reflexión sobre las razones por las que las masas revolucionarias se habían levantado en Rusia, para él la pregunta clave era cuál había sido “el ímpetu intrínseco que se hallaba detrás de los movimientos

⁵ Sergio Villena Fiengo, *op. cit.*, p. 98.

⁶ Adolfo Gilly, *Historia a contrapelo. Una constelación*, pp. 73-74.

⁷ Adolfo Gilly, *El cardenismo. Una utopía mexicana*, p. 365.

de las masas mexicanas de 1910-1920. No quién ganó qué batalla, sino qué demonios quería esa gente”.⁸

La tesis central de *La revolución interrumpida* es que la culminación de esta revolución no fue la aprobación de la Constitución de 1917, sino “la ocupación de la ciudad de México por los ejércitos de Villa y Zapata en diciembre de 1914, [que habían unido] fuerzas para insistir en un programa de redistribución de la tierra”. Gilly pensaba que, si bien en ese momento los dos líderes campesinos no supieron qué hacer con el poder que habían conquistado a nivel nacional y a partir de ahí empezó el descenso de la propia Revolución,⁹ sus luchas y planteamientos fueron lo central de ese proceso revolucionario.

Como tan bien lo dijo Michel Löwy en el homenaje en honor a Gilly llevado a cabo en abril de 2024:

Mi capítulo preferido de *La Revolución Interrumpida* es “La Comuna de Morelos”. Gilly consideraba a la Comuna de Morelos y a Emiliano Zapata como un equivalente campesino de la Comuna de París de 1871. Ese capítulo es lo que yo llamaría el momento romántico revolucionario de Adolfo Gilly. ¿Por qué romántico? Porque contiene una crítica radical del capitalismo en nombre de formaciones sociales premodernas, precapitalistas. ¿Y por qué revolucionario? Porque no propone una vuelta al pasado; propone un paso por el pasado en dirección hacia el futuro revolucionario.

El cardenismo. Una utopía mexicana constituye la maduración, en el pensamiento de Adolfo, de una interpretación acerca

⁸ *New Left Review*, “Lo que existe no puede ser verdad”, [Entrevista a Adolfo Gilly], p. 39. En: <<https://newleftreview.es/issues/64/articles/adolfo-gilly-lo-que-existe-no-puede-ser-verdad.pdf>>.

⁹ *Ibid.*, pp. 39-40.

del régimen del presidente Cárdenas en la que se plantea que este periodo fue la continuación y conclusión de la Revolución, interrumpida en 1914. El trabajar sobre uno de los personajes centrales del poder posrevolucionario también respondía, para Gilly, a seguir haciendo historia a contrapelo, porque, como él lo escribió, esta propuesta metodológica no consiste en “poner la historia patas arriba, o en olvidar o dejar a un lado a los actores principales. Ambos papeles se complementan y ninguno de ellos existe sin el otro”.¹⁰

Gilly historió en varios de sus libros algunos aspectos y episodios del siglo XX. En términos claramente benjaminianos, él pensaba que éste fue “el siglo del resplandor, de la memoria y de la experiencia de lo que necesitaremos recuperar para iluminar el actual momento de peligro”.¹¹ En *Historia a contrapelo. Una costelación*, Gilly escribió:

La revolución es violencia desde abajo que derriba una forma de dominación política, sea social o nacional. La globalización [...] no es posible sin una permanente violencia desde arriba [...], que reestructura naciones, mercados, pueblos y costumbres. Lo que tienen en común la revolución y la globalización es [...] una violencia cuya multiforme amplitud, dado el presente nivel de las tecnologías, no tiene comparación con el pasado. La pregunta sobre el futuro de las revoluciones, si es que tal

¹⁰ Adolfo Gilly, *Historia a contrapelo...*, p. 80. Siguiendo esta tesis, Gilly argumentó que Cárdenas había logrado echar a andar lo inconcluso de la revolución de Villa y Zapata porque fue “un militar pequeño burgués apoyado por los movimientos de los trabajadores y los campesinos, [que] [...] era mucho más radical que Perón, [que] [...] hizo todo lo que pudo por la República española y [que] distribuyó 20 millones de hectáreas de tierra entre los campesinos”, *New Left Review*, “Lo que existe no puede ser verdad”, pp. 41-42.

¹¹ *Ibid.*, p. 44.

futuro existe, me llevó a una reflexión sobre el siglo XX, un siglo trágico y enigmático de guerras y revoluciones.¹²

Fue el resplandor de las luchas obreras, campesinas, indígenas y populares del siglo XX en algunos países de la América Latina lo que llevó a Gilly a recorrerlos a lo largo de varias décadas, y a plasmar en su libro *Historias clandestinas* (2009) sus estudios, reportajes y análisis sobre estas luchas. Muchos de los 16 ensayos que componen este texto están contrapelo a partir de un análisis historiográfico elaborado a contrapelo y centrado en las categorías de utopía, revolución, y las cuatro mancuernas “dominación / subalternidad”, “violencia / justicia”, “nación / nacionalismo”, “identidad / mito / realidad”.

Más adelante, entre 2005 y 2019, Gilly le dedicó gran parte de su tiempo y de su pasión histórica al estudio y análisis de esa entrañable figura de la Revolución Mexicana que fue Felipe Ángeles, el militar porfirista, maderista y finalmente villista, quien empezó a captar su interés desde 1971. En 2019 publicó su monumental *Felipe Ángeles, el estratega*.

La perspectiva historiográfica, académica, política y ética de Gilly abrevó en el pensamiento y los trabajos de un pequeño conjunto de pensadores del siglo XX que conforman la constelación de la que se habla en *Historia a contrapelo*. En la mirada de nuestro homenajeado, todos ellos contribuyeron a pasar el cepillo a contrapelo a la historia.

El primero es Karl Polanyi, antropólogo, economista y filósofo austriaco nacido en Viena en 1886, y quien nunca se adscribió al materialismo histórico. En los años cincuenta Polanyi empezó a estudiar y a analizar cómo se producía la circulación económica en las sociedades precapitalistas en las que la economía estaba “incrustada” o enclavada dentro de las relaciones sociales. En 1957, en coautoría con Conrad

¹² Adolfo Gilly, *Historia a contrapelo...*, pp. 19-20.

Arensberg y Harry Pearson, Polanyi publicó el libro *Comercio y mercado en los imperios antiguos*. Retomando a Polanyi y coincidiendo con él, Gilly pensaba que

esas sociedades no eran idílicas ni igualitarias y eran duras en sus formas de dominación [...], pero, a pesar de ello, el mando en sus formas y sus intercambios era negociado sin cesar entre gobernantes y subalternos, en la resistencia y en el consenso, dentro de un tejido histórico de creencias y costumbres compartidas por la entera comunidad.¹³

Entre los motivos que regían la producción y distribución de bienes en esas sociedades —Gilly cita a Polanyi—, “la ganancia no era lo prominente. La costumbre y la ley, la magia y la religión cooperaban para inducir al individuo a acatar reglas de conducta que, finalmente, garantizaban su funcionamiento dentro del sistema económico”.¹⁴ Gilly prosigue:

La base material de estas formas de órdenes sociales previos a la revolución industrial era la existencia de un patrimonio social de bienes comunes (*commons*), [...] [que] enraizaban a la sociedad en costumbres que protegían y aseguraban la reproducción de la naturaleza y de la vida humana como parte de la misma naturaleza.¹⁵

Y, para analizar el salto que estas sociedades dieron hacia las llamadas “economías modernas capitalistas”, Gilly escribe:

¹³ *Ibid.*, p. 25.

¹⁴ Karl Polanyi *et al.*, *Trade and Markets in the Early Empires*, p. 55, citado por Adolfo Gilly, *Historia a contrapelo...*, p. 50.

¹⁵ *Ibid.*, p. 51.

Bajo el nuevo comando de los mercados autorregulados, la antigua red de relaciones humanas protectoras es reemplazada por un racimo infinito de opciones individuales y decisiones guiadas por el interés personal. Esta sustitución es tan completa que en el lenguaje usual los mercados aparecen como el principal protagonista de la historia presente: “los mercados reaccionan”, “los mercados castigan”, “los mercados responden”.¹⁶

Sin embargo, la principal obra de Polanyi, *La gran transformación*, fue escrita entre 1940 y 1943. En ese libro, escribe Gilly, la tesis central es que

la economía de libre mercado y la idea de un mercado autorregulado, tal como las conocemos, no son el resultado natural y obligado de la evolución histórica de las formas precedentes de organización social: [...]. Son, por el contrario, una imposición ejercida sobre las sociedades preexistentes por fuerzas no económicas externas al mercado mismo. [...] una excrescencia perversa y en realidad utópica que, finalmente, amenazaba, perjudicaba y terminaba por destruir el entramado social.¹⁷

¹⁶ *Ibid.*, pp. 62-63.

¹⁷ *Ibid.*, pp. 49-50. Polanyi defendía que economía y cultura deberían darse juntas, no sólo como parte de la sociedad sino también de la vida, porque, al separarlas, se atenta en contra de la vida humana misma (Maialen Goikoexea Berdonces y José Luis López Liceaga, “Análisis de la utopía liberal en la obra de Karl Polanyi”, p. 28. En: <<https://zaguan.unizar.es/record/56885?ln=es>>). Él también cuestionaba la definición de clase social entendida únicamente como clase económica, cuyas consecuencias han sido graves, ya que tanto las teorías liberales como las marxistas economicistas entendieron las fuerzas y luchas históricas en términos puramente económicos (Maialen Goikoexea Berdonces y José Luis López Liceaga, *op. cit.*, p. 4). Por su parte, Gilly escribe: “El determinismo económico, ya sea de origen positivista o marxista, al fin de cuentas excluye de nuestra visión de la historia —y sigue con palabras de Thompson— ‘no sólo el saber

Tanto para Polanyi como para Gilly, esa gran transformación fue producto de una violencia ejercida en forma legítima desde arriba, destinada a separar a los seres humanos de la naturaleza, mediante la conversión de la tierra y del trabajo en mercancías. Un proceso que tomó varios siglos, lo cual hizo que, cuando se instauró en pleno, apareció como teniendo una dinámica natural.

Para Polanyi y sus colegas, este “desincrustar” al sistema mercantil de la sociedad y la cultura hizo de la economía un aparato ideológico independiente e inútil, y, una vez lograda la Revolución Industrial, llevó a que los ricos les robaran a los pobres su parte de los bienes comunes y crearan “una nueva clase de pobres, vagabundos desprotegidos sin tierra ni identidad ni lazos sociales”.¹⁸

Polanyi, al igual que Benjamin y Gilly, “no le pide al pasado que regrese, sino que lance una chispa de luz que ilumine el presente y le ayude a imaginar y establecer nuevas leyes y costumbres para proteger a la sociedad y para fortalecer en su seno los derechos del individuo”.¹⁹ Para Gilly,

sustantivo, sino también los términos mismos del proyecto humano: piedad, codicia, amor, orgullo, sacrificio, lealtad, traición”, Adolfo Gilly, *Historia a contrapelo...*, p. 64, citando a E. P. Thompson, *The Poverty of Theory and Other Essays*, p. 67.

¹⁸ E. P. Thompson, *op. cit.*, p. 88, citado por Adolfo Gilly, *Historia a contrapelo...*, p. 64.

¹⁹ *Ibid.*, p. 55. Para muchos, el economista francés Thomas Piketty es un renovador del pensamiento de Polanyi en cuanto a su concepción del “socialismo participativo”, un término que recuerda como dos gotas de agua el del “socialismo democrático” de Polanyi. Es decir, “un modelo que concibe la economía como la asociación cooperativa de productores, consumidores, comunidades y sindicatos, tomando decisiones sobre sólidos fundamentos estadísticos [...] [para] satisfacer las necesidades humanas y estimular el esfuerzo y el trabajo”, Carles Manera, “La economía de mercado falla”, *Economistas frente a la crisis*. En: <<https://economistasfrentealacrisis.com/la-economia-de-mercado-falla/>>.

una civilización universal requeriría nuevos bienes comunes: unir lo disperso, recomponer lo despedazado, reunir vida humana y naturaleza en un único mundo en común. [...] Conocimiento y razón son necesarios para enfrentar y hacer retroceder a las fuerzas ciegas del mercado. En un mundo global, un conjunto de bienes comunes y derechos de todos y cada uno tiene que ser parte de su esencia.²⁰

En *Historia a contrapelo* Gilly explica, en palabras de Polanyi, que hoy “estamos atrapados en un dilema: continuar por la senda de una utopía destinada a la destrucción, o detenerse en el camino y arriesgarnos a perturbar este sistema maravilloso, pero extremadamente artificial”.²¹ Y añade: “Walter Benjamin y Karl Polanyi nos permiten ver este proceso desde el lado oscuro del espejo, [...]. Para encontrar respuestas necesitamos su mirada, su rabia y su ética”.²²

En 2015 Ítaca publicó el libro de Gilly y Rhina Roux titulado *El tiempo del despojo. Siete ensayos sobre un cambio de época*.²³ En él, los autores sumaron su mirada, su rabia y su ética a las de Benjamin y Polanyi, para intentar descifrar este nuevo cambio de época que el mundo está viviendo hoy en pleno siglo XXI, en el que los conflictos y las amenazas sobre la vida humana, la de otras especies y la del planeta entero no tienen precedentes.

La segunda de las estrellas de la constelación de Gilly es Antonio Gramsci, quien nació en Italia en 1891, fue un arduo defensor de Lenin, fue el creador y dirigente del Partido Comunista Italiano, y falleció en la cárcel de Mussolini en 1937,

²⁰ Adolfo Gilly, *Historia a contrapelo...*, pp. 57-58.

²¹ Karl Polanyi, *Los límites del mercado. Reflexiones sobre economía, antropología y democracia*, p. 322.

²² Adolfo Gilly, *Historia a contrapelo...*, p. 57.

²³ Adolfo Gilly y Rhina Roux, *El tiempo del despojo. Siete ensayos sobre un cambio de época*.

donde escribió sus obras más importantes, entre las cuales se encuentra, de manera destacada, *Cuadernos de la cárcel*. En dicha obra queda claro por qué se afirma que Gramsci fue el primer intelectual marxista que construyó, en el seno del marxismo, una perspectiva crítica que hizo énfasis en la importancia de la dimensión de la cultura en la sociedad, la política y la lucha revolucionaria.²⁴ Fue gracias a Gramsci que el marxismo pudo vivir un progreso indudable, porque, aunque él no separó la dimensión cultural de la ideológica, concibió a la cultura como una dimensión simbólica o de significación de todas las cosas.²⁵

Al mismo tiempo, Gramsci introdujo en el análisis cultural la estructura de clases y de la desigual distribución del

²⁴ Si bien, contra el idealismo, la oposición marxista entre estructura y superestructura fue muy útil, en el terreno del análisis cultural fue un verdadero obstáculo epistemológico para entender la relación entre producción material y representaciones sociales, entre economía y cultura. Primero porque opuso realidad con pensamiento o mundo simbólico, como si estos universos pudieran oponerse; segundo, porque en el análisis social le confirió a la estructura un papel privilegiado como base de todo el edificio social, y a la superestructura un papel secundario, subordinado al primero, como si la cultura estuviera meramente superpuesta a la realidad material. Sólo Gramsci logró escapar a esta rigidez, y, contrariamente a Marx, le confirió a la ideología un carácter no peyorativo, por lo que pudo homologarla a cultura. Para él es la cultura la que determina la identidad colectiva de los actores histórico-sociales, y la que hace que las voluntades disgregadas se conviertan en colectivas porque comparten una visión del mundo. Lenin, un marxista clásico, nunca hubiese planteado lo que Gramsci planteaba cuando decía que la ideología se presenta como extensión adherida a la sociedad y una dimensión necesaria de todas las relaciones y prácticas sociales. Véase Gilberto Giménez Montiel, *Teoría y análisis de la cultura*, tomo I.

²⁵ Gramsci no logró lo que sí logró Claude Lévy Strauss, su contemporáneo: separar la cultura de la ideología, insertar al universo ideológico dentro del mundo de la cultura. En este sentido se quedó cortó con respecto a la antropología de su tiempo. Véase Gilberto Giménez Montiel, *op. cit.*

poder, permitiendo que dicho análisis no quedara flotando en el aire, sino dándole amarras sociales.²⁶ Ello ocurrió en su pensamiento sobre todo cuando acuñó: a) La categoría de “bloque histórico”, que ilustra cómo dentro de una sociedad los niveles relativos a la estructura —las fuerzas materiales (el fondo)— y aquellos relativos a la superestructura —la ideología (la forma)— son interdependientes y ninguno de ellos puede existir sin el otro,²⁷ y b) El concepto de *hegemonía*, entendiéndolo como una modalidad del poder basada en el consenso cultural, que para él era indispensable para que en un sistema social se sostenga el poder de los sectores dominantes, que no puede estar basado únicamente en la coerción de los aparatos represivos del Estado.²⁸

Gilly se detiene en analizar el concepto de hegemonía de Gramsci, a partir de lo que éste escribió en su “Cuaderno 25” titulado “Al margen de la historia (historia de los grupos sociales, subalternos)”. Aquí Gramsci introdujo la categoría de “clases subalternas”, una categoría que ha resultado fundamental para el análisis social, y que para él era sinónimo de “los trabajadores”.

²⁶ En cuanto a construir un saber no clasista ni etnocéntrico, Gramsci dio un paso adelante con respecto a Lévi-Strauss, porque no olvidó la dimensión de clase en el análisis de la ideología. Véase Gilberto Giménez Montiel, *op. cit.*

²⁷ Para Gramsci, en cada bloque histórico “las fuerzas materiales son el contenido y las ideologías la forma (...) [pero] las fuerzas materiales no serán concebibles históricamente sin forma y las ideologías serían caprichos individuales sin las fuerzas materiales”, Gramsci, *Cuadernos de la Cárcel*, tomo 3, pp. 159-160.

²⁸ Para Gramsci no existen los sujetos preconstituídos, sino que éstos se construyen a lo largo de la historia, dentro del contexto de ciertas condiciones materiales, subjetivas y culturales en las que cada ser humano nace. Por ello, para Gramsci, este último terreno es un campo de lucha fundamental.

Gilly cita un estudio de William Roseberry que presenta una versión del concepto gramsciano de hegemonía bastante original, ya que

destaca que en la visión de Gramsci las relaciones entre los grupos gobernantes y los subalternos se caracterizan por la disputa, la lucha y la discusión. Lejos de dar por sentado que el grupo subalterno acepta pasivamente su destino, Gramsci ve con claridad una población subalterna, mucho más activa y capaz de enfrentamiento que aquella imaginada por muchos de sus intérpretes.²⁹

Por otra parte, para Gilly otra cosa fundamental de Gramsci es que, en varios puntos de estos escritos, elaborados antes de que Benjamin escribiera *Tesis sobre la historia*, propone cómo estudiar la historia de las clases subalternas. En este sentido, este “Cuaderno 25” enuncia claramente, *avant la lettre*, la metodología de la historia a contrapelo de Benjamin, ya que la propuesta gramsciana

era una especie de revolución metodológica, un cambio radical en el orden del discurso de la historia: empezar por el conflicto, no por el consenso; por la decisión, no por la unidad; por la actividad cotidiana de los subalternos. Pero no olvidar nunca que los unos no existen sin los otros y que gobernantes y subalternos son inteligibles dentro de esa unidad que es la forma de Estado existente, esa relación de dominación/subor-

²⁹ William Roseberry, “Hegemonía y lenguaje contencioso” en Joseph Gilbert y Daniel Nugent, *Aspectos cotidianos en la formación del Estado. La revolución y la negociación del mando en el México moderno*, pp. 213-226, citado por Adolfo Gilly en *Historia a contrapelo...*, p. 84.

dinación reconocida por todos como legítima, ese marco discursivo y de referencia que se llama hegemonía.³⁰

Ahora bien, aunque Gramsci no consideraba a los subalternos como seres y grupos engañados ni como cautivos pasivos del Estado, “tampoco consideraba sus actividades y organizaciones como expresiones autónomas de la cultura y la política subalternas”.³¹ Para Gramsci, esas clases subalternas tenían agencia, pero no eran autónomas, porque vivían dentro de la forma en la que operaba la estructura disgregada y discontinua de la sociedad civil, lo que hacía que no pudieran estar unificadas mientras no pudieran “tomar en sus manos el poder del Estado”.³²

La tercera figura de la constelación a quien Gilly da pleno reconocimiento por sus contribuciones a la historia a contrapelo es el británico Edward Palmer Thompson. Éste nació en 1924 y falleció en 1993. Es considerado uno de los más importantes historiadores británicos adscritos *de facto* a la historia a contrapelo,³³ y creador de la corriente conocida como “Historia desde abajo” que se enfoca en la perspectiva de la gente ordinaria, en vez de en la de los líderes que operan en el campo político, económico, social, cultural, etcétera.³⁴

³⁰ *Ibid.*, pp. 81-83.

³¹ William Roseberry, *op. cit.*, pp. 213-226, citado por Adolfo Gilly, *Historia a contrapelo...*, pp. 81-83.

³² *Ibid.*, pp. 80-81.

³³ En sus libros *Folklore, antropología e historia* (1976) y *Miseria de la Teoría* (1978), Thompson recuperó y reivindicó varias de las rupturas que Gramsci introdujo en el marxismo. Thompson también desarrolló una crítica a fondo del estalinismo.

³⁴ El término “Historia desde abajo” fue acuñado por Georges Lefebvre y fue desarrollado y popularizado durante los años 1960 por historiadores marxistas británicos que eran parte del colectivo conocido como Grupo de historiadores del Partido Comunista de Gran Bretaña.

Coincidiendo absolutamente con Polanyi en cuanto a las consecuencias que tuvo, en el tejido social de las sociedades tradicionales, el hecho de que la economía se desincrustara de él, Thompson, que —dice Gilly— siempre escribía con rabia, “regresó a la historia para buscar en esas sociedades un rasgo activo y permanente cuyo movimiento difiere por completo del movimiento de las mercancías: la acción humana, la actividad de los seres humanos”.³⁵ En palabras de Thompson:

Todavía en la Inglaterra del siglo XVIII el término “economía” se podía usar para significar las regulaciones y los ajustes de todos los asuntos de una familia (y, por analogía, de un Estado), sin ninguna referencia especial a aquellos asuntos materiales y financieros que hoy podemos designar como “económicos”.³⁶

Thompson planteó que la acción colectiva de los sectores populares estaba basada en esa época en una visión tradicional de las normas y obligaciones sociales a la que él denominó “economía moral de los pobres”. En este sentido, para Thompson era muy importante entender los rasgos culturales sin los cuales no se puede comprender cómo se forman las clases sociales en el proceso de lucha, incluso durante la era capitalista o la de la globalización.

En el contexto de los años cincuenta a los ochenta del siglo pasado se llevaron a cabo varios procesos de lucha por la descolonización en Asia y África. En ese marco se consolidó en diferentes universidades del mundo la influencia de

Éste incluyó a historiadores como Eric Hobsbawm y E. P. Thompson, y se preocupó por acercarse a los campesinos y a los obreros.

³⁵ Adolfo Gilly, *Historia a contrapelo...*, p. 63.

³⁶ E. P. Thompson, *Costumbres en común*, citado por Adolfo Gilly, *Historia a contrapelo...*, p. 62.

Gramsci y de Thompson.³⁷ Desde la India se sumaron a esta perspectiva crítica algunos historiadores, sobre todo Ranajit Guha, la cuarta figura de la constelación de Gilly. Guha nació en la India británica en 1923 y falleció en 2023. En los años cuarenta se afilió al Partido Comunista de la India. Sin embargo, en 1953 y sobre todo después de la invasión soviética a Hungría en 1956, se distanció de esta corriente. A partir de ahí se convirtió en un exitoso historiador que trabajó en varias universidades del Reino Unido y Australia.

A partir de los ochenta, Guha, muy crítico de la metodología predominantemente elitista que prevalecía entonces acerca de la India o del sur de Asia, se convirtió en el pionero de un enfoque alternativo para el estudio de esos territorios, conocido desde entonces como la Escuela de los Estudios Subalternos.³⁸

Muy pronto, Guha definió a los subalternos de su país de una manera muy amplia, como quienes, demográficamente hablando, se encuentran entre la población india total y todos aquellos que conforman la “élite”. El término *subalterno*, que suele significar “de rango inferior”, “era una buena metáfora para los atributos generales de la subordinación en la sociedad india. Una subordinación que es una condición social cuyo espectro de definición es muy amplio, por lo que se expresa en términos de casta, clase, edad, género, ocupa-

³⁷ El término “subalterno” fue tomado de Antonio Gramsci, para subrayar la importancia de la palabra de los sectores marginados, y rescatar dicha palabra a partir de estudios sobre las dinámicas que adoptaba la subordinación de clase, de género y, en la India, del sistema de castas.

³⁸ Ishita Banerjee, “Historia, Historiografía y Estudios Subalternos”, *Istor. Revista de Historia Internacional*, p. 102. Véase José Luis Izquieta Etulain y Francisco Javier Gómez González, “Marxismo y antropología. Vigencia del análisis marxista en la antropología social”, *Papers. Revista de Sociología*, pp. 61-77.

ción o en cualquier otra forma”.³⁹ En México, por ejemplo, se debatió desde esta perspectiva la tesis del “colonialismo interno”, cuyos referentes son González Casanova y Rodolfo Stavenhagen, y también el concepto de *México profundo* de Guillermo Bonfil, entre otros.⁴⁰

Esta escuela, que se construyó como una corriente importante dentro de la historiografía poscolonial y posmarxista,⁴¹ intentó despojarse de la herencia colonial respecto a la manera en la que entonces se pensaba acerca de la nación y se escribía la historia.⁴² Entre otras cosas, llevó a cabo la tarea de recuperar a los grupos subalternos como sujetos de la historia. En un principio sus exponentes se concentraron en el campesinado como un sujeto consciente y político, cosa que nunca había ocurrido en la historiografía de las corrientes del materialismo histórico.

Guha publicó *Elementary Aspects of Peasant Insurgency in Colonial India* (1999), en el que mostró cómo algunos movimientos insurgentes de campesinos que en gran medida precedieron a los movimientos organizados por el Congreso Nacional Indio o por los socialistas, habían sido incorporados por la historiografía tradicional india, a la que Guha calificó como ahistórica, como prehistoria del nacionalismo o del socialismo en India, negándoles el derecho de ser sujetos de su propia historia.⁴³

³⁹ Ishita Banerjee, *op. cit.*, p. 102.

⁴⁰ José Luis Izquieta Etulain y Francisco Javier Gómez González, *op. cit.*, pp. 61-77.

⁴¹ Ranajit Guha, “Preface”, *Subaltern Studies I: Writings on South Asian History and Society*, pp. VII-VIII, citado por Ishita Banerjee, *op. cit.*, p. 103.

⁴² Dipesh Chakrabarty, “A small history of subaltern studies”, pp. 3-19, citada por Ishita Banerjee, *op. cit.*, p. 101. Entre los discípulos favoritos de Guha se encontraban los sociólogos, politólogos e historiadores Partha Chatterjee, Gayatri Chakravorty Spivak y Dipesh Chakrabarty.

⁴³ Ishita Banerjee, *op. cit.*, p. 105.

Guha introdujo una redefinición de lo político. Demostró que en la India colonial existieron dos esferas dentro de la acción política. Una formal, ligada a la élite conformada por los líderes del Partido Nacional del Congreso y apegada a la institución británica en cuanto a las formas y las concepciones de la movilización para la intervención política. La otra, autónoma, independiente de las instituciones políticas coloniales, conformada por los grupos subalternos, y en la que las solidaridades al momento de intervenir políticamente eran horizontales, en función de la casta, el clan o el parentesco, es decir, no impulsadas por líderes que vinieran desde fuera para organizar a unas “masas” pasivas e inconscientes.⁴⁴ Según Guha, el punto más importante de esta intervención de la esfera informal y autónoma era una clara oposición a la dominación.⁴⁵

La definición que Guha delineó de los campesinos como sujetos completamente conscientes implicaba que ellos eran tan parte de la modernidad como la élite, lo cual equivale a afirmar que existieron distintos tipos de modernidad en la India colonial. La significación mayor de esto no es solamente que la modernidad india es diferente, sino que “en general la modernidad es diversa”.

Una década antes del surgimiento de Estudios Subalternos, algunos historiadores y antropólogos de México, Perú, Bolivia, otros países de América Latina y algunos latinoamericanistas de Estados Unidos que no habían tenido contacto alguno con la historiografía de la India, empezaron a tratar cuestiones similares. El camino que siguieron en ese sentido fue el hurgar acerca de cuál había sido el papel de la actividad autónoma de los trabajadores, los campesinos y los indígenas en el pasado de las naciones de este subcontinente, así como

⁴⁴ *Idem.*

⁴⁵ *Idem.*

lo que Gilly llamó “la tenaz persistencia en el presente de un pasado aún vivo y sin confines”.⁴⁶

Uno de esos antropólogos fue Guillermo Bonfil Batalla, la quinta estrella de la constelación de Gilly en *Historia a contrapelo*, quien nació en 1935 y murió en 1991. En 1980 Bonfil escribió el ensayo “Historias que no son todavía historia”, precursor de su famoso libro *México profundo*. En sus páginas Bonfil delineó un proyecto para construir una escritura histórica propia de los subalternos y de los pueblos indígenas de México. Ahí escribió que la historia de México, sobre todo la del contexto colonial, seguía siendo escrita, con rarísimas excepciones, desde el punto de vista de las clases dominantes y de acuerdo con sus intereses. Agregó que la historia de los pueblos indígenas o bien se mantenía ignorada o bien se distorsionaba en función de la historia de los grupos dominantes que crearon la idea de la nación mexicana. Bonfil, escribe Gilly, especificó:

todos los pueblos colonizados tienen conciencia de que su verdadera historia ha sido prescrita por el colonizador. Saben que la suya es una historia oculta, clandestina, negada. Saben también que, pese a todo, esta historia existe y que la prueba evidente de ello es la existencia misma de cada pueblo.⁴⁷

Sin ser una de las estrellas de la constelación a la que Gilly analiza en *Historia a contrapelo*, John Womack, autor de *Zapata y la Revolución Mexicana* (1969), es mencionado por Gilly en el mismo sentido en el que menciona a Bonfil: “Una de las grandes obras de investigación histórica sobre las rebeliones en México, el libro de John Womack [...] [muestra cómo] todo

⁴⁶ Adolfo Gilly, *Historia a contrapelo...*, p. 67.

⁴⁷ Guillermo Bonfil, “Historias que no son todavía historia”, pp. 227-245, citado por Adolfo Gilly, *Historia a contrapelo...*, p. 90.

el dominio autónomo de la política subalterna salta a primer plano directamente de los documentos de los archivos. Ahí estaba desde siempre. Nomás había que saber mirar”.⁴⁸

También es importante apuntar que antes de entrar en contacto con la obra de los integrantes de su constelación, fundamentalmente con aquella de Guha y Bonfil, Gilly ya había introducido a los campesinos y a los indígenas de América Latina en su práctica de historiar a contrapelo. Citando nuevamente las palabras de Löwy en el ya mencionado homenaje de 2024 a Gilly, en el capítulo “La Comuna de Morelos” de su libro *La revolución interrumpida*, Gilly planteó:

La Comuna de Morelos tenía sus raíces en las viejas tradiciones comunitarias campesinas, en la vieja comunidad agraria precapitalista, que tomó, en la Revolución Mexicana, en la Comuna de Morelos, un carácter anticapitalista moderno, y una forma de [...] “socialismo empírico”. Volvemos a encontrar esa misma dinámica en otros momentos de la historia de México. Por ejemplo, en la insurrección neozapatista de los campesinos indígenas de Chiapas en 1994, dirigida por el Ejército Zapatista de Liberación Nacional, [al que desde 1996 Gilly definía] como un movimiento que combina lo más antiguo —la tradición de las comunidades indígenas— y lo más moderno.

Friedrich Katz, el gran biógrafo de Pancho Villa al que Gilly se refería como “mi comandante Katz”, decía que Adolfo Gilly nunca había sido un historiador tradicionalista, ni un historiador de la izquierda dogmática. Podríamos decir de la vida y obra de Gilly lo que se decía de la vida y obra de

⁴⁸ *Ibid.*, p. 100.

Ranajit Guha: “extraordinariamente iconoclasta, profundamente poco convencional y radicalmente contraintuitiva”.⁴⁹

También podríamos atribuir a Gilly las palabras que Guha pronunciara en entrevista acerca de su propia vida y obra: “¡No puedo pensar en mí mismo como intelectual sin pensar en mí mismo como una persona intensamente política y siempre comprometida, a veces hasta el punto de relegar a un segundo plano el aspecto académico del desarrollo intelectual!”.⁵⁰

Cierro con dos párrafos que ilustran claramente quién fue Adolfo Gilly. El primero habla del hombre políticamente comprometido, es de la autoría de Víctor Serge,⁵¹ y fue escrito en 1941, cuando él viajaba hacia su exilio en México:

⁴⁹ Somak Mukherjee, “Ranajit Guha, India’s oldest living historian, starts his 100th year with a dazzling legacy”, *Scroll.in*. En: <<https://scroll.in/article/1024494/ranajit-guha-indias-oldest-living-historian-starts-his-100th-year-with-dazzling-scholarship>>.

⁵⁰ *Idem*.

⁵¹ Víctor Serge (1890-1947) nació en Bruselas en 1890, con el nombre de Víctor Lvovich Kibalchich. Era hijo de exiliados rusos antizaristas, intelectuales empobrecidos que vivían “por casualidad” en la capital belga. Precoz activista anarquista, fue encarcelado durante la I Guerra Mundial, y luego deportado a Rusia, donde devino subsecretario de la Comintern. Criticó la represión de socialistas y anarquistas opositores al gobierno bolchevique durante la Guerra Civil, pero al estallar la rebelión en la base naval de Kronstadt, a pesar de simpatizar con los alzados, apoyó al gobierno bolchevique. Sirvió en los servicios de prensa de la Internacional Comunista. Tras la muerte de Lenin, se unió a la Oposición de Izquierda encabezada por Trotsky, y fue el último miembro de ésta dentro de la URSS en poder criticar públicamente a Stalin. Fue encarcelado en 1933, pero fue soltado y exiliado en 1936 tras una campaña internacional en su favor, encabezada, entre otros, por militantes y escritores destacados como André Gide y Romain Rolland. En la prisión de la URSS completó tres novelas (*Hombres en prisión*, *El nacimiento de nuestro poder* y *Ciudad conquistada*) y una historia (*El primer año de la Revolución Rusa*), todas publicadas en París. Serge publicó una serie de apasionadas y documentadas denuncias de los Procesos de Moscú de 1936 a 1938 y de las maquinaciones de Stalin en

Todos cargamos con muchos errores y fallas detrás nuestro porque el proceso de todo pensamiento creador sólo puede ser vacilante y a tropezones [...] Creo que uno de nuestros peores errores es la intolerancia hacia los nuestros (...), proviene de ese sentimiento de poseer la verdad que fabrica a los inquisidores y a los sectarios (...). Nuestra salvación se encuentra en una intransigencia tolerante, que consiste en reconocernos mutuamente el derecho al error, el más humano de los derechos, y el derecho de pensar de otra manera, el único que le da sentido a la palabra libertad.⁵²

El segundo párrafo fue plasmado en *Historia a contrapelo*:

[Imagino] la historia no bajo la forma de una línea, un círculo, una espiral, un laberinto o un sendero, sino como un árbol con su tronco de incontables anillos, sus ramas cada vez más extensas y sus hojas de un verde perpetuo, un ancestral árbol protector de las generaciones sucesivas.⁵³

FUENTES CONSULTADAS

BANERJEE, Ishita, "Historia, Historiografía y Estudios Subalternos", *Istor. Revista de Historia Internacional*, año 11, núm. 41, 2010, pp. 99-118.

BONFIL, Guillermo, "Historias que no son todavía historia" en Carlos Pereyra, *Historia para qué*, México, Siglo XXI, 1980.

España, que en gran medida fueron desatendidas. Apátrida, sin dinero, acosado por agentes estalinistas, Serge vivió en un exilio precario en Bruselas, París, la Francia de Vichy y la ciudad de México, adonde llegó como refugiado y donde murió en 1947. Su clásico *Memorias de un revolucionario* y sus grandes últimas novelas, *Años implacables* y *El caso del camarada Tulayev* fueron publicadas póstumamente.

⁵² Carmen Castillo, "Prólogo, Víctor Serge: un fantasma fiel", pp. 14-16.

⁵³ Adolfo Gilly, *Historia a contrapelo...*, p. 74.

- CASTILLO, Carmen, "Prólogo, Víctor Serge: un fantasma fiel" en Víctor Serge, *Memorias de un revolucionario*, Buenos Aires, Tinta Limón, 2023.
- CHAKRABARTY, Dipesh, "A small history of subaltern studies" en *Habitations of Modernity: Essays in the Wake of Subaltern Studies*, Chicago y Londres, University of Chicago Press, 2002, pp. 3-19.
- ECHEVERRÍA, Bolívar, *La mirada de Ángel. En torno a las tesis sobre la historia de Walter Benjamin*, México, Era, 2005.
- GILBERT, Joseph y Daniel Nugent, *Aspectos cotidianos en la formación del Estado. La revolución y la negociación del mando en el México moderno*, México, Era, pp. 213-226.
- GILLY, Adolfo, *Felipe Ángeles, el estratega*, México, Era, 2019.
- , *Historia a contrapelo. Una constelación*, México, Era, 2016.
- , *Historias clandestinas*, México, Ítaca, 2009.
- , *El cardenismo. Una utopía mexicana*, México, Cal y Arena, 1994.
- , *La revolución interrumpida*, México, El Caballito, 1971.
- GILLY, Adolfo y Roux, Rhina, *El tiempo del despojo. Siete ensayos sobre un cambio de época*, México, Ítaca, 2015.
- GIMÉNEZ MONTIEL, Gilberto, *Teoría y análisis de la cultura*, tomo I, México, Conaculta-DGVC/Instituto Coahuilense de Cultura, 2005.
- GOIKOEXEA BERDONCES, Maialen y José Luis López Liceaga, "Análisis de la utopía liberal en la obra de Karl Polanyi", *Zaguán*, Zaragoza, FFyL-Universidad de Zaragoza, 2016, disponible en: <<https://zaguan.unizar.es/record/56885?ln=es>>. (Consultado: 25/11/2024).
- GRAMSCI, Antonio, *Cuadernos de la Cárcel*, tomo 3, Buenos Aires, Akal y Siglo XXI, 2023.
- GUHA, Ranajit, *Elementary Aspects of Peasant Insurgency in Colonial India*, Durham, Duke University Press, 1999.
- , *Subaltern Studies Reader, 1986-1995*, Minnesota, University of Minnesota Press, 1993.

- , “On Some Aspects of the Historiography of Colonial India” en Ranajit Guha, *Selected Subaltern Studies*, Oxford, Oxford University Press, 1988.
- , “Preface”, *Subaltern Studies I: Writings on South Asian History and Society*, Delhi, Oxford University, 1982, pp. VII-VIII
- IZQUIETA ETULAIN, José Luis y Francisco Javier Gómez González, “Marxismo y antropología. Vigencia del análisis marxista en la antropología social”, *Papers. Revista de Sociología*, 98/1, 2013, pp. 61-77.
- MANERA, Carles, “La economía de mercado falla”, *Economistas frente a la crisis*, 2020, 8 de abril, disponible en: <<https://economistasfrentealacrisis.com/la-economia-de-mercado-falla/>>. (Consultado: 25/11/2024).
- MUKHERJEE, Somak, “Ranajit Guha, India’s oldest living historian, starts his 100th year with a dazzling legacy”, *Scroll.in*, 2022, May 23, disponible en: <<https://scroll.in/article/1024494/ranajit-guha-indias-oldest-living-historian-starts-his-100th-year-with-dazzling-scholarship>>. (Consultado: 25/11/2014).
- New Left Review*, “Lo que existe no puede ser verdad”, [Entrevista a Adolfo Gilly], 2011, disponible en: <<https://newleftreview.es/issues/64/articles/adolfo-gilly-lo-que-existe-no-puede-ser-verdad.pdf>>. (Consultado: 22/11/2024).
- POLANYI, Karl, *Los límites del mercado. Reflexiones sobre economía, antropología y democracia*, Madrid, Capitán Swing, 2014.
- , *The Great Transformation. The Political and Economic Origins of our Time*, Boston, Beacon Press, 2011.
- POLANYI, Karl, Conrad M. Arensberg y Harry W. Pearson, *Trade and Markets in the Early Empires*, Los Ángeles, The Free Press, 1957.
- POLANYI LEVITT, Kari, *De la gran transformación a la gran financierización*, Santiago de Cuba, Editorial Oriente, 2016.
- PRICE, Richard, “Ranajit Guha is 90 years old on 23 May 2013. We give below the first of several short birthday tributes to

him", *Permanent Black*, 2013, May 22, disponible en: <<https://permanent-black.blogspot.com/2013/05/short-birthday-tributes-to-ranajit-guha.html>>. (Consultado: 25/11/2024).

SOMERS, Margaret, "El regreso de Karl Polanyi", *Sin permiso*, 2017, 28 de noviembre, disponible en: <<https://www.sinpermiso.info/textos/el-regreso-de-karl-polanyi>>. (Consultado: 25/11/2024).

The Times of India, "Historian of the subaltern, Ranajit Guha, passes away in Vienna", 2023, 1 de mayo, disponible en: <<https://timesofindia.indiatimes.com/india/ranajit-guha-historian-of-the-subaltern-passes-away/articleshow/99896181.cms>>. (Consultado: 25/11/2024).

THOMPSON, E. P., *Costumbres en común*, Londres, The Merlin Press, 1991.

———, *The Poverty of Theory and Other Essays*, Nueva York, The Monthly Review Press, 1978, p. 67.

VILLENA FIENGO, Sergio, "Walter Benjamin o la historia a contrapelo", *Ciencias Sociales*, núm. 100, 2003, pp. 95-101.



Experiencia, memoria e historia

Tatiana Pérez Ramírez

El Colegio Mexiquense

El primer día de clases del semestre, Adolfo Gilly llegaba a la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Con un andar suave entraba a su salón, cuya audiencia era regularmente muy concurrida. Se paraba unos momentos frente al grupo, colocaba sus manos en la cintura y miraba alrededor; le gustaba ver esos rostros jóvenes, esas caritas adolescentes que lo observaban con sorpresa. Luego, se sentaba en su escritorio y dejaba su morral (esa bolsa que cargaba para todos lados, donde tenía uno que otro libro y el periódico *La Jornada*). De inmediato se presentaba y pedía que se dirigieran a él por su nombre: Adolfo. Enseguida, afirmaba con serenidad que su curso no se trataba de instituciones ni de entes inanimados, sino de la historia de la formación del Estado mexicano hecha por seres humanos, por la gente, por el pueblo, y no sólo por sus dirigentes ni los políticos que ejercen el poder.

Su forma de hablar era sencilla, no le gustaba usar palabras rebuscadas. Le molestaba el regodeo de la erudición de aquellos que hablaban “complicado”. Su manera de dirigirse al alumnado era cálida y jovial, sin dejar de ser riguroso y crítico. Sabía del respeto, de la tolerancia y el buen trato. En momentos

de concentración fruncía el ceño, miraba fijamente y sus ojos azules se encendían como dos chispas. Cuando algo le caía en gracia, su risa estruendosa estallaba. Cuando algo no le parecía tanto o le daba qué pensar, comenzaba a rascarse la cabeza y a tocarse el cabello. Su desesperación y malestar eran evidentes cuando se tallaba agitadamente el rostro con la mano. Estos y muchos otros gestos son parte de los recuerdos de una estudiante y muchas otras personas que conocimos al maestro Adolfo, al capitán Gilly, quien generosamente nos compartió sus experiencias, nos arropó con su empatía, nos hizo parte de su tripulación y nos formó en la academia y en la vida.

En este texto presento algunos datos biográficos de Adolfo, a partir de las dos entrevistas que concedió, con mención de algunos libros y destacando dos momentos que me unieron a él porque dirigió dos de mis investigaciones: mi tesis de licenciatura sobre la elección de 1988 en México y mi tesis de maestría sobre el movimiento indígena en Bolivia (2000-2005). La segunda parte tiene que ver con su pensamiento teórico, el desarrollo del concepto de la historia a partir de tres textos básicos que pueden ser pautas útiles para las juventudes de hoy en día que quieran acercarse a nuestro querido historiador.

DEL PUERTO A LAS MINAS, DE LAS GRANDES CIUDADES A UNA ISLA, LUEGO A LA MONTAÑA, Y UN ENCIERRO INESPERADO

Adolfo Atilio Malvagni Gilly nació en Buenos Aires, Argentina, el 25 de agosto de 1928. Su padre fue un abogado mercante y su madre fue ama de casa. Sus hermanas fueron Graciela y Delfi. Se recibió como maestro normalista en la Escuela Normal de Profesores “Mariano Acosta” en 1946. En ese mismo año ingresó a la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires, pero dejó sus estudios por un empleo de corrector de pruebas.

Desde muy joven fue un disidente. En 1946 se unió al ala juvenil del Partido Socialista y trabajó en un periódico del partido denominado *Rebeldía*. Al año siguiente, se unió al Movimiento Obrero Revolucionario (MOR). Dos años después, como militante del MOR y corrector, se volvió trotskista y se adhirió a la Cuarta Internacional dirigida por J. Posadas. Sus años formativos estuvieron llenos de discusiones políticas, escritura y corrección de textos; se nutrió de lecturas marxistas y surrealistas.¹

En 1956, como militante de la Cuarta Internacional, Gilly dejó Argentina con la misión de estar cuatro meses en Bolivia para trabajar con un grupo de trotskistas, pero esos meses se convirtieron en años. Llegó justo a tiempo del aniversario de la revolución de 1952 y tuvo “la ocasión de contemplar a las milicias de los mineros desfilando con sus rifles por La Paz”. Le impresionó “vivamente” ver el “mito de la revolución permanente”.²

Cuando hablaba de Bolivia, rememoraba su estancia en la capital del país y su colaboración para el semanario uru-

¹ *New Left Review*, “Lo que existe no puede ser verdad”, [Entrevista con Adolfo Gilly], pp. 28-30. La impronta surrealista es un dato no menor en la travesía intelectual de Adolfo Gilly. Sobre André Breton se encuentra en dos textos: “André Breton: la confesión desdeñosa” en *Pasiones cardinales* y “Estrella y espiral: Octavio Paz, André Breton y el surrealismo” en *Estrella y espiral*. Rhina Roux ha puesto énfasis en este rasgo distintivo de Gilly y agrega a otros de sus autores importantes: Paul Éluard, Benjamin Péret y Guillaume Apollinaire. Adolfo Gilly, *Pasiones cardinales* y *Estrella y espiral*; Rhina Roux, “Adolfo Gilly: Imaginación histórica, razón ardiente”, *Revista Común*. En: <<https://revistacomun.com/blog/adolfo-gilly-imaginacion-historica-razon-ardiente/>>.

² En el año 2003, Adolfo dio una entrevista a Sinclair Thomson y Seemin Qayum. Ahí rememoró su llegada a La Paz y el aprendizaje político y vivencial en Bolivia. Esa entrevista se puede consultar en: Adolfo Gilly, *Historias clandestinas*, p. 92, y *New Left Review*, “Lo que existe no puede ser verdad”, p. 32.

guayo *Marcha*.³ Después, se fue a Oruro y se sumergió en el mundo del trabajo en las minas. La relación de los mineros con la tierra era algo novedoso, comparado con el trabajo fabril que conocía de Buenos Aires. Uno de los personajes que frecuentemente estaban en su memoria era Paulino, trotskista militante que no llegaba a las reuniones porque andaba bailando en la *diablada*.⁴ También se acordaba de la cholita que vivía en un cuarto pequeño lleno de ratoncitos. Cuando la liquidaron de la fábrica, ella usó su indemnización para comprar una máquina de escribir portátil Olivetti con la esperanza de que su *wawita*⁵ aprendiera a escribir bien cuando creciera. A su mente regresaban esos personajes andinos y se veía a él de joven, cuando seguía su misión como si perteneciera a una organización militar religiosa.⁶

La experiencia boliviana marcó la percepción, comprensión y sensación del Gilly joven. En su vida adulta, en repetidas ocasiones habló de que en ese lugar se gestó su “educación sentimental”, porque logró ver a esa civilización milenaria en sus modos y formas de resistir y luchar. Apreció una forma de dominación y opresión racial que le dolieron en lo profundo. Escuchó en repetidas ocasiones la frase “eso no es justo”. Vio el mundo de los mineros y el actuar de militantes zambullidos en un ambiente mítico, religioso e indígena. Bolivia le enseñó de los anhelos, del saber escuchar los silencios y de las múltiples formas en que la dignidad de un pueblo sometido se hace presente.

³ *New Left Review*, “Lo que existe no puede ser verdad”, p. 33.

⁴ La *diablada* es una danza boliviana que evoca una tradición que combina elementos de la religión católica y la cultura andina. Los bailarines usan una careta y un traje de diablo. Se hace la representación del enfrentamiento del bien contra el mal.

⁵ Es una forma del quechua de referirse a una criatura o un bebé.

⁶ Adolfo Gilly, *Historias clandestinas*, pp. 95-97.

Él contaba que de esa primera misión viajó a Europa. Llegó a Ámsterdam y decía que ahí: “todos los relojes públicos marcan la misma hora, y allá (Bolivia) cada uno marca la hora que le parece”.⁷ En Europa se acercó a Michel Pablo y Ernest Mandel, “dos hombres de origen tan diverso, unidos por las mismas ideas y por formas diferentes”, que al inicio eran el maestro y el joven brillante discípulo.⁸ Gilly convivió con ellos y, como comisionado de la Cuarta Internacional, apoyó la guerra de independencia en Argelia. Ese tiempo lo aprovechó para reencontrarse con sus ancestros en Italia.

De vuelta en América, entre 1962 y 1963, tuvo un paso turbulento por Cuba y escribió una crónica de la crisis de los misiles de octubre.⁹ De la isla lo deportaron a Roma en 1963. Gracias a sus escritos, se sabe que pasó por Chile en 1964 y por Colombia en 1965.¹⁰ En esos años, se comprometió con la guerrilla guatemalteca, el Movimiento Revolucionario MR13, en las zonas altas de la Sierra de Minas.¹¹

⁷ *Ibid.*, p. 98.

⁸ Un retrato entrañable de estos dos personajes está en el texto “Ernest Mandel: recuerdos del olvido” en Adolfo Gilly, *Pasiones cardinales*.

⁹ Sobre su estancia en Cuba y la polémica alrededor se pueden consultar algunos de estos textos: *New Left Review*, “Lo que existe no puede ser verdad”, p. 35; Adolfo Gilly, “Cuba, coexistencia o revolución”, *Monthly Review*, noviembre de 1964; Adolfo Gilly, “La renuncia del Che”, *Arauco*, octubre de 1965; Adolfo Gilly, “Respuesta a Fidel Castro”, *Marcha*, 18 de febrero de 1966.

¹⁰ Sobre su paso por Chile y el recorrido con Salvador Allende véase “Chile: A Day with Allende” en Adolfo Gilly, *Paths of Revolution. Selected Essays*. Las notas sobre su paso por Colombia y su encuentro con el padre Camilo Torres en: Adolfo Gilly, *Estrella y espiral*.

¹¹ *New Left Review*, “Lo que existe no puede ser verdad”, p. 37; Adolfo Gilly, *The Guerrilla Movement in Guatemala*. Es necesario agregar que Adolfo regresó a Argentina, pasó por Uruguay y más países. Sería interesante tratar de documentar toda esta actividad. Algunos datos inquietantes y mucha información del contexto político y militante se puede encontrar en el escrito de Horacio Tarcus (“Gilly, Adolfo”). Ojalá alguien se anime a realizar una investigación de este tipo.

IMAGEN 1.

Adolfo Gilly en Lecumberri



Fotografía del Archivo personal de Adolfo Gilly.

En marzo de 1966, a escasas dos semanas de su llegada a México, Adolfo Gilly fue detenido por la Dirección Federal de Seguridad en una redada donde seguían a otras personas. Pero al comprobar que él iba rumbo a Guatemala, lo encarcelaron en Lecumberri. En la imagen que acompaña a este texto, se le puede ver en ese periodo en su celda. Ahí estaban sus libros y las fotografías de sus compañeros. Cuando platicaba de su paso por la prisión, Adolfo decía que le habían salvado la vida porque sus amigos habían sido asesinados por el servicio de seguridad guatemalteco. En momentos, cuando se refería a ese episodio, expresaba una especie de aflicción por ser un sobreviviente.

En prisión, Gilly leyó mucho y escribió una obra que, sin imaginárselo, marcó un nuevo paradigma en la historiografía mexicana. En sus últimas dos décadas de vida, bromeaba al decir que su paso por el “Palacio Negro” había sido su estancia de investigación financiada por el gobierno mexicano. En sus conversaciones con sus estudiantes, recordaba que, estando en prisión —desde su lugar de extranjero— quería comprender y explicar qué sucedió con esa revolución que tanto impacto tuvo en América Latina. Con sorpresa, admiración y gratitud nos contaba sobre la recepción de esa famosa carta de Octavio Paz y le agradaba citar este párrafo inicial:

Por fortuna un amigo me prestó hace unos días un ejemplar. Lo leí de un tirón. Su contribución a la historia de la Revolución Mexicana es notable. No lo es menos la que hace a la historia viva, quiero decir, a la historia que en México, en estos días, todos vivimos y hacemos (o, a veces, deshacemos). Usted ha dicho varias cosas nuevas, ha recordado otras que

habíamos olvidado y ha iluminado algunas que nos parecían oscuras.¹²

Con esta carta de presentación, a Gilly se le abrió la puerta del medio intelectual mexicano. Pero, además, su escrito llegó al público mexicano que ávidamente leyó su libro y lo convirtió en un clásico.¹³ Esa lectura luminosa y provocativa ofrecida por Gilly en *La revolución interrumpida* se cocinó a fuego lento en la crujía N con pocos libros, agudeza teórica, compromiso militante y experiencia política. Su vida carcelaria, de preso político, la compartió con los estudiantes de 1968.

LA TRAVESÍA EN MÉXICO

Adolfo Gilly salió de Lecumberri en 1972 y lo deportaron a Francia, pero se aferró a México y regresó. En 1982 adquirió la nacionalidad mexicana. Este país, que era un punto de paso, se convirtió en su hogar. Aquí lo habían atrapado, pero no sólo había sido la cárcel, sino también “una mexicana y un niño que lo encontraron en el camino”. Ya en este país, ingresó a la UNAM como profesor, primero en la Facultad de Economía (1977-1978) y después ingresó a la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales (1979). Por esos años, militó en el Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT), en el cual no estuvo demasiado tiempo.

En febrero de 1988, como reportero de *La Jornada* (mismo diario del cual fue fundador), cubrió la campaña del Frente Democrático Nacional (FDN), que tenía como candidato al ingeniero Cuauhtémoc Cárdenas Solórzano, hijo

¹² Octavio Paz, “Carta a Adolfo Gilly”, *Plural*.

¹³ Al menos van más de 40 ediciones. El libro se tradujo al inglés, al francés y al griego. Hay una edición cubana.

del general Lázaro Cárdenas. En este periodo Gilly se sorprendió al ver a los campesinos que salían a respaldar a Cuauhtémoc con el retrato del general. En la cobertura de este recorrido por la región lagunera anotó con asombro: “Habían esperado mucho tiempo que volviera el general. Habían esperado los padres, los abuelos y los nietos. Que volviera pero contra el gobierno. El general ya no volvió pero ahora, en lo más duro de la crisis vino su hijo. Y contra el gobierno”. Con ello, Adolfo vislumbró la persistencia de la esperanza cardenista en el México profundo de los ejidos, los pueblos y los campesinos. En sus crónicas mencionaba que no sólo se trataba de ver la figura de Cuauhtémoc Cárdenas, “sino de algo mucho más grande, algo que se gestó en las profundidades del país asolado por la crisis y que busca salir a la luz de los caminos...”¹⁴

Cuando hablaba de aquellos recuerdos de la campaña del FDN, evocaba el mito del general Cárdenas como un manto que cobijó a su hijo, pero también estaban los anhelos de la Revolución Mexicana. El recorrido de San Pedro de las Colonias fue decisivo para que Gilly se sumara a la campaña del ingeniero.¹⁵ Esto se hizo público en marzo de 1988, cuando en el marco del aniversario de la expropiación petrolera, Gilly formó parte del Movimiento Al Socialismo (MAS), una corriente del PRT que se sumó al movimiento popular que apoyó la candidatura de Cuauhtémoc Cárdenas en 1988. En el documental del *Canal 6 de Julio* se puede apreciar el fragmento de su discurso en donde ponía énfasis en la importancia de la unión de las distintas fuerzas para enfrentar al poder opresor y organizarse libre y democráticamente en torno a la candidatura única de Cárdenas. De esta forma,

¹⁴ Adolfo Gilly, “El general no volvió; vino su hijo... y contra el gobierno”, *La Jornada*, 12 de febrero de 1988.

¹⁵ Adolfo Gilly, “Ya te sentimos presidente, dijeron a Cuauhtémoc campesinos laguneros”, *La Jornada*, 14 de febrero de 1988.

Gilly se sumó a este movimiento que por mucho rebasó las expectativas de quienes lo abanderaron.¹⁶

Después del fraude electoral, Gilly recordaba que Cárdenas Solórzano no pudo hacer más. No tenía el apoyo del Ejército, decía. Por eso, la vía fue la fundación del Partido de la Revolución Democrática, del que Gilly redactó sus principios y en el cual militó hasta un poco después del año 2000.¹⁷ En este periodo también se forjó una amistad larga y entrañable con Cuauhtémoc y la familia Cárdenas. Doña Amalia Solórzano lo trataba con cariño y le decía que era “su hijo desobediente”.

En el ámbito editorial, Gilly coordinó a un grupo de estudiantes para recopilar las cartas que le dieron a Cárdenas durante su campaña. Ese proyecto dio vida al libro *Cartas a Cuauhtémoc*, donde se rescataron las pequeñas voces de las personas que le escribieron para mostrar su apoyo, presentarle sus demandas y hacerle sugerencias.¹⁸ Unos años después, concluyó su libro *El cardenismo. Una utopía mexicana*.¹⁹

En la década de los años noventa, la rebelión indígena en Chiapas atrajo su atención y sus esfuerzos se encaminaron hacia esta lucha. Visitó a los zapatistas y fue partícipe de sus encuentros. Se apasionó por esas reuniones y la efervescencia zapatista, pero también ahí se enamoró de una “francesa de piernas largas que fumaba como chimenea”. En esos años, tuvo un intercambio epistolar con el subcomandante Marcos y escribió el libro *Chiapas: la razón ardiente*.²⁰ Su cercanía con el zapatismo puede rastrearse hasta el desventurado encuentro de la Digna Rabia en 2009.

¹⁶ Canal 6 de julio, “Crónica de un fraude”.

¹⁷ Adolfo Gilly, “El perfil del PRD”, *Nexos*, pp. 61-71.

¹⁸ Adolfo Gilly (coord.), *Cartas a Cuauhtémoc Cárdenas*.

¹⁹ Adolfo Gilly, *El cardenismo. Una utopía mexicana*.

²⁰ Adolfo Gilly, *Chiapas: la razón ardiente. Ensayo sobre la rebelión del mundo encantado*; Adolfo Gilly, *Discusión sobre la historia*.

Como profesor universitario, además de impartir cursos en licenciatura y maestría, Adolfo apoyó al movimiento estudiantil de 1986-1987 en apoyo al Consejo Estudiantil Universitario (CEU) y con el objetivo de la defensa de la gratuidad de la educación. Participó como delegado en el Congreso Universitario de 1990. Años más tarde, cuando vio de nueva cuenta que se querían cobrar cuotas en la UNAM, mostró su solidaridad al estudiantado de la universidad en el periodo 1999-2000.²¹ Escribió sobre esto en la prensa y visitó a las y los estudiantes presos en el Reclusorio Norte. Le gustaba comentar que llevó cartitas de la celda de las mujeres a la de los hombres y viceversa.

Al inicio del siglo XXI, cuando el movimiento indígena boliviano emergió con el ciclo de protestas por la lucha por el agua, el gas y los hidrocarburos, el corazón de Gilly se encendió nuevamente. Viajó a la ciudad de La Paz, se entrevistó con mucha gente y conoció a Evo Morales.²² No es forzado que hablara de la primera revolución del siglo XXI y por eso se molestó de que en la revista *Contretemps* le pusieran signos de interrogación al artículo que escribió.²³ Con indignación, decía que no dudaba ni lanzaba una interrogante, él afirmaba que se vivía la primera revolución del siglo XXI.²⁴

Nuevamente se encendía el mundo andino y el coraje del pueblo boliviano. Por eso, insistió en viajar a las ciudades de La Paz y El Alto, para que pudiera ver y sentir lo que ahí se vivía. En el periodo 2008-2009, cuando desarrollaba mi in-

²¹ Adolfo Gilly, "UNAM: el motivo y el agravio", *La Jornada*, 10 de mayo de 1999; Adolfo Gilly, "UNAM: educación y mercado", *La Jornada*, 11 de mayo de 1999.

²² Adolfo Gilly, "El pueblo, indispensable en las decisiones de gobierno", *La Jornada*, 4 de febrero de 2006.

²³ Adolfo Gilly, "Bolivie une révolution du XXI^e siècle?", *Contretemps*, mayo de 2004.

²⁴ La mayoría de los textos que escribió sobre Bolivia están reunidos en: Adolfo Gilly, *Historias clandestinas*.

vestigación de maestría, le informaba del ambiente cuando se aprobó la Nueva Constitución Política, sobre las marchas de los mineros y los mítines en la Plaza Murillo. En nuestras conversaciones, Bolivia era el tema favorito que le generaba emoción. Lamentablemente, por cuestiones de salud, ya no pudo volver.

La vida académica de Adolfo fue fecunda e internacional. En varios momentos afirmó que el reconocimiento de la academia mexicana fue gracias a lo hecho fuera de nuestro país, especialmente por sus actividades en Estados Unidos. Uno de los vínculos más significativos lo tejió con su admirado amigo Friedrich Katz.

Como investigador, tuvo dos veces *fellow* en residencia en las siguientes instituciones: National Humanities Center, Research Triangle Park, North Carolina (1991-1992 y 1996). Como professor invitado estuvo en University of Chicago (1982), Columbia University (1989), University of Maryland en College Park (1995), Stanford University (1997), Yale University (2000) y New York University (2003).

Del año 2004 en adelante —que fue el año en que lo conocí y comencé a ser su ayudante de investigación—, sus actividades se dividían entre los seminarios de posgrado en la memorable sede de Ortega 14 (ubicada en el centro de Coyoacán), las clases en licenciatura, los actos académicos en distintas universidades, la investigación que realizaba sobre el general Felipe Ángeles²⁵ y las reuniones con el Frente de Pueblos en Defensa de la Tierra. Alzó la voz en apoyo a la gente de San Salvador Atenco y la de Oaxaca en 2006.²⁶ A

²⁵ Adolfo Gilly, *Felipe Ángeles en la Revolución*; Adolfo Gilly, *Felipe Ángeles, el estratega*.

²⁶ Adolfo Gilly, "Otro Atenco, nunca más", *La Jornada*, 27 de junio de 2006. Adolfo Gilly, "Oaxaca, soledad en llamas", *La Jornada*, 30 de octubre de 2006; Adolfo Gilly, "Una estudiante de la UNAM en el Congreso de la APPO. Entrevista", *La Jornada*, 16 de noviembre de 2006.

sus 80 años, se mostraba incansable. No dejaba pasar ningún evento y se mostraba accesible para apoyar esas luchas.

El corazón y el coraje le alcanzaron para clamar por los 43 de Ayotzinapa. Entre sus múltiples actividades de profesor-investigador siempre estuvo presente su solidaridad con los presos políticos. En las últimas conversaciones que tuvimos, a los dolores físicos que le aquejaban se sumaba su preocupación por los presos políticos de Nicaragua.

SU MIRADA: LA HISTORIA A CONTRAPELO

El pensamiento de Adolfo Gilly recorrió distintos temas y problemáticas a lo largo de su vida con una constante: su formación teórica en sintonía con su práctica política. Desde la adolescencia, Adolfo formó parte de las juventudes socialistas y posteriormente se sumó al trotskismo. Esta corriente teórica fue la guía (hasta una especie de credo religioso del que después se reía) de su compromiso militante que lo llevó a Bolivia, Chile, Colombia, Holanda, Francia, Italia, Cuba, Guatemala y México, entre otros países.

La revolución interrumpida es el ejercicio teórico e historiográfico por excelencia de su pensamiento trotskista. La premisa de que “la historia de las revoluciones es para nosotros, por encima de todo, la historia de la irrupción violenta de las masas en el gobierno de sus propios destinos” nos marca la pauta para dar seguimiento al enfoque teórico de Gilly.

Este estudio trotskista de la Revolución Mexicana puso de relieve a los campesinos como actores centrales, aquello que él mismo expresaba con emoción: “la autoorganización de las masas”. Fijó su mirada en el zapatismo y dibujó los trazos de la Comuna de Morelos. De forma paralela, fue profundamente crítico porque se alejó de la retórica triunfalista de la Revolución. A contrapelo, nos presentó una revolución que se interrumpió. Su momento cumbre fue la entrada de

las tropas zapatistas y villistas a la ciudad de México en diciembre de 1914. Los campesinos no ganaron, pero años más tarde, en el periodo de Lázaro Cárdenas, vieron cristalizados algunos de estos anhelos con la reforma agraria.

Gilly nos ofrece una mirada distinta: la agencia y relevancia de la gente de abajo, de los campesinos como protagonistas de la historia. Mostró que la formación del Estado no sólo depende de los gobernantes, sino que es resultado de una tensa lucha y negociación con los grupos populares. Esta mirada de la historia desde abajo la desarrolló y pulió teóricamente en décadas posteriores, cuando se asentó en la academia mexicana.²⁷

La trayectoria del Gilly militante entró al medio académico con sus modos muy peculiares. Con mucho compromiso político de fondo, afinó su pensamiento teórico y lo fue transformando. No quiere decir que haya cambiado, sino que con el paso de los años fue sumando autores afines que dieron como resultado un arsenal teórico coherente, consistente y sofisticado.

Uno de los hilos conductores de su pensamiento es la teoría de la historia. A lo largo de su vida, Gilly disertó sobre el concepto de historia y cómo se relacionaba con los procesos sociopolíticos. En algunos momentos, me pongo a pensar en lo importante de mostrar eso al estudiantado de nuestros días, para que se acerque a su pensamiento. En la

²⁷ Conviene agregar que la entrada de Adolfo Gilly a la academia mexicana fue intempestiva. Como bien señaló Felipe Ávila, llegaron a comentar que no era un historiador sino un periodista. *La revolución interrumpida* fue cuestionada por no ser un texto académico porque no tenía notas al pie de página y no se basaba en fuentes primarias, al menos ese fue el argumento que dieron en el Sistema Nacional de Investigadores la primera vez que Gilly postuló y fue rechazado. En respuesta, Adolfo escribió un texto en la revista *Nexos*. Felipe Ávila Espinosa, "Algunas aportaciones historiográficas de Adolfo Gilly", *Historia Mexicana*, pp. 1359-1364. En: <<https://doi.org/10.24201/hm.v73i3.4704>>, Adolfo Gilly, "Citas en los pies, ideas en la cabeza", *Nexos*, pp. 11-13.

abundante historiografía de Gilly se pueden encontrar textos clave. Me parece que un primer acercamiento se puede hacer a partir de un artículo y dos libros. A continuación, menciono cada uno con sus ideas generales.

En la década de los años ochenta, el punto de partida es el artículo “La historia como crítica o discurso del poder”, incluido en el libro de *Historia ¿para qué?*, coordinado por Alejandra Moreno Toscano. Este artículo es fundamental porque parte de Karl Marx para adentrarse al estudio del comportamiento humano, y la relación que se da entre conocimiento y acción. Nos expone que la historia trata de relaciones sociales que a su vez son relaciones de poder. Lo define de la siguiente manera:

La historia, cuyo objeto privilegiado es la descripción y el conocimiento de estas relaciones y de sus transformaciones, puede adoptar frente a ellas dos actitudes que no le son permitidas a las ciencias naturales frente a su objeto: justificarlas explicándolas como inmutables y naturales, o criticándolas explicándolas como cambiantes y transitorias.²⁸

Esta parte es relevante en el sentido de que la historia trata de seres humanos y puede justificar el discurso de los poderosos o bien puede ser una herramienta de crítica. Además, afirma que sería “ilusorio esperar una historia imparcial” y que, si “las relaciones sociales son relaciones de fuerza y si la historia es historia de la lucha entre las clases y los grupos sociales, tomar partido no exige faltar a la objetividad”.²⁹ Pero cuando habla de las relaciones de poder, no lo reduce a un modelo binario, sino que también nos habla de distintos

²⁸ Adolfo Gilly, “La historia como crítica o como discurso del poder”, p. 199.

²⁹ *Ibid.*, p. 201.

niveles. Con ello, nos presenta una forma de posicionarse en la academia, escribir la historia y comprender el presente.³⁰

En los años noventa, ubico otro momento relevante con el libro *Discusión sobre la historia*. En ese libro le expone el método indiciario del historiador italiano Carlo Ginzburg al subcomandante Marcos. Inicia con la carta de Marcos, quien no entendió por qué Gilly le mandó tal escrito. En la misiva de respuesta, Gilly le desglosa los motivos. En ese texto se encuentran referencias a las ideas de E. P. Thompson con el concepto de experiencia. Posteriormente, entra de lleno con el método indiciario de Ginzburg. Se puede ver cómo va incorporando nuevos autores y su capacidad de reflexionar sobre otras teorías nuevas. Habla de la historia social inglesa y de la microhistoria italiana.³¹

A modo de paréntesis, puedo agregar su interés por la microhistoria y la historia local hecha desde México. Adolfo siempre reconoció y elogió la obra de Luis González y González. Así como la influencia de Guillermo Bonfil Batalla y su *México profundo*. Otra fuente relevante en sus disertaciones fue la Escuela de los Anales con la particular mención de Marc Bloch y Lucien Febvre.³²

Un tercer momento se encuentra a inicios del siglo XXI, como resultado de sus estancias de investigación en Estados Unidos, donde conoció la Escuela de la Subalternidad. De ahí se gestó un ciclo de conferencias en Nueva York que continua-

³⁰ No está de más agregar algunos autores clave que Gilly siempre mencionaba: C. L. R. James, Frantz Fanon y Antonio Gramsci.

³¹ Adolfo Gilly, *Discusión sobre la historia*.

³² Adolfo Gilly, "Luis González: el taller, la verdad y la gracia", *Región y Sociedad* XIV. En: <https://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1870-39252002000200007>, Adolfo Gilly, "Ciencias sociales e historia. Notas interdisciplinarias", *Andamios. Revista de Investigación Social* 7, pp. 217-232. En: <https://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1870-00632010000200010>, Gilly, *Paths of Revolution. Selected Essays*.

ron en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. El producto editorial fue el libro de *Historia a contrapelo*, donde nos presenta a esa constelación de autores que utilizó en sus seminarios de licenciatura y posgrado. Este libro, pequeño en su extensión, pero denso en su contenido, nos reitera la idea de que la historia está hecha por los seres humanos que a partir de su experiencia pasada defienden un presente. La lucha por los derechos y los espacios no se da a partir de un horizonte futuro, sino que es en el pasado donde emerge esa fuerza. Nuevamente, así como en el texto de los años ochenta —después de décadas y autores nuevos— encontramos la relación entre el conocimiento del pasado para dar dirección y actuar en el presente. En este libro, Adolfo nos presenta a sus autores: Ranajit Guha, Walter Benjamin y E. P. Thompson, entre otros. Ahí nos da su definición de la historia:

Prefirieron imaginar a la historia no bajo la forma de una línea, un círculo, una espiral, un laberinto o un sendero, sino como un árbol con su tronco de incontables anillos, sus ramas cada vez más extensas y sus hojas de un verde perpetuo, un ancestral árbol protector de las generaciones sucesivas.³³

Con esta mención al árbol protector de la historia cierro este escrito; con la ilusión de que el pensamiento de Adolfo Gilly reverdezca como este árbol cada vez que alguien se acerque a sus libros y se inspire en su trabajo.

FUENTES CONSULTADAS

Bibliográficas

ÁVILA ESPINOSA, Felipe, “Algunas aportaciones historiográficas de Adolfo Gilly”, *Historia Mexicana*, 2024, pp. 1359-1364, disponi-

³³ Adolfo Gilly, *Historia a contrapelo. Una constelación*, p. 74.

- ble en: <<https://doi.org/10.24201/hm.v73i3.4704>>. (Consultado: 14/11/2024).
- GILLY, Adolfo, *Estrella y espiral*, México, Ediciones Era, 2023.
- , *Paths of Revolution. Selected Essays*, Estados Unidos, Verso Books, 2022.
- , *Felipe Ángeles, el estratega*, México, Ediciones Era, 2019.
- , “Ciencias sociales e historia. Notas interdisciplinarias”, *Andamios. Revista de Investigación Social* 7, núm. 13, 16 de agosto de 2010, pp. 217-232, disponible en: <<https://doi.org/10.29092/uacm.v7i13.124>>. (Sin fecha de la última consulta).
- , *Historias clandestinas*, México, Ítaca/La Jornada Ediciones, 2009.
- , *Felipe Ángeles en la revolución*, México, Ediciones Era/Conaculta, 2008.
- , *Historia a contrapelo. Una constelación*, México, Ediciones Era, 2006.
- , “La historia como crítica o como discurso del poder”, *Historia ¿para qué?*, editado por Alejandra Moreno Toscano, México, Siglo XXI, 2004, pp. 195-226.
- , “Bolivie une révolution du XXI^e siècle?”, *Contretemps*, mayo de 2004.
- , “Luis González: el taller, la verdad y la gracia”, *Región y Sociedad* XIV, núm. 24, 2002, disponible en: <https://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1870-00632010000200010>. (Consultado: 14/11/2024),
- , *Pasiones cardinales*, México, Cal y Arena, 2001.
- , *El cardenismo. Una utopía mexicana*, México, Ediciones Era, 2001.
- , *Chiapas: la razón ardiente. Ensayo sobre la rebelión del mundo encantado*, México, Ediciones Era, 1997.
- , *Discusión sobre la historia*, México, Editorial Taurus, 1996.
- , “El perfil del PRD”, *Nexos*, núm. 152, 1990, pp. 61-71.
- , (coord.), *Cartas a Cuauhtémoc Cárdenas*, México, Ediciones Era, 1989.

- , “Citas en los pies, ideas en la cabeza”, *Nexos*, núm. 110, 1987, pp. 11-13.
- , “Respuesta a Fidel Castro”, *Marcha*, 18 de febrero de 1966.
- , “La renuncia del Che”, *Arauco*, octubre de 1965.
- , *The Guerrilla Movement in Guatemala*, Estados Unidos, Monthly Review Press, 1965.
- , “Cuba, coexistencia o revolución”, *Monthly Review*, noviembre de 1964.
- New Left Review*, “Lo que existe no puede ser verdad”, [Entrevista con Adolfo Gilly], núm. 64, octubre de 2010, pp. 28-46.
- PAZ, Octavio, “Carta a Adolfo Gilly”, *Plural*, México, núm. 5, febrero 1972.
- ROUX, Rhina, “Adolfo Gilly: Imaginación histórica, razón ardiente”, *Revista Común*, 11 de julio de 2023, disponible en: <<https://revistacomun.com/blog/adolfo-gilly-imaginacion-historica-razon-ardiente/>>. (Consultado: 14/11/2024).
- TARCUS, Horacio, “Gilly, Adolfo” en *Diccionario biográfico de las izquierdas latinoamericanas*, disponible en <<http://diccionario.cedinci.org>>. (Consultado: 20/07/2023).

Hemerográficas

La Jornada, Ciudad de México, 1988, 1999 y 2006.

Archivos

Archivo personal de Adolfo Gilly.

Documental

Canal 6 de Julio, “Crónica de un fraude”, México, 2022.



Pensar la historia como experiencia y sedimentación.

Adolfo Gilly y los relámpagos del tiempo

Viviana Bravo Vargas

Departamento de Historia-Universidad

Alberto Hurtado, Chile

*Nosotros preferimos y proponemos acordarnos, primero,
de lo que quieren y necesitan acordarse los de abajo.
Y, después, de todo los demás...*

ADOLFO GILLY

Adolfo Gilly fue muchas cosas: escritor, militante, historiador, activista y maestro de varias generaciones. Durante estos días y quizás durante mucho tiempo exploraremos las múltiples facetas por las que transitó dejando huellas e inspiraciones. Pero entre ellas, hoy quiero destacar la presencia y propuesta de un historiador que nos entregó importantes luces para pensar y escribir la historia. Una historia llena de gente, de voces, de complicidades. Porque como nos insistió más de una vez, “una historia sin gente no es historia, es por lo mucho, un relato de poder”.

Me interesa exponer dos de sus propuestas para el estudio y la enseñanza de la historia: la construcción de sedimentaciones históricas y la complicidad generacional que persiste en las discontinuidades del tiempo. Se trata de herramientas de análisis que Adolfo Gilly problematizaba en

sus textos y desplegaba en las aulas, en un incesante camino de idas y vueltas. Una de sus cualidades como maestro fue la constante búsqueda de retroalimentación con sus estudiantes y colegas, en los documentos y libros, pero también en la vida cotidiana, donde para él radicaban las claves de lo extraordinario. Adolfo nunca dejaba de observar, escuchar y aprender, y desde esa plataforma pensaba el pasado y problematizaba el presente. Desde ahí, desde un cúmulo de lecturas y experiencias, sistematizó una serie de herramientas teórico-metodológicas, fundamentales para quien quiera acercarse al estudio de las movilizaciones populares, ya sean protestas, rebeliones y por supuesto, revoluciones.

SEDIMENTACIONES HISTÓRICAS

La primera de ellas deriva de sus lecturas en torno a la obra de Walter Benjamin y la opción de *cepillar la historia a contrapelo*. Tiene que ver con la opción de comprender y acercarse a la sedimentación histórica de memorias de luchas, utopías y resistencias populares ante procesos de explotación, humillación y despojo, especialmente contra el capitalismo y sus diversas reestructuraciones y manifestaciones. Y este es un hilo que recorre la obra de Adolfo Gilly, siendo parte o insertándose en una tradición analítica más amplia, lo lleva tempranamente a sus reflexiones y a su práctica historiográfica. Es una propuesta que busca traer a nuestro presente contenidos históricos silenciados o enmascarados en relatos coherentes y funcionales. Contenidos que subyacen bajo lo que conocemos como la historia oficial o relatos del poder, una coherencia lineal y teleológica que quiere olvidar las fricciones, los conflictos, desgarramientos y contradicciones internas que han dado forma a nuestras sociedades.

Y en ese sentido, advertía sobre la relevancia de la reconstrucción histórica como aporte a la memoria histórica

de los subalternos, herramienta para disputar sentidos y horizontes dentro del campo de batalla hegemónico. Escribía Adolfo Gilly en 1986: “Mientras el poder establecido impone el olvido de ciertas cosas y la memoria de otras, los que se sublevan contra ese poder necesitan más que nadie de la memoria de su propio pasado que el poder opresor quiere borrar”¹.

¿Qué historias quedaban en el olvido? Era una pregunta incesante. Porque, como argumentaba, las historias oficiales no sólo son mandatos sobre lo que debe recordarse, son también invención de lo que ocurrió de acuerdo con lo que la legitimación de ese poder conviene y es también organización e imposición del olvido. Tal constatación nos impone sin duda diversos desafíos, entre otros, a la hora de acercarse a las fuentes, materia prima de un/a historiador/a. Sobre ellos nos detuvimos en varias jornadas de trabajo. Consciente de que los documentos en su mayor parte son elaborados y resguardados en archivos oficiales, nos animaba a tensionarlos, buscar en ellos las huellas, indicios, rastros que nos permitiesen reconstruir esas experiencias. Lo que a simple vista pasa inadvertido. Nos dirá Adolfo: esas huellas “son la primera guía para encontrar en documentos y archivos el hilo de las historias silenciadas de quienes una vez se sublevaron para ensayar la utopía de ser libres, iguales, fraternos”².

Leímos con atención la obra de Carlo Ginzburg y los menores de su paradigma indiciario,³ pero también, ¡cómo olvidarlo!, el maravilloso texto “La prosa de la contrainsurgencia” de Ranajit Guha, donde el autor indio entrega claves metodológicas para leer a partir de los discursos de la domi-

¹ Adolfo Gilly, “Memoria y olvido, razón y esperanza. Sugerencias para el estudio de las revoluciones”, p. 7.

² *Ibid.*, p. 9.

³ Carlo Ginzburg, “Indicios. Raíces de un paradigma de inferencias indiciales”.

nación, la resistencia y las voces de “los hacedores” o quienes no son precisamente los que dejan los discursos escritos.⁴ Si sabemos leer y escuchar esas claves (tarea nada fácil, sin duda), podremos aspirar a reconstruir aquellas experiencias, donde también caben los intentos, sueños y esperanzas —aparente o transitoriamente— derrotadas. Historizar, en definitiva, no sólo lo que terminó siendo, sino también lo que a través de sus luchas y apuestas colectivas un pueblo, una sociedad, ha querido ser. Contenidos históricos que nos permiten reencontrar la eclosión de luchas, enfrentamientos, disputas, tensiones que subyacen a las relaciones de mando y obediencia, de dominación y subordinación, y que las coherencias de un relato funcional al poder o al nuevo orden posrebelión, posrevolución, se han propuesto silenciar o enmascarar.

Porque esas experiencias no desaparecen, nada que haya sucedido puede darse por perdido dentro del campo histórico. Adolfo solía referirlo como *sedimentaciones*, capas cargadas de historicidad que se van superponiendo y que con hilos invisibles enlazan la complicidad —aparentemente inexplicable— entre generaciones, territorios y experiencias. Son esas sedimentaciones las que permiten articular las discontinuidades del tiempo. Y donde nos sorprende una y otra vez el relámpago benjaminiano.

Estas *sedimentaciones* persisten bajo la aparente continuidad y linealidad del orden. Y solamente la acción o la praxis transformadora, por un lado, y la crítica, por otro, es decir el trabajo de cepillar las fuentes a contrapelo, hacen reaparecer, refulgir y dar sentido. Por supuesto, ante un presente que se sienta aludido y a las preguntas o problemas que le plantee la historiadora a cada coyuntura. Es en esa “junta”, en el punto de fricción donde la historia desde abajo y desde

⁴ Ranajit Guha, “La prosa de la contrainsurgencia”.

arriba se encuentran, donde nos proponía pensar la historia desde dentro: “Donde la actividad se llama resistencia, donde la creación y la actividad de las clases subalternas se revelan como propias y no como si fueran una simple función del mando dominante”.⁵

Saberes sedimentados, que nos permiten comprender formas de comportamientos, maneras de estar juntos, códigos indescifrables para el racionalismo instrumental. Ras-trear más allá de las apariencias conservadas en los registros y los documentos, escarbar profundo para intentar asir iniciativas y huellas de la actividad subalterna. Pero también nos advertía sobre la romantización, peligro más cercano para quienes nos situamos del lado de los y las oprimidas. Para que la gente pueda verse a sí misma —insistía— debe estar radicalmente excluida toda adulación, todo paternalismo. “La adulación a los de abajo es la temerosa máscara del desprecio aristocrático que sienten por ellos los de arriba [...] La gente no se reconoce en la historia que la halaga, sino en aquella que le permite comprender su pasado, discernir su vida y entrever su futuro”.⁶

LA COMPLICIDAD GENERACIONAL QUE SE ESTABLECE EN LAS DISCONTINUIDADES DEL TIEMPO

Entre esas capas que se van sedimentando y sosteniendo la trama de la historia, es que podemos comprender la praxis transformadora y las complicidades generacionales, que Adolfo solía poner en relieve. Agudo lector de una constelación de autores como Benjamin, Gramsci, Trotsky, E. P. Thompson o Herman Melville, Adolfo proponía abordar la genealogía de los hacedores, es decir, de quienes hacen la

⁵ Adolfo Gilly, “Subalternos antiguos y modernos”, pp. 85-86.

⁶ Adolfo Gilly, “Memoria y olvido...”, p. 19.

historia, construyen las ciudades, siembran los campos, luchan cuerpo a cuerpo. Su visión de la historia advertía y se interrogaba por la transmisión histórica de luchas y su recepción en las luchas o tácticas actuales, o para decirlo en la clave benjaminiana que tanto le gustaba, de coyunturas en que destella el relámpago de la historia, en tanto un presente se sentía aludido.

A propósito de esto, tomó posición en la coyuntura del año 2010, cuando la historiografía mexicana y las/os cientistas sociales se detuvieron a debatir en torno a los significados, actualidades y desafíos para pensar los procesos revolucionarios de 1810 y 1910 y las transformaciones que implicaron estas dos revoluciones separadas por un siglo. En ese debate, Adolfo intervino intentando rastrear los lazos comunicantes entre ambos procesos, cuya tesis central quedó plasmada en el texto “El águila y el sol (Genealogía de la rebelión, política de la revolución)”.⁷ Como primera idea fuerza argumentaba en torno a las definiciones y diferencias entre las categorías de rebelión y revolución, que ubicaba entre la línea *del hacer* de los insurrectos y *el decir* de sus dirigentes:

La rebelión surge de ese pasado y de él toma sus razones, sus motivos y sus métodos. Es herencia y es genealogía. La revolución que resulta de ella derriba las antiguas instituciones y establece otras nuevas. Es programa y es política. Pueden los motivos de la rebelión no ser antagónicos con los objetivos políticos de la revolución. Pero son ciertamente diferentes.⁸

⁷ Adolfo Gilly, “El águila y el sol (Genealogía de la rebelión, política de la revolución)”, *La Jornada*, México, 20 de noviembre de 2010. En: <<https://www.jornada.com.mx/2010/11/20/opinion/004a1pol>>.

⁸ *Idem.*

Al problematizar la íntima relación entre las rebeliones que gestaron y entrañaron los procesos revolucionarios mexicanos, Gilly se hacía una pregunta que le acompañará gran parte de su trayectoria como historiador. Si a un siglo de distancia proclamas, programas y fines de los dirigentes de las revoluciones de 1810 y 1910 eran tan diversos, ¿de dónde viene la extraña repetición de los gestos y las acciones de los protagonistas de las dos rebeliones, los pueblos indios de México? Porque en efecto:

Las proclamas y los objetivos políticos de las elites dirigentes de las dos revoluciones eran diferentes, tanto como lo era la nación que cada una de ellas imaginaba. Pero las acciones de las partidas de campesinos indios sublevadas al llamado de esas proclamas eran en cambio sorprendentemente similares. Un siglo después, los métodos de acción —el repertorio de confrontación, según el lenguaje de otros historiadores— se repetían.⁹

Esos gestos y formas de articular y manifestar la rebeldía estaban sedimentados bajo la trama de la historia y era transmitida entre generaciones: “Los modos de estos, su violencia plebeya, provenían de una genealogía transmitida por las generaciones sucesivas como experiencia y como herencia inmaterial: sentimientos, maneras de estar juntos, imaginaciones, costumbre, mundos de la vida”.¹⁰ Formas de lucha y acciones creadas al enfrentar colectivamente procesos de despojo, agravios y humillaciones. Experiencias repetidas y transmitidas por sus ancestros y también por ellos, que están en la memoria de los sublevados, en sus historias vivi-

⁹ *Idem.*

¹⁰ *Idem.*

das y transmitidas. Experiencias que se enraízan en la vida cotidiana. En efecto, los lazos de una rebelión se establecen en fábricas, universidades, minas o haciendas; en ciudades, barrios, campos y pueblos; en calles, paradas, fondas y tiendas. Son espacios de la vida en común. Por ello es que, en el momento de la rebelión: “Llevan consigo cierto orgullo de los lugares nuestros, esos que nosotros, los que ahora nos rebelamos, hicimos con nuestro trabajo y con nuestras vidas. Son los lugares donde se fue creando en el pasado el sentimiento de comunidad propio de toda rebelión”.¹¹ Sin duda, esos sentidos serán actualizados por cada generación, de acuerdo con los propios desafíos y preguntas que les plantee su presente y se adaptarán a los nuevos usos.

Pensar así la complicidad y transmisión entre generaciones, le permitía pensar la historia no sólo como una sucesión de derrotas y desastres, sino ver en ella una poderosa fuente de esperanzas y utopías movilizadoras. De esta manera, por ejemplo, al pensar el ciclo de rebelión de 1968, y a contracorriente de las interpretaciones que se detenían en el fracaso generacional de esos jóvenes movilizados a nivel global, en tanto, por un lado, terminó en diversos puntos con contraofensivas reaccionarias, golpes militares y restauraciones conservadoras, y por otro, se acusaba que muchos de sus dirigentes habían sido cooptados, instalándose al paso de los años en puestos de poder, alejados ideológicamente de las posiciones que defendieron en aquellas jornadas de rebeldía. Gilly ofrecía su interpretación del periodo en un texto titulado “1968: la ruptura en los bordes”, donde sostenía que dicho proceso fue la maduración de un largo ciclo de rebelión con-

¹¹ Adolfo Gilly, “1968: La ruptura en los bordes”. En: <<https://contrahegemoniaweb.com.ar/2018/05/03/1968-la-ruptura-en-losbordes/>>.

tra el orden mundial del capital, que más allá de las individualidades, había imbricado una lucha colectiva:

Se dice que la generación de 1968 llegó al poder y en él está instalada. Si esto es verdad para algunos individuos, no lo es para muchos otros y tampoco para la generación, si contamos como tal a los millones que bajo incontables formas se movieron para intentar cambiar la realidad. Pero el destino de una generación no se mide por los que se instalan en las cúspides, sino por los que, sin llegar a otra cosa que, a realizar su vida, vivieron su juventud en coherencia con sus ideas.¹²

El 68 global y sus especificidades nacionales se enlazaban con experiencias y transmisiones, con luchas de larga data, apuestas y aprendizajes. Eran un punto de llegada: “la culminación de un ciclo largo de cuestionamiento de las relaciones de dominación/subordinación en países clave de Occidente y entre estos países y el vasto segmento de humanidad que se dio en llamar Tercer Mundo”. Pero también un proceso cargado de horizontes por venir, que fue vivido como amenaza al orden establecido y la promesa de relaciones sociales impregnadas de nuevos valores humanos. Por eso, Adolfo prefirió llamarlo “ruptura en los bordes —la que no pudo ser— mientras el núcleo duro del orden resistió. Pero no intacto, ni tampoco incambiado”. Porque después de esa “esquina peligrosa, una de aquellas donde la historia pudo haber dado un viraje diferente”, aunque no cambió su centro, nada volvió a ser lo mismo.¹³

En aquel texto, Adolfo Gilly dedicó varias líneas a explicar su forma de entender la complicidad generacional y

¹² *Idem.*

¹³ *Idem.*

la trama que en 1968 se gestó entre las discontinuidades del tiempo. Escuchemos:

Prefiero ver de otro modo a las generaciones y a los cambios. Prefiero enlazar la cadena de entregas y rupturas juveniles, generación tras generación, que en muchos duran con sus ideas hasta altas edades de sus vidas. Prefiero unir la sucesión de generaciones que va desde los populistas rusos de los años ochenta del otro siglo; a la que sigue de los anarquistas, los socialistas y los sindicalistas revolucionarios al virar el siglo y en sus dos primeras décadas; a la sucesiva de los bolcheviques, los comunistas, los rebeldes coloniales y las Brigadas Internacionales cuya juventud ardió en los años de fuego entre los veinte y los cuarenta del siglo XX; a su heredera, la primera generación del final de la guerra, la liberación y la posguerra, la que como el che Guevara rondaba los veinte años en el 48; hasta que un cuarto de siglo, en 1968, se metió también, como las otras, a cambiar la vida y el mundo a los veinte años de su propia edad.¹⁴

Lazos de continuidad y transmisión de experiencias históricas que, en tiempos de presentismo exacerbado y de novedades huérfanas de procesos históricos, daban luces para replantear los fines de la historia o las derrotas sin tregua, resituando la construcción procesual de la rebelión:

Si así las vemos, divisaremos tal vez los contornos de un ciclo de rebeldía que cada vez se repite y se renueva; una sucesión de aventuras vitales individuales y colectiva, que cualquiera sea

¹⁴ *Idem.*

el destino posterior de cada uno, marcan hasta el final a quienes cuando jóvenes en esos ciclos se embarcaron.¹⁵

Una década después, en su *Historia a contrapelo. Una constelación*, Adolfo Gilly insistirá en esa sedimentación. Si bien, siguiendo a León Trotsky apuntará que la creación de un mercado mundial y la generalización de los intercambios bajo la lógica del capital excluye la posibilidad de la repetición de ciclos históricos en diferentes tiempos y lugares apartados unos de otros, observará que también “la mundialización trae consigo la acumulación de nuestros diferentes pasados, encarnados en creencias, costumbres, culturas, rituales, relaciones con la naturaleza, ideas de justicia e injusticia, modos de obediencia, resistencia o rebelión”.¹⁶ Cuestión que tenía importante potencial a la hora de superar la fragmentación y dispersión de las luchas actuales y que condensará en una decidora frase: “Hoy, todos los pasados humanos son también nuestros pasados”.¹⁷ En efecto, el camino de oponerse a la cosificación de la vida y la arrolladora máquina del capital ha sido largo, y ha trazado en distintas latitudes e intensidades, pasados cargados de humillaciones, injusticias y complejos desafíos, pero también cargado de memorias de luchas y complicidades, resistencias y utopías.

En definitiva, las herramientas que nos deja para el oficio de historiar son muchas y podrían congregarnos por días e infinitas noches de conversación. Reflexiones y propuestas que entrañan su preocupación y sensibilidad ante el devenir de la humanidad, su crítica radical al capitalismo, la injusticia y la opresión. Se trata de una mirada y propuesta histórica comprometida.

¹⁵ *Idem.*

¹⁶ Adolfo Gilly, “Economía moral y modernidad”, p. 68.

¹⁷ *Ibid.*, p. 69.

Continuar cepillando la historia a contrapelo, revelando sedimentaciones, rastreando indicios, entendiendo las particularidades de cada generación, pero teniendo presentes esos lazos de complicidad, nos permite sin duda también comprometernos con los destinos de las muchas otras que vendrán. Es la tarea que desde cada semana en Ciudad Universitaria y desde cada lectura y esquina en que nos encontramos con Adolfo Gilly, nos sigue inspirando.

FUENTES CONSULTADAS

- GILLY, Adolfo, "1968: La ruptura en los bordes", *Contrahegemoniaweb*, agosto-septiembre 1993, disponible en: <<https://contrahegemoniaweb.com.ar/2018/05/03/1968-la-ruptura-en-los-bordes/>>. (Consultado: 27/11/2024). También en: *El siglo del relámpago. Siete ensayos sobre el siglo XX*, México, Ítaca/La Jornada, 2002.
- , "El águila y el sol (Genealogía de la rebelión, política de la revolución)", *La Jornada*, México, 20 de noviembre de 2010, disponible en: <<https://www.jornada.com.mx/2010/11/20/opinion/004a1pol>>. (Consultado: 27/11/2024).
- , "Subalternos antiguos y modernos" en *Historia a contrapelo. Una constelación*, México, Era, 2006, pp. 85-86.
- , "Economía moral y modernidad" en *Historia a contrapelo. Una constelación*, México, Era, 2006, p. 68.
- , "Memoria y olvido, razón y esperanza. Sugerencias para el estudio de las revoluciones" en *Arriba los de abajo*, México, Océano, 1986, p. 7.
- GINZBURG, Carlo, "Indicios. Raíces de un paradigma de inferencias indiciales" en *Mitos, emblemas, indicios. Morfología e historia*, Barcelona, Gedisa, 2008.
- GUHA, Ranajit, "La prosa de la contrainsurgencia" en *Las voces de la Historia y otros estudios subalternos*, Madrid, Crítica, 2002.

Discusión sobre la historia entre Adolfo Gilly y el subcomandante Marcos

Felipe Ávila

INEHRM

La discusión entre Adolfo Gilly y el subcomandante Marcos en el libro *Discusión sobre la historia*¹ tiene un valor y una importancia que rebasan con mucho el ámbito de la discusión académica y política, y contribuye a la discusión de problemas importantes relacionados con el mundo y el país que estamos viviendo.

El origen de este interesante intercambio de ideas que aparecen en el libro mencionado, se debe, en parte, al azar. Gilly quería platicar con Marcos sobre el arte de hacer la revolución y la necesidad que tienen los revolucionarios de conocer a los seres humanos, proceso en el que intervienen, de manera decisiva, los sentidos y la experiencia. Para ello, le parece que la obra y el método propuesto por el historiador italiano Carlo Ginzburg —el método indiciario—, representan una valiosa aportación que podría ayudar a los neozaapatistas a comprender su propia práctica, por lo que envió a Marcos una copia del artículo de Ginzburg “Señales, raíces de un paradigma indiciario”, que aparece publicado en dicho libro.

El artículo de Ginzburg le causó una evidente molestia a Marcos, quien le envió a Gilly una carta en que expuso las razones de su desacuerdo. Esta carta se hizo famosa en un sentido negativo. Casi todos los comentarios en torno a ella la presentaron como un ejemplo del dogmatismo, es-

¹ Adolfo Gilly, *Discusión sobre la historia*.

trechez y cuadratura de las ideas de Marcos, anteriores a su propia transformación por efecto de la realidad indígena chiapaneca y la exhibieron, con temor, como el fiel reflejo de su pasada formación académica y política marxista, preocupándoles que el Marcos que se estaba haciendo famoso por su inteligencia, humor, escritura renovada, agradable y refrescante, conservara dentro de sí una parte no superada de estas ideas arcaicas y chatas. En esa carta no estaba el Marcos que les gustaba.

Sin pretender hacer una apología de Marcos, creo que lo que debe hacerse —como en parte lo intenta Gilly en su respuesta—, es tratar de comprender las razones que explican la actitud de Marcos.

Gilly, aplicando a la carta del Sub el método indiciario, conjetura que la explicación está en su posdata:

PD. SIEMPRE SÍ. Bueno, empezaré a explicar. No nos lo propusimos. En realidad, lo único que nos hemos propuesto es cambiar el mundo, lo demás lo hemos ido improvisando. Nuestra cuadrada concepción del mundo y de la revolución quedó bastante abollada en la confrontación con la realidad indígena chiapaneca. De los golpes salió algo nuevo (que no quiere decir “bueno”), lo que hoy se conoce como “el neozapatismo”.²

Para Gilly, el texto de Ginzburg tocó fibras sensibles de Marcos que chocaron con su formación intelectual previa, que se resistía a aceptar explicaciones nuevas y enfoques que se alejaran de la ortodoxia aprehendida y defendida, quizás inconscientemente, por el Sub.

Sin embargo, creo que las razones de la actitud de Marcos no se reducen a eso. Apunto aquí solamente tres. La pri-

² *Ibid.*, p. 22.

mera, de índole teórico. Marcos advierte en el artículo de Ginzburg una ausencia de crítica al contexto y al marco de referencia en el método que propone para buscar, leer e interpretar los diferentes indicios con los cuales intenta explicar fenómenos ligados a la cultura de lo que denomina clases subalternas. Por tanto, al partir de datos concretos, individuales, aislados, sin crítica al marco de referencia con el que se contrastan, señala que se corre el peligro de caer en la apología del individuo y de su pensamiento, es decir, a final de cuentas, en la piedra de toque que articula al idealismo burgués.

La segunda es de índole político. La lectura del artículo de Ginzburg, los temas que desarrolla, la forma en que los expone, le producen a Marcos la impresión de una discusión académica de carácter teorícista, desvinculada de la práctica y de los problemas urgentes que, desde su perspectiva, sería mejor abordar. No le encuentra la misma utilidad por la que Gilly se lo hizo llegar.

Estos dos aspectos se conectan con un tercero. En contraposición, Marcos hace explícita, como pocas veces en sus escritos, su adherencia al marxismo, a la revolución, a la práctica y al compromiso por el que ha optado de manera vital con esos ideales. La afirmación tajante que hace Marcos del paradigma marxista, de la praxis, del compromiso consecuente con él y, por ende, con la revolución, es lo que causa escozor en muchas de las gentes a las que había cautivado con su figura y su discurso y que preferirían conservarlo como un héroe más “moderno”, partidario del pluralismo, de la tolerancia, del evolucionismo gradual y de la no violencia. Me parece que quienes trataban y tratan de ver a Marcos y a la rebelión indígena al margen de esas tres cuestiones fundamentales: la teoría, la práctica y el proyecto revolucionario que sostienen, no los comprenderán jamás y seguirán sorprendiéndose como lo hicieron con su carta.

Un punto más me parece importante subrayar de la carta de Marcos. En el reproche, reclamo, que hace a quienes quisieron mandar al marxismo y a la revolución al basurero de la historia (“regañó universal” le llama Gilly), en el tono dolido y triste en que le pregunta a Gilly por qué lo hicieron, lo que Marcos está evidenciando es un problema central que padece la rebelión indígena chiapaneca pero que no se reduce solamente a ella, sino que afecta también al movimiento popular en el país y aun en muchos otros lugares del mundo: el divorcio entre la teoría y la práctica. Por situarnos sólo en nuestro país, en México, los movimientos populares, por lo menos después de 1968, han carecido casi por completo de teoría, y han padecido la ausencia de un proyecto sistemático de ideas generales que les sirvan de referente y de modelo ideal hacia el cual avanzar. Inversamente, en términos generales, los intelectuales, las organizaciones y los partidos —aun los más comprometidos—, han sido incapaces de elaborar alternativas teóricas y programáticas y de incorporar, entender, comunicarse y fundirse en una sola causa con la gente. Ésta es una carencia grave en el caso de la rebelión indígena chiapaneca, de la cual Marcos y la gente que está con él son conscientes y han estado casi desde el comienzo de la insurrección tratando de llenar ese hueco a través de atraer la participación de algunos de los intelectuales progresistas del país y del mundo para, conjuntamente, tratar de construir una propuesta general fundamentada.

En la larga carta en que le contesta a Marcos, Gilly, de manera inteligente, expone las características esenciales del método de Ginzburg y por qué lo considera importante como un método novedoso y sugerente, no sólo para entender a los hombres y mujeres en general, en tanto que un esbozo de la forma en que deben y pueden abordarse los fenómenos humanos, sino, sobre todo, porque explícitamente se propone rescatar y revalorar la voz, las expresiones, los

sentimientos, las aspiraciones y la cultura de las clases subalternas, en lo que coincide con el interés y el compromiso de Gilly (y con el de Marcos).

En su texto, Gilly no se reduce a exponer de manera clara los aspectos centrales del método indiciario propuesto por Ginzburg. Apoyándose en citas de pensadores e historiadores muy importantes, a los que conoce bien y ha interiorizado —Eric Thompson, Marc Bloch, James Scott, Michel Foucault— y tomando como eje algunas ideas de Ginzburg, Gilly expone fundamentada y claramente su propia concepción de la historia, de la relación entre teoría y práctica, del marxismo crítico al que se adhiere y de la forma particular de buscar y rescatar la voz de los de abajo, según la expresión que ha popularizado, de los sin voz ni rostro en términos de Marcos o de las clases subalternas, según Ginzburg.

El punto de partida del conocimiento en general y de la historia en particular —y en ello tanto Gilly como los autores citados coinciden con Marx y con la mejor tradición marxista—, son los individuos, hombres y mujeres concretos, y su actividad creadora. Para entender a los seres humanos, a los que nos antecedieron y a los de hoy, hay que acercarse a ellos a través del estudio de sus experiencias de vida, singulares y colectivas, y tratar de comprender estas experiencias mediante ideas e hipótesis que busquen hacer inteligibles esas acciones y que demuestren su fuerza explicativa contrastándose, comprobándose con la realidad misma.

En esto no hay sino una reiteración de viejos postulados conservados —aunque no siempre aplicados— por la tradición marxista. Sin embargo, lo que preocupa a Ginzburg, y también a Gilly, es cómo vencer, cómo superar la terrible dificultad que representa el hecho de que la cultura, los saberes, los sentimientos, las aspiraciones de las clases subalternas sean sobre todo una manifestación oral que no deja testimonios escritos y que, cuando los dejan, sea de manera

indirecta y deformada, a través de la voz de su capa dirigente y más o menos aculturada o de individuos exteriores que en algún momento se les incorporaron y les sirvieron como medio de expresión. Entonces, ¿se puede escuchar la voz de los sin voz?

Ginzburg dice que se puede, parcialmente. Precisamente, la herramienta que serviría es el método indiciario, que recoge de una antigua tradición que pasa por las artes adivinatorias y los oficios antiguos, por la medicina hipocrática y medieval, la astrología, el psicoanálisis, un tipo de análisis pictórico, la indagación judicial. ¿Cómo? A través de la búsqueda de testimonios, huellas, indicios, rastros, presentes en la vida, las obras y las opiniones de algunos individuos representativos, grupos o creencias en los cuales se encuentran ecos y reminiscencias de lo que pensaron, sintieron y se imaginaron las clases subalternas. Estos testimonios nos llegan a través de filtros, de intermediarios que, sin embargo, son valiosos y significativos en tanto nos permiten desentrañar las influencias de sistemas de pensamientos, cosmovisiones y actitudes de las clases subordinadas.

Estos saberes representan conocimientos generados, acumulados y transmitidos por generaciones. Han nacido y han estado siempre estrechamente ligados a la experiencia de vida, a lo cualitativo, a lo gestual, resistiéndose a incorporarse a un saber formalizado. Por ello, para la razón occidental, fundada en la cuantificación y mensurabilidad de los fenómenos, en la generalización de sus postulados y en la verificación de sus leyes mediante la repetición y regularidad de los eventos, y en la relación biunívoca de causa-efecto entre ellos, esos saberes conjeturales resultaron siempre desconfiables, por lo cual la razón analítica occidental adoptó ante ellos la actitud de desvalorarlos, negarlos, expropiarlos.

A Ginzburg le interesa rescatar esos saberes por dos cuestiones. En primer lugar, porque le parece una vía adecuada para entender, revalorar y recuperar la cultura de las clases subalternas, y utilizar esos conocimientos recuperados para contribuir a su emancipación. En segundo término, porque esos saberes y la forma de tratarlos y acercarse a ellos, representan un esbozo de lo que podría ser un nuevo paradigma diferente al paradigma de la razón analítica occidental, paradigma nuevo que representa una tarea por construir.

A diferencia del paradigma de la razón occidental basado en la ciencia galileana-newtoniana, la historia, desde los griegos y hasta los mejores exponentes contemporáneos de esta disciplina, ha estado ligada a lo concreto, a lo individual, a lo cualitativo, a lo no repetible, a la contraposición entre fines y resultados y a la valoración de las acciones de los individuos. En suma, ha tratado de comprender a los hombres y mujeres y su devenir en el tiempo. Sin embargo, Ginzburg, como antes lo hicieran Marx, Lukács, Jean-Paul Sartre y otros grandes pensadores que se inscriben en esta línea de dar fundamentos teóricos al estudio de los fenómenos humanos, se percata de que faltan aún los instrumentos de un nuevo método general. Se trataría, según sus propias palabras, de desarrollar un nuevo paradigma “fundado en el conocimiento científico de lo individual”. Su propuesta, el método indiciario, representa su contribución a esta tarea. Desde luego, Ginzburg mismo no la concibe como la solución al dilema, ni menos aún el nuevo paradigma, pero sí como un punto de partida, como un método que puede ayudar a elaborarlo.

La importancia de Ginzburg no se reduce a esta propuesta de carácter metodológico en el ensayo que aparece en *Discusión sobre la historia*. Ha aplicado de manera seria, inteligente y brillante ese método en otros importantes trabajos suyos, como sus ensayos sobre “Brujería y piedad po-

pular", "Presunciones sobre el *Sabbat*" y, el más conocido de sus libros, *El queso y los gusanos*. Independientemente del valor ampliamente reconocido y merecido que han ganado estas obras, me parece que hay algunos problemas que siguen abiertos, y que merecen discutirse para aquilatar la importancia del método indiciario en la historia.

En primer lugar, el asunto de las fuentes. No podemos oír la voz de las generaciones que ya murieron sino por los testimonios escritos, indirectos, dejados por individuos o grupos que han sobrevivido al paso del tiempo y que han llegado hasta nuestros días. En algunas de sus obras, Ginzburg ha utilizado profusamente actas inquisitoriales de procesos contra hombres y mujeres a los que se acusó de herejía o de brujería. Los testimonios de esos acusados los considera excepcionales, por encontrar en ellos indicios y ecos de la cultura de las clases subalternas, conservadas a través de muchas generaciones.

Sin embargo, Menocchio, el molinero de la región del Friuli italiana, condenado a la hoguera por herejía por la Inquisición, que analiza Ginzburg en *El queso y los gusanos*, me parece que dista mucho de ser representativo de las clases subalternas de esa época. Es un individuo excepcional, autodidacta, que sabe leer y escribir, inteligente, con una gran curiosidad e ingenio, extrovertido y que se extasía en los interrogatorios con los inquisidores haciendo gala de las conclusiones a las que ha llegado sobre la religión mediante su contacto con sectas heréticas y la lectura de algunos pocos libros a los que, sin embargo, ha entendido de manera muy personal. Él se sabe y se siente, con orgullo, diferente, incluso superior, no sólo respecto a los simples campesinos de su villa, sino también respecto a los jueces que lo escuchan, escandalizados, negar la inmortalidad del alma, la divinidad de Cristo, la virginidad de María y otros dogmas religiosos que racionalmente rechaza. O como Chiara Signorini, campesina de Módena acusada y condenada a cadena perpetua

por brujería en 1520, quien en los interrogatorios decía tener visiones en donde la Virgen se le aparecía y la autorizaba a vengarse de las personas que la habían lastimado y luego, bajo tortura, admitía que era más bien el Diablo quien se le presentaba y a quien le había ofrecido su alma. En ambos casos, a pesar de su origen humilde, tenemos a individuos atípicos, diferentes, con cualidades que los hacen sobresalir del común de las gentes. Desde luego, de esto es consciente Ginzburg para el que, no obstante, tales individuos intermediarios manifiestan ecos de creencias, actitudes y sentimientos de las clases subordinadas. A mí me parece muy problemático esto y me inclino más bien a pensar que buena parte de la cultura dominante ha sido ya interiorizada en ese tipo de individuos. No creo que las ideas nazcan siempre y sean patrimonio exclusivo de las clases dominantes. Lo que me parece problemático es tratar de encontrar esas ideas a través de individuos como Menocchio o Chiara.

Tengo reservas también con este tipo de testimonios, puesto que Ginzburg no guarda toda la distancia crítica que debería respecto a la influencia perturbadora y deformante de los jueces inquisidores, que en muchos casos inducen las respuestas y obtienen las confesiones que quieren, con las cuales buscan condenar a los acusados. Ése es su propósito y muchas veces lo consiguen, estando a menudo la tortura de por medio.

Me parece también que no están suficientemente demostradas algunas de las conclusiones de Ginzburg de tales testimonios, en los que encuentra ecos y reminiscencias de un núcleo mítico de creencias populares ancestrales en las que se expresa un materialismo empírico, una concepción naturalista de la religión, una moralidad rectora y un milenarismo utópico que, para Ginzburg, representan aspectos medulares de la cultura campesina milenaria. Me parece una simplificación excesiva y una cierta idealización y romanticismo de ella,

al igual que una excesiva desvaloración del saber formalizado expresado en la razón analítica occidental.

Por ello, reconociendo las muy valiosas y sugerentes aportaciones de Ginzburg, creo que el asunto de escuchar la voz de las clases subalternas, particularmente de las que ya murieron, es un problema abierto. Creo que ayuda, como lo ha percibido Gilly desde hace tiempo, estudiar los orígenes y los desarrollos de las rebeliones populares —rurales o urbanas—, cuya característica esencial, desde el punto de vista que estamos discutiendo, es que son momentos excepcionales de liberación de las cadenas y controles tradicionales y en los cuales, aunque sólo sea por un breve tiempo, los aparentemente callados y oprimidos hacen oír estruendosamente lo que piensan, sienten y quieren. Pero hay que analizarlos precisamente como momentos destructores y creadores al mismo tiempo, atípicos y efímeros.

Avanza también en esa misma dirección, como también lo señala Gilly en su carta, la obra de James C. Scott, a través de sus importantísimas contribuciones sobre las formas cotidianas de la resistencia a la dominación, empleadas sistemáticamente por las clases subalternas, así como de los lenguajes, códigos o libretos ocultos, con los cuales los dominados critican y se oponen al poder que los oprime, a espaldas de éste, fenómenos que podemos estudiar juntando la historia con la antropología. Así pues, el estudio de las rebeliones y de la resistencia cotidiana y sus lenguajes ocultos me parece que representan también aportaciones importantes para ir aprendiendo a conocernos mejor, como seres humanos.

FUENTES CONSULTADAS

GILLY, Adolfo, *Discusión sobre la historia*, México, Taurus, 1995.



Adolfo Gilly y el sentido de la historia

John M. Ackerman

Director del PUEDJS-UNAM

El presente ensayo en homenaje al maestro Adolfo Gilly, sin duda uno de los historiadores de México más destacados de todos los tiempos, está dividido en cuatro secciones. Inicia, en la primera sección, con una reflexión sobre cómo el maestro conceptualizaba tanto el papel del historiador como la idea de la historia misma; ahí valoramos su entendimiento ecléctico, profundo y artístico del oficio de narrar los acontecimientos pasados y su firme convicción de incidir en las coyunturas presentes. La segunda sección es una aproximación a la visión de Gilly sobre la historia de México, donde siempre colocaba en primer lugar el papel de las clases populares y valoraba su conciencia crítica y espíritu rebelde en los momentos clave. La tercera sección es un esfuerzo por extraer de la obra de Gilly algunas lecciones contemporáneas con respecto al papel histórico de la actual “Cuarta Transformación” de México. Finalmente, la cuarta sección es un testimonio personal sobre el gran impacto que la obra de Gilly ha tenido en mi propio desarrollo político e intelectual.

Leer a Adolfo Gilly es apasionante y disfrutable no solamente por la claridad y la elegancia de su prosa, sino también porque en cada obra el lector tiene la palpable sensación de que algo importante se encuentra en juego, que las interpretaciones que ofrece el historiador no son meros postulados científicos, sino también argumentos de fondo sobre el devenir de la nación y de la humanidad. Esta capacidad y compromiso de Gilly proviene tanto de su sólida formación marxista como de su larga trayectoria de militancia en los movimientos sociales por la transformación política y social. Lejos de todo dogmatismo, Gilly se nutre de y emula los análisis de Karl Marx en obras como el *18 Brumario de Luis Bonaparte* y de los grandes historiadores marxistas como Eric Hobsbawm y E. P. Thompson.

Gilly se formó al calor del rigor, metodológico y práctico, del trotskismo revolucionario,¹ y a lo largo de su vida fungió como un general de cinco estrellas en la batalla permanente por resignificar la historia con el fin de apuntalar la acción presente. En el prefacio a la edición en Estados Unidos de *La revolución interrumpida*, obra ya clásica que durante décadas fue libro de cabecera y referencia obligada para todo joven universitario mexicano, nuestro historiador resume el propósito de su obra:

ante todo, este libro es un trabajo de combate cultural, escogido incluso como arma personal para resistir la opresión y la arbitrariedad de una cárcel absurda como todas las cárceles,

¹ Véase, por ejemplo, *La revolución traicionada* de Trotsky, que fungió de inspiración para *La revolución interrumpida*. Otro libro de cabecera para Gilly durante su juventud fue, por supuesto, *La revolución permanente*, del mismo autor.

pero además para contribuir, en esos años, a la continuidad de la empresa teórica del marxismo en México y en América Latina.²

El maestro Gilly jamás rehuyó la responsabilidad de todo historiador comprometido con su entorno de encontrarle sentido a los hechos históricos, un *sentido* entendido por partida doble como *significado* y como *direccionalidad*. Por un lado, sus escritos siempre logran construir una narrativa coherente a partir de una examinación rigurosa de las fuentes originales y un pleno respeto a las autoconcepciones de los protagonistas, con el fin de develar la relevancia, la articulación y la lógica de la cadena de hechos históricos que pueden aparecer a primera vista como acontecimientos desconectados. Por otro lado, Gilly jamás se detiene en la etapa del rigor científico positivista, sino que siempre va más allá, a partir de la implementación de la metodología dialéctica con el fin de develar la direccionalidad del momento histórico analizado, la flecha de la progresión o la regresión de la historia misma.

Pero esta búsqueda de direccionalidad o propósito, del *telos* de los acontecimientos históricos, jamás la realizó Gilly a partir de la imposición de dogmas externos preconcebidos. El maestro siempre rechazó de manera tajante cualquier visión lineal. Para Gilly, no existe una marcha imparable de la humanidad hacia la revolución o la autodestrucción, sino más bien luchas constantes de los pueblos del mundo por inspirarse en su historia, al mismo tiempo que resignificarla. En su magnífico ensayo teórico *Historia a contrapelo. Una constelación*, Gilly resume de la siguiente manera la lección principal de uno de sus autores predilectos, Walter Benjamin:

² Adolfo Gilly, *La revolución interrumpida*, p. 10.

Benjamin se cuenta entre aquellos que tenían una mirada diferente sobre el mundo. No era suya la ideología del progreso. Y no porque creyera posible o deseable la repetición, la conservación o el retorno hacia cualquier tiempo pasado, sino porque pensaba en el pasado como algo que continúa vivo en nuestro tiempo y es, para nosotros, no sólo un cúmulo de memorias amargas sino también una fuente de conocimiento y esperanza.³

Para Gilly, la historia se asemeja a un árbol:

Jorge Luis Borges nos legó la ficción del jardín de los senderos que se bifurcan. Prefiero imaginar a la historia no bajo la forma de una línea, un círculo, una espiral, un laberinto o un sendero, sino como un árbol con su tronco de incontables anillos, sus ramas cada vez más extensas y sus hojas de un verde perpetuo, un ancestral árbol protector de las generaciones sucesivas.⁴

Nuestro pasado es generoso, frondoso, lleno de vida y protector. Acercarnos al árbol de la historia alimenta al espíritu, nos escuda de la intemperie y evita que cometamos errores en el presente y el futuro.

Y cuando nuestro autor señala que su batalla es *cultural*, de ninguna manera pretende limitarse al aspecto subjetivo de la historia o a la *superestructura* de la sociedad. Las investigaciones de Gilly jamás desdeñan los momentos cumbre del desarrollo político e institucional, pero sobre todo ahondan en el movimiento y el desarrollo de las formas de ser, sentir

³ Adolfo Gilly, *Historia a contrapelo. Una constelación*, p. 45.

⁴ *Ibid.*, p. 74.

y actuar de los pueblos. Para Gilly, la cultura es una “fuerza material”:

Utilizamos aquí el término cultura como el contexto dentro del cual los seres humanos dan un significado a sus acciones y experiencias y dan un sentido a sus vidas. El concepto de cultura, sin embargo, no alude sólo a significado en tanto experiencia subjetiva. Incluye la actividad práctica (acciones y experiencias) en el cual se constituyen y se modifican significado y sentido. En este concepto, la cultura puede también ser vista como una fuerza material presente en la sociedad.⁵

Es precisamente el reconocimiento de Gilly de la cultura como fuerza material lo que le permite pasar del *significado* al *sentido* de la historia, sin caer en el dogmatismo ni en el solipsismo. Hacer cultura no es una actividad meramente individual y especulativa que se limita a transformar nuestras percepciones del mundo, sino también una acción práctica y colectiva que transforma la realidad. Y la direccionalidad del sentido de la historia no es algo que se imponga desde fuera de la comunidad humana, sino el producto inmanente de la cocina de la historia, donde todos y todas contribuimos con ingredientes propios y participamos en su preparación.

Para Gilly, la herramienta esencial del historiador es “la imaginación histórica”, con la que va construyendo, paso a paso, el sentido de los hechos, y que define como

esa compañera indispensable de la verdad que nada tiene que ver con la fantasía o el capricho, es preciso adquirirla en aquellas disciplinas que permiten el conocimiento de los seres huma-

⁵ Adolfo Gilly, *Chiapas: la razón ardiente. Ensayo sobre la rebelión del mundo encantado*, p. 93.

nos, sujetos de la historia como individuos, como clases y como sociedades. Esas disciplinas no son otras que el *rigor* del estudio, el *amor* de la vida y la *experiencia* de la práctica en las luchas sociales donde incesantemente se teje y se desgarran la trama de la historia.⁶

Recordemos que Gilly nunca acreditó ningún grado universitario en la disciplina académica de historia. Fue normalista y después estudió la carrera de derecho en la Universidad de Buenos Aires. No fue sino hasta 1994, a la edad de 66 años, que recibió su doctorado en Estudios Latinoamericanos en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).⁷ Esta distancia con respecto a los cánones clásicos de la historia academicista le permitió desplegar con toda amplitud su creatividad y su rigor intelectual. Para él, entonces, las verdaderas “disciplinas”, o conjunto de reglas y principios metodológicos, no son la sociología, la ciencia política, la filosofía o la historia, sino el rigor del estudio, el amor de la vida y la experiencia de la práctica en las luchas sociales.

Este profundo espíritu rebelde, de vinculación práctica y personal con los acontecimientos políticos y sociales, acompañó a Gilly a lo largo de toda su carrera académica e intelectual. Jamás renegó de su trayectoria marxista, pero siempre estaba listo a leer y a aprender de la más amplia variedad de perspectivas y de autores. Por ejemplo, en *Historia a contrapelo*, sostiene un profundo diálogo no solamente con Walter Benjamin, sino también con Karl Polanyi, Antonio Gramsci, E. P. Thompson, Ranajit Guha y Guillermo Bonfil Batalla, concluyendo que:

⁶ Adolfo Gilly, *La revolución interrumpida*, p. 11.

⁷ Horacio Tarcus, “GILLY, Adolfo”, *Diccionario biográfico de las izquierdas latinoamericanas*.

los historiadores suelen decirse artesanos. Al artesanado lo une su arte de seguir huellas, encontrar indicios, reunir pruebas y someterlas a una forma de la crítica similar a la que ejerce el carpintero sobre sus maderas y el tejedor sobre sus hilados.⁸

Aquí de nuevo se hacen presentes las dos formas de darle sentido a la historia. Por un lado, hacer historia es unir y entrelazar hilos originalmente separados para conformar una tela coherente y comprensible. Y, por el otro, la labor del historiador también implica conducir los materiales de trabajo hacia una utilidad práctica, otorgarles un propósito o un *telos*, tal y como un carpintero, a diferencia del escultor, no sólo busca generar algo bello sino también construir algo funcional que sirva a la humanidad.

EL SENTIDO DE LA HISTORIA MEXICANA

Fue Adolfo Gilly quien nos enseñó a toda una generación el sentido profundo de la historia de México, una historia en la cual las dignas masas populares luchan de manera permanente por construir el reino de la justicia en la tierra, donde la conciencia popular y la utopía de transformación resurgen una y otra vez frente a los intentos de las burocracias y los poderes fácticos de apropiarse del impulso milenario del pueblo mexicano a favor de la revolución social. En 1971, *La revolución interrumpida* arrebató las figuras de Emiliano Zapata y Pancho Villa de las manos de la hipócrita burocracia priista, que usufructuaba los legados del Caudillo del Sur y del Centauro del Norte para sus negocios personales. En 1994, *El cardenismo. Una utopía mexicana*, resucitó al gran héroe constructor del Estado moderno mexicano del entierro al

⁸ Adolfo Gilly, *Historia a contrapelo...*, p. 135.

que los intelectuales neoliberales quisieron condenarlo con el fin de justificar sus privatizaciones corruptas y su tecnocracia supuestamente modernizante. Y en 1997, con *Chiapas: la razón ardiente*, puso un alto a quienes quisieron desechar al levantamiento del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) como un movimiento marginal y retrógrada que buscaba frenar el progreso nacional. En suma, es gracias a la obra del maestro Gilly que los poderes políticos y económicos no han podido todavía hoy apropiarse o cosificar por completo a la historia mexicana; en México todavía tenemos una historia que contar, desde abajo y a la izquierda.

En *El cardenismo*, Gilly resume de manera nítida su diagnóstico de la rebeldía innata que habita en el seno del pueblo mexicano:

Cada vez que el país deja de creer en las palabras y en las promesas y decide movilizarse por su cuenta en busca de un nuevo futuro, vuelve la mirada a sus orígenes y repite, multiplicado, el desmesurado gesto fundador: no construir el porvenir con obediencia y paciencia, virtudes mexicanas de los tiempos de sombra, sino irrumpir en él con tumulto y violencia, excesos mexicanos de los días de luz [...] Este país nunca deja de incubarse por debajo la fiebre, el desborde y la esperanza y siempre acaba, nostalgia del origen, por lanzarse a arrancar al futuro una nueva utopía.⁹

En *Chiapas: la razón ardiente*, Gilly formula una hipótesis similar al afirmar que a lo largo de la historia de México ha habido

⁹ Adolfo Gilly, *El cardenismo. Una utopía mexicana*, p. 228.

la formación de una cultura de la rebelión, inscrita en la práctica social y en la estructura de los textos legales. Esta cultura hace que en la conciencia social y jurídica de la república de la rebelión, en determinadas condiciones y momentos, pueda parecer a casi todos los estratos sociales un derecho natural y un recurso legítimo.¹⁰

Esta profunda fe en la conciencia crítica y la valentía práctica de las y los mexicanos permea toda la obra del intelectual nacido en Buenos Aires, pero también mexicano de hueso colorado. En *Historia a contrapelo*, Gilly explica que:

Vistas desde afuera, las rebeliones mexicanas parecen utopías arcaicas alzadas contra el progreso, la modernización, la globalización. Vistas desde adentro, son el territorio donde en la experiencia se van conformando y educando los sujetos modernos, cuyo rasgo es la capacidad de tomar decisiones por sí mismos y organizar los medios para llevarlas a cabo.¹¹

El historiador Greg Grandin desarrolla una hipótesis similar en su magistral estudio de la guerra civil guatemalteca, donde demuestra que son precisamente las fuerzas que más resistían a las estructuras hipócritas de la supuesta democracia liberal, las que mejor enarbolaban materialmente los principios de dignidad individual y solidaridad social que teóricamente constituyen la base de la misma democracia liberal. Grandin concluye que “en cuanto América Latina pueda ser considerada democrática, fue la izquierda, incluyendo la izquierda marxista, quien la hizo así”.¹²

¹⁰ Adolfo Gilly, *Chiapas: la razón ardiente...*, p. 13.

¹¹ Adolfo Gilly, *Historia a contrapelo...*, p. 133.

¹² Greg Grandin, *The Last Colonial Massacre: Latin America in the Cold War*, p. XXII.

Este tipo de formulaciones contrastan de manera dramática con el análisis de intelectuales voceros del neoliberalismo como Héctor Aguilar Camín y Jorge Castañeda, quienes están convencidos de que la historia revolucionaria de México sería un pesado fardo:

México es preso de su historia. Ideas, sentimientos e intereses heredados le impiden moverse con rapidez al lugar que anhelan sus ciudadanos. La historia acumulada en la cabeza y en los sentimientos de la nación —en sus leyes, en sus instituciones, en sus hábitos y fantasías— obstruye su camino al futuro.¹³

Para Gilly es totalmente incorrecto concebir a Zapata, Cárdenas o al subcomandante Marcos como fuerzas reaccionarias o conservadoras que buscan detener el progreso. Al contrario, este tipo de líderes con gran arraigo popular son precisamente quienes articulan una nueva y más fecunda visión de la modernidad y la democracia, una que incluye a los pueblos indígenas y a la aguerrida acción colectiva en lugar de buscar eliminarlos.¹⁴ En *Chiapas: la razón ardiente*, Gilly relata que el 1 de enero de 1994:

la rebelión del mundo-otro, que estuvo allí desde siempre, tocó en la conciencia mexicana, en la peculiar e híbrida racionalidad donde se nutre su cultura, su modo de dar razón del mundo y sentido a la vida, la presencia persistente del mundo

¹³ Héctor Aguilar Camín y Jorge G. Castañeda, *Un futuro para México*, p. 13.

¹⁴ Para mi análisis en torno a los 30 años del movimiento zapatista se puede consultar: John M. Ackerman, "Neozapatismo. ¿Moderno o posmoderno?", pp. 371-396.

encantado por debajo y a través de la modernidad que todos vivimos y queremos, la inmanencia de la razón ardiente de la inteligencia humana antes y más allá de la razón instrumental del mercado y del Estado.¹⁵

En lugar de lamentar la interrupción de la modernidad realizada por tradiciones coloniales e indígenas supuestamente retrógradas que funcionarían como un lastre de la historia, como lo hacen Castañeda y Aguilar Camín, Gilly celebra el sincretismo mexicano como un camino luminoso rumbo a otra modernidad, más robusta, incluyente, participativa y rebelde. Como escribe en *Chiapas: la razón ardiente*,

México es el moderno país occidental de cien millones de habitantes, mayoritariamente urbano y educado —Monterrey, Guadalajara, Ciudad de México, Tijuana—, donde detrás de cada árbol, un poco más allá de cada monte —ahí nomás, tras lomita—, en la iglesia de cada pueblo o cada barrio, en las fiestas de sus santos o en los días de sus Muertos Chiquitos y sus Muertos Grandes, se encuentra todavía el mundo encantado.¹⁶

La visión de Gilly de la modernidad es entonces profundamente incluyente. “No hay modernidad de unos si hay negación y exclusión de los otros. No existen las promesas de la modernidad y de la razón en unas sociedades, naciones y comunidades si esa existencia requiere la desintegración, la destrucción o la inexistencia de otras”.¹⁷ Esta postura cuestiona frontalmente cualquier visión liberal, neoliberal o incluso marxista de desarrollo histórico por etapas predeter-

¹⁵ Adolfo Gilly, *Chiapas: la razón ardiente...*, p. 110.

¹⁶ *Ibid.*, p. 103.

¹⁷ *Ibid.*, p. 15.

minadas donde el avance al siguiente peldaño implicaría la aniquilación, o aun la destrucción creativa o superación dialéctica, de las fuerzas sociales que ocupaban el paso anterior.

Ahora bien, el sincretismo mexicano que celebra Gilly es radicalmente diferente tanto de la “raza cósmica” de José Vasconcelos como del “humanismo mexicano” de Andrés Manuel López Obrador. Vasconcelos también valoraba la profunda mezcla de tradiciones y razas en México, pero con el propósito de apropiarse del impulso histórico y subordinar los pueblos indígenas a un proyecto de europeización que consideraba necesario para que México alcanzara la supuesta grandeza de las naciones al otro lado del Atlántico. Y López Obrador también celebró nuestra “grandeza cultural milenaria” y la “excepcional y fecunda historia política”, pero lo hizo de manera pragmática en tanto estos conceptos le permitieron presentar su modelo de gobierno como cercano al pueblo, aunque sin auspiciar la verdadera acción independiente de los pueblos indígenas y los grandes movimientos populares.¹⁸ En contraste con estas visiones utilitarias, Gilly va a la raíz y busca rescatar el “mundo encantado” y la “razón ardiente” que dotan al pueblo mexicano de una particular fuerza para resistir e ir más allá de los modelos neocoloniales, neoliberales, personalistas y estadocéntricos.

Gilly no solamente valora la fuerza del pueblo mexicano durante momentos de rebelión explosiva en coyunturas específicas, sino que reconoce cómo, a lo largo de las décadas y los siglos de la historia mexicana, este pueblo también ha logrado moldear parcialmente la forma estatal mexicana en su imagen y semejanza. Por ejemplo, entiende al cardenismo no como la simple obra de un general revolucionario iluminado y gran estratega que logró derrotar, uno por uno, a

¹⁸ John M. Ackerman, “Del liberalismo al Humanismo Mexicano: ideología y transformación en el México actual”, pp. 47-66.

sus adversarios internos y externos, sino más bien como un producto y un efecto de un proceso histórico marcado por la más activa participación popular:

Ni Cárdenas, ni cardenismo, ni reparto agrario, ni finalmente expropiación del petróleo son imaginables sin esa larga, difusa, anónima, terca acumulación de movimientos, tomas de tierras, rebeliones, protestas, violencias, repliegues y regresos, discusiones y organizaciones, reuniones, actas de reuniones y cartas a las autoridades, engaños, estratagemas, astucias, emboscadas, ambiciones, armas por todos lados y un solo objetivo en incontables mentes y bajo infinitas formas: el reparto de la tierra, la promesa del artículo 27 hecha bandera de la porfía campesina. Y, como es bien sabido, el que porfía mata venado.¹⁹

Son los pueblos los que hacen la historia. Los líderes solamente trascienden si logran interpretar, comunicar y movilizar lo que ya está ahí presente como fuerza material cultural entre la sociedad.

Justo por eso, Gilly siempre insistió en remarcar que, si bien la Revolución Mexicana fue interrumpida por la victoria militar de las corrientes más conservadoras encabezadas por Venustiano Carranza y Álvaro Obregón, al final de cuentas las ideas, las demandas, las prácticas y los anhelos de Zapata y Villa también lograron infiltrarse e instalarse dentro de la configuración estatal mexicana. Como escribe en *Interpretaciones de la revolución mexicana*:

El Estado de la nueva burguesía se impuso sobre las masas pero quedó dependiente de su apoyo y su consenso. Las masas que hicieron la revolución no triunfaron. Pero tampoco

¹⁹ Adolfo Gilly, *El cardenismo. Una utopía...*, p. 157.

fueron vencidas. Esta contradicción explica y atrapa a todo el sistema estatal alzado y desarrollado en la época posterior y es un resorte oculto en cada una de sus contradicciones interiores.²⁰

Fue el zapatismo en particular lo que hizo que la Revolución trascendiera en el tiempo: “Es plenamente evidente que si no hubiera sido por la continuidad de la lucha zapatista, allí mismo se habría cerrado la revolución mexicana y ésta habría pasado a la historia como una más de las muchas revoluciones de América Latina”.²¹ El poder social es capaz de darle sentido y profundidad a los movimientos de transformación política aun en el contexto de su derrota formal.

Gilly discrepa de manera tajante, entonces, de visiones como las de Aguilar Camín, quien ha afirmado que la Revolución Mexicana es un *Frankenstein*:

Más allá de los hechos históricos definibles que su nombre denota, la Revolución Mexicana ha sido sobre todo un poderoso instrumento ideológico de dominación, un fetiche aglutinador de significados y adaptaciones retóricas, un fantasma continuamente catalogado y continuamente inexacto, que genera su propia confusión y su inagotable hermeneútica.²²

Para Aguilar Camín, el árbol de la Revolución es un fetiche inútil y carcomido por dentro, mientras que para Gilly es un gigantesco ahuehuete, como el Tule, que ofrece sombra y protección al pueblo mexicano entero.

²⁰ Adolfo Gilly et al., *Interpretaciones de la Revolución Mexicana*, p. 50.

²¹ *Ibid.*, p. 31.

²² *Ibid.*, p. 11.

Con todo, aun con su reconocimiento y celebración del espíritu rebelde del pueblo mexicano, Gilly también describe sin ingenuidad las bases tanto del control político de México como de la cultura política de la “obediencia y la paciencia” que permean durante “los tiempos de sombra”. Gilly remarca el perverso papel de los intermediarios entre las élites y el pueblo, los líderes caciquiles o feudales que se benefician de su labor de domar al pueblo. En *Chiapas: la razón ardiente*, escribe que en el modo de gobernar posrevolucionario mexicano

es decisiva la acción de la élite que construye su hegemonía, afirma su legitimidad y consolida su derecho a gobernar (y a acumular capital) [pero también] lo son las tradiciones mexicanas de negociación del mando, con la figura mediadora del cacique siempre presente en sus diversas trasfiguraciones rurales y urbanas.²³

Rhina Roux, una de las grandes intérpretes y continuadoras de la obra de Gilly, describe esta tensión constante de la siguiente manera:

Encarnado a veces en el general Álvaro Obregón y otras en el presidente Lázaro Cárdenas, el *Príncipe mexicano* es simultáneamente un símbolo de la cohesión de una comunidad estatal en cuya conformación histórica participaron también las clases subalternas y la figura mítica en que se personificó un vínculo de mando-obediencia recreado en relaciones recíprocas de protección y lealtad.²⁴

²³ Adolfo Gilly, *Chiapas: la razón ardiente...*, p. 35.

²⁴ Rhina Roux, *El príncipe mexicano. Subalternidad, historia y Estado*, p. 22.

LECCIONES CONTEMPORÁNEAS DE LA OBRA DE GILLY

Adolfo Gilly nunca se unió a la “Cuarta Transformación” encabezada por López Obrador. De manera similar a otro gran intelectual de izquierda que también recientemente se despidió de la tierra, pero jamás de sus lectores y sus grandes obras, Pablo González Casanova,²⁵ Gilly siempre se mantuvo cercano a las luchas sociales autónomas. Asimismo, acompañó a Cuauhtémoc Cárdenas durante sus campañas presidenciales e incluso colaboró durante un tiempo con él cuando ocupaba la Jefatura de Gobierno del Distrito Federal. No obstante, el terreno natural para Gilly siempre fue la lucha popular y social.

El ejemplo para Gilly era la lucha de Emiliano Zapata y los primeros zapatistas:

La lección fundamental del zapatismo es que es necesario organizar a la clase obrera y a las masas fuera del Estado, independientemente de éste; son necesarios los órganos de decisión que representen y garanticen la autonomía de la clase obrera y de las masas: es necesario el programa revolucionario de clase que exprese esa autonomía.²⁶

Sin la existencia de una fuerza social autónoma, avanza la burocratización y se pierde el impulso revolucionario, lo que genera el perfecto caldo de cultivo para que el oportunismo y los poderes fácticos ensanchen su control sobre la esfera pública, tal y como ocurrió después de la Revolución

²⁵ Cfr. John M. Ackerman, “La democracia en México, parteaguas de la ciencia social mexicana”, pp. 23-35.

²⁶ Adolfo Gilly *et al.*, *Interpretaciones de la Revolución...*, p. 53.

Mexicana, igual que hoy empieza a acontecer con la “Cuarta Transformación”.

De acuerdo con Gilly, para avanzar más allá del incómodo pacto, autoritario y excluyente, de la época posrevolucionaria, hace falta trazar simultáneamente una ruta de continuidad y de ruptura.

La organización de la revolución socialista supone una *ruptura* con ese mito, no una continuación de la vieja revolución mexicana, porque supone una ruptura con el Estado burgués engendrado por esa revolución. Significa una nueva revolución; pero sus premisas se nutren de las tradiciones de masas de la anterior. Es a ese nivel donde se establece la *continuidad*, mientras al nivel programático se opera la *ruptura*.²⁷

A primera vista, esta mezcla entre revolución y reforma, una ruptura con continuidad y una revolución pacífica acompañada de una transformación social ordenada, podría parecer similar a los planteamientos de López Obrador. Pero, intentando observar la actual coyuntura con los ojos de Gilly, queda claro que en realidad el sexenio del tabasqueño jamás incorporó o tomó en cuenta la voz de los movimientos sociales autónomos ni tuvo mayor impacto en la configuración del poder socioeconómico nacional. No hubo tampoco una transformación del modelo de mediación política caciquil, tan efectivo para el control social pero tan dañina para la expresión democrática del pueblo mexicano. Si bien hubo una recuperación de los principios sociales de la Revolución Mexicana, con la expansión de becas y obras durante el sexenio 2018-2024, no hubo una “ruptura” de fondo al “nivel programático”.

²⁷ *Ibid.*, p. 52.

La necesidad de una ruptura más fuerte no solamente surge del diagnóstico crítico de Gilly de la posrevolución mexicana, sino también de su reflexión global sobre el devenir de la humanidad. Nuestro historiador planteaba que, al principio del siglo XXI, nos encontramos en un momento de cambio histórico de grandes proporciones a nivel mundial. Vivimos un momento de colapso de las viejas coordenadas liberales y un momento de incertidumbre frente al futuro:

La crisis del liberalismo y de sus fundamentos teóricos y prácticos abre ante nosotros un yermo, un espacio vacío que para el pensamiento político dominante resulta muy difícil llenar y hasta considerar. Ese pensamiento no hace más que repetir términos que hoy sufren de una escasez de realidad, términos como “transiciones”, “democracia”, “gobernabilidad” y otros similares.²⁸

Esta pausa histórica, con su correlativo vaciamiento de la terminología de las ciencias sociales, constituye en realidad una gran oportunidad para innovar y construir nuevos senderos, o árboles, para el pensamiento y la acción. No tenemos tiempo, entonces, para descansar en nuestros laureles. Los tiempos históricos y la coyuntura global exigen que el proceso de transformación política mexicana se supere a sí mismo. Inspirados por la obra de Gilly, no podemos permitir que *se interrumpa* también la “Cuarta Transformación”.

UNA REFLEXIÓN PERSONAL A MODO DE CONCLUSIÓN

Tuve el honor de poder sentarme a conversar con calma con el maestro Gilly en 2013. Guardo como un tesoro la dedica-

²⁸ Adolfo Gilly, *Historia a contrapelo...*, p. 57.

toria a Irma Eréndira y a un servidor que ese día nos plasmó en una de las primeras hojas de *El cardenismo* (“con mucho afecto, curtido en tu raíz de rabia y esperanza”). Pero los escritos de Gilly me inspiraron desde el primer día de mi llegada a esta “tierra encantada”. De hecho, si no fuera por la obra del maestro, yo muy probablemente no me hubiera quedado en México.

Literalmente, aprendí la historia de México de la pluma de Gilly. Durante mis estudios de preparatoria en Connecticut, había leído a Carlos Fuentes y a Juan Rulfo, así como realizado una extensa tarea escolar sobre la Revolución Mexicana, pero no fue sino hasta leer la obra del maestro que finalmente todo tuvo sentido. Y cuando el 1 de enero de 1994 la dignidad rebelde se levantó desde la Selva Lacandona, ese sentido también se lo dio a mi vida y lo demás fue, como dicen, historia. Como un joven inquieto de 21 años, con conciencia social y en busca de esperanza, pertenencia y propósito, había yo llegado al lugar correcto en el momento correcto de la historia. Mientras que, en Estados Unidos, Bill Clinton patinaba en el aburrimiento de la administración de la “tercera vía” después de la caída del Muro de Berlín, en México un ejército rebelde indígena buscaba dar continuidad al profundo proyecto transformador de la llamada “revolución interrumpida”.

Durante el otoño de 1993, apenas unos meses antes del levantamiento zapatista en Chiapas, yo era estudiante de intercambio en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, y cuando pedí a mis compañeros que me recomendaran un buen libro sobre la historia de México, *La revolución interrumpida* fue, por supuesto, la obra más sugerida. Así que acudí a la Librería Gandhi para conseguir mi ejemplar y quedé totalmente absorto con la lectura de esta obra maestra que acabé en apenas un par de días. Cuando se publicó *El cardenismo*, en 1994, también lo devoré de inmediato,

todavía “calientito” de la imprenta (y así sucesivamente, con *Chiapas: la razón ardiente*, *Historia a contrapelo*, *Cada quien morirá por su lado*, *Felipe Ángeles*, etcétera).

Los escritos de Gilly me permitieron entender y sentir el trasfondo de la efervescencia social tan potente y emocionante que vivía junto con mis nuevos amigos universitarios en esos momentos históricos. Fueron las obras de Gilly que me dieron la perspectiva necesaria para poder dar el salto de la emoción juvenil revolucionaria al compromiso social de una vida entera. Y por supuesto, como el mismo Gilly señala, si el “rigor del estudio” no viene acompañado del “amor de la vida” y la “experiencia de la práctica en las luchas sociales” no hay superación dialéctica. Así que todo se habría quedado como una gran aventura, si no hubiera sido por la combinación de las lecturas de Gilly con mi activa participación en el mismo movimiento zapatista y, sobre todo, la emoción del amor verdadero que viví desde el primer baile con Irma Eréndira al ritmo de “La del moño colorado” en la Selva Lacandona durante el Encuentro Intergaláctico por la Humanidad y contra el Neoliberalismo, en 1996.

Haber aprendido la historia de México de Gilly tuvo la gran ventaja de haber consolidado mi fe en el espíritu rebelde del pueblo mexicano. Pero esta misma fe termina siendo un problema durante los “tiempos de sombra”, caracterizados por “la paciencia y la obediencia”, como los que estamos viviendo hoy, con un gobierno lleno de luces con una primera presidenta de la República comprometida con recuperar la vocación social, igualitaria y nacionalista del Estado mexicano, pero también un nuevo partido de Estado que reproduce fielmente las peores tradiciones de la vieja política caciquil priista.

Si bien este tipo de contradicciones marcan toda la historia de México y, en cierto sentido, constituyen una regla general en cualquier proceso de transformación política en

el mundo, tarde o temprano también suelen generar nuevas tensiones que provocan innovadoras coyunturas históricas. En el contexto actual de importantes conquistas gubernamentales, pero también de ensombrecida superficialidad en el debate político y quietud en los movimientos sociales de izquierda, ¿pronto se escuchará de nuevo “la razón ardiente” del pueblo mexicano?, ¿cómo será la “nueva utopía” que éste buscará “arrancar al futuro”?

FUENTES CONSULTADAS

- ACKERMAN, John M., “Zapatismo. ¿Moderno o posmoderno?” en Miguel Ángel Ramírez Zaragoza y Marco Antonio Aranda Andrade (coords.), *El movimiento zapatista: 30 años construyendo otros mundos posibles*, México, PUEDJS-UNAM, 2025.
- , “Del liberalismo al Humanismo Mexicano: ideología y transformación en el México actual” en Jaime Cárdenas Gracia, John M. Ackerman, Daniel Márquez Gómez y Pastora Melgar Manzanilla (coords.), *Humanismo y Cuarta Transformación en México: apuntes en torno al “Humanismo mexicano”*, México, PUEDJS-UNAM / Tirant Humanidades, 2024.
- , “La democracia en México, parteaguas de la ciencia social mexicana” en John M. Ackerman, Ambrosio Velasco y René Ramírez (coords.), *Pablo González Casanova. Democracia y pensamiento radical*, México, PUEDJS / Coordinación de Humanidades-UNAM, 2023.
- AGUILAR CAMÍN, Héctor y Jorge G. Castañeda, *Un futuro para México*, México, Penguin Random House, 2010.
- GILLY, Adolfo, *Historia a contrapelo. Una constelación*, México, Ediciones Era, 2016.
- , *La revolución interrumpida*, México, Ediciones Era, 2007.
- , *Chiapas: la razón ardiente. Ensayo sobre la rebelión del mundo encantado*, México, Ediciones Era, 2001.

- , *El cardenismo. Una utopía mexicana*, México, Ediciones Era, 2001.
- GILLY, Adolfo, Arnaldo Córdova, Armando Bartra, Manuel Aguilar Mora, Enrique Semo y Héctor Aguilar Camín, *Interpretaciones de la Revolución Mexicana*, México, UNAM / Editorial Nueva Imagen, 1979.
- GRANDIN, Greg, *The Last Colonial Massacre: Latin America in the Cold War*, Chicago, The University of Chicago Press, 2011.
- ROUX, Rhina, *El príncipe mexicano. Subalternidad, historia y Estado*, México, Ediciones Era, 2005.
- TARCUS, Horacio, "GILLY, Adolfo", *Diccionario biográfico de las izquierdas latinoamericanas. Movimientos sociales y corrientes políticas*, disponible en: <<https://diccionario.cedinci.org/gilly-adolfo/>>. (Consultado: 21-02-2025).



III.

“Arriba los de abajo”. Constelaciones de rebeldías y revoluciones



Adolfo Gilly y el tiempo de las revoluciones

Araceli Mondragón González

Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco

*Así como la crisis es el tiempo del desprecio,
la revolución es el tiempo de la esperanza.*

ADOLFO GILLY

*¡Un relámpago... de nuevo la noche! —Fugitiva belleza
cuya mirada de repente me hizo renacer,
¿ya no te veré más que en la eternidad?*

CHARLES, "El tiempo del relámpago", BAUDELAIRE

Adolfo Gilly nació en Buenos Aires, el 25 de agosto de 1928; podríamos decir que fue un intelectual hijo del siglo XX, una época *oscura* o *de tinieblas*, como la han designado literatos, historiadores y filósofos a causa de la devastación de sus guerras (como política de reestructuración del capital), y su terrible combinación de racionalidad tecnológica y barbarie. Sin embargo, Gilly optó por definir esta época como el *siglo del relámpago*: fiel a su perspectiva de lo subalterno, persistente en su mirada a contrapelo, hace un recuento de la historia desde el lugar de los oprimidos. No omite u obvia la destrucción provocada por la violencia del imperialismo y del colonialismo; pero tampoco permite que

ésta borre aquel destello —aún corto y breve—, de las distintas formas de resistencia, rebelión y revolución que, desde los márgenes, mantienen encendida la llama del anhelo y la esperanza o, en palabras del propio Gilly, de la libertad, la justicia y la fraternidad, “las tres palabras mágicas de la primera gran revolución de los tiempos modernos y la clave de todas las posteriores”.¹

Adolfo Gilly desde muy joven fue sensible a aquella chispa de las historias de resistencia y no se conformó con presenciar lo que acontecía; en su afán por testificar y sobre todo por participar, se echó a andar en los libros, en las calles, en las fábricas, en las minas e inició un peregrinar por diversos países de Latinoamérica y de Europa como militante de la Tercera Internacional. Comentó en una entrevista que dio en 2010 a la *New Left Review*² que fue en 1943 (tendría alrededor de 16 años), cuando inició su actividad política en el Comité de Gaulle, por simpatía con la Francia combatiente. Desde entonces el compromiso militante sería una práctica de vida que no abandonaría jamás.

Y es que Adolfo Gilly no sólo iba al encuentro de la historia, sino que también la historia, con sus personajes y con sus bifurcaciones, siempre parecía ir hacia él y en muchas ocasiones se encontró en medio de la vorágine del cambio y la acción social. Así, en Cuba le tocó vivir la llamada “crisis de los Misiles”; conoció al *Che* y discutió con Fidel Castro; en Colombia convivió con Camilo Torres (antes que tomara la decisión de irse a la guerrilla); en Chile acompañó a Salvador Allende durante una campaña electoral como candidato de la Unión Popular; más tarde, estuvo en Guatemala con el Movimiento MR-15. Y, así, en medio de las andanzas, en 1966

¹ Adolfo Gilly, *Arriba los de abajo*, p. 9.

² *New Left Review*, “Lo que existe no puede ser verdad”, [Entrevista a Adolfo Gilly], pp. 28-44.

en lo que, en teoría, sería un periodo de tránsito por México, cayó preso, y pasó una estancia obligada de seis años en la cárcel de Lecumberri.

Este accidente se convertiría en un hecho crucial en el destino de Gilly. El panóptico que —paradojas de la vida— es hoy el Archivo General de la Nación, le impuso un periodo de sosiego en lo que respecta a su andar por el mundo revolucionario; pero, a su vez, le permitió una intensa reflexión teórica, una suerte de revolución interna que derivó en nuevas lecturas y relecturas que le permitieron reflexionar sobre la dinámica de las revoluciones y, en este contexto, escribir una novísima y original lectura de la Revolución Mexicana, que se convertiría en un libro clásico y sería traducido a varias lenguas. En este estudio e investigación (aun cuando algunos pusieran en duda su sistematicidad, debido a los escasos recursos y fuentes con los que se puede contar en condiciones de reclusión, pero precisamente por esto más meritorio a la lucidez, rigurosidad y capacidad del investigador), es indiscutible la influencia de *La revolución traicionada* y los artículos sobre Lázaro Cárdenas del *abuelito* Trotsky (como Gilly le solía llamar), leídos desde la temprana juventud.

En *La revolución interrumpida*, la primera obra de lo que —en sus propias palabras— comprendería la *trilogía de la Revolución mexicana*, Adolfo Gilly se dio a la tarea de pensar aquella etapa histórica de una manera distinta a como se había hecho hasta entonces, poniendo el foco en las grandes batallas o los personajes importantes, los documentos o tratados que son ya la objetivación o “cosificación” de la energía social en movimiento. Gilly, por el contrario, quería captar la esencia de la revolución en acto, recuperar la eferescencia del pensar y el sentir de las grandes masas que, aunque anónimas a la tradicional historia de los vencedores, en el devenir efectivo de la historia, tienen rostro y tienen nombre.

En este contexto, como él mismo lo mencionó en varias ocasiones, su pregunta central era: *¿Qué diablos quería esa gente?*

¿Qué quieren, qué imaginan, tras cuál sueño se lanzan todos estos que por costumbre callan y de repente irrumpen en tumulto? Esa es la pregunta que el historiador, el narrador o el trovero hacen en esos momentos de revelación que irrumpen en el tiempo continuo, igual y vacío, y rompen como relámpago la sucesión y la permanencia del curso visible y secuencia del devenir histórico.³

Y, aun cuando todavía no escribía sobre Benjamin —quizá sí lo había leído o, en todo caso, ya lo ubicaba en el horizonte de las constelaciones de sus afinidades electivas—, Adolfo Gilly ya cepillaba la historia de México a contrapelo. Y fue esta perspectiva la que lo llevó a reinterpretar la legitimidad de la Revolución desde el ánimo plebeyo, desde las masas como sujeto revolucionario frente a lecturas “desde arriba”, que en aquel momento hacían una lectura desde los caudillos y privilegiaban la Revolución institucionalizada, de acuerdo con las necesidades de las élites. *La revolución interrumpida* se publicó en 1971.

En 1972 salió de la cárcel exiliado a Europa, donde pasó cuatro años para volver a México, un lugar donde —una vez me dijo— persistía un *mundo encantado*, donde la racionalidad técnica del capital no había logrado borrar los modos y los vínculos comunitarios y donde decidió iniciar una vida como académico en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. Allí construyó un espacio de reflexión que dio lugar a muchas generaciones de estudiantes que tuvimos el privile-

³ Adolfo Gilly, *Historias clandestinas*, p. 11.

gio de aprender no sólo de las reflexiones teóricas de nuestro maestro, sino también de su sensibilidad hacia las causas sociales y de su compromiso político con los subalternos.

En este contexto, además de artículos y ensayos que se hicieron libros, completó su *trilogía de la Revolución mexicana* con *El cardenismo. Una utopía mexicana* (que fue también su tesis de doctorado en Estudios Latinoamericanos), publicado en 1994, y *Felipe Ángeles, el estratega*, publicado en 2019.

EL TIEMPO DEL DESPOJO

*Todo es mío, nada en propiedad,
nada en propiedad para la memoria,
y mío sólo mientras lo miro.
Innumerables infinitos,
y únicos hasta la fibra,
hasta el grano de arena,
hasta la gota de lluvia,
los paisajes.*

WISŁAWA SZYMBORSKA

Aun cuando, como hemos dicho, podríamos ubicar a Gilly como un personaje del siglo XX, para fortuna de quienes lo conocimos y de todas y todos aquellos que se animen a seguir conversando con él a través de sus obras, sus casi 95 años le permitieron testificar la transición secular entre el XX y el XXI, cuya impronta fundamental fue la reestructuración del capitalismo bajo el proyecto político-económico que se conoce genéricamente como neoliberalismo, y que Adolfo Gilly analizaría con profundidad y agudeza como una era de nuevos despojos, tan terrible y violenta como aquella que Marx denominó acumulación originaria del capital.

A partir del icónico 1989 y el fin del mundo bipolar, se impone una nueva modernización a nivel global, instrumentada a nivel estatal en México por tecnócratas que actúan más como gerentes de los intereses transnacionales que como políticos negociadores del pacto social corporativo poscardenista.⁴ Inicia así el tiempo del despojo, la reestructuración neoliberal del capital que no sólo compacta la porosidad del capital en términos temporales, con la eliminación de los tiempos “muertos”, la flexibilidad laboral, el método del *just in time*; sino que también avanza en términos espaciales con el despojo y la colonización de bienes y territorios, a niveles macro y micro: los mares profundos, los polos terrestres, el agua, el código genético, la biodiversidad, el espacio radioeléctrico, las semillas de cultivos esenciales, los cuerpos, la sangre y los órganos humanos.

El despojo moderno alcanza a los cuatro elementos del mundo antiguo: agua, aire, tierra y fuego. Rompe así el ancestral vínculo sagrado del ser humano con la naturaleza e impone, en el paroxismo, la lógica de una razón instrumental que le es constitutiva.⁵

La globalización impuso una reorganización de los Estados nacionales bajo el dominio de las políticas impuestas por el capital financiero internacional que derivaron en una crisis de la comunidad estatal, de sus formas tradicionales de dominación y de los espacios de negociación entre las clases y los actores sociales. Como respuesta, en México hubo dos importantes movimientos frente a esta reestructuración y, por supuesto, en ambos se involucró el interés académico y

⁴ Adolfo Gilly, *Nuestra caída en la modernidad*.

⁵ Adolfo Gilly, “El tiempo del despojo. Poder, trabajo y territorio”, p. 34.

la participación militante de Adolfo Gilly. El primero, de carácter más político, fue el movimiento democrático de 1988, encabezado por Cuauhtémoc Cárdenas; el segundo, con un cariz más social, el levantamiento indígena del Ejército Zapatista de Liberación Nacional en 1994 en Chiapas.

Ambos representaron la organización popular y la respuesta social ante el embate neoliberal del capital y sus políticas de despojo, de dismantelamiento de los derechos sociales y la privatización de los bienes públicos. Es significativo que ambos movimientos echaran mano de lo mejor del reservorio de la Revolución Mexicana, preservado en la *economía moral* de la multitud⁶ y en las memorias colectivas populares, que tejen de manera peculiar el tiempo, que actualizan el pasado, anticipan utopías y echan a andar la energía social de su presente.

Así, el movimiento democrático de 1988 recupera la carga simbólica y el proyecto de justicia social del cardenismo, último momento en el que la fuerza activa de la Revolución Mexicana se expresa como política estatal y tema que ocupa el último capítulo de las dos primeras ediciones de *La revolución interrumpida*, para ser retomado por nuestro autor en un libro redactado entre 1991 y 1993 en una estancia en la Universidad de North Carolina y editado en 1994 con el título *El cardenismo. Una utopía mexicana*. Por otra parte, el levantamiento indígena de Chiapas de 1994 recupera y actualiza la esencia del zapatismo, la experiencia de la *Comuna de Morelos* y persiste en la esencia compartida por los movimientos agrarios: “la resistencia a aceptar que la tierra se convierta en mercancía; la negativa a enviar al mundo de los intercambios mercantiles entre cosas aquello que dentro

⁶ Edward P. Thompson, *Tradición, revuelta y conciencia de clase*.

de la comunidad es sustrato cultural e histórico de los intercambios directos entre personas”⁷.

Nos encontramos así en una época de una encarnizada lucha con alcances planetarios entre la defensa de una economía “natural”⁸ (como la llamaba Bolívar Echeverría), con dimensiones humanas y de concertación y diálogo con los otros y con lo otro (con comunidades humanas diversas, con la naturaleza y el mundo); respecto a una economía antinatural que pone como fin la obtención de ganancia; subsume los valores de uso al valor de cambio y reproduce artificialmente el hambre y la escasez. En suma, una economía de vida frente a una economía de muerte.

EL TEMPO DE LAS REVOLUCIONES

La piedra de toque del análisis de Gilly de la Revolución Mexicana fue León Trotsky y su *Historia de la Revolución Rusa*, cuya frase “Las masas no van a la revolución con un plan preconcebido de sociedad nueva, sino con un sentimiento claro de imposibilidad de seguir soportando la sociedad vieja”, será una brújula que orienta la perspectiva en la que nuestro historiador a contrapelo se quiere situar. Aquella desde donde, también con Trotsky y además con Benjamin, se establece un diálogo intergeneracional o intertemporal, y donde “la revolución no es una *tabula rasa*, ya que tiene su propia visión del pasado, como una suerte de contramemo-

⁷ Adolfo Gilly, *Chiapas: la razón ardiente. Ensayo sobre la rebelión del mundo encantado*, p. 19.

⁸ Entendiendo “natural” como la reproducción social orientada al fin de la satisfacción de necesidades humanas (predominio de los valores de uso); sin negar la dimensión cultural o los códigos identitarios (una suerte de “segunda naturaleza”), en los que se gestionan los procesos de producción y reproducción de la vida. Bolívar Echeverría, *Valor de uso y utopía*.

ria opuesta a las interpretaciones oficiales de la historia. La revolución es el momento en el cual esta visión ‘resurge de las posibilidades de la memoria’ y empuja a sus actores a crear ‘una brecha hacia el futuro’⁹.

Es precisamente a partir de esta vocación y empeño de Adolfo Gilly, como historiador, educador y militante, de la que podemos esbozar una cartografía de encuentros y afinidades electivas con autores y personajes con los que fue apuntalando su obra. En este sentido, no está de más destacar que aquellas figuras que más le atraían tenían en común esa extraordinaria síntesis de lucidez teórica y sensibilidad social, aquella que tienen las personas que saben mirar y escuchar y que se dejan conmover por los otros, particularmente por “los de abajo”.

Así, no es de extrañar su cercanía hacia un Katz que supo encontrar el rostro humano en el villismo; un Camilo Torres que sabía que sólo un “amor eficaz” es un amor verdadero; un Víctor Serge con aquella “intransigencia tolerante” que nos puede salvar de convertirnos en inquisidores y sectarios; un Felipe Ángeles, cuya rectitud de carácter le llevaría a una eficacia selectiva en el momento de los combates; un Múgica militar y militante, jacobino y constitucionalista; el temple revolucionario y pacifista de Rosa Luxemburgo o la mirada de asombro infantil de Nellie Campobello frente a Villa y la División del Norte.

Estas constelaciones o figuraciones de ideas y autores permitieron a Gilly configurar una suerte de anatomía o, aún mejor, una “armonía” de las revoluciones que nos ofrece importantes claves metodológicas para estudiar las insurrecciones y los movimientos sociales. De acuerdo con lo anterior, nos propone Gilly que, en el contexto de la larga

⁹ Enzo Traverso, *Melancolía de izquierda. Marxismo, historia y memoria*, p. 138.

duración, se juegan el ritmo y la curva de las revoluciones: su periodo de ascenso, su culminación, su estabilización o su declinación:

La revolución es frecuentemente precedida por un período de modernización de la economía, de la sociedad y de sus clases que destruye las condiciones anteriores de existencia sin estabilizar otras nuevas (...) se abre así un espacio de crisis entre economía y política, que es el espacio donde se acumula y estalla la crisis social (...) el historiador debe rastrear los procesos preparatorios o acumulativos, a veces seculares del estallido revolucionario, cuyo dinamismo se revela a menudo contradictorio con la versión oficial negativa y sin matices de la historia precedente que suelen dar los revolucionarios desde el poder.¹⁰

Podríamos decir que las revoluciones y los movimientos sociales tienen sus momentos y sus ritmos, con su respectivo carácter y ánimo social, su *tempo*.¹¹ En este sentido, Gilly postula cinco eslabones en la cadena de la opresión: dominación, subordinación, humillación, sumisión, exterminio.¹² Y podríamos decir también que a cada eslabón corresponde cierta intensidad de respuesta, de rabia o de acumulación de agravio. Así, los tiempos de reacción o la respuesta a la dominación o subordinación suelen ser más prolongados o retardados que los de la sumisión o el exterminio que, por lo general, suscitan reacciones de corto aliento, si no es que

¹⁰ Adolfo Gilly, *Arriba los de abajo*, p. 14.

¹¹ Utilizo la palabra *tempo* en italiano porque así se utiliza en la música para ilustrar la velocidad con que debe ejecutarse una pieza musical. Este “tiempo” no se limita sólo a un aspecto métrico, sino que tiene que ver también con el “carácter”, el “ánimo” y por lo tanto con el impulso subjetivo que éste provoca en las personas.

¹² Adolfo Gilly, “Blanquitud, modernidad, humillación”, p. 166.

inmediatas; estas últimas corresponden también a la crisis y eventual ruptura de las junturas o los lindes de los espacios de negociación entre dominadores y subalternos.

Por otra parte, otro aspecto que nos permite entender las dinámicas de las revoluciones es su doble ruptura: en primer lugar, de manera externa, frente al antiguo régimen. En segundo lugar, en sus contradicciones internas: “la lucha dentro de la revolución”.

La historia de los regímenes establecidos es la de su continuidad: el porfiriato, la larga estabilidad poscardenista. La contradicción existe, pero se presenta desde afuera, como externa, mientras su trabajo interno es lento, invisible, acumulativo y subterráneo: aquí sí, podrán revelarlo después las series estadísticas o los grandes números. La historia de las revoluciones modernas es la de sus luchas interiores, hasta que el nuevo régimen se consolida, y la contradicción interna aparece en primer plano. Ella no debe olvidar el proceso opuesto y paralelo que siempre la acompaña: las fricciones, conflictos y desgarramientos también inevitables dentro del bando de la contrarrevolución.¹³

Al mismo tiempo, nos explica Gilly, las revoluciones enfrentan una lucha en dos frentes, “dos guerras, públicas o secretas: la guerra de clases en su interior; y la guerra de clases y regímenes desde el exterior”.¹⁴

Por otra parte, las revoluciones en acto se configuran a través de distintos ritmos: en el momento de ascenso revolucionario la memoria colectiva se manifiesta en efervescencia, hay una recuperación de un pasado que *recuerda el futuro*,¹⁵

¹³ Adolfo Gilly, *Arriba los de abajo*, p. 13.

¹⁴ *Ibid.*, p. 14.

¹⁵ Escribe el filósofo e historiador irlandés Vincent Geoghegan, en un texto que tiene un título paradójico pero muy sugerente: *Remember-*

donde se recuperan, como si fuesen semillas heredadas de los anhelos utópicos de las generaciones pasadas para, eventualmente cultivarlas mirando al porvenir. Es por esto que “la revolución al irrumpir contra el orden establecido, se propone utopías”, la de los revolucionarios adscrita a un orden programático (como anticipación) y la de las masas, sin programa, pero “tras de un antiguo ideal de justicia y de igualdad”.¹⁶

Aquí se expresan dos formas de *economía moral*, una que privilegia la prospección y la otra la retrospección; pero ambas refuncionalizan políticamente aquellos principios en favor de la transformación revolucionaria. Por el contrario, en el momento de descenso de la actividad de las masas, se presenta un proceso de institucionalización que ralentiza los ritmos sociales y en la percepción cotidiana se adscribe la temporalidad a las necesidades y circunstancias del presente y lo inmediato.

Es por esto que, en este diálogo temporal o en este concierto de la historia, nos mostrará Gilly:

Todas las revoluciones quedan inconclusas o resultan interrumpidas en algún punto de su trayectoria inicial hacia aquellas metas ideales. Pero entre utopía y realidad hay, en estos casos, un nexo necesario. Pues sin aquella como proyecto no habría transformación de ésta ni quienes osaran la aventura.¹⁷

ring the Future: “Mis recuerdos pasados tendrán un papel constitutivo en la formación de mis percepciones presentes y futuras. Como no soy una hoja en blanco ni un papel secante, sino más bien un receptor dinámico y constructivo, entro al futuro con un conjunto de suposiciones y preocupaciones ubicadas en la memoria”. Vincent Geoghegan, “Remembering the Future”, *Utopian Studies*, pp. 52-68.

¹⁶ Adolfo Gilly, *Arriba los de abajo*, p. 16.

¹⁷ *Idem*.

Estos ritmos y temporalidades sociales se vinculan también a dos dimensiones latentes en la obra de Adolfo Gilly y rasgos fundamentales de su oficio de historiador y de su calidad —que era al mismo tiempo calidez— humana: las dimensiones ética y estética del actuar, del ser y estar de las personas. Con frecuencia nuestro maestro citaba aquella anécdota que le había contado José María Pérez Gay de cuando un profesor (al parecer Georg Simmel) pidió a Ernst Bloch sintetizar su propuesta filosófica en media página y él la resumió en la frase: “lo que existe no puede ser verdad”. Esta tensión entre presente, pasado y futuro y la posibilidad de un diálogo intergeneracional es un tema que atraviesa la obra de Adolfo Gilly y que nos permite ubicar algunas coordenadas clave que dan luz, tanto de su pensamiento, como a su praxis de vida.

La denuncia de la injusticia y de la fealdad del mundo nos permite una reconstrucción histórica que va más allá de la facticidad de “lo ya dado”, y nos permite ubicarnos en una posición que no sólo se atiene a la veracidad y facticidad de los hechos que se enuncian, sino que es sensible a una dimensión ético-política, que nos pone en una perspectiva que recoge visiones o perspectivas de la historia humana y que representa versiones que pueden ser, al mismo tiempo, veraces aunque diametralmente opuestas; porque hay actores sociales o personajes que no tienen siquiera la posibilidad de enunciar o documentar, y sin una mirada crítica terminarán por desvanecerse en el mar de la narración histórica. Evitar que estas historias se diluyan y se pierdan fue otra de las grandes lecciones de Gilly; su interés, persistencia y paciencia por descifrar la historia de “los de abajo” fue su elección al situarse como académico y militante, así nos dice en su ensayo “La historia: Crítica o discurso del poder”:

Sería ilusorio esperar una historia imparcial: el punto de vista del observador, individuo en sociedad, produce un efecto de “indeterminación”. Ese efecto es tanto menor cuanto más consciente el historiador —o su antecesor, el narrador— asume su propia parcialidad ante los hechos que relata y las narraciones que interpreta. La parcialidad no significa mentira: significa tomar partido o, también apasionarse. Si las relaciones sociales son relaciones de fuerza y si la historia es la lucha entre las clases y los grupos sociales, tomar partido no exige faltar a la objetividad. La parcialidad más desinteresada por alguno de los intereses en la lucha requiere, al contrario, buscar la veracidad de los hechos y rechazar la falsedad.¹⁸

Por otra parte, a la dimensión ética (con su correlato de anticipación utópica), para comprender y explicar la dinámica de las resistencias y las revoluciones, sumó como indispensable la dimensión estética (con la experiencia de prefiguración festiva), como elemento indispensable en la configuración de los universos simbólicos que dan sentido e instituyen todo orden sociopolítico. La praxis revolucionaria sin una dimensión ética y una dimensión estética no es posible, y Adolfo cultivaba cuidadosamente ambas.

Personalmente, encuentro muy significativo que, en nuestra etapa de estudiantes, cuando alguna o alguno se estancaba en sus investigaciones, nos recomendaba acudir a la literatura. En este contexto cobran peso y relevancia sus reflexiones sobre Breton y el surrealismo, sobre Alejandra Pizarnik o Juan Gelman. Éste es el tema de su último libro *Estrella y espiral* (2023) y lo es también *Pasiones cardinales* (2001), “el libro de Tessa” —como me dijo alguna vez—, y es precisamente aquí donde Adolfo Gilly nos da razón de su elección por México, el país donde lo encarcelaron, como el

¹⁸ Adolfo Gilly, “La historia: Crítica o discurso del poder”, p. 201.

lugar en donde decidiría vivir: “caminé bajo el viejo conjuro de la magia de México, ese sutil destilado de tanta vida, tanta inteligencia, tanta astucia, tanto silencio doble y tanto sufrimiento”.¹⁹ Este libro de ensayos tan personales, me parece, marca un punto de inflexión muy importante en su producción teórica y en su vida. Aquí no sólo confluyen afinidades electivas, sino que se expresa también en plenitud el *azar objetivo*, la extraordinaria confluencia de amor y revolución.

REFLEXIONES FINALES

Para concluir, me gustaría recuperar y compartir un rasgo que siempre admiré de Adolfo Gilly y que he procurado como enseñanza de vida: su capacidad para expresar de manera sencilla y comprensible los temas más complicados y profundos. Esta virtud no era una cualidad individual, sino que —ahora me doy cuenta—, era el resultado del empeño y compromiso personal de educar y educar-se con los demás. Una disposición vital no sólo limitada al ámbito académico formal, sino como resultado del compromiso militante que tuvo toda la vida y que también lo acercó a los obreros, a los campesinos, a las mujeres y a las juventudes.

El hecho de escribir bien y claro corresponde tanto a su vocación de maestro, como al compromiso del intelectual revolucionario que respeta y reconoce a los subalternos como sujetos políticos, que sabe que el ser condescendiente y adulator con los de abajo es otra versión de

la temerosa máscara del desprecio aristocrático que sienten por ellos los de arriba. La gente lo descubre fácilmente y si no la rechaza, tampoco le hace demasiado caso [...] Este des-

¹⁹ Adolfo Gilly, *Pasiones cardinales*, p. 14.

tinario requiere, no la simplificación del lenguaje y de los argumentos, sino al contrario la máxima afinación de los instrumentos de investigación y explicación, la mayor depuración del estilo literario, la obra más compleja, transparente y pulida que el historiador sea capaz de producir.²⁰

Adolfo Gilly fue un hombre comprometido con los movimientos populares y que con naturalidad abría espacios fraternos y sororos a las y los estudiantes. Era un hombre generoso al hablar, pero lo era más al escuchar. Nunca dejó de ser sensible y solidario con las preocupaciones intelectuales y existenciales de quienes lo rodeaban. No se ubicó como figura distante o autorreferencial, sino que se colocó en una apertura intersubjetiva que le permitió hasta los últimos momentos de su vida la mirada profunda, la escucha atenta, el comentario divertido, la sonrisa franca, la capacidad de dejarse sorprender por los detalles cotidianos, el dejarse querer y apapachar por las amistades, el sembrar y cultivar afectos entrañables.

Creo que Adolfo Gilly asumió la idea de la revolución como compromiso vital y no simplemente como tema de estudio o como ideal, así como lo hacen tantos intelectuales de escritorio que ven pasar la vida a través de un cristal. Gilly, desde muy joven, decidió testificar, echarse a andar por el mundo. En esa posición vital se empeñan no sólo las ideas, sino, sobre todo, la praxis donde hay que poner alma, cuerpo y corazón con el empeño de llevar la revolución no sólo a las grandes plazas o las calles y no únicamente a proclamarla en discursos públicos, sino también a practicarla en los espacios más íntimos.

²⁰ Adolfo Gilly, *Arriba los de abajo*, pp. 18-19.

FUENTES CONSULTADAS

- ECHEVERRÍA, Bolívar, *Valor de uso y utopía*, México, Siglo XXI, 1998.
- GEOGHEGAN, Vincent, "Remembering the Future" en *Utopian Studies*, vol. 1, núm. 2, 1990, pp. 52-68.
- GILLY, Adolfo, *Estrella y espiral*, México, Era, 2023.
- , "El tiempo del despojo. Poder, trabajo y territorio" en Adolfo Gilly y Rhina Roux, *El tiempo del despojo. Siete ensayos sobre un cambio de época*, México, Ítaca, 2015.
- , "Blanquitud, modernidad, humillación" en Adolfo Gilly y Rhina Roux, *El tiempo del despojo. Siete ensayos sobre un cambio de época*, México, Ítaca, 2015.
- , "Lo que existe no puede ser verdad", [Entrevista a Adolfo Gilly en], *New Left Review*, núm. 64, septiembre-octubre de 2010, pp. 28-44, disponible en: <<https://newleftreview.es/issues/64>>. (Consultado: 19/02/2025). Fue también publicada en inglés: "What exists cannot be true", *New Left Review*, 64 July/Aug, disponible en: <<https://newleftreview.org/issues/ii64/articles/adolfo-gilly-what-exists-cannot-be-true>>. (Consulta: 19/02/2025).
- , *Historias clandestinas*, México, Ítaca/La Jornada, 2009.
- , *Pasiones cardinales*, México, Cal y Arena, 2001.
- , *Nuestra caída en la modernidad*, México, Joan Boldó I Clement, 1988.
- , *Chiapas: la razón ardiente. Ensayo sobre la rebelión del mundo encantado*, México, Era, 1997.
- , *Arriba los de abajo*, México, Océano, 1986.
- , "La historia: Crítica o discurso del poder" en C. Pereyra; L. Villoro; L. González et al., *Historia ¿Para qué?*, pp. 195-225, México, Siglo XXI, 1980.
- THOMPSON, Edward P., *Tradición, revuelta y conciencia de clase*, Barcelona, Crítica, 1979.
- TRAVERSO, Enzo, *Melancolía de izquierda. Marxismo, historia y memoria*, México, FCE, 2018.

Revoluciones y utopías: movilizaciones populares y poderes estatales en México, siglos xx y xxi

John Tutino

Universidad de Georgetown, EUA

En dos obras de historia esenciales, Adolfo Gilly transformó nuestra percepción de la Revolución Mexicana y la formación del Estado posrevolucionario. La visión de la revolución de 1910 que ofreció en *La revolución interrumpida* tuvo un impacto inmediato en los años setenta y su influencia aún persiste. El análisis del Estado construido por Lázaro Cárdenas en los años treinta que ofreció en *El cardenismo. Una utopía mexicana* fue apreciado en los noventa, pero sin igual impacto en tiempos que estuvieron lejos de ser utópicos. Ahora, más de medio siglo después de la publicación del primero, y un cuarto de siglo después de la llegada del segundo, los dos libros ofrecen interpretaciones que documentan las relaciones complejas entre revoluciones que buscan utopías y los poderes que buscan ponerles límites. En conjunto, iluminan una trayectoria histórica mexicana en la que las utopías pusieron límites al poder antes de 1950 en un mundo de conflictos y cambios, y luego cómo el poder se consolidó después para marginar a las utopías en un mundo globalizado.

Adolfo Gilly era hombre revolucionario, hombre pensador y hombre del mundo. Originario de Buenos Aires, vivió su formación como radical izquierdista e independiente en tiempos de peronismo. En los sesenta, estuvo en la Cuba posrevolucionaria, después en la Guatemala protorrevolucionaria. Capturado por fuerzas mexicanas en 1966, fue encarcelado en la gran penitenciaría-panóptico porfiriana de Lecumberri en la ciudad de México. Con ello, la ruta de hacer la revolución quedó bloqueada, pero le permitió estudiar México y sus revoluciones, y escribir historias radicalmente transformadoras. Encarcelado por poderes mexicanos, Gilly adoptó a México, y a su tiempo, México adoptó a Gilly.

Leía mucho: de Octavio Paz a teóricos marxistas y neo-marxianos. También se encontró y luego dominó e integró dos estudios publicados casi simultáneamente en 1968 que abrieron nuevas perspectivas para el estudio de la historia de México desde enfoques comunitarios distintos. El libro de John Womack sobre *Zapata y la Revolución Mexicana*, que documentaba detalladamente que la revolución agraria del sur fue un proyecto de comunidades de raíz indígena en Morelos, embestidas por el capitalismo agrario del Porfiriato.¹ Esas comunidades lucharon desde 1910 para reconstruir autonomías históricas comunitarias de sustento y autogobierno, utopías bloqueadas por los liberales llamados constitucionalistas que buscaban construir un Estado desde 1915. Los constitucionalistas escribieron una constitución en 1917 (otra utopía) llena de promesas de tierras y derechos. Hombres político-militares en busca de un Estado nacional, se rehusaron después a materializarlos.

Pero las comunidades zapatistas persistieron en sus sueños y luchas, aun después del asesinato de Zapata en

¹ Publicado por primera vez en inglés como *Zapata and the Mexican Revolution*, la traducción al español llegó rápidamente en 1969.

1919 por los carrancistas; y las disputas político-militares limitaron la consolidación del poder, aun después del asesinato de Carranza. En ese contexto, para consolidar su mandato después de 1920, Álvaro Obregón se abrió a la reforma agraria en Morelos. En un proceso limitado y controlado por el Estado, las comunidades consiguieron tierras ejidales para el sustento familiar, el fundamento ecológico de su utopía. No lograron las autonomías políticas-sociales comunitarias que buscaron en la revolución para limitar los poderes estatales. Un compromiso entre comunidades y poderes se abrió en tiempos posrevolucionarios (todo ello detallado por Womack).²

El libro *Pueblo en vilo* de Luis González y González, también publicado en 1968, ofrecía una visión de una comunidad muy distinta, igualmente transformadora, y que también iluminaba la visión de Gilly, y de la historia mexicana. González y González describió una comunidad hispano-mestiza-ranchera aislada en el centro-oeste de Michoacán, un pueblo construido en el siglo XIX al margen de la economía política nacional. San José de Gracia vivía aparte de los conflictos revolucionarios de 1910 a 1920, y al margen de las reformas agrarias limitadas de Obregón. En 1924, Obregón se vio forzado a ofrecer más promesas de tierras para poder imponer a su aliado Calles como presidente, quien se resistía aún a la limitada reforma agraria de Obregón. Su “revolución” se enfocó en imponer restricciones a la Iglesia y las devociones populares: un retorno al liberalismo decimonónico. En San José de Gracia, las imposiciones de Calles provocaban movilizaciones cristeras comunitarias,

² Después de Womack y Gilly, Arturo Warman en *...Y venimos a contradecir*, y Felipe Ávila en *Los orígenes del zapatismo*, han ofrecido perspectivas nuevas e importantes sobre la revolución zapatista.

una movilización popular distinta en contra de un régimen frágil y poco revolucionario.³

Basado en Womack, González y González y otros autores más, Gilly vio que la revolución movilizada en comunidades populares fue interrumpida, limitada por fuerzas liberales cuyos intereses primarios estaban en hacer un Estado. Los zapatistas que luchaban por autonomía comunitaria ganaron tierra con dependencia del Estado. Los villistas que se habían movilizado guiados por visiones de utopías rancharo-fronterizas y que lucharon como aliados de los constitucionalistas, fueron despojados de poder.⁴ Los cristeros que lucharon por defender un mundo rancharo-religioso fueron atacados y vencidos por otras comunidades movilizadas por la promesa de tierras ejidales. El asesinato de Obregón en 1928 dejó en el poder a Calles en tiempos en los que el poder estatal era todavía limitado y las utopías populares todavía persistían.

Los años veinte dejaron claro que existían muchas utopías mexicanas —comunitarias, rancheras, incluso político-liberales— que en sus conflictos revolucionarios y pos-revolucionarios limitaban la realización de los ideales de todos. Los conflictos de la década también dejaron claro que no existía un Estado “revolucionario” tras la época de las revoluciones populares interrumpidas.

La revolución interrumpida escapó de Lecumberri en 1971: tuvo un impacto inmediato. ¿Quién podía imaginar un Estado revolucionario a la sombra de la matanza de Tlatelolco? Gilly fue liberado en 1976 para continuar su carrera de pen-

³ Muy pronto, Jean Meyer ofreció su obra más amplia sobre *La cristiandad*.

⁴ El clásico es John Reed, *México insurgente* [1914]; las obras maestras de Friedrich Katz, *La guerra secreta en México*, que analiza los movimientos populares en contexto internacional, y *La vida y los tiempos de Pancho Villa*, iluminan el villismo con gran detalle.

sador-historiador-intelectual y militante de izquierda independiente con la Universidad Nacional Autónoma de México como su base. Allí, recibió un doctorado en 1993 con una tesis titulada “El cardenismo: una utopía mexicana”, publicada como libro justo al año siguiente de 1994, el momento del segundo zapatismo en Chiapas, de la apertura electoral y la quiebra financiera que introdujeron a los mexicanos a las realidades del Tratado de Libre Comercio (TLC). Notablemente, Gilly y Womack llegaron a ser importantes interlocutores e interpretadores del nuevo zapatismo y sus límites.⁵

El cardenismo sigue siendo una obra esencial para conocer y entender la construcción del Estado mexicano pos-revolucionario.⁶ Escrito hacia el fin del siglo, en tiempos marcados por polarizaciones sociales y demandas de democratización, muestra la complejidad del Estado y las contradicciones y los compromisos que marcaron sus orígenes. El título propone que el cardenismo fue una utopía. El libro describe un proyecto político en busca de un Estado duradero y explica cómo Cárdenas negociaba con comunidades, industriales y trabajadores, capitalistas y políticos (todos con sus propias utopías) para consolidar un régimen que ha sobrevivido. ¿Acaso la estabilidad duradera es para los políticos poderosos la última utopía?

El conflicto cristero pacificado y las incertidumbres sociales y políticas todavía marcaban a México cuando el mundo capitalista cayó en depresión en los años treinta.⁷ Con el colapso, la economía de exportación movilizaba por los li-

⁵ Véase Adolfo Gilly *et al.*, *Discusión sobre la historia*; John Womack, *Rebellion in Chiapas*; Adolfo Gilly, *Chiapas: la razón ardiente. Ensayo sobre la rebelión del mundo encantado*.

⁶ Con la precedencia de Arnaldo Córdova, *La ideología de la Revolución Mexicana*, y *La política de masas del cardenismo*.

⁷ Desafíos detallados en Arnaldo Córdova, *La revolución en crisis: La aventura del Maximato*.

berales-constitucionalistas para ganar un Estado durante la Revolución y mantener su frágil poder después se desplomó. Los mercados de Estados Unidos quebraron y la posibilidad de importar capital se esfumó. Hecho presidente por Calles en 1934, Cárdenas enfrentó un nuevo contexto continental y global. Con raíces en comunidades cristeras y con familia en San José de Gracia, fue gobernador de Michoacán en la lucha contra los cristeros. Como presidente en tiempos inéditos, buscó una ruta nueva para pacificar la nación, construir una economía nueva y consolidar el Estado.⁸

Primero, aseguró su independencia política forzando a Calles al exilio en Estados Unidos. Y reconociendo que los pueblos rurales todavía buscaban la utopía histórica de reconstruir comunidades con tierras para el cultivo familiar, aceleró la formación de ejidos. Movilizó el modelo de Obregón para ofrecer tierras a comunidades subordinadas al gobierno nacional. Era una receta para la pacificación, ahora implementada a escala nacional. Produjo conflictos locales sin fin, a la vez que reforzó los poderes nacionales.⁹

Aunque pocas veces es señalado, es de notar que la reforma agraria que tenía como principal objetivo la formación de ejidos de producción familiar no era la utopía de Cárdenas, ni su preferencia personal. Cárdenas soñaba con ejidos colectivos, orientados a la producción comercial, que ampliaran el sustento de las crecientes poblaciones urbanas e industriales. Sin embargo, supo reconocer la necesidad de negociar con las comunidades para distribuir tierras de sustento familiar subordinadas al Estado. Fueron muchos los que obtuvieron sustento en tiempos de depresión, conso-

⁸ Estudios precedentes importantes eran Luis González y González, *Los días del presidente Cárdenas*, y Nora Hamilton, *The Limits of State Autonomy*.

⁹ Dana Markiewicz, *The Mexican Revolution and the Limits of Agrarian Reform*. Este libro complementa a Gilly sobre cuestiones agrarias.

lidándose así una pacificación rural que cimentó los bases rurales del Estado. La negociación de utopías distribuyó el sustento rural y concentró el poder estatal.

En años de depresión global, la industrialización para proveer productos manufacturados para el mercado nacional llegó a ser una meta de Cárdenas. Reviviendo proyectos que habían tomado ímpetu en el siglo XIX, el presidente del siglo XX promovió y financió industrias. Al mismo tiempo, con el fin de limitar el poder de los capitalistas, promovió sindicatos que pudieran sostener los salarios fuertes y condiciones de vida y de trabajo decentes —todo ello subordinado al Estado—. En el proceso, proclamó una industrialización que sirviera al bienestar popular nacional: otra utopía.

Para legitimar todo, implementó lo que llamaba la educación socialista, un programa nacional secular que en los hechos no era tan distinto de la educación liberal del siglo XIX. Y para consolidar el régimen, Cárdenas apartó a los militares de la participación política activa, a la vez que organizó un sector popular que representaba a los sectores medios (en su mayoría burócratas dependientes de su administración). Al final, construyó un Estado corporativo fundado en tres sectores: los campesinos ejidales, los obreros en sindicatos gubernamentales y los burócratas estatales. Todos ganaban, todos servían, todos estabilizaban el régimen. Todos tenían sus propias utopías, todos ganaban algo, ninguno de ellos logró el mundo de sus sueños.¹⁰

El proyecto cardenista culminó en la nacionalización del petróleo de 1938, el enfoque primario del libro de Gilly.¹¹

¹⁰ Sobre conflictos dentro del cardenismo, véase Mary Kay Vaughan, *Cultural Politics in Revolution*, y Ben Fallaw, *Religion and State Formation*.

¹¹ El estudio precedente esencial era Lorenzo Meyer, *México y los Estados Unidos en el conflicto petrolero, 1917-1942*; un estudio reciente e importante es Myrna Santiago, *The Ecology of Oil*.

Hecha posible por la Constitución de 1917, negociada en los tratados de Bucareli de 1924 para evitarla, no fue el principal interés de Cárdenas en 1934. Pero los derechos de trabajadores y la soberanía nacional fueron siempre esenciales en su proyecto. Cuando el sindicato que representaba a los obreros petroleros nacionales negociaba para obtener mejores salarios y derechos laborales, la Suprema Corte de Justicia de la Nación falló a su favor. Pero las compañías petroleras, en su mayoría angloamericanas, desconocieron la jurisdicción de la Corte, lo que últimamente significaba rechazar la soberanía nacional mexicana. En vista del doble ataque en contra de los derechos del sindicato y la soberanía nacional, Cárdenas nacionalizó.

Gilly detalla largas negociaciones en dos frentes. Primero, entre Cárdenas y Franklin D. Roosevelt para lograr que el líder estadounidense aceptara la nacionalización pese a la oposición de corporaciones poderosas, de miembros de su propio gabinete y de las fuerzas políticas del país del norte. Cárdenas se hizo con el triunfo porque ambos mandatarios reconocieron que una nueva guerra mundial estaba por comenzar, y que en ese momento crítico el petróleo importaba más que las corporaciones. El segundo frente consistió en dirimir la cuestión de la indemnización a las corporaciones. Las compañías argüían que la indemnización debía basarse en las valuaciones registradas en sus libros de contabilidad; Cárdenas les respondió que esas valuaciones eran de hecho más altas que las que las compañías habían utilizado en años recientes para pagar sus impuestos al Estado mexicano. Las compañías reviraron que usar valuaciones a la baja para el pago de impuestos era costumbre establecida. Cárdenas rechazó su respuesta y les ofreció una alternativa: si las compañías pagaban los impuestos de la última década con base en la valuación más alta de sus libros contables, México reconocería la indemnización usando esa misma tasa. Si se rehusaban

a pagar sus impuestos “atrasados”, las valuaciones históricas determinarían la indemnización. Cárdenas ganó y México pagó —no sin dificultad— la compensación menor. El precedente mexicano llegó a ser el modelo para los intentos de nacionalización del petróleo (Aramco) en Arabia Saudita, las tierras en manos de la United Fruit en Guatemala, el petróleo (PDVSA) en Venezuela, el cobre en Chile y muchos otros casos más. El triunfo de Cárdenas fue un triunfo global para las naciones que buscaban un poco más en un mundo dominado por potencias extranjeras. No produjo triunfos totales, pero casi siempre trajo ventajas de gran significancia.

El cardenismo estudiado por Gilly se negoció entre diversas utopías —locales, nacionales e internacionales—. Ninguna comunidad ni ningún sindicato o poder nacional o internacional ganó por completo. Casi todos ganaron a medias, y Cárdenas consolidó un Estado que perduró para gobernar durante el resto del siglo XX y, con adaptaciones, durante el primer cuarto del XXI. A la sombra de los conflictos político-sociales en México de 1810 a 1930, y en el contexto de las inestabilidades euroglobales de 1940 a 2000, el Estado hecho por Cárdenas en México parece casi utópico: persistente mediador que ha logrado mantener un poder nacional durante décadas de polarizaciones sociales en tiempos de concentraciones globales.¹² En un mundo de Estados a menudo frágiles y muchas veces quebrantados, se trata de un verdadero éxito político: una utopía de poder nacional hecha de negociaciones con comunidades en búsqueda de diversas utopías sociales.

Que el régimen construido por Cárdenas perdurara durante la década de los cuarenta no debe sorprendernos.

¹² Esta interpretación del Estado y la sociedad en México desde Cárdenas, refleja el análisis más amplio y detallado elaborado en John Tutino, *El corazón de México*, Parte 3, una obra en gran parte construida sobre las enseñanzas de Gilly.

Cárdenas nombró a su sucesor y sirvió como ministro de Defensa en su gobierno, manteniendo los vínculos forjados con Roosevelt en las negociaciones petroleras para apoyar a Estados Unidos y los Aliados durante la guerra mundial. Las industrias mexicanas florecieron, las comunidades agrarias se fortalecieron y miles de braceros se emplearon en el norte, en apoyo de la economía de guerra.¹³ Después, los créditos acumulados durante la guerra financiaron más industrialización, mientras los derechos de trabajadores y las reformas agrarias disminuyeron, producto de concentraciones de poder al interior del proyecto cardenista y no de un ataque a sus bases. El capitalismo nacional sostenido por la mediación del Estado corporativa-autoritaria pervivió.¹⁴

Aún más notable fue la capacidad del régimen cardenista para sobrevivir en los tiempos de la Guerra Fría y la Revolución Cubana, tiempos que trajeron explosiones demográficas y urbanas, disparidades que concentraron riqueza y suscitaron marginalidad e inseguridad y éxodos al norte. Este mundo nuevo animó globalizaciones de poder y dependencias políticas, económicas y sociales en México —y el régimen creado por Cárdenas sobrevivió.¹⁵

En los años cincuenta y sesenta, la industrialización marcada por inequidades trajo ciclos de auge y caída y el régimen se adaptó para mantener estabilidad. En 1968, la incertidumbre creció en las clases medias urbanas y produjo protestas estudiantiles y una violenta represión del gobierno, que mostró lo frágil de la legitimidad del régimen, pero también lo sólido de su estabilidad. En los setenta, los

¹³ Véase Rafael Loyola (coord.), *Entre la guerra y la estabilidad política: el México de los 40*.

¹⁴ Para conocer la política de los cuarenta y cincuenta, véase Elisa Servín, *Ruptura y oposición. El movimiento henriquista, 1945-1954*.

¹⁵ Véase Eric Zolov, *The Last Good Neighbor: Mexico in the Global Sixties*.

gobernantes promovieron programas sociales para moderar inequidades y legitimar su poder, hasta que los precios de la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEC por sus siglas en inglés) minaron el poder y socavaron las condiciones de vida de amplios sectores en México y el mundo. En una respuesta neocardenista, el gobierno movilizó en los años finales de la década los recursos nacionalizados y el alza del petróleo para explorar, extraer, exportar y producir de nuevo la prosperidad —hasta que el auge mexicano colapsó con los precios fijados por la OPEC y la burbuja de bonanza petrolera se reventó en 1981—. ¹⁶

Ese colapso inauguró la llamada “década perdida” que generó pobreza e inseguridad material en masa. Aunque la economía abierta y el capital global habían generado el *crash* del 81, muchos ricos y dirigentes dieron el giro para impulsar una economía abierta al mundo. Varios políticos y grupos populares demandaron una democratización que diera cabida a la justicia social. Fueron liderados por Cuauhtémoc Cárdenas, hijo del gran fundador, quien buscó la presidencia en 1988. Irónicamente, el régimen hecho por Lázaro bloqueó la presidencia de Cuauhtémoc en una elección marcada por el fraude, y que entregó el mando a Carlos Salinas de Gortari. Salinas mantuvo la estabilidad, a la vez que negoció una globalización dependiente de los capitales y mercados de Estados Unidos vía el TLC: una nueva Norteamérica diseñada para apuntalar el poder en el norte y dar pie a vidas de pobreza e inseguridad en México. ¹⁷

¹⁶ Para conocer la política y los conflictos socioculturales después de Tlatelolco, la obra de Louise Walker, *Waking from the Dream: Mexico's Middle Class after 1968* es muy reveladora; sobre el aumento y *crash* petrolero, véase Gabriel Székely, *La economía política del petróleo en México, 1976-1982*.

¹⁷ Stephen Haber *et al.*, *Mexico since 1980*, ofrece una síntesis de la trayectoria histórica que llevó al TLC y sus consecuencias.

En el primer día de 1994, el TLC abrió mercados, al tiempo que los nuevos zapatistas se levantaron en Chiapas. El Estado, todavía firme, se movilizó para contener la insurgencia en dos semanas. La época de las revoluciones agrarias había terminado. Más tarde, en un año de elecciones cruciales, el candidato designado por Salinas fue asesinado y el sistema se adaptó para nominar a Ernesto Zedillo, quien ganó la elección, ayudado por la burbuja económica manufacturada por Salinas. Después de la elección, la economía nacional se desplomó. Y a pesar de todo ello, el régimen construido por Lázaro Cárdenas sobrevivió, esta vez con la ayuda financiera de Estados Unidos.¹⁸

Durante el sexenio de Zedillo las voces que demandaban la democratización del régimen aumentaron. En el año 2000, el régimen organizó una elección que entregó la presidencia a Vicente Fox del Partido Acción Nacional (PAN), una victoria de la oposición sin precedente. En 2006, el Partido de la Revolución Democrática de Cuauhtémoc Cárdenas nominó a Andrés Manuel López Obrador, con la expectativa de dar continuidad a la apertura a la oposición. Sin embargo, el régimen declaró ganador a Felipe Calderón, favorito de Fox y el PAN, en una decisión cuestionada por muchos y que recuerda el sistema originado por el primer Cárdenas. En los años subsecuentes, el régimen se adaptó para persistir, otorgando el poder a un priista en 2012 y luego abriéndose para darle el poder a AMLO en 2018. Durante los años difíciles de la crisis global de Covid, AMLO promovió programas de ayuda social, limitados por la falta de recursos, una economía formal en crisis y la economía de las drogas (esa otra

¹⁸ Sobre Chiapas, véase John Womack, *Rebellion in Chiapas...*, y Lynn Stephen, *Zapata Lives: Histories and Cultural Politics in Southern Mexico*. Sobre el fin de la posibilidad de revoluciones agrarias, véase John Tutino, "The Revolutionary Capacity of Rural Communities".

economía) que tanta riqueza genera para unos pocos y tanta violencia genera para muchos.¹⁹

Ahora el régimen ha orquestado otra continuidad con Claudia Sheinbaum en 2024. Ella será la primera mujer presidenta: ¿es acaso esto una evidencia de cambio?, ¿se trata de otra adaptación para mantener el poder y la estabilidad, en tiempos de grandes desafíos sociales?, ¿puede ella promover programas sociales más amplios y efectivos, y generar nuevas prosperidades y legitimidades? Conoceremos las respuestas sólo en el futuro.

En el presente, parece que el régimen construido por Lázaro Cárdenas sigue vivo. Él negoció con grupos que demandaron utopías de diversa índole para consolidar un Estado duradero, una utopía política para quienes están en el poder. Para las mayorías que todavía luchan en busca de vidas dignas, con sustento y justicia, el régimen duradero es cada vez menos utópico. El régimen persiste: la revolución interrumpida queda bloqueada. La estabilidad continúa, mientras la pobreza define a la nación y la justicia se queda en un sueño.

Todo esto recuerda la doble contribución de Gilly. Primero, la revolución promovida por comunidades en búsqueda de utopías sí fue interrumpida y en última instancia bloqueada por fuerzas en búsqueda de poder y guiadas por sus propias utopías. Después, en tiempos de colapso global, Cárdenas negoció entre utopías para construir un Estado mediador duradero. El régimen ha mantenido el poder durante casi un siglo de cambios no imaginados, desde la consolidación del capitalismo nacional, pasando por las explosiones demográficas que generaron globalización con urbanización, hasta la consolidación del TLC y los años de la

¹⁹ Sobre la otra economía y su poder, véase Benjamin Smith, *The Dope: The Real History of the Mexican Drug Trade*.

economía de las drogas y el Covid. El Estado creado por Cárdenas e iluminado por Gilly ha durado para marcar nuestro mundo. Parece que va a sobrevivir los años de Trump.

En la reunión que celebraba su cumpleaños número 80 en 2008, mi primer encuentro personal con Adolfo, ofrecí una ponencia en la que insistí en que *La revolución interrumpida* fue y seguía siendo importante, pero que *El cardenismo* lo era todavía más: la contribución más transformadora de su obra histórica. Al final de mi charla, Gilly saltó de la silla para darme la mano y decir: “Es precisamente como yo veo la trayectoria de mis historias”.

Ahora, con más tiempo y muchos estudios nuevos en los que he contemplado el impacto del régimen de Cárdenas y la historia trágica de un México en que el Estado persiste mientras los pueblos sufren, creo que el libro sobre *El cardenismo* sigue siendo la más reveladora de sus historias, todavía esencial para entender a México desde los tiempos de Cárdenas hasta los desafíos de hoy.

FUENTES CONSULTADAS

ÁVILA, Felipe, *Los orígenes del zapatismo*, México, El Colegio de México, 2001.

CÓRDOVA, Arnaldo, *La revolución en crisis. La aventura del Maximato*, México, Cal y Arena, 1995.

———, *La política de masas del cardenismo*, Mexico, Era, 1974.

———, *La ideología de la Revolución Mexicana*, México, Era, 1972.

FALLAW, Ben, *Religion and State Formation in Post-Revolutionary Mexico*, Durham, Duke University Press, 2013.

GILLY, Adolfo, *Chiapas: la razón ardiente. Ensayo sobre la rebelión del mundo encantado*, México, Era, 2006.

———, *Discusión sobre la historia*, México, Taurus, 1995.

———, *El cardenismo. Una utopía mexicana*, México, Cal y Arena, 1994.

- , *La revolución interrumpida*, México, El Caballito, 1971.
- GONZÁLEZ Y GONZÁLEZ, Luis, *Los días del presidente Cárdenas*, México, El Colegio de México, 1981.
- , *Pueblo en vilo. Microhistoria de San José de Gracia*, México, El Colegio de México, 1969.
- HABER, Stephen et al., *Mexico since 1980*, Nueva York, Cambridge University Press, 2008.
- HAMILTON, Nora, *The Limits of State Autonomy: Post-Revolutionary Mexico*, Princeton, Princeton University Press, 1982.
- KATZ, Friedrich, *La vida y tiempos de Pancho Villa*, Stanford, Stanford University Press, 1998.
- , *La guerra secreta en México: Europa, Estados Unidos y la Revolución Mexicana*, Chicago, University of Chicago Press, 1981.
- LOYOLA, Rafael (coord.), *Entre la guerra y la estabilidad política: el México de los 40*, México, Grijalbo/Conaculta, 1990.
- MARKEIWICZ, Dana, *The Mexican Revolution and the Limits of Agrarian Reform, 1915-1940*, Boulder, Lynne Rienner, 1993.
- MEYER, Jean, *La cristiada*, México, Siglo XXI Editores, 1973.
- MEYER, Lorenzo, *México y los Estados Unidos en el conflicto petrolero, 1917-1942*, México, FCE, 1972.
- REED, John, *Insurgent Mexico*, Nueva York, Appleton, 1914, reedición: Nueva York, International Publishers, 1969.
- SANTIAGO, Myrna, *The Ecology of Oil: Environment, Labor, and the Mexican Revolution, 1900-1938*, Nueva York, Cambridge University Press, 2006.
- SERVÍN, Elisa, *Ruptura y oposición. El movimiento henriquista, 1945-1954*, México, Cal y Arena, 2001.
- SMITH, Benjamin, *The Dope: The Real History of the Mexican Drug Trade*, Nueva York, Norton, 2022.
- STEPHEN, Lynn, *Zapata Lives: Histories and Cultural Politics in Southern Mexico*, Berkeley, University of California Press, 2002.
- SZÉKELY, Gabriel, *La economía política del petróleo en México, 1976-1982*, México, El Colegio de México, 1983.

- TUTINO, John, *El corazón de México: De cómo las comunidades forjaron el capitalismo, una nación, y la historia global, 1500-2000*, México, FCE, 2024.
- , “The Revolutionary Capacity of Rural Communities” en Elisa Servín, Leticia Reina, y John Tutino (eds.), *Cycles of Conflict, Centuries of Change: Crisis, Reform, and Revolution in Mexico*, Durham, Duke University Press, 2007, pp. 211-268.
- VAUGHAN, Mary Kay, *Cultural Politics in Revolution: Teachers, Peasants, and Schools in Mexico, 1930-1940*, Tucson, University of Arizona Press, 1997.
- WALKER, Louise, *Waking from the Dream: Mexico’s Middle Class after 1968*, Stanford, Stanford University Press, 2013.
- WARMAN, Arturo, ...*Y venimos a contradecir. Los campesinos de Morelos y el estado nacional*, México, La Casa Chata, 1976.
- WOMACK, John, *Rebellion in Chiapas, A Historical Reader*, Nueva York, New Press, 1999.
- , *Zapata and the Mexican Revolution*, Nueva York, Knopf, 1968.
- , *Zapata y la Revolución Mexicana*, México, Siglo XXI, 1969.
- ZOLOV, Eric, *The Last Good Neighbor: Mexico in the Global Sixties*, Durham, Duke University Press, 2020.



Adolfo Gilly y *La revolución interrumpida*

Francisco Colmenares César

¿QUIÉN ESCRIBÍA ESTE LIBRO?

Seguir las huellas del pulimento de la versión actual de *La revolución interrumpida*, respecto a las versiones que se fueron publicando desde 1971, permite seguir las huellas de la grandeza de la mirada histórica de Adolfo Gilly y de su ser como humano y revolucionario. En esta obra, bosquejada y escrita en su primera versión entre 1966 y 1970 en la cárcel de Lecumberri, se condensa una larga vida de experiencia revolucionaria, de trabajo exigente, estudio riguroso, desvelos, esfuerzo, tropiezos, utopías, cicatrices, alegrías, aspiraciones y sencillez de Adolfo Gilly.

Precisamente, en la “Nota previa” que Gilly escribió para introducir a la lectura de su obra relata el contexto y las condiciones que vivió para escribir *La revolución interrumpida*. Confía en que “sin estos años de cárcel la actividad revolucionaria no me habría dejado posibilidad, tiempo ni medios para esta tarea”. ¿Por qué? Porque hasta el día de su aprehensión estaba dedicado de tiempo completo a la revolución, era un “revolucionario profesional”.¹

¹ En diversas publicaciones, Gilly fue registrando algunos de los siguientes pasajes de su vida: En Argentina inició su militancia en el

Para Adolfo Gilly, en el texto de “Tres concepciones de la Revolución Mexicana” que decidió colocar como Apéndice y que había “escrito originalmente como introducción del

movimiento obrero en 1945, en las filas de la Juventud Socialista. De allí pasó a militar, a partir de 1949, en el Grupo IV Internacional, que desde 1951 fue reconocido como sección argentina de la IV Internacional y desde 1954 como Partido Obrero Revolucionario (trotskista).

En 1956 partió para Bolivia, donde permaneció hasta 1960, sobre todo en La Paz y en la ciudad minera de Oruro. Durante esos años, recuerda, participó en el movimiento obrero de ese país a través del Partido Obrero Revolucionario, sección boliviana de la IV Internacional.

De 1962 a 1963 estuvo en Cuba, años cruciales de esa revolución al enfrentar la grave crisis de los misiles atómicos, y que analiza y relata en su obra *Cuba: coexistencia o revolución*, publicada por la revista *Monthly Review* en Estados Unidos.

En 1964, gran parte del año estuvo en Chile como corresponsal de la revista *Marcha* de Montevideo, donde realizó entrevistas a Salvador Allende y escribió crónicas y artículos sobre su campaña presidencial.

Participó, en diciembre de 1964, en la Conferencia de la Sierra de las Minas que se realizó en el campamento Las Orquídeas, en Guatemala, y donde se aprobó la *Declaración de la Sierra de las Minas*, la cual se convirtió en el programa del Movimiento Revolucionario 13 de Noviembre (MR-13).

El 12 de abril de 1966, Miguel Nazar Haro informó al Director de la Federal de Seguridad (DFS) que Adolfo Gilly, con seudónimos de “Lucero” y “Lucas”, con “Joel” y “Néstor”, presidieron una “Reunión del Buró Político, ampliada del Partido Obrero Revolucionario Trotskista, sección mexicana de la IV Internacional” y “llegaron a las resoluciones: INTERVENIR EN CUALQUIER SITUACIÓN DE DIFERENCIAS POLÍTICAS NACIONALES, SINDICALES O ESTUDIANTILES con el objeto de agitar profundamente cualquier problema para poder llegar a la meta final que es el derrocar al gobierno del Presidente Díaz Ordaz. Se acordó SABOTEAR LAS PRÓXIMAS OLIMPIADAS QUE SE REALIZARÁN EN 1968”.

El 20 de abril de 1966, ocho días después de ese informe de la DFS, Adolfo Gilly fue tomado preso junto con Óscar Fernández Bruno y Teresa Confreta y sentenciado a seis años de prisión que cumplió en la cárcel de Lecumberri.

libro establece que “comprender aquel periodo crucial y su continuidad histórica tiene una importancia decisiva, [...] no tanto para la investigación histórica como para las actuales tareas revolucionarias en México, porque de allí vienen y parten las masas mexicanas para organizar sus luchas”.²

Más tarde, en 1982, en el prefacio a la edición en inglés de su libro, reitera que:

Ante todo, este libro es un trabajo de combate cultural y político, escogido incluso como arma personal para resistir la opresión y la arbitrariedad de una cárcel absurda como todas las cárceles, pero sobre todo como instrumento para preparar, en esos años, la continuación de la lucha teórica del marxismo en México y en América Latina. El libro estuvo concebido desde un principio como una obra que, sin rebajar en nada su rigor analítico, fuera accesible al más vasto público, desde las universidades hasta los apenas alfabetizados, y pudiera ser utilizado también por sus lectores como un instrumento de conocimiento, de comprensión y de organización de su actividad social o revolucionaria. Ese objetivo, que espero en gran parte logrado, impregna su estilo y determina su estructura.³

Para él: “Este libro es también una historia de la revolución mexicana, considerada no desde el punto de vista de sus facciones dirigentes, triunfadoras o derrotadas, sino desde el de sus protagonistas, las masas mexicanas”.⁴

² Adolfo Gilly, *La revolución interrumpida*, 1971, pp. 385-386.

³ Adolfo Gilly, *La revolución interrumpida*, 1994, p. 10.

⁴ Adolfo Gilly, *La revolución interrumpida*, 1971, p. 398.

¿Por qué postula que la Revolución Mexicana es una *revolución interrumpida*?

En México, afirmó Adolfo:

La revolución quedó interrumpida. Quiere decir que no alcanzó la plenitud de los objetivos socialistas potencialmente en ella contenidos, pero tampoco fue derrotada; [...] no pudo seguir avanzando, pero sus fuerzas no fueron quebradas ni dispersadas ni sus conquistas esenciales perdidas o abandonadas. Dejó el poder en manos de la burguesía, pero le impidió asentarlo en bases sociales propias; le permitió un desarrollo económico, pero le impidió un desarrollo social. Dejó en cambio en las manos y en la cabeza de las masas una seguridad histórica inextinguible en sus propias fuerzas, en sus propios métodos, en sus propios sentimientos profundos de solidaridad y fraternidad desarrollados, probados y afirmados en la lucha, en el trabajo y en la vida cotidiana [...] se mantuvieron vivas, en la conciencia de las masas y en sus conquistas esenciales, la revolución y la posibilidad de continuarla. Eso fue después el periodo de Cárdenas.⁵

Para Adolfo, como resultado:

De toda esa combinación de factores nacionales e internacionales [s]urgió el cardenismo como expresión política de la segunda fase ascendente de la revolución mexicana y, una vez en el poder, se afirmó como un gobierno nacionalista revolucionario y antimperialista, al frente de la forma pecu-

⁵ *Ibid.*, p. 394.

liar de Estado capitalista surgido de la revolución agraria de 1910-1920.⁶

Para Adolfo Gilly:

la revolución, interrumpida por dos veces, no sólo dejó tradición de lucha, experiencia revolucionaria y seguridad histórica en la conciencia de las masas. Dejó también, como sostén de aquellas, bases materiales: económicas, políticas y sociales. Esas bases son, fundamentalmente, la propiedad estatizada, la organización ejidal y los grandes sindicatos obreros...⁷

¿QUÉ IMPACTO TUVO LA INTERPRETACIÓN DE ADOLFO GILLY?

Interpretar así la Revolución Mexicana causó un fuerte impacto entre los jóvenes y muchos militantes de izquierda que resistían en el campo estudiantil, después del movimiento y la masacre de Tlatelolco en 1968, que se habían ido a trabajar a las fábricas o al campo, o bien abrazaban la lucha armada en búsqueda de nuevos caminos y posiciones para combatir un régimen que no ofrecía otra respuesta que el autoritarismo y callar las protestas con la violencia, la cárcel, el exilio, la desaparición o la muerte. También, fueron atraídos a esta interpretación dirigentes sindicales como Rafael Galván, quien desde su juventud simpatizó con el pensamiento de León Trotsky. Fue el promotor ante Manuel López Gallo para que su editorial, El Caballito, publicara *La revolución interrumpida*.

⁶ *Ibid.*, p. 351.

⁷ *Ibid.*, p. 396.

Sin imaginar, todavía encarcelado, de lejos, de Cambridge, Inglaterra, le llegó una inesperada respuesta y reconocimiento a su interpretación. Así la recordaba Gilly: “En una soleada mañana de un día domingo de enero de 1972 llegó a la crujía la revista *Plural*. Allí, para mi gran sorpresa, aparecía un extenso, amistoso y crítico comentario de Octavio Paz sobre este libro, titulado ‘Carta a Adolfo Gilly’”.⁸

Octavio Paz, en una larga carta, al tiempo que le expresaba sus “diferencias”, en particular con ideas del capítulo “El cardenismo” y “Tres concepciones de la Revolución Mexicana”, le expresaba sus convergencias y reconocimiento:

Su contribución a la historia de la Revolución Mexicana es notable. No lo es menos la que hace a la historia viva, quiero decir, a la historia que en México, en estos días, todos vivimos y hacemos (o, a veces, deshacemos). Usted ha dicho cosas nuevas, ha recordado otras que habíamos olvidado y ha iluminado algunas que nos parecían oscuras.⁹

También, lejos, sin visibilizarse entonces, fue recibido con otro ánimo el libro de Adolfo. En efecto, J. Posadas, dirigente principal de la IV Internacional y quien vivía en Italia desde 1968, cuando se reencontró con él en 1972 no aceptó reconocer la nueva estatura y presencia como pensador, escritor y revolucionario de Adolfo Gilly. Aún más, puso obstáculos para su vinculación con dirigentes y militantes de otras secciones de la IV Internacional, en particular de Italia y Francia donde vivía desde que salió en libertad de la cárcel de Lecumberri.

⁸ Adolfo Gilly, “Octavio Paz, André Breton y el surrealismo”, pp. 49-50.

⁹ Octavio Paz, “Burocracias celestes y terrestres”, p. 491.

Después de romper con la organización que dirigía J. Posadas, Adolfo Gilly regresó a México en 1976 y logró obtener la nacionalidad mexicana. Su intensa actividad política, periodística y académica en la Universidad Nacional Autónoma de México fortaleció su conocimiento sobre el país y lo hizo volver una y otra vez a las ideas y los análisis de la versión original de *La revolución interrumpida*. Lo motivaba, en su rigor, precisar sus ideas, hechos y datos registrados en su primer escrito y su responsabilidad para responder a la avidez y motivación que despertó su interpretación de la Revolución Mexicana.

¿QUÉ CONTRIBUCIÓN CONTIENE SU OBRA?

Para Adolfo, según escribía 40 años después, en el prefacio a la edición en Estados Unidos:

Tal vez la mayor innovación que este libro contiene resida no tanto en el análisis de la Revolución Mexicana como una guerra de clases, visión ya dada con mayor o menor fortuna por otros autores, cuanto en su periodización del entero ciclo revolucionario mexicano de 1910-1920 y su estudio del proceso en interrelación con la situación mundial; en otras palabras, en el trazado específico de la curva de la Revolución y la ubicación de su punto más alto en diciembre de 1914, cuando los ejércitos campesinos de Villa y Zapata ocuparon la Ciudad de México, y no en febrero de 1917, cuando fue sancionada la nueva Constitución de la República, tal como ha seguido sosteniendo la historiografía institucional.¹⁰

¹⁰ Adolfo Gilly, *La revolución interrumpida*, 2019, p. 11.

OCTAVIO PAZ Y ADOLFO GILLY FRENTE AL CARDENISMO

Mientras Adolfo Gilly terminaba de escribir, en 1993, el libro *El cardenismo. Una utopía mexicana*, Octavio Paz, al releer en 1992 su frase de “una vuelta a la tradición cardenista”, escrita 20 años antes en la carta a Adolfo Gilly, rectificaba así su pensamiento:

Hoy no diría lo mismo. Precisamente una de las razones que harían indeseable un regreso a la tradición de Cárdenas es que bajo su régimen se consumó y se fortificó el carácter corporativo del partido gubernamental... Siento la misma inconformidad ante algunas opiniones que expreso en este artículo; también repruebo ciertas frases que son fáciles lugares comunes... Esas ideas y ese vocabulario eran adherencias de viejos modos de pensar y decir que aún no me abandonaban. Las conversaciones son súbitas: lenta la evolución intelectual y política.¹¹

Por el contrario, para Gilly:

Erraría quien creyera que el sexenio cardenista, uno de esos lapsos excepcionales que de pronto aparecen en la historia, fue un proyecto destinado de antemano al fracaso. Ese tiempo intenso y fugaz cambió al país y trajo a los hechos promesas de la Revolución por años postergadas. Fue a su manera la culminación, todo lo incompleta que se quiera pero real, del pacto mexicano inscrito en la Constitución de 1917.¹²

¹¹ Octavio Paz, *op. cit.*, p. 493 (nota a pie de página escrita en 1992).

¹² Adolfo Gilly, *El cardenismo. Una utopía mexicana*, p. 467.

El cardenismo, en la concepción de Gilly, principalmente con sus logros sociales, con la entrega de la tierra, el derecho del suelo y del subsuelo frente al poderío que se había concesionado a empresas imperialistas petroleras y mineras, la organización obrera y la educación, sería punto de partida o referencia para las luchas y las organizaciones que enfrentaban gobiernos y un régimen que desde los años cuarenta del siglo XX se volcó a favorecer al gran capital, a abrir las puertas de las empresas trasnacionales, a privatizar las empresas estatales y los ejidos y a someter al asalariado a la más grande caída de su salario real, similar a lo que vivieron al término de la revolución de 1910-1920 y de la Gran Depresión de 1929.

No obstante haber retirado el capítulo “El cardenismo” en las ediciones de su libro de los noventa, al final del capítulo “1920” Gilly bosquejó así su visión de los tiempos por venir:

La revolución terminada en 1920 se convirtió desde entonces en la propaganda oficial, en una revolución ininterrumpida bajo la dirección del Estado mexicano, y en los hechos prácticos, en una revolución estrangulada por ese mismo Estado.

Su historia auténtica, sus hazañas, sus tragedias y su experiencia siguieron viviendo en las múltiples formas de la conciencia y de la memoria del pueblo mexicano, nutriendo desde los años veinte y hasta hoy sus luchas contra los poderosos y los ricos posrevolucionarios, sus servidores y sus gobiernos, e iluminando su anhelo secular de un mundo de justicia, igualdad y libertad.

Para contribuir, así sea desde la palabra escrita, a recrear verazmente esa memoria y a confirmar las raíces y razones de esos sueños, fue escrito este libro.

Tal vez no exista en el siglo XX un acontecimiento singular que haya tenido tanta influencia como la Revolución Mexicana en el imaginario y las ideas de revolución en los pueblos de América.

Pero es seguro que en la aventura multiseccular que es la formación del carácter y la conciencia nacionales de los mexicanos, esta revolución con su secuela última, el cardenismo en los años treinta, es la que dará a su siglo nombre, sustancia y signo.¹³

Esa interpretación de la Revolución, y lo que significaron algunas de las medidas en el gobierno de Cárdenas, le permitió ofrecer una vía de comprensión para aquella izquierda nacionalista que permanecía al interior del gobierno, y de comprensión también a corrientes independientes, revolucionarias, que participaban en la lucha por transformar la realidad que enfrentaban las comunidades, los campesinos, los asalariados y trabajadores a finales del siglo XX. Por ello, aun antes de la fractura del Partido Revolucionario Institucional encabezada por Cuauhtémoc Cárdenas, Gilly pudo anticipar ese rompimiento, al destacar y advertir lo que anunciaba la lucha de los electricistas de la Tendencia Democrática del Sindicato Único de Trabajadores Electricistas de la República Mexicana, dirigida por Rafael Galván, cuyo proyecto recuperaba con orgullo y fuerza los ideales cardenistas.

¿QUÉ MÉTODO UTILIZA ADOLFO PARA SU INTERPRETACIÓN?

Es importante no omitir que, para Adolfo Gilly, en el primer escrito publicado de su libro:

¹³ Adolfo Gilly, *La revolución interrumpida*, 2019, p. 353.

El método del marxismo es el que ha dado la explicación científica del carácter permanente —y por lo tanto interrumpido— de la Revolución Mexicana. Pero esta concepción no es patrimonio exclusivo de los marxistas. Muy al contrario. En forma empírica, por la experiencia de sus luchas y su vida diaria, las masas mexicanas conciben a la lucha que ellas han hecho como una revolución interrumpida que hay que continuar.¹⁴

¿QUÉ REVISIÓN REALIZA EN 1994 DE LA VISIÓN DE SU OBRA ORIGINAL?

En el prefacio a la edición en inglés de su libro reconoce que:

Trabajé este libro como un relato y una interpretación de la historia de la Revolución Mexicana. En sentido estricto, no es una obra de investigación, sino de reflexión sobre lo investigado y de síntesis de lo disperso. Casi no hay en él material fáctico alguno que no esté ya contenido en las muchas obras de historiadores, de testigos o de protagonistas ya publicadas sobre la revolución 1910-1920. Al escribirlo quise explicarme y explicar la lógica del movimiento revolucionario de esos años y de las transformaciones que introdujo en la vida mexicana. Quise también generalizar, al menos en esbozo, sus conclusiones para otros países y otras revoluciones en América Latina.

¿QUÉ CAMBIOS IMPORTANTES REALIZÓ A SU OBRA ORIGINAL?

Seguir las huellas del escrito original de Adolfo Gilly respecto a los que fueron apareciendo en las siguientes reediciones, en particular de los años noventa, permite advertir

¹⁴ Adolfo Gilly, *La revolución interrumpida*, 1971, p. 395.

su trabajo exigente, paciente, minucioso, gozoso y su pasión por descubrir las raíces de esta revolución, sus logros, sus derrotas y el imaginario de sus protagonistas: los de abajo, los despojados.

Escuchando, siempre reflexivo, las críticas y las propuestas. Por ejemplo, es probable que aquellas “divergencias” que Octavio Paz expuso en su carta del 19 de enero de 1972, influyeran en algunas de las posteriores reflexiones de Adolfo Gilly para la revisión de su escrito original. En particular, aquel “desacuerdo” de Paz “con la idea central que inspira a su libro: la visión de la historia como un discurso racional cuyo tema es la revolución mundial y cuyo protagonista es el proletariado internacional...”¹⁵

Después de casi 10 años de la primera edición, Adolfo Gilly retiró el texto titulado “Tres concepciones de la Revolución Mexicana”, donde se encuentra esa idea central que criticó Octavio Paz. Texto en el que, además, por exceso disciplinario, Gilly le atribuía a J. Posadas haber formulado la idea de la revolución interrumpida. También retiró el capítulo “El cardenismo” y, en su lugar, agregó otro titulado: “La tierra, la sangre y el poder”.

¿POR QUÉ VOLVER A FELIPE ÁNGELES?

Adolfo Gilly, en 2019, a los 91 años, después de analizar y reescribir diversos pasajes de una de las figuras que “nunca le pareció fácil ubicar en la Revolución mexicana”, terminó su libro *Felipe Ángeles, el estratega*. Desde la primera versión de *La revolución interrumpida* había reconocido la inteligencia y audacia de Francisco Villa, que supo incorporar a oficiales de carrera del Ejército constitucionalista y tener “a su lado al más destacado de ellos, el general Ángeles, y supo apoyarse

¹⁵ *Ibid.*, p. 506.

en sus conocimientos de artillería y en su capacidad de estratega militar [siendo] uno de los factores de los principales triunfos de la División”.¹⁶

A través de las páginas del libro sobre Felipe Ángeles, Adolfo Gilly profundiza y recrea con imaginación y belleza literaria episodios y personajes de la Revolución Mexicana. En esta obra fluyen, desde la primera hasta la última página, las motivaciones y búsquedas que reveló en la cárcel de Lecumberri y que le siguieron acompañando, en libertad, en su apasionada y fructífera vida como maestro en el oficio de historiar y de revolucionario. Volver a Felipe Ángeles fue volver la mirada a la Revolución Mexicana.

Adolfo Gilly fue, vivamente, la representación de un historiador a contrapelo. Escribió *La revolución interrumpida* en las celdas de las crujías I y N de la cárcel de Lecumberri, en una pequeña máquina de escribir portátil Olivetti, tipo *Lettera 22*. Fue un libro que emocionó y provocó un entendimiento ardiente entre la juventud y muchos viejos sobre la interrupción de la Revolución Mexicana. Con su andar, escritos, palabras, búsquedas y sonrisa, seguirá siendo una inspiración para sumarnos a encontrar y seguir el camino para continuar con la Revolución.

Jardines del Ajusco, 19 de junio de 2024.

FUENTES CONSULTADAS

GILLY, Adolfo, “Octavio Paz, André Breton y el surrealismo”, *Estrella y espiral*, México, Era, 2023, pp. 49-50.

———, *Felipe Ángeles, el estratega*, México, Era, 2019.

———, *La revolución interrumpida*, México, Era, 2019, p. 11.

———, *La revolución interrumpida*, México, Era, 1994, p. 10.

¹⁶ *Ibid.*, p. 94.

- , *El cardenismo. Una utopía mexicana*, México, Cal y Arena, 1994, p. 467.
- , *La revolución interrumpida*, México, Ediciones El Caballito, 1971, pp. 385-386.
- PAZ, Octavio, “Burocracias celestes y terrestres”, *El peregrino en su patria, Historia y política de México*, Obras completas, t. V, México, FCE, 2014, p. 491.



Encender en el pasado la chispa de la esperanza. Adolfo Gilly y el camino solitario del general Felipe Ángeles

Anna Ribera Carbó

Dirección de Estudios Históricos-INAH

*... pese a todo y como la historia mexicana recuerda
una y otra vez, ese deslizamiento (antipopular)
es resistido secreta y tercamente en las conciencias,
cuyos ciclos de conformación y sedimentación
son mucho más largos y profundos que los de
la realidad inmediata visible de los acontecimientos.*

ADOLFO GILLY, *LA REVOLUCIÓN INTERRUPTIDA*¹

Esto escribía Adolfo Gilly en el epílogo de la edición de *La revolución interrumpida* en Ediciones Era, publicada en 1994. Se trata de la idea, que se desarrolla en el libro publicado originalmente en El Caballito en 1971, así como en su colaboración en la obra colectiva *México, un pueblo en la historia*, coordinada por Enrique Semo y publicada por Nueva Imagen en 1983, de que las luchas sociales quedan resguardadas en la memoria colectiva y que “cuando [la cuestión del socialismo en México] pueda ser resuelta, tendrá entre sus cimientos más sólidos y profundos estas conquistas im-

¹ Adolfo Gilly, *La revolución interrumpida*, p. 366.

borrables de la conciencia de las masas”² de su participación estelar, aunque derrotada, en la Revolución Mexicana.

Es con el texto “La revolución mexicana”, en la obra coordinada por Semo, con el que conocí a Adolfo Gilly. Se trataba de una versión de la historia de México escrita por varios autores, a partir de una interpretación marxista y que ponía el acento, como lo hace Gilly en toda su obra, en la participación popular en los procesos sociales y políticos de nuestra historia. Mi madre, Margarita Carbó, escribió el capítulo sobre el Porfiriato que lleva el título “La oligarquía”. Una segunda edición de esta obra se publicó en Alianza Editorial Mexicana en 1988, y allí quedaron, como decían Adolfo y Margarita, unidos para la posteridad en el tomo 3, “Oligarquía y revolución”. Así me gusta recordarlos. Más adelante, ya en la licenciatura, me deslumbré con *La revolución interrumpida*, y cuando escribía mi tesis de maestría, con su obra *El cardenismo. Una utopía mexicana*.³ Estas lecturas fueron fundamentales para la manera en que intenté abordar mis propios trabajos sobre la Revolución.

Dice Gilly a propósito de la figura de Felipe Ángeles, que “como es ley para los vencidos, el barniz opaco del silencio —tal vez de la calumnia— la ha cubierto a través de los años”.⁴ Cuando escribí la biografía de Francisco J. Múgica, que no era un vencido, pero sí una figura crítica e incómoda para el sistema político mexicano, y por lo mismo silenciada, sus interpretaciones de la Revolución estaban presentes. Lo mismo cuando escribí sobre los obreros anarquistas organizados en la Casa del Obrero Mundial, haciendo su revolución dentro de la Revolución y siendo reprimidos por Carranza cuando dejaron de serle útiles. Ahí sería fundamental para

² Adolfo Gilly, “La Revolución mexicana”, p. 246.

³ Adolfo Gilly, *El cardenismo. Una utopía mexicana*.

⁴ Adolfo Gilly, *Felipe Ángeles, el estratega*, p. 15.

mí la idea de que “los movimientos populares no se definen sólo por las políticas y los programas de sus dirigentes sino también —y a veces, sobre todo— por los sueños que mueven a los insurrectos y los objetivos de su ira y su destrucción”.⁵

En enero de 2021, fascinada con la lectura de *Felipe Ángeles, el estratega*, llamé a Adolfo. Eran días de aislamiento por un repunte en la pandemia de Covid-19. “¿Qué crees? —le dije—, estoy con Pancho Villa y el general Ángeles, preparándome para ir a tomar Zacatecas”. “Pues llámame en unos días para que me cuentes qué pasó”, me dijo. Lo qué pasó antes y después de Zacatecas en la vida de este militar del antiguo régimen, metido a revolucionario, cuya trayectoria vital fue solitaria y trágica, lo cuenta en esta obra colosal, de casi 800 páginas, que culminó una larga y tenaz investigación sobre el personaje y su tiempo. Escribí sobre él una reflexión que le hice llegar. Después de leerla me envió estas breves líneas, el 18 de marzo de 2021: “Sabes cómo se alegra uno cuando ve correspondencia con la lectura inteligente y afín en pensamiento y sentimiento”. Me siguen emocionando. Y es justamente esa reflexión en torno al *Felipe Ángeles* enviada a Adolfo en lo que me concentraré en estas líneas.⁶

En 2005, Gilly, profesor e investigador de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México, convocó con Javier Garcíadiego, entonces director del INEHRM, a un coloquio en torno a la que Friedrich Katz definió como *una figura singular*. Con los trabajos discutidos en la reunión, Gilly publicó en 2008 la obra colectiva *Felipe Ángeles en la Revolución*.⁷ La compilación incluye

⁵ Adolfo Gilly, *Estrella y espiral*, p. 23.

⁶ Véase Anna Ribera Carbó, “El camino solitario del general Felipe Ángeles” [reseña del libro de Adolfo Gilly, *Felipe Ángeles, el estratega*], *Historias* 109, pp. 117-121.

⁷ Se trata de Adolfo Gilly (comp.), *Felipe Ángeles en la Revolución*. En la obra participaron como autores Friedrich Katz, Felipe Ávila Espi-

el capítulo “¿Y de mis caballos, qué? Un incidente en la vida del general Felipe Ángeles”, escrito por él. En éste, centra su atención en la actuación de Ángeles durante el gobierno de Francisco I. Madero, en el problema que significaba para un militar disciplinado tener que combatir contra los zapatistas, con quienes simpatizaba, y en la dificultad suicida de mantenerse leal al presidente en medio de generales levantiscos y golpistas. No es el primer escrito de Gilly sobre el general Ángeles. En 1991 escribió el prólogo al libro de Odile Guilpain Peuliard, *Felipe Ángeles y los destinos de la Revolución Mexicana*.⁸ Este escrito, “Felipe Ángeles camina hacia su muerte”, lo usa Gilly para cerrar su biografía del general hidalguense. En él aborda el desenlace de la vida de Ángeles y hace, entre otras cosas, una interesante reflexión sobre el “socialismo evolutivo” al que se adscribió al final de su vida.

En 2010 publicó el texto “Felipe Ángeles: sueños de gloria, camino de solitario” en el volumen dedicado a Friedrich Katz, *Revolución y exilio en la historia de México. Del amor de un historiador a su patria adoptiva*,⁹ un voluminoso libro colectivo en el que Javier Garciadiego y Emilio Kouri compilaron los trabajos presentados en tres seminarios organizados para homenajear al historiador austriaco, el primero en 2002 y los siguientes en 2007. Katz fue uno de los grandes animadores de la investigación de Gilly sobre Ángeles, quien se apoya de manera importante en su *Pancho Villa*.¹⁰ En este texto de homenaje aparecen resumidos los temas y las re-

nosa, Javier Garciadiego, Pedro Salmerón Sanginés, Odile Guilpain, Rubén Osorio y Luis Garfias Magaña.

⁸ Se trata del texto “Felipe Ángeles camina hacia su muerte” en el libro de Odile Guilpain Peuliard, *Felipe Ángeles y los destinos de la Revolución mexicana*, de 1991. En 2020 el FCE hizo una reedición del libro.

⁹ Véase Javier Garciadiego y Emilio Kouri (Comps.), *Revolución y exilio en la historia de México. Del amor de un historiador a su patria adoptiva. Homenaje a Friedrich Katz*.

¹⁰ Véase Friedrich Katz, *Pancho Villa*, 2 vols.

flexiones que de manera extensa aparecerán en *Felipe Ángeles, el estratega*, la rara historia de un militar de carrera que se sumó a una revolución.

Gilly insiste en todos estos textos en la soledad de Ángeles. Y es que a lo largo de su biografía destaca su dificultad para encajar en el conjunto, su presencia crítica y disidente que paradójicamente convive con su disciplina y lealtad de militar de carrera. En los últimos años del gobierno de Porfirio Díaz, ya se había interpuesto en los negocios chuecos de personajes conspicuos del régimen y del Ejército Mexicano como el general Manuel Mondragón, el general Rosalino Martínez y el poderoso político Rosendo Martínez. Además, en el artículo “Importante a la sociedad mexicana y a los oficiales del Ejército”, publicado en *El Diario* el 14 de abril de 1908, criticó a la Escuela Militar de Aspirantes, contraponiéndola al Colegio Militar de Chapultepec, del que llegaría a ser director en tiempos de Madero. El resultado fue un destierro en Francia, en marzo de 1909, dizque para que perfeccionara sus estudios en la Escuela de Aplicación de Fontainebleau, en la Escuela de Tiro de Mailly y en la Escuela Militar de Saint Cyr, paradójicamente, la inspiradora de la Escuela Militar de Aspirantes. Fue durante su estancia en la ciudad de Orléans cuando estalló la Revolución en México. El 24 de noviembre escribió a la Secretaría de Guerra y Marina diciendo: “Deseo compartir la amargura común y espero que se me llamará y se utilizarán mis servicios en el ejército con un mando de tropas”.¹¹

Ángeles, amante de las matemáticas, del razonamiento abstracto, del “respeto absoluto y fanático de la verdad”, regresó a México hasta el 1 de enero de 1912, cuando este país era ya muy distinto del que había dejado casi tres años atrás. Gilly analiza la irrupción popular desatada por el Plan de

¹¹ Adolfo Gilly, *Felipe Ángeles, el estratega*, p. 27.

San Luis, la dimensión profunda de la revolución nortea y la de los surianos de Emiliano Zapata, que orilló a Madero a encontrar una solución pactada con el régimen de Díaz en mayo de 1911, solución que marcó “la distancia, desde allí hasta siempre, entre el maderismo de las instituciones establecidas y el maderismo de los pueblos en rebeldía”.¹² Una distancia que se profundizó entre el caudillo político y el jefe campesino de Morelos en los meses de agosto y septiembre a partir de un equívoco de fondo: “aquel pensaba en reformas en la relación entre las haciendas y los campesinos; éste hablaba de la propiedad efectiva de la tierra, del reparto agrario y de la libertad”. Cuando Madero ocupó la presidencia en noviembre el equívoco se disolvió y cada uno quedó claramente en su lugar.¹³ Fue este país fracturado al que llegó Felipe Ángeles para hacerse cargo del Colegio Militar. La simpatía y la confianza entre el presidente y el general fueron inmediatas. Pertenecían a la misma generación, ambos habían estudiado en Francia y compartían convicciones democráticas.

En agosto de 1912 Madero relevó a Juvencio Robles de la lucha contra los zapatistas y puso en su lugar a Ángeles, en un intento de conseguir la pacificación del estado. Su actuación se guio, según el incomparable testimonio de Rose E. King,¹⁴ por la compasión y la voluntad de entender. Nuevamente, nos dice Gilly, el general insistía en nadar a contracorriente. Sus declaraciones de que “más que una campaña por medio de las armas” se necesitaba “entablarla por medio de la razón y la justicia”,¹⁵ causaron revuelo entre los jefes federales que habían entrado a sangre y fuego al territorio de los zapatistas apenas unos meses antes. Evidentemente no les ca-

¹² *Ibid.*, p. 86.

¹³ *Ibid.*, p. 128.

¹⁴ Véase Rose E. King, *Tempestad sobre México*.

¹⁵ *Felipe Ángeles, el estratega*, p. 158.

yeron muy bien. Su estrategia negociadora tampoco le cayó muy bien a la tropa, a la que no le permitió saquear, robar o matar civiles, a diferencia de lo que ocurría con Huerta y con Robles.

Pero si en la campaña de Morelos la distancia de Ángeles con la mayor parte de los generales ya asomaba, su soledad en el ejército federal se manifestó de manera definitiva en las jornadas de la Decena Trágica. Adolfo Gilly publicó en 2013 el libro *Cada quien morirá por su lado*,¹⁶ en el que reconstruye las situaciones que culminaron en el doble golpe militar de febrero de 1913 contra el gobierno de Francisco I. Madero. En *Felipe Ángeles, el estratega*, recupera esa investigación y pone la lupa en la actuación del general en medio de esas jornadas convulsas. El presidente lo fue a buscar a Cuernavaca y lo puso a las órdenes de general Ángel García Peña, de quien era superior jerárquico. No era la mejor de las condiciones. Menos aún en un ejército que quedó a las órdenes de Victoriano Huerta. Lo ubicaron frente al Hotel Imperial en el Paseo de la Reforma, con órdenes de no moverse de ahí. El lugar asignado y las municiones que recibió resultaban inoperantes e inofensivos para atacar a los alzados de la Ciudadela. Su sentido de la disciplina militar y la conciencia de su absurda situación lo ponían en una condición trágica. Una vez ejecutado el segundo golpe militar, el de Victoriano Huerta el día 19 de febrero, Madero, Pino Suárez y Ángeles estuvieron presos en la intendencia de Palacio Nacional. Los dos primeros murieron asesinados dos días después. Ángeles, por su parte, tras enfrentar cargos judiciales y salir exonerado, partió con su familia rumbo a Francia en julio de 1913.

¹⁶ Véase Adolfo Gilly, *Cada quien morirá por su lado. Una historia militar de la decena trágica*.

Para el mes de noviembre, Ángeles ya estaba de vuelta en México, en Nogales, incorporándose a la revolución constitucionalista. El Primer Jefe Venustiano Carranza lo nombró subsecretario de Guerra. Este nombramiento lo dejó solo de nuevo, ahora en medio de los jefes militares de la División del Noroeste que recelaban de su origen en el ejército federal. Como sostiene Gilly, “estos jefes militares no podían dejar de temer lo que veían como la posible conjunción en la cúspide del gobierno constitucionalista de dos destacadas figuras del Antiguo Régimen: una política, Venustiano Carranza, y la otra militar, Felipe Ángeles”.¹⁷ Su situación se volvió incómoda de nuevo. Por un lado, porque estaba confinado en un escritorio cuando lo que ansiaba era librar batallas a campo abierto. Por otro, mucho más importante, el velado enfrentamiento con Carranza, entre quién comandaba las armas y quién ejercía el poder. En marzo de 1914 este cúmulo de tensiones se resolvió, cuando el Primer Jefe le dio instrucciones de sumarse a las fuerzas de la División del Norte en Chihuahua.

La unión con Villa, cuyo ejército venía de triunfar sobre las fuerzas federales en Torreón, en Ciudad Juárez, en Tierra Blanca y en Ojinaga, y que se dirigía entonces a una nueva toma de Torreón, lo colocaba en el centro mismo de la guerra, en el lugar donde desde 1913 se estaba jugando la suerte de la Revolución. Pero, además, constituía una mancuerna insólita, una combinación de personalidades y talentos que acabaría por romperle el espinazo al ejército federal. Gilly destaca la “mezcla extraña de admiración y protección que el general de escuela fue sintiendo hacia Pancho Villa y sus generales, tan campesinos, improvisados y audaces”.¹⁸ Señala también cómo a este general, producto del Colegio Mili-

¹⁷ Adolfo Gilly, *Felipe Ángeles, el estratega*, p. 300.

¹⁸ *Ibid.*, pp. 364-365.

tar, teórico de la guerra, le habría repugnado la idea de disfrazarse de “plebeyo”. Ser él mismo era una muestra de respeto hacia aquellos con quienes convivía, y hacia sí mismo.¹⁹ En su texto de 2010 Gilly planteaba que su pregunta focal desde que había empezado a perseguir a Ángeles era cómo había sido posible que se entendieran y se respetaran “dos personas en apariencia tan diferentes en formación y reacciones como Villa y Ángeles, y cómo pudo éste convivir y llevarse bien con los jefes campesinos de la División del Norte”.²⁰ Marca su distancia con las interpretaciones que ven en Ángeles al “cerebro” de Villa. Lo que destaca es “esa relación de iguales entre dos que se saben diferentes pero ninguno subalterno”.²¹ En *La revolución interrumpida* ya había escrito:

El afán de presentar a Villa como un juguete en manos de Ángeles, viene de todos aquellos, desde Obregón, que quieren negar la personalidad del dirigente campesino —como quieren hacerlo también con Zapata— porque les resulta intolerable que un campesino sea quien dirija a elementos provenientes de las clases llamadas “cultas”. Pero lo cierto es que en todos los relatos sobre la colaboración entre ambos jefes se ve, junto a la preeminencia de Villa, una relación de respeto mutuo como no existió entre otros. Surge a la vista que, siendo tan diferentes en educación, hábitos y formación de clase, hay un sentimiento de cariño de Villa hacia Ángeles que no lo demuestra por ningún otro personaje que no fuera de origen campesino; y hay un sentimiento de respeto de Ángeles hacia Villa como no lo siente ningún otro dirigente villista civil o

¹⁹ *Ibid.*, p. 370.

²⁰ Adolfo Gilly, “Felipe Ángeles: sueños de gloria, camino de solitario”, p. 512.

²¹ Adolfo Gilly, *Felipe Ángeles, el estratega*, p. 461.

militar de origen pequeñoburgués, todos los cuales oscilan entre el paternalismo y el temor hacia el jefe campesino.²²

Juntos, Villa y Ángeles, ocuparon Torreón, San Pedro de las Colonias, Paredón, Saltillo y finalmente Zacatecas. A lo largo de este itinerario militar que llevó a la derrota definitiva del ejército federal, la distancia con el Primer Jefe se fue ahondando. En primera instancia por las contradictorias y contrapuestas decisiones en materia de guerra, pero también en materia diplomática. La manera de enfrentar la ocupación estadounidense de Veracruz suscitó un debate entre ambos personajes. Ángeles confiaba en la “grandeza del presidente Wilson” y temía que el conflicto internacional “diera pretexto para legitimar el poder de Venustiano Carranza”.²³ El Primer Jefe, por su parte, asumía la representación de la nación frente a una invasión que lesionaba el derecho de todos los mexicanos y no solamente los intereses de Victoriano Huerta. La ruptura definitiva vendría a raíz de la negativa de Carranza a que la División del Norte participara en la toma de Zacatecas, y en la desobediencia de Villa y Ángeles, quienes se lanzaron a terminar con el ejército federal en junio de 1914. Unos días después, Huerta renunció a la presidencia y se fue al exilio. Ángeles y Villa, sorprendentemente, no siguieron hacia la capital y se replegaron hacia el norte. Ángeles tuvo claro que esta decisión les hizo perder en la política lo que habían ganado en la guerra y que sus victorias militares habían preparado el triunfo político de Carranza y de Obregón. La División del Norte resolvió el triunfo de la Revolución en Zacatecas y dio paso al enfrentamiento entre la revolución política e institucional de Carranza, y la revolución social y

²² Adolfo Gilly, *La revolución interrumpida*, p. 334.

²³ Adolfo Gilly, *Felipe Ángeles, el estratega*, p. 423.

agraria de campesinos del norte y del sur cuyo análisis hizo ya Gilly en *La revolución interrumpida*.²⁴

Vino un año después la derrota en las sucesivas batallas del Bajío, en la primavera de 1915, cuando la División del Norte ya se había trasmutado en el Ejército Convencionista, “una dispersa confederación armada bajo el mando indiscutido e indiscutible de Francisco Villa, pero ya no una compacta máquina de guerra unificada en su cuerpo, su conducción y sus propósitos”.²⁵ La derrota no fue solamente militar, sino anímica. Dice Gilly que “una revolución no es sólo lo que sucede en las armas sino ante todo lo que sucede en las almas, las innumerables del pueblo, las contadas de los jefes”.²⁶ Para este momento la División del Norte estaba derrotada en ambas esferas. Y ahí Ángeles y Villa se separan, “son dos mundos y dos educaciones de la práctica y de los sentimientos que en la ofensiva convergen y en la defensiva tienden a distanciarse”.²⁷ A partir de ese momento, Ángeles volverá a caminar solo, en el exilio en los Estados Unidos y luego de vuelta en México, hasta su ejecución en Chihuahua, el 26 de noviembre de 1919.

La biografía de Ángeles escrita por Adolfo Gilly se suma a sus otros grandes trabajos sobre la Revolución: *La revolución interrumpida* y *El cardenismo. Una utopía mexicana*.²⁸ Culmina una larga investigación en torno al general y años de reflexión sobre la Revolución Mexicana y las múltiples revoluciones que ésta contuvo; acerca de las contradicciones entre las luchas políticas y las de carácter social; entre las dirigencias institucionales y los caudillos populares. En la obra de Gilly, en sus obras, se elucubra sobre la disciplina histórica como

²⁴ Véase *La revolución interrumpida*.

²⁵ Adolfo Gilly, *Felipe Ángeles, el estratega*, p. 686.

²⁶ *Ibid.*, p. 713.

²⁷ *Ibid.*, p. 706.

²⁸ Véase *La revolución interrumpida* y *El cardenismo, una utopía...*

crítica o como discurso del poder y se eligen como protagonistas principales a los oprimidos y subalternos del mundo rural. Como él mismo sostiene,

es cuestión de conocimiento y de justicia considerar la historia a contrapelo, asumir sus antinomias y sus paradojas, revelar lo que está en negativo, hacer aparecer lo que está escrito en tinta invisible en los hechos de los subalternos, leer las líneas de las manos de los que viven por sus manos, rescatar enteras nuestra herencia y nuestras historias.²⁹

En *Historia a contrapelo. Una constelación*, Gilly cita a Walter Benjamin:

Articular históricamente el pasado no significa conocerlo “como verdaderamente ha sido”. Significa adueñarse de un recuerdo tal como éste relampaguea en un instante de peligro. [...] Encender en el pasado la chispa de la esperanza es un don que sólo se encuentra en el historiador compenetrado con esto: tampoco los muertos estarán a salvo del enemigo si éste vence. Y este enemigo no ha cesado de vencer.³⁰

Justamente es ese don de Adolfo Gilly, de encender en el pasado la chispa de la esperanza, el que recordamos aquí.

²⁹ Adolfo Gilly, *Historia a contrapelo. Una constelación*, p. 134.

³⁰ Walter Benjamin, *Sur le concept d'histoire*, en *Écrits français*, Gallimard, París, 1991, citado en Gilly, Adolfo Gilly, *Historia a contrapelo...*, p. 17.

FUENTES CONSULTADAS

- GARCIADIEGO, Javier y Emilio Kouri (comps.), *Revolución y exilio en la historia de México. Del amor de un historiador a su patria adoptiva. Homenaje a Friedrich Katz*, México, Ediciones Era/El Colegio de México/Centro Katz de Estudios Mexicanos-The University of Chicago, 2010.
- GILLY, Adolfo, *Estrella y espiral*, México, Ediciones Era, 2023, p. 23.
- , *Felipe Ángeles, el estratega*, México, Ediciones Era, 2019, p. 15.
- , *Cada quien morirá por su lado. Una historia militar de la decena trágica*, México, Ediciones Era, 2013.
- , “Felipe Ángeles: sueños de gloria, camino de solitario” en Garciadiego, Javier y Emilio Kouri (comps.), *Revolución y exilio en la historia de México. Del amor de un historiador a su patria adoptiva. Homenaje a Friedrich Katz*, México, Ediciones Era/El Colegio de México/Centro Katz de Estudios Mexicanos-The University of CXhicago, 2010, pp. 505-516.
- , (comp.), *Felipe Ángeles en la Revolución*, México, Ediciones Era/Conaculta, 2008.
- , *La revolución interrumpida*, México, Ediciones Era (Problemas de México), 1994, p. 366.
- , *El cardenismo. Una utopía mexicana*, México, Cal y Arena, 1994.
- , “La Revolución mexicana” en Enrique Semo (coord.), *México, un pueblo en la historia*, 3. *Oligarquía y revolución (1876-1929)*, México, Alianza Editorial Mexicana, 1988, p. 246.
- GUILPAIN PEULIARD, Odile, *Felipe Ángeles y los destinos de la Revolución mexicana*, México, FCE, 1991.
- KATZ, Friedrich, *Pancho Villa*, 2 vols., Ediciones Era, México, 2000.
- KING, Rose E., *Tempestad sobre México*, México, Conaculta, 1998.
- RIBERA CARBÓ, Anna, “El camino solitario del general Felipe Ángeles” [reseña del libro de Adolfo Gilly, *Felipe Ángeles, el estratega*] en *Historias 109*, mayo-agosto 2021, pp. 117-121.

IV.

Historias clandestinas e insurreccionales en América Latina



Es bien corto el tiempo de las cerezas: Adolfo y la revolución en Bolivia

Sinclair Thomson

Universidad de Nueva York, EUA

A mediados del siglo XX, siendo un joven militante trotskista, Adolfo cruzó la frontera argentina y se lanzó al mundo de la Revolución Boliviana. Vivió lo que llamaría después el “mito de la revolución” y la experiencia le marcaría por el resto de sus días. Cincuenta años después, volvió a Bolivia cuando el país estaba en medio de lo que él llegó a llamar “la primera revolución del siglo XXI”. Su perspectiva en esta nueva etapa fue nutrida por una larga experiencia política y una profunda visión de la historia. Con su entendimiento del mito y la historia de las revoluciones, ofreció un rico acervo de conocimiento a las nuevas generaciones. Me consta.

Conocí a Adolfo en Nueva York en la primavera boreal de 2003. Tuvo una estadía con nosotros en la universidad y dio una serie de conferencias sobre Walter Benjamin, Karl Polanyi, Antonio Gramsci, E. P. Thompson, Ranajit Guha y Guillermo Bonfil Batalla, reflexiones que en 2006 se publicarían como *Historia a contrapelo. Una constelación*. Fue entonces que me enteré de su etapa en Bolivia entre 1956 y 1960, un momento excepcional en el que todavía repercutían los efectos de la Revolución de Abril de 1952. Durante una cena

en casa, Adolfo nos contó sus maravillosas anécdotas de ese tiempo. Cuando mi compañera Seemin y yo le propusimos hacer una entrevista sobre su experiencia, nos respondió primero que no daba entrevistas respecto a sí mismo. Pero felizmente, después de una rica comida de la India salida de las manos de Seemin y unas copas de singani, terminó accediendo a la propuesta. La entrevista fue publicada en Bolivia en 2003 y por Adolfo en *Historias clandestinas* en 2009.

Adolfo cuenta en la entrevista:

Yo llego a Bolivia el 7 de abril del año 1956. Tenía veintisiete años. Me acuerdo de la fecha porque dos días después era el cuarto aniversario del 9 de abril. Y todavía lo estoy viendo, viendo desfilar el mito. El mito de la revolución permanente: “¡Las milicias obreras! ¡No puede ser!”, me decía. Pasaron los mineros con sus cascos y sus fusiles. Eran las milicias armadas. Me caían las lágrimas de mirar, porque... “¡No puede ser!” Me quedé muy impresionado.¹

Tenía delante de sí una manifestación del poder popular que había logrado tumbar al régimen de la rosca señorial y establecer un nuevo orden que reflejaba la fuerza pujante de sectores proletarios y campesinos. Y sin embargo, después de relatar la anécdota, Adolfo reconoció que, si bien los mineros pudieron defender sus recintos de autonomía, el ejército boliviano se estaba rearmando ya en 1956 bajo la presión

¹ Adolfo Gilly, “‘Ahora que lo pienso, cincuenta años después...’: Adolfo Gilly recuerda a mitos, mineros y la revolución en Bolivia” en entrevista de Sinclair Thomson y Seemin Qayum, en Adolfo Gilly, *Historias clandestinas*, p. 92. Fue publicado originalmente en *Historias*, La Paz, 6, 2003, pp. 239-258. Un extracto de la entrevista fue reproducido en *Juguete Rabioso* el 7 de diciembre de 2003, y otro en un suplemento especial sobre la revolución nacional por *La Razón*, La Paz, el 7 de julio de 2004.

y con los recursos del gobierno estadounidense. En la curva del proceso revolucionario, el auge momentáneo del poder popular ya estaba quedando atrás.

Adolfo después hablaba de su primera temporada en Bolivia, compartida con mineros y trabajadores vinculados con su militancia política, como un tiempo de aprendizajes. “Te dan una educación impresionante”, dijo, “como todos los pueblos viejos”.² Tuvo que darse cuenta de su impaciencia, porque el manejo del tiempo era distinto al que conocía en Argentina. Y vinculado con la impaciencia, se dio cuenta de cierta arrogancia en su actitud. Al final, opinó que en Bolivia aprendió desde dónde estaba hablando.

Pero también era un aprendizaje directo y personal acerca de una revolución en su fase postinsurreccional. Posteriormente pasaría a ser testigo o partícipe en movimientos revolucionarios en Cuba y Centroamérica, como militante o periodista. Como historiador, reflexionaría acerca de revoluciones anteriores, especialmente, por supuesto, la mexicana.

En la primavera austral de 2003 me encontraba en Bolivia cuando se dio una insurrección indígena-popular de gran magnitud. Movilizaciones cada vez más fuertes protestaban el plan del gobierno para exportar recién descubiertas reservas de gas a California por Chile, país históricamente enfrentado con Bolivia por el tema marítimo. La represión estatal de las movilizaciones causó grandes daños en la población civil, pero al mismo tiempo provocó resistencias cada vez más aguerridas. La llamada Guerra del Gas terminó en octubre de 2003 con el derrumbe del gobierno neoliberal del presidente Gonzalo Sánchez de Lozada.

Forrest Hylton también se encontraba en Bolivia en ese momento haciendo su investigación de archivo sobre el levantamiento indígena de Zárate Willka en 1899. Con Forrest,

² *Ibid.*, p. 94.

y al calor de los acontecimientos, trabajamos para preparar la compilación *Ya es otro tiempo el presente. Cuatro momentos de insurgencia indígena* (2003) con textos nuestros, de Félix Patzi y Sergio Serulnikov. Entendimos que los procesos en ese momento compartían elementos comunes con anteriores insurgencias indígenas en la historia boliviana desde el siglo XVIII hasta el XX. Pedimos a Adolfo prologar el libro y su sustanciosa reflexión asumió el problema de pensar la autonomía relativa de los subalternos campesinos e indígenas junto con su dominación no en términos de continuidades estáticas, sino de relaciones históricas siempre dinámicas y cambiantes. Adolfo escribió el prólogo desde México, consciente de la ebullición política en ese momento en Bolivia, y lo terminó en una fecha simbólica: el 12 de octubre de 2003.³ Cinco días después, cayó Sánchez de Lozada.

A fines de 2003, Adolfo llegó con Tessa a La Paz y se quedaron en casa con nosotros. El paisaje político en Bolivia se veía cambiado y todavía se sentían las repercusiones de la sublevación de septiembre y octubre. De hecho, en el vendaval de los sucesos, costaba entender la verdadera dimensión del proceso. Fue Adolfo quien nos dio una perspectiva más profunda.

Para él, la palabra más cabal para captar el proceso extraordinario en Bolivia fue “revolución”. Adolfo reconocía la dificultad en resucitar un término tan cargado de esperanzas y decepciones en el pasado, un término que los académicos habían tirado al basurero por demagógico, impreciso o ya imposible a fines del siglo XX. Adolfo citó el periódico boliviano *La Razón* que a fines de octubre de 2003

³ Adolfo Gilly, “Historias desde adentro: La tenaz persistencia de los tiempos”, pp. 51-71. Fue publicado originalmente para el prólogo de Forrest Hylton et al., *Ya es otro tiempo el presente. Cuatro momentos de insurgencia indígena*.

sentenció que se trataba de un “confuso, desarticulado y sangriento *conflicto*”.

Pero Adolfo nos proporcionó un marco mayor, recurriendo al mismo Lenin, quien en 1917 calificó de “revoluciones” a las irrupciones populares en Rusia en 1905 y 1907. Expresando la visión del líder bolchevique de un siglo antes, pero en sus propias palabras, Adolfo resumió el carácter revolucionario de octubre de 2003 en Bolivia de esta manera:

Una revolución no es algo que pasa en el Estado, en sus instituciones y entre sus políticos. Viene *desde abajo y desde afuera*. Sucede cuando entran al primer plano de la escena, con la violencia de sus cuerpos y la ira de sus almas, esos que siempre están, precisamente, *abajo y afuera*: los postergados de siempre, los dirigidos, aquellos a quienes los dirigentes consideran sólo suma de votantes, clientela electoral, masa de acarreo, carne de encuesta. Sucede cuando éstos irrumpen, se dan un fin político, se organizan según sus propias decisiones y saberes y, con lucidez, reflexión y violencia, hacen entrar su mundo al mundo de los que mandan y logran, como en este caso, lo que se habían propuesto. Lo que viene después, vendrá después.⁴

Una definición parecida fue articulada por Leon Trotsky en su *Historia de la Revolución Rusa*, que por supuesto Adolfo conoció de fondo. La concepción de una revolución en términos de “la interferencia directa de las masas en los acontecimientos históricos”, como sostenían Lenin y Trotsky a principios del siglo XX, fue recogida por Adolfo y transmitida a sus lectores e interlocutores a principios de este siglo. De hecho, cons-

⁴ Adolfo Gilly, “Bolivia, una revolución del siglo XXI”, p. 39. El texto fue escrito en febrero de 2004 y publicado originalmente en *Perfil de La Jornada* el 2 de marzo de ese año.

tituyó una visión que nos sirvió a Forrest y a mí para pensar el proceso contemporáneo en nuestro libro *Revolutionary Horizons: Past and Present in Bolivian Politics* (2007).

“Lo que viene después, vendrá después”. Si bien el análisis de Adolfo nos ayudó a pensar la revolución en Bolivia en 2003 y sus repercusiones en la nueva insurrección indígena y popular en mayo de 2005 (tema de la excelente tesis de maestría de Tatiana Pérez, estudiante y ayudante de Adolfo), el proceso histórico había entrado en una nueva fase cuando escribimos nuestro libro con Forrest en 2006. Evo Morales había jurado en enero de ese año como presidente en ceremonias inaugurales en Tiwanaku, sitio de poder de una civilización andina antigua, y en La Paz, sede administrativa del Estado boliviano. Adolfo fue a La Paz como corresponsal especial de *La Jornada* y escribió un reportaje teñido por la profunda emoción y la conciencia histórica que surgían en ese momento.

Nosotros nos dimos cuenta de que Bolivia estaba ahora ante una gran disyuntiva histórica. ¿Cuál sería la relación entre el nuevo gobierno del Movimiento Al Socialismo (MAS) y los movimientos sociales que lo habían elevado al poder a través del proceso revolucionario? ¿Las fuerzas indígenas y populares seguirían determinando el devenir del país o el espacio de posibilidades abierto por la revolución empezaría a cerrarse con la reconstitución del Estado? Recurrimos nuevamente a Adolfo para echar luz sobre la historia del presente. Y él proporcionó otra reflexión madurada por su larga observación y estudio de los procesos revolucionarios. En un nuevo prólogo escribió:

Una revolución significa que nada volverá a ser como antes en los espíritus de los vivos y en sus mutuas relaciones, pero es también un homenaje a los muertos, un rescate de la memoria y de los penares de los antepasados humillados, una reno-

vacación del propio universo simbólico. Por eso ella repercute tanto en el territorio como en los tiempos venideros. Pero su duración es corta. Y si bien, cuando logra vencer, engendra un nuevo mando político, la insurrección no se encarna ni se prolonga en él y la fractura temporal se cierra: “*mais il est bien court le temps des cerises*”. Se trata entonces de otro tiempo sucesivo, aun cuando el nuevo mando pueda continuar afirmando: “La revolución soy yo”.⁵

Aquí nuevamente, Adolfo estaba transmitiendo la vieja cultura de la izquierda para las nuevas generaciones. La canción popular de la Comuna de París que cita expresó perfectamente el momento excepcional en que se abrían las posibilidades humanas en una primavera revolucionaria, pero también expresó la naturaleza efímera de ese momento: es bien corto el tiempo de las cerezas.

Adolfo había conocido anteriores veces la intensidad y brevedad del tiempo revolucionario. La Revolución de Abril ya se estaba cerrando cuando Adolfo llegó a La Paz en 1956, aun si todavía se estaba cuajando el mito de la Revolución Nacional en Bolivia. El ciclo revolucionario entre 2000 y 2005 ya se estaba empezando a clausurar en 2006 cuando el MAS presidió una asamblea constitutiva en que monopolizaría la representación de las organizaciones de la sociedad civil. El evismo se convertía en una nueva ideología —la mitificación del gran héroe que supuestamente encarnaba en sí mismo la enorme complejidad de las fuerzas sociales acumuladas durante años, y la paulatina enajenación de la soberanía de los pueblos y su transferencia al jefe de Estado—.

⁵ Adolfo Gilly, “El espíritu de la revuelta”, p. 78. El texto fue escrito en mayo de 2007 y publicado originalmente como “The Spirit of Revolt” para el prólogo de Forrest Hilton y Sinclair Thomson, *Revolucionary Horizons: Past and Present in Bolivian Politics*.

Y este punto de lo transitorio nos lleva ahora a la propia partida de nuestro querido Adolfo. Somos afortunados de haberlo tenido con nosotros por un buen tiempo, aunque ahora parece demasiado poco tiempo. Para mí, como para muchos otros, Adolfo fue un gran maestro, compañero y amigo. Sus enseñanzas, su compañía y su amistad representan un tiempo de florecimiento.

Voy a terminar con la promesa de Adolfo, formulada reservadamente cuando asistió a la primera inauguración de Evo Morales en La Paz, en enero de 2006. Adolfo cuenta en su reportaje para *La Jornada* que la ocasión estuvo cargada de emoción. Evo empezó pidiendo un minuto de silencio para recordar a los antepasados. En ese silencio, dijo Adolfo, se sentía el llanto contenido del público y a veces se oía un llanto que salía a raudales. También se oía el sonido profundo de un *pututu*, un instrumento hecho de un cuerno de res o de concha marina que los andinos han tocado rememorando a sus ancestros desde tiempos precolombinos. Adolfo imaginaba a cada uno reunido ahí en ese momento pensando en su propia vida, con sus propios vivos y sus propios muertos. Y luego habló de sí mismo:

Este enviado especial, que hace ahora precisamente cincuenta años había llegado a Bolivia a vivir con trabajadores fabriles y con mineros, aquellos que poco antes, en 1952, habían hecho una gran revolución, como que medio se aguantaba el llanto y también se acordaba y se decía: “Quien olvida a sus muertos y se junta feliz con quienes los mataron, no merece confianza ni perdón”; y se hacía en ese minuto este enviado especial, a quien cuando aún era muy joven los bolivianos con paciencia y recato durante cuatros años educaron, *una promesa para sí y*

para sus vivos y sus muertos que un día de estos tal vez referirá, y mientras se la hacía el pututo seguía ahondando el silencio.⁶

¿Y cuál era esa promesa? Aun si nunca la refirió tal como había advertido, creo que sí la expresó en otras palabras y en tantos actos —escribiendo y enseñando, denunciando y alentando, riendo y amando— durante todo el tiempo que le tocara...

¡Qué vida la suya! ¡Qué historias!
El *pututu* sigue sonando y te recordamos, Adolfo...
Nueva York, abril de 2024.

FUENTES CONSULTADAS

GILLY, Adolfo, *Historias clandestinas*, México, La Jornada, 2009.

———, “Bolivia, una revolución del siglo XXI”, *Historias clandestinas*.

———, “‘Ahora que lo pienso, cincuenta años después...’: Adolfo Gilly recuerda a mitos, mineros y la revolución en Bolivia” en entrevista de Sinclair Thomson y Seemin Qayum, en Adolfo Gilly, *Historias clandestinas*.

———, “Historias desde adentro: La tenaz persistencia de los tiempos”, *Historias clandestinas*.

———, “El espíritu de la revuelta”, *Historias clandestinas*.

———, “Memorial de agravios”, *Historias clandestinas*.

———, *Historia a contrapelo. Una constelación*, México, Era, 2006.

HYLTON, Forrest y Sinclair Thomson, con prólogo de Adolfo Gilly, *Revolutionary Horizons: Past and Present in Bolivian Politics*, Nueva York, Verso, 2007.

⁶ Adolfo Gilly, “Memorial de agravios”, p. 44. El texto fue publicado originalmente en *La Jornada* el 26 de enero de 2006 bajo el título “Bolivia: Memorial de agravios y afán de justicia”.

HYLTON, Forrest, Félix Patzi, Sergio Serulnikov y Sinclair Thomson, con prólogo de Adolfo Gilly, *Ya es otro tiempo el presente. Cuatro momentos de insurgencia indígena*, La Paz, Muela del Diablo, 2003.



El pensamiento latinoamericanista de Adolfo Gilly

Mario Ruiz Sotelo

Colegio de Estudios Latinoamericanos, FFyL-UNAM

Ernst Bloch se presentó con una frase: “Lo que existe no puede ser verdad”. La tesis se convirtió posteriormente en El principio esperanza. Este tipo de momento ético fue crucial para mí: el descubrimiento de que existía una conexión necesaria entre verdad y justicia.

ADOLFO GILLY

La vida de Adolfo Gilly tiene un sentido claramente latinoamericanista. Su pensamiento, su actividad periodística, su vida académica y militancia política cobran sentido proyectando y ejecutando las ideas libertarias latinoamericanas. El pensamiento latinoamericanista tiene una naturaleza revolucionaria. Nace del cuestionamiento de la realidad colonial de América Latina, de su necesidad de independencia, de la recuperación de su dignidad. Implica, en consecuencia, una convicción de lucha, un conocer y andar por sus pueblos, por su historia, por los entresijos de su presente. Es la estela que dejaron sus fundadores, personajes como Francisco de Miranda, Servando Teresa de Mier, Simón Bolívar, José Martí. Los pensadores latinoamericanistas saben, al menos

desde el siglo XIX, que de alguna manera deben aventurarse a correr esa ruta. Es el caso de Adolfo Gilly. En efecto, la obra de nuestro autor fue construida más allá de un cubículo universitario, recorriendo las calles de la Bolivia revolucionaria de los cincuenta, lo mismo que la Guatemala posterior a la invasión estadounidense o la Cuba inserta en el ojo del huracán en la crisis de los misiles. Y también, por supuesto, en México, donde su actividad revolucionaria la pagó con la cárcel por seis años, mismos que, paradójicamente, significarían un giro en su vida para consolidarse como un intelectual orgánico del pensamiento revolucionario latinoamericano. En México, Adolfo Gilly renovó los estudios de su revolución al considerarla interrumpida y, como tal, latente, con una vitalidad capaz de despertar en cualquier momento. Y Gilly ayudó a despertarla. En este ensayo observaremos ese devenir en el pensamiento de Adolfo Gilly, quien forjó una historia intelectual propia indisociable de una praxis dirigida siempre a transformar la realidad de nuestro mundo.

LA FILOSOFÍA DE LA HISTORIA DE ADOLFO GILLY

La América Latina de la posguerra fue condenada a ceñirse a la hegemonía de Estados Unidos dadas las condiciones del nuevo orden mundial surgido en 1945. Parecía una restauración de la fatalidad asentada desde 1823, cuando se formuló la Doctrina Monroe, que postulaba el tramposo principio de la “América para los americanos”. También era la funesta confirmación del “Destino Manifiesto”, expresión formulada por el periodista estadounidense John L. O’Sullivan en 1845, según la cual la Providencia divina había asignado a Estados Unidos para extenderse por todo el continente.¹ Aunque

¹ Mario Ruiz Sotelo, “Fundamentos del neoconservadurismo en América Latina”, p. 26.

tales expresiones pueden parecer insultantes y grotescas, expresan en el fondo una adaptación de la filosofía de la historia de Hegel, donde proyectaba que el espíritu universal se depositaría próximamente en lo que llamaba Nuevo Mundo: “América es el país del porvenir. En tiempos futuros se mostrará su importancia histórica, acaso en la lucha entre América del Norte y América del Sur”.² De esta manera, se asignaba a Estados Unidos la posibilidad de convertirse en el conductor de la historia universal, para lo cual debería imponerse sobre América del Sur (en este contexto, toda Latinoamérica). Ante esto, la izquierda latinoamericana debía anteponer una filosofía de la historia propia, predicadora de una visión irredenta de la conducción estadounidense y constructora de una perspectiva propia de América Latina. Paulatinamente esa filosofía antagonista fue forjándose, un tanto en las universidades, pero principalmente en el pensamiento de los movimientos sociales de entonces, que incluyeron la idea de la liberación nacional, a la cual frecuentemente asociaron con la filosofía marxista. De acuerdo con ésta, el motor de la historia es la lucha de clases, principio que, en la perspectiva latinoamericanista de la posguerra, derivó en la necesidad de promover los movimientos revolucionarios de corte socialista como única alternativa para hacerle frente al dominio estadounidense, descalificado como ente civilizador y calificado, por el contrario, como promotor del capitalismo depredador y mortífero, el execrable “imperialismo yanqui”. El pensamiento latinoamericanista retomó entonces una vieja reflexión formulada por Simón Bolívar, quien pasó de la admiración al carácter político del modelo de Estados Unidos a detectar ahí un gran peligro para los pueblos latinoamericanos: “Los Estados Unidos parecen haber sido destinados por la Providencia para plagar

² G. W. Hegel, *Lecciones sobre filosofía de la historia universal*, p. 177.

la América de miserias a nombre de la libertad”.³ Era, pues, necesaria, ahora más que en el siglo XIX, una lucha común de los pueblos latinoamericanos para hacerle frente al nuevo dominio imperialista.

Podemos señalar que los elementos anteriores constituían el sentido de la historia, la filosofía de la historia de los movimientos latinoamericanos de izquierda desde el inicio de la posguerra (1945) hasta la caída del muro de Berlín (1989). Ahí podemos ubicar a la Revolución Cubana, la boliviana, la nicaragüense, la salvadoreña, lo mismo que a los diferentes levantamientos guerrilleros y movimientos sociales de aquellos años. No hay duda de que a ella se adscribió nuestro autor, Adolfo Gilly, con el agregado de que con esa directriz actuó como periodista, militante político, historiador y, más señaladamente, como intelectual orgánico de diversos movimientos sociales latinoamericanos. Detengámonos ahora en algunas de las expresiones más significativas en la forja de su pensamiento.

BOLIVIA, 1956-2006: TESTIMONIAR LA REVOLUCIÓN

En 1952, el Movimiento Nacionalista Revolucionario encabezó una revolución popular que conquistó el poder político, tras la cual su líder, Víctor Paz Estenssoro (1907-2001) —quien un año antes ganó las elecciones, aunque no se reconoció su triunfo— accedió a la presidencia. Su gobierno estableció la reforma agraria, la nacionalización del estaño y el sufragio universal. Adolfo Gilly entendió que debía tener una experiencia vivencial de aquella revolución victoriosa, por lo que, en 1956, en su carácter de periodista y miembro del Partido Obrero Revolucionario (POR), se estableció

³ *Antología de Simón Bolívar*, con introducción, bibliografía y selección de Miguel Acosta Saignes, p. 92.

en territorio boliviano, estancia que duraría hasta 1960. La emoción de aquel momento fue claramente registrada y así la expresó en un artículo de 1980:

Hace 24 años vi, apenas llegado a La Paz, las milicias mineras, obreras y campesinas de Bolivia. Era la primera vez que veía la figura, para mí hasta entonces mítica, de obreros y campesinos armados y organizados en sus sindicatos. La revolución de abril de 1952 todavía estaba fresca, esa revolución que estalló para llevar al poder al presidente y vicepresidente electos en 1951, Víctor Paz Estenssoro y Hernán Siles Suazo, cuya investidura había sido anulada por un golpe de Estado militar.⁴

Gilly precisó tener un encuentro cara a cara con los protagonistas de una revolución, que así dejaban de ser “míticos” para convertirse en actores de carne y hueso, con una presencia vital propia, más allá del acercamiento teórico que hasta entonces había tenido. Así consignó que la revolución, el pueblo revolucionario, los obreros y campesinos politizados y directamente vinculados con el ejercicio del poder eran una realidad palpable. Su convicción política revolucionaria, su pensamiento latinoamericanista, salió así fortalecido y nunca dudaría en seguir por esa ruta.

Medio siglo después, Gilly regresó a Bolivia para testimoniar otro triunfo revolucionario. Tras las insurrecciones populares de 2000, conocida como la Guerra del Agua, y la de 2003, llamada la Guerra del Gas, el líder cocalero aymara Evo Morales ganó las elecciones en 2005 y tomó el poder al año siguiente. Era el propio pueblo boliviano, parafraseando a Guillermo Bonfil Batalla, la Bolivia profunda, que llegaba al poder y podía investir como presidente a uno de los suyos. Gilly estuvo ahí para consignar

⁴ Adolfo Gilly, *Guerra y política en El Salvador*, p. 155.

este inédito hecho histórico: “Bajo el ascenso de Evo Morales a la presidencia de Bolivia ruge una ola de fondo de pueblo indígena y mestizo sublevado, pobre, orgulloso de su triunfo que tanta sangre aún fresca le costó, un pueblo organizado sabedor de cuánto sufre y cómo se pelea”. El ascenso de Evo Morales era el del pensamiento revolucionario, de la insurrección indígena y, específicamente, de la rebelión contra el neoliberalismo propia de los nuevos gobiernos de la izquierda latinoamericana, que Hugo Chávez llamó “socialismo del siglo XXI”. Gilly lo sabía y no dudó en defender a Evo Morales de la crítica que le hizo el entonces mandatario mexicano Vicente Fox, sobre el supuesto plan del presidente boliviano para no exportar gas, aunque en realidad era recuperar el dominio para la nación de tal hidrocarburo. Al respecto, Gilly señaló: “Es preciso que México, primera línea en otro tiempo de la resistencia a las imposiciones imperiales, recupere su voz y su presencia histórica en América Latina [...] La causa de Bolivia es hoy también la causa de México”.⁵ Así pues, Bolivia y México están hermanados por una condición histórica común, pero el gobierno mexicano de entonces era incapaz de comprenderlo. La causa de México, por tanto, era la de un gobierno en favor de los pueblos originarios, de la defensa de sus recursos naturales, crítico del neoliberalismo. Un gobierno conforme a los principios revolucionarios que refundaron el Estado en el principio del siglo XX.

ADOLFO GILLY EN CUBA: EXPULSIÓN EN PLENA “CRISIS DE LOS MISILES”

La Revolución Cubana (1959) partió en dos la historia de América Latina. Al menos todos creían eso en los años sesenta. Aquel movimiento no sólo desafió la dictadura de

⁵ Adolfo Gilly, “Bolivia, una causa mexicana”, *La Jornada*, 15 de enero de 2006.

Fulgencio Batista, sino el dominio neocolonial que ejercían los Estados Unidos en los pueblos de Nuestra América. Los revolucionarios cubanos dijeron en un principio que se trataba de una revolución martiana, pero apenas un par de años después, tras la invasión de Playa Girón, el 15 de abril de 1961, Fidel Castro anunció explícitamente el carácter socialista que a partir de entonces seguiría la revolución. Aquella resistencia ante los mercenarios entrenados en Estados Unidos fue interpretada no sólo como la primera victoria latinoamericana contra el imperialismo yanqui, sino la primera gran derrota de éste en la delicada época de la posguerra. El gobierno cubano estaba decidido a enfrentar con todo la nueva situación, por lo que se aliaron estratégicamente con la Unión Soviética y aceptaron los misiles que les ofrecieron, aunque después tuvieron que tolerar que les fueran retirados. Fue la llamada “crisis de los misiles”, en octubre de 1962, cuando Cuba estaba en el ojo del huracán de una posible guerra nuclear. Fue en ese ambiente que Adolfo Gilly se asentó en territorio cubano y testimonió lo ocurrido:

Me sentí altamente impresionado por la disponibilidad del pueblo para defender la Revolución. Había carteles por toda La Habana con la leyenda “¡A las armas! [...] No percibí signo alguno de alarma o terror, únicamente el rechazo a plegarse a la amenaza atómica. Esta no aceptación, que todo el mundo recuerda hasta el día de hoy, es lo que salvó a Cuba y a la Revolución; fue un verdadero momento de gloria.⁶

Lo que salvó a Cuba y a la revolución fue la actitud del pueblo cubano, lo mismo ante la amenaza de una invasión es-

⁶ *New Left Review*, “Lo que existe no puede ser verdad”, [Entrevista a Adolfo Gilly]. En : <<https://newleftreview.es/issues/64/articles/adolfo-gilly-lo-que-existe-no-puede-ser-verdad.pdf>>.

tadunidense que de una guerra nuclear. Gilly podía tener diferencias con el gobierno de Fidel Castro, pero no con su pueblo, no con esa actitud heroica que él mismo palpó. Eso lo entendió desde aquella estancia, donde difundió el periódico *Voz Proletaria*, órgano de difusión del POR, e incluso consiguió reunirse con el propio *Che* Guevara. El periódico no gustó a la jerarquía del gobierno cubano, y Gilly fue deportado a Roma, acto justificado por la Casa de las Américas, en ese entonces bajo la dirección de Haydée Santamaría y Roberto Fernández Retamar. Producto de aquella estancia, Adolfo Gilly publicó en 1964 su artículo “Inside the Cuban Revolution” en la revista *Monthly Review*, de Nueva York, en el cual manifestaba sus diferencias con el curso de la revolución, mostrando el dilema entre la tendencia guevarista de extender la revolución y la corriente prosoviética que predicaba la “coexistencia pacífica”. Los conocidos intelectuales marxistas que editaban la revista, Leo Huberman y Paul Sweezy, consiguieron entrevistarse con el *Che* Guevara en la misma Nueva York, en el marco de su célebre intervención del 11 diciembre del mismo año en la Organización de las Naciones Unidas, quien al hojear el artículo de Gilly les dijo: “A algunos compañeros no les va a gustar”. Gilly profundizó su postura cuando al año siguiente, después de la renuncia del *Che* al gobierno cubano, y en su artículo “La renuncia del Che”, explica que esa decisión significaba el triunfo de la señalada corriente de la “coexistencia pacífica” y la “institucionalización de la revolución”.⁷ Y en efecto, como lo advirtió el *Che*, esa interpretación no gustó a varios compañeros, comenzando por el propio Fidel Castro, quien en la Conferencia Tricontinental de enero de 1966 discrepó públicamente de las posiciones trotskistas,

⁷ Horacio Tarcus, “Gilly, Adolfo” en *Diccionario biográfico de las izquierdas latinoamericanas*. En: <<https://diccionario.cedinci.org/gilly-adolfo/>>.

a las que calificó de ser un “vulgar instrumento del imperialismo y la reacción”, enfatizando el caso de Adolfo Gilly. Éste replicó de forma cauta, diciendo que “Acusa de ‘agente del imperialismo’ a una dirección revolucionaria probada de años en lucha por el solo hecho de defender un programa”.⁸ Gilly no quiso ahondar más sus diferencias con Fidel, pero mantuvo una distancia cautelosa y siguió defendiendo su programa político fuera de Cuba, difundiendo su pensamiento revolucionario en otros países latinoamericanos, siendo Chile y Guatemala sus siguientes objetivos.

ADOLFO GILLY Y LA TERCERA CANDIDATURA PRESIDENCIAL DE SALVADOR ALLENDE (1964)

Después de su expulsión de Cuba y un breve paso por Roma, Adolfo Gilly fue a Chile para apoyar la tercera candidatura presidencial de Salvador Allende, quien ya para entonces representaba la posibilidad de acceder al socialismo por la vía electoral. Gilly acompañó a Allende en su gira por los barrios populares y las fábricas de Santiago. Además, colaboró en la revista *Arauco*, órgano del Partido Socialista. En aquella ocasión Allende fue candidato del Frente de Acción Popular, siendo su principal rival Eduardo Frei, del Partido Demócrata Cristiano. Allende obtuvo 38.92 por ciento de la votación, contra 55.6 por ciento de Frei. Sin embargo, hoy sabemos que la Agencia Central de Inteligencia del gobierno de Estados Unidos (CIA) intervino directamente en la contienda, y lo hizo durante 10 años (1963-1973); es decir, que el gobierno estadounidense buscó evitar por todos los medios que Allende llegara a la presidencia, y una vez que fracasaron y no pudieron impedirlo, boicotearon su gobierno hasta provocar el golpe de Estado de 1973. En las elecciones de

⁸ Gilly, citado por Tarcus, en *ibid.*

1964 otorgaron apoyos de 2.6 millones para apoyar la campaña de Frei, más 3 millones para montar la propaganda contraria al candidato Allende, todo con el conocimiento del candidato demócrata cristiano.⁹ Como suele ocurrir, una intervención así termina revirtiéndose, y la popularidad de Allende se hizo más profunda hasta alcanzar la presidencia seis años después. Gilly aprendió entonces que la vía electoral era también necesaria e incluso imprescindible, y que la campaña de Salvador Allende debía replicarse por toda América Latina. La participación directa de Gilly en las campañas de Cuauhtémoc Cárdenas de 1988 y 1994 son un eco de aquel aprendizaje con Salvador Allende.

LOS SUCESESORES DE JACOBO ÁRBENZ EN GUATEMALA Y ADOLFO GILLY

En octubre de 1944 tuvo lugar en Guatemala un levantamiento cívico militar que consiguió deponer la dictadura de Jorge Ubico (1931-1944), tras lo cual el movimiento triunfante, conocido como la Revolución de Octubre, convocó a elecciones. El candidato ganador fue el filósofo Juan José Arévalo Bermejo, considerado el primer presidente electo democráticamente en dicho país. El gobierno de Arévalo (1945-1951) consiguió promulgar una nueva constitución en 1945, con la cual se buscaba una reorganización del Estado y acotar el poder del Ejército. Le sucedió Jacobo Árbenz (1952-1954), quien profundizó la revolución de 1944, especialmente con la articulación de una aguda reforma agraria que lo enfrentó directamente con la poderosa empresa *United Fruit Company*,

⁹ “Chile 1964: detallado el apoyo encubierto de la CIA en las elecciones de Frei. Registros operativos y políticas publicados por primera vez”, *The National Security Archive*. En: <<https://nsarchive2.gwu.edu/news/20040925/index.htm>>.

cuyos propietarios estaban estrechamente relacionados con el gobierno de Estados Unidos. La CIA consideró que el gobierno de Árbenz era comunista, por lo que capacitó a los opositores guatemaltecos para efectuar una invasión y consecuentemente un golpe de Estado comandado por Carlos Castillo Armas, en julio de 1954, dando fin así al gobierno revolucionario.¹⁰

Como respuesta a la agresión estadounidense a Guatemala, algunos militares formaron una organización guerrillera que llamaron Movimiento Revolucionario 13 de Noviembre (MR-13), fundada ese día de 1960, cuya principal ideología era de corte nacionalista antiimperialista, y que buscaba proseguir el legado del gobierno de Árbenz. En 1964 Adolfo Gilly va a Guatemala y llega al campamento guerrillero de “Las Orquídeas”, donde participa en los debates y en la redacción de la “Declaración de la Sierra de las Minas”, emitida en diciembre del mismo año. Gilly subraya en específico su intercambio de ideas con Marco Antonio Yon Sosa, uno de los principales líderes del movimiento, sobre el programa a seguir:

Él insistía en que el movimiento debía proclamarse una revolución “agraria y socialista”, mientras que yo le insistía que el segundo término necesariamente incluía el primero. Él se mostraba de acuerdo, pero decía que el pueblo no lo entendería, de modo que tenía que permanecer en el programa. Y tenía razón.¹¹

En su carácter de periodista, Gilly le hizo una larga entrevista a Yon Sosa, misma que incluyó en el libro *El movimiento*

¹⁰ Guillermo Toriello Garrido, *Tras la cortina de banano*, pp. 91-106.

¹¹ *New Left Review*, “Lo que existe no puede ser verdad”, p. 37.

guerrillero en Guatemala, publicado en 1965 por *Monthly Review*. A Gilly lo acompañaron otros compañeros del POR, y aunque fueron bien recibidos por los guerrilleros, no aceptaron incorporarse al trotskismo de la Cuarta Internacional.¹² Con todo, Gilly advierte que “el MR-13 adoptó la revolución socialista como su plataforma, convirtiéndose en el primer movimiento guerrillero latinoamericano en hacerlo, y manifestando explícitamente lo que en Cuba había sido implícito”.¹³ Gilly salió de Guatemala con la satisfacción de haber participado directamente en el movimiento guerrillero y de escribir un libro que explicaba al mundo las razones del levantamiento.

ADOLFO GILLY Y LA TEOLOGÍA DE LA LIBERACIÓN

En los años sesenta surgió, como consecuencia del Concilio Vaticano II (1962-1965), el movimiento conocido como la *Teología de la liberación*, una corriente de pensamiento de raíz claramente latinoamericana y que impactaría de manera directa o indirecta a buena parte de los movimientos de izquierda surgidos en aquel entonces. Adolfo Gilly entendió la importancia de dicho movimiento y en reiteradas ocasiones manifestó su respeto e incluso su admiración por algunos de sus líderes, alejándose del dogma marxista prevaleciente en aquel entonces, que consideraba a la religión como “el opio del pueblo”.¹⁴

Uno de los capítulos más desgarradores de los militantes de la Teología de la liberación es el protagonizado por Ca-

¹² Horacio Tarcus, “Gilly, Adolfo”, *op. cit.*

¹³ *New Left Review*, “Lo que existe no puede ser verdad”, p. 36.

¹⁴ Dicha expresión, escrita por el propio Karl Marx, alude al manejo que suele hacerse de la religión dentro del capitalismo, y no necesariamente a la religión en sí. Así lo expone Enrique Dussel en *Las metáforas teológicas de Marx*.

milo Torres Restrepo (1929-1966). Nacido en Bogotá, Torres se ordenó como sacerdote en 1954, en esa misma ciudad, y como sociólogo en 1958, en la Universidad de Lovaina, lo que ya hablaba de su necesidad de vincular lo teológico con lo sociológico. De hecho, Torres se dedicó al activismo político desde su regreso a Colombia, donde participó en diferentes movimientos sociales y formó el Frente Unido del Pueblo Colombiano, donde pretendía que convergieran las principales organizaciones de izquierda del país. El notable activismo de Camilo Torres lo obligó a renunciar al ejercicio sacerdotal en junio de 1965, y decidió incorporarse de lleno a la guerrilla del Ejército de Liberación Nacional, en enero del siguiente año. El anuncio de su tránsito es por demás elocuente:

Yo he dejado los privilegios y deberes del clero, pero no he dejado de ser sacerdote. Creo que me he entregado a la Revolución por amor al prójimo. He dejado de decir misa para realizar ese amor al prójimo, en el terreno temporal, económico y social. Cuando mi prójimo no tenga nada contra mí, cuando haya realizado la Revolución, volveré a ofrecer misa si Dios me lo permite.¹⁵

El excepcional ejemplo de Camilo Torres no podía pasar desapercibido a Adolfo Gilly, por lo que se trasladó a Bogotá en el mismo 1965 con el fin de entrevistarle para la revista uruguaya *Marcha*. Acudió a la Universidad Católica y, según su testimonio: “Llego al piso 14 de la Universidad, toco una puerta y sale de pronto un cura alto que me dice: ‘Camilo Torres soy yo’”. Gilly hizo la entrevista y al día siguiente

¹⁵ “Camilo Torres Restrepo (1929-1966)”. En: <<https://www.filosofia.org/ave/001/a230.htm>>.

Torres lo invitó a recorrer las calles de Bogotá, para caminar juntos “los barrios pobres y también los ricos”.¹⁶ Camilo Torres falleció en combate el 16 de febrero de 1966.

Otro ejemplo representativo de la militancia en la Teología de la liberación es el de monseñor Óscar Arnulfo Romero (1917-1980). Romero fue nombrado arzobispo de San Salvador en febrero de 1977, sin que hasta entonces hubiera dado muestras visibles de simpatizar con la teología crítica surgida la década anterior. Poco antes de su toma de posesión tuvieron lugar las elecciones presidenciales, en las que resultó electo el general Carlos Humberto Romero, del conservador Partido de Conciliación Nacional. Después de los comicios hubo una protesta popular en la Plaza Libertad de San Salvador, misma que fue reprimida con las armas, con saldo de decenas de muertos. Al mes siguiente fue asesinado el sacerdote Rutilio Grande, amigo de Arnulfo Romero y abierto seguidor de la Teología de la liberación. Todo ello debió motivar el notable giro en el pensamiento del nuevo arzobispo, quien se convirtió en un visible defensor de las libertades y crítico del régimen militar vigente. En octubre de 1979 fue depuesto el gobierno de Carlos Romero por una coalición denominada Junta Revolucionaria de Gobierno, que no consiguió la debida legitimidad entre la población ni controlar a los “escuadrones de la muerte” ya desatados. En ese contexto, en febrero de 1980 monseñor Romero fue distinguido con un doctorado *honoris causa* en la Universidad de Lovaina, donde pronunció un discurso que exponía con claridad su posición teológica: “Las mayorías pobres de nuestro país son oprimidas y reprimidas cotidianamente por las estructuras económicas y políticas de nuestro país [...] Existen entre nosotros los que venden al justo por dinero

¹⁶ Horacio Tarcus, “Gilly, Adolfo”.

y al pobre por un par de sandalias; los que amontonan violencia y despojo en sus palacios".¹⁷

Poco después, el 23 de marzo, en su homilía en la catedral de San Salvador, hizo un explícito llamado: "Yo quisiera hacer un llamamiento a los hombres del ejército [...] En nombre de Dios pues, y en nombre de este sufrido pueblo, cuyos lamentos suben hasta el cielo cada día más tumultuosos, les suplico, les ruego, les ordeno en nombre de Dios: cese la represión".¹⁸ Al día siguiente, monseñor Romero fue asesinado cuando oficiaba misa en la capilla del hospital Divina Providencia, crimen atribuido a uno de los escuadrones de la muerte dirigidos por el militar Roberto D'Abuissou.

Desde su tribuna del diario mexicano *Unomásuno*, Adolfo Gilly hizo su reflexión de aquel acontecimiento al día siguiente del magnicidio: "El llamado de monseñor Romero [...] es un acontecimiento terrenal de la lucha de clases. Su conciencia fue indudablemente sacudida hasta el fondo por esa agudización extrema del enfrentamiento que se expresó en la huelga general y las masacres que la rodearon".¹⁹ Con un marco teórico claramente marxista, Gilly advierte que la virtud de Romero era tomar partido por los explotados en la lucha de clases del Estado salvadoreño. Lo mismo que en el caso de Camilo Torres, los textos evangélicos habían sido interpretados de tal forma que se incardinaban con el objetivo de ponerse del lado de las clases marginadas y desde ellas emprender una lucha que buscara la transformación de las estructuras de poder. Poco después, en el mismo diario, Gilly señala otro ingrediente a tomar en cuenta:

¹⁷ Óscar Arnulfo Romero, "La dimensión política de la fe desde la opción por los pobres. Una experiencia eclesial en El Salvador, Centroamérica". En: <<https://www.servicioskoinonia.org/relat/135.htm>>.

¹⁸ Romero, citado por Luis Suárez, *¿Por qué lo mataron? Monseñor Romero: una opción por los pobres*, p. 103.

¹⁹ Adolfo Gilly, *Guerra y política...*, p. 77.

El más grande y rico país del continente, Estados Unidos, se está ensañando con el más pequeño, El Salvador. En este enfrentamiento desigual está en juego una parte del futuro de cada uno de nosotros, latinoamericanos. Está en juego también nuestra dignidad de pueblos secularmente oprimidos, vejados y explotados por los poderes imperiales.²⁰

Así pues, el telón de fondo del asesinato era el dominio estadounidense sobre El Salvador, sobre América Latina, que vive una condición histórica común, por la cual sus integrantes estamos inequívocamente hermanados. Los latinoamericanos conformamos un “nosotros”, como diría el filósofo Arturo Roig,²¹ que se descubre y se hace patente justo en acontecimientos como el que analiza Gilly.

EL TESTIMONIO DE ADOLFO GILLY SOBRE LA REVOLUCIÓN SANDINISTA

El 19 de julio de 1979, la Revolución Sandinista consiguió poner fin a la dictadura de Anastasio Somoza Debayle, terminando así con el largo régimen somocista que comenzó su padre Anastasio Somoza García en 1937 y contó con el apoyo del gobierno de Estados Unidos. Se trató de un movimiento de gran consenso popular que triunfó tras décadas de opresión y se inspiraba en el ideario de Augusto César Sandino (1895-1934), uno de los líderes antiimperialistas más representativos de América Latina. Sandino fue asesinado en 1934 por orden del propio Somoza García, entonces director de la Guardia Nacional. Hacia 1961 se formó el Frente Sandinista de Liberación Nacional, el cual desarrolló una opo-

²⁰ *Ibid.*, p. 89.

²¹ Arturo Andrés Roig, *Teoría y crítica del pensamiento latinoamericano*, pp. 18-23.

sición armada que paulatinamente fue ganando posiciones, además de un apoyo creciente al interior y exterior de Nicaragua, hasta que se hizo inevitable su triunfo el día citado de 1979. La revolución victoriosa generó grandes expectativas de renovación en toda América Latina. Los sandinistas, ya en el poder, desarrollaron un discurso de inspiración socialista, latinoamericanista y con ingredientes de la Teología de la liberación donde parecía comprobarse la idea de que las revoluciones populares, después de Cuba y al fin en tierra firme, habrían de reproducirse por todo el continente.

Gilly estuvo en Managua justo un año después del triunfo, para tener una experiencia vivencial de la revolución triunfante, a la que comparó con su experiencia en Bolivia:

Vi el ejército sandinista, y también las milicias, el 19 de julio en Managua. El viejo ejército ha sido destruido hasta sus raíces [...] Vi la disciplina, la soltura en el paso y en las evoluciones, el armamento moderno de las fuerzas armadas sandinistas [...] Si el ejército sandinista va combinándose con el progreso de una organización de masas [...] este país podrá ser atacable [...] pero será inconquistable.²²

A diferencia de Bolivia, el ejército anterior había sido dismantelado por completo, y forjado uno nuevo, de combatientes revolucionarios. Ese ejército era el que garantizaba la consumación del programa revolucionario, la alfabetización, la reforma agraria y, sobre todo, la resistencia a una probable invasión estadounidense. Y, en efecto, el ejército sandinista resistió heroicamente la embestida de la contrarrevolución durante más de una década, y el gobierno no fue vencido por las armas, sino por las urnas, en 1990, en una prueba

²² Adolfo Gilly, *Guerra y política...*, p. 157.

de que la democracia electoral se había hecho efectiva con el gobierno revolucionario. El triunfo de Daniel Ortega en 2006, por supuesto, forma parte de otra historia.

Adolfo Gilly en México: continuar la revolución interrumpida

En 1966, dos semanas después de su ingreso a México, Adolfo Gilly fue condenado a prisión tras comprobarse que estaba camino a Guatemala y era un activista político, bajo la acusación de “asociación delictuosa”. Evidentemente, no había delito alguno, pero en los tiempos del Partido Revolucionario Institucional (PRI) de aquel entonces, en especial del presidente Gustavo Díaz Ordaz (1964-1970) —quien hoy sabemos, trabajaba para la CIA—, todo aquello que fuera o pareciera comunista debía ser perseguido y censurado. Y, sin embargo, como admite el propio Gilly, aquel encarcelamiento fue a fin de cuentas más benéfico que perjudicial, pues probablemente le salvó la vida del peligro que hubiera corrido en Guatemala y, paralelamente, lo obligó a estudiar de manera sistemática el marxismo junto con la historia de la Revolución Mexicana. Aquella fusión, hasta entonces inédita, dio por resultado su libro *La revolución interrumpida*, que elaboró teniendo como referente la *Historia de la Revolución Rusa* de León Trotsky.²³ El texto generó nuevas hipótesis sobre aquel acontecimiento señero, mismas que le valieron a su autor un sorpresivo reconocimiento inmediato de la élite intelectual mexicana. Fue el propio Octavio Paz, contactado desde la cárcel de Lecumberri por Gilly, quien reconoció la originalidad y el valor del libro en una amplia carta publicada en la revista *Plural*: “Lo leí de un tirón. Su contribución a la historia de la Revolución Mexicana es notable. No

²³ *New Left Review*, “Lo que existe no puede ser verdad”, p. 38.

lo es menos la que hace a la historia viva, quiero decir, a la historia que en México en estos días, todos vivimos y hacemos". Y aunque Paz no coincide con varias tesis de Gilly, por ejemplo la contribución de la Revolución Rusa a la Mexicana, coincide con otra más importante, relacionada con una administración de los bienes públicos contraria a los ideales originales del movimiento: "Hay que re-socializar las conquistas del pueblo mexicano, confiscadas por la burguesía para su provecho".²⁴ Es decir, el propio Octavio Paz aceptaba que era necesario recuperar la praxis política legada por los revolucionarios de 1910, interrumpida por la administración priista, *burguesa*, de las últimas décadas.

La revolución interrumpida enfatiza la importancia de los movimientos populares encabezados por Emiliano Zapata y Francisco Villa como núcleo fuerte del movimiento, y advierte que no pueden darse por finalizados: "Las figuras de Emiliano Zapata y Pancho Villa son diáfanas y nítidas, y sus grandes sombras claras, como jefes de la época heroica de una revolución que aún no ha terminado, cubren todavía la vida entera de México porque siguen vivas en la mente de su pueblo".²⁵ En efecto, lo planteado por Gilly mostraba una nueva forma de entender la complejidad de la Revolución: la victoria militar de Álvaro Obregón palidecía ante la victoria moral de Villa y Zapata, que, como tal, formaba parte del imaginario popular de lucha política. Gilly contribuyó con ello de manera notable para arrebatárle la memoria de ambos caudillos a la oficialidad priista para reconocerlos como personajes vigentes para la izquierda de México. De hecho, la tesis que Gilly aplicó a la Revolución Mexicana puede aplicarse, y así fue, a otros movimientos revolucionarios posteriores a la publicación del texto. En Nicaragua

²⁴ Octavio Paz, "Carta a Adolfo Gilly", *Plural* 5, p. 16.

²⁵ Adolfo Gilly, *La revolución interrumpida*, p. 397.

se habló de la continuidad del pensamiento de Sandino; en El Salvador, de Farabundo Martí; en Venezuela, de Simón Bolívar; en Bolivia, de Túpac Katari. La profundidad de la tesis de Gilly, que corre paralela a las *Tesis sobre la historia* de Walter Benjamin (texto que aún no conocía),²⁶ nos dice que las revoluciones, los revolucionarios, las revolucionarias, generan ideales regulativos, formulaciones utópicas, que están condenadas a no morir porque parten del imaginario de justicia del propio pueblo.

La estancia en Lecumberri consagró a Gilly como un intelectual orgánico de la izquierda latinoamericana. Fue liberado en 1972, tras lo cual radicó en Francia e Italia, pero no se identificó con la organización trotskista de aquellos países: “Me había sentido más libre en prisión”.²⁷ Entendió que era un latinoamericano y un latinoamericanista nato y decidió regresar a su Patria Grande. Su mejor plataforma debía ser la de un profesor universitario, y hacia 1976 se dirigió a México, para lo cual contó con el apoyo de su embajador en París, Carlos Fuentes. Pronto consiguió dar clases en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y decidió nacionalizarse en 1982, lo que le permitió combinar actividad política y vida académica de manera conjunta, binomio que para él era indisoluble.

Apenas se hizo mexicano participó activamente en el Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT), organización trotskista que en 1982 postuló para la presidencia a Rosario Ibarra de Piedra, primera mujer en aspirar a ese cargo, conocida activista por los derechos humanos y líder de las madres buscadoras de los desaparecidos políticos. Gilly ideó su lema de campaña: “Arriba los de abajo”. El PRT, junto con el Parti-

²⁶ Nos referimos a la tercera tesis: “Nada de lo que tuvo lugar alguna vez debe darse por perdido para la historia”, Walter Benjamin, *Tesis sobre la historia y otros fragmentos*, p. 18.

²⁷ *New Left Review*, “Lo que existe no puede ser verdad”, p. 40.

do Socialista Unificado de México (PSUM), fueron las primeras organizaciones de la izquierda marxista mexicana en postular candidatos a la presidencia.²⁸ En 1988 irrumpió la figura de Cuauhtémoc Cárdenas como candidato a la presidencia por la disidencia del PRI, que había conformado la llamada Corriente Democrática, la cual en muy poco tiempo generó un inesperado movimiento de masas. Eso provocó que diversas organizaciones de izquierda dirigieran su ruta no sólo hacia la figura de Cárdenas, sino por la recuperación de los ideales olvidados de la Revolución Mexicana. Adolfo Gilly fue, acaso, el primero en hacerlo. El cardenismo de nuevo cuño era la demostración de que aquella *revolución interrumpida* se activaba de nuevo, y la muestra eran las masas populares que no dudaban en salir en apoyo del hijo del General. El resurgimiento de la memoria revolucionaria demostraba que seguían vivos los pilares de lo que Gilly llamó la *utopía cardenista*: “tierra, educación, petróleo, soberanía”.²⁹ Un grupo de universitarios, estudiantes y profesores, formaron la organización denominada Movimiento al Socialismo en apoyo a la campaña de Cárdenas, donde Gilly tuvo un destacado papel y recorrió el país para testimoniar aquel fenómeno político disruptivo e inédito. Las elecciones fueron, como todas en la época del PRI, injustas e inequitativas, pero todo indica que eso no fue suficiente para darle el triunfo y tuvo que recurrir a un fraude electoral. No obstante, el viejo sistema quedó herido de muerte, y esas heridas le fueron provocadas por las propias ideas revolucionarias que había traicionado y la izquierda se propuso rescatar. Gilly también acompañó a Cárdenas en las elecciones presidenciales de 1994 y en las de la jefatura de gobierno de 1997, en las finalmente resultó triunfante.

²⁸ En 1976 lo hizo el Partido Comunista Mexicano con la candidatura de Valentín Campa, pero no tuvo carácter oficial.

²⁹ Adolfo Gilly, *El cardenismo. Una utopía mexicana*, p. 334.

Poco antes de aquellas elecciones, entre 1986 y 1987, Adolfo Gilly se integró activamente al movimiento universitario organizado en el Consejo Estudiantil Universitario (CEU), que sacudió a la UNAM, y a la vida universitaria del país en general, con lo cual las despertó del letargo provocado por las represiones gubernamentales de 1968 y 1971. El CEU llenó el Zócalo en varias ocasiones, realizó la primera huelga estudiantil en dos décadas, dialogó de frente con las autoridades universitarias, consiguió echar abajo las reformas que proponían cobros a la UNAM y además logró que fuera aceptado un Congreso Universitario para discutir democráticamente los cambios que la universidad necesitaba. El gobierno priista de entonces no se atrevió a reprimirlo, en buena medida por la amplia legitimidad conseguida debido a la fuerza de sus argumentos, razón por la que no parece exagerado considerarlo el movimiento estudiantil más exitoso en la historia de la UNAM. Gilly fue quizá el profesor más comprometido con el movimiento y destacó su participación en el congreso efectuado en 1990. Se le recuerda en especial un encendido discurso en el auditorio “Che Guevara” (oficialmente, “Justo Sierra”), donde reconoció al movimiento estudiantil como heredero de las grandes luchas de la izquierda mexicana, remontándose hasta el siglo XIX. De acuerdo con su evaluación “Había en juego muchas cosas, pero el punto principal era si la educación seguía siendo gratuita, si seguía siendo un derecho en vez de un servicio. Se trataba de defender una cierta forma de República”.³⁰

La irrupción del Ejército Zapatista de Liberación Nacional el 1 de enero de 1994 bien puede considerarse, como lo señalara Pablo González Casanova, la primera revolución del siglo XXI. Aquel movimiento conmovió al mundo entero,

³⁰ *New Left Review*, “Lo que existe no puede ser verdad”, p. 42.

pues hizo cuestionar no sólo el capitalismo en su versión neoliberal, sino la resistencia al dominio cultural de Occidente ejercida por los pueblos indígenas. Gilly entendió de inmediato que debía trasladarse a Chiapas para vivenciar de nueva cuenta un momento revolucionario, se entrevistó con el subcomandante Marcos y los comandantes Tacho y Moisés, para después elaborar una discusión sobre diferentes tópicos, en especial la naturaleza de la historia.³¹ El nuevo zapatismo hizo que Gilly profundizara su línea interpretativa, vio en tal movimiento una muestra de la continuidad y el cierre del proceso revolucionario abierto en 1910, o más específicamente, en 1907:

La rebelión indígena de 1994 en Chiapas [nos muestra que] ésta, junto con la insurgencia cívica del cardenismo en 1988, terminan el ciclo de la Revolución Mexicana que, a partir de las revueltas encabezadas por Flores Magón en 1907, cubre casi entero el siglo XX [...] Si [...] se la piensa como un imaginario de las clases subalternas, ella permanece y reaparece en el cardenismo y zapatismo de fin de siglo. Estas reapariciones vendrían a cerrar el ciclo del círculo de la revolución interrumpida en 1920 y a redefinir hacia el final del ciclo las ideas, los objetivos y las aspiraciones que en aquélla vieron las clases subalternas desde las revueltas magonistas en adelante.³²

Los movimientos sociales y políticos desarrollados en México en las últimas dos décadas comprobaban las hipótesis formuladas en su libro escrito en la cárcel de Lecumberri. La Revolución Mexicana no fue una lucha entre caudillos, como solían decir las historias convencionales del movimiento.

³¹ Adolfo Gilly, *Discusión sobre la historia*.

³² Adolfo Gilly, *Chiapas: la razón ardiente. Ensayo sobre la rebelión del mundo encantado*, p. 13.

Los caudillos fueron tales porque las comunidades a las que pertenecían les otorgaron sus ideas y aspiraciones.³³ Por eso aquel imaginario permaneció pasivo, oculto, atesorado, ansioso de despertar, y ello ocurrió en 1988 y 1994. Quizá podría decirse, pues, que al fin la Revolución Mexicana había cerrado su ciclo, pero la irrupción zapatista del 94 aportó un agregado digno de consideración dado su componente indígena. Los nuevos zapatistas, que nunca plantearon idea secesionista alguna, sino que, por el contrario, portaban orgullosos la bandera mexicana, recordaban la dialéctica oculta entre tradición y modernidad, lo cual representa un desafío para el futuro inmediato:

Símbolos, discursos y formas de rebelión zapatista aluden a valores y creencias persistentes también en la sociedad nacional, aunque el mundo urbano y moderno los oculte [...] Aluden a un imaginario social donde sigue presente, junto a la razón moderna, la racionalidad-otra del mundo premoderno, un imaginario donde el Otro, negado en el discurso de la razón del Uno, persiste en las capas profundas de la conciencia de éste y en sus modos de ver, imaginar y dar cuenta de la vida y del mundo.³⁴

Lo indígena forma parte de la modernidad mexicana, aunque ésta no sepa verlo ni reconocerlo. Los zapatismos, tanto el primero como el segundo, representan un cuestionamiento a la fundamentación moderna del Estado nación mexicano, que ha pretendido ignorar a los pueblos originarios y, sin embargo, en el fondo entiende que han formado parte de la sociedad nacional y se precisa el reconocimiento pleno de

³³ Mario Ruiz Sotelo, "Aproximaciones al pensamiento filosófico-político de la Revolución Mexicana".

³⁴ Adolfo Gilly, *Chiapas: la razón ardiente*, p. 14.

ello. Es el *México profundo* del que hablaba Bonfil Batalla, que a fin de cuentas no puede ser desarticulado por el México imaginario. En esa lógica, Gilly cuestiona la forma en que ha operado el discurso moderno en México, pues si los elementos que conforman la modernidad, como la gestación del conocimiento racional y cuantificable,

siguen siendo instrumentos de dominación de los menos sobre los más y de exclusión de éstos de esos bienes inmateriales y de todos los demás bienes terrenales, no hay modernidad sino barbarie, no hay razón sino irracionalidad, no hay humanidad como sujeto pensante sino como mero objeto de una fuerza humana y destructora de los seres humanos.³⁵

El zapatismo exhibió a fin de cuentas esa cara oculta de la modernidad que promete un progreso para unos y pide para ello el sacrificio de otros, a quienes ha considerado insignificantes, y por eso los ignora y los oculta. De ahí aquella frase de “Nunca más un México sin nosotros”. El zapatismo nos hizo ver, siguiendo a Gilly, la barbarie de la modernidad, y mientras esa condición no pueda desarticularse, seguirán aportando sus razones en el ideario de la sociedad mexicana.

CONCLUSIONES

1. La vida de Adolfo Gilly está marcada por su pasión latinoamericanista y por buscar a toda costa un orden más justo bajo la directriz del pensamiento socialista.

³⁵ *Ibid.*, pp. 14-15.

Su agudeza intelectual y política lo llevó a tener diálogos directos o indirectos con personajes clave para entender el tiempo latinoamericano de las últimas décadas, entre otros, con Fidel Castro, el *Che* Guevara, Salvador Allende, Camilo Torres, Octavio Paz, Carlos Fuentes, Rosario Ibarra de Piedra, Cuauhtémoc Cárdenas, el subcomandante Marcos, los comandantes Tacho y Moisés. Tal capital político e intelectual es sencillamente incomparable.

2. Adolfo Gilly demostró que los pueblos guardan en su memoria las revoluciones en una especie de inconsciente colectivo y, por ende, suelen reactivarse en algún momento de peligro. Si él se acercó a esos momentos de peligro fue justamente para avivar su oficio de historiador.
3. Aunque Gilly no tuvo como referentes teóricos autores latinoamericanos, elaboró su praxis política y su oficio de historiador intrínsecamente ligado al mundo de América Latina. Partió de la idea de que sus pueblos tienen una condición histórica común, un *no-sotros* entre sus integrantes que es tan indispensable como legítimo desarrollar.
4. Para Gilly, los académicos precisan tener un compromiso político que pueden encender y convertirlo en parte de su praxis. Academia y política deben interactuar. La filosofía de la historia latinoamericana se complementa y adquiere sentido con la filosofía de la praxis. La historia no busca sólo reconstruir el pasado, sino perfilar un nuevo futuro. El historiador está comprometido con el pueblo cuya historia narra.
5. Los historiadores se habían dedicado a recordar el pasado, olvidando que también es misión del historiador perfilar un mundo más justo. En esa idea de historia y en esa idea de mundo, en esa idea de una América

Latina, la palabra de Adolfo Gilly nos será siempre necesaria.

FUENTES CONSULTADAS

- Antología de Simón Bolívar*, con introducción, bibliografía y selección de Miguel Acosta Saignes, México, UNAM, 1981.
- BENJAMIN, Walter, *Tesis sobre la historia y otros fragmentos*, México, Contrahistorias, 2005.
- BONFIL BATALLA, Guillermo, *México profundo. Una civilización negada*, México, Grijalbo, 1990.
- DUSSEL, Enrique, *Las metáforas teológicas de Marx*, México, Siglo XXI, 2017.
- GILLY, Adolfo, "Bolivia, una causa mexicana", *La Jornada*, 15 de enero de 2006.
- , *Chiapas: la razón ardiente. Ensayo sobre la rebelión del mundo encantado*, México, Era, 1997.
- , *Discusión sobre la historia*, México, Taurus, 1995.
- , *El cardenismo. Una utopía mexicana*, México, Era, 1994.
- , *Guerra y política en El Salvador*, México, Nueva Imagen, 1981.
- , *La revolución interrumpida*, México, El Caballito, 1971.
- HEGEL, G. W., *Lecciones sobre filosofía de la historia universal*, vol. I, Barcelona, España, Altaya, 1994.
- HERNÁNDEZ NAVARRO, Luis, "Adolfo Gilly, el último de los mohicanos", *La Jornada*, México, 6 de julio de 2023.
- New Left Review*, "Lo que existe no puede ser verdad", [Entrevista a Adolfo Gilly], 2010, disponible en: <<https://newleftreview.es/issues/64/articles/adolfo-gilly-lo-que-existe-no-puede-ser-verdad.pdf>>. (Consultado: 05/06/2024).
- PAZ, Octavio, "Carta a Adolfo Gilly", *Plural* 5, Excélsior, México, 1972.
- ROIG, Arturo Andrés, *Teoría y crítica del pensamiento latinoamericano*, México, FCE, 1981.

RUIZ SOTELO, Mario, “Fundamentos del neoconservadurismo en América Latina”, *Política Internacional. Temas de análisis* 9, México, UNAM, 2021.

———, “Aproximaciones al pensamiento filosófico-político de la Revolución Mexicana”, *Por los caminos del pensamiento latinoamericano*, Guayaquil, UNESCO, 2020.

SUÁREZ, Luis, *¿Por qué lo mataron? Monseñor Romero: una opción por los pobres*, México, Mestiza, 1990.

TORIELLO GARRIDO, Guillermo, *Tras la cortina de banano*, México, FCE, 1976.

Electrónicas

“Camilo Torres Restrepo (1929-1966)”, *Filosofía.org*, disponible en: <<https://www.filosofia.org/ave/001/a230.htm>>. (Consultado: 16/06/2024).

“Chile 1964: detallado el apoyo encubierto de la CIA en las elecciones de Frei. Registros operativos y políticas publicados por primera vez”, *The National Security Archive*, disponible en: <<https://nsarchive2.gwu.edu/news/20040925/index.htm>>. (Última fecha de consulta: 24 de junio de 2024).

ROMERO, Óscar Arnulfo, “La dimensión política de la fe desde la opción por los pobres. Una experiencia eclesial en El Salvador, Centroamérica”, *Koinonia*, 1980, disponible en: <<https://www.servicioskoinonia.org/relat/135.htm>>. (Consultado: 08/06/2024).

TARCUS, Horacio, “Gilly, Adolfo” en *Diccionario biográfico de las izquierdas latinoamericanas*, 2023, disponible en: <<http://diccionario.cedinci.org/gilly-adolfo/>>. (Consultado: 13/06/2024).



Unidad entre los movimientos sociales y los partidos de izquierda: un llamado de Gilly

Israel Jurado Zapata

PUEDJS-UNAM

INTRODUCCIÓN

La ola de violencia que azota América Latina, en que destacan los casos de México y Ecuador, donde la inestabilidad que enfrenta la nación andina debido a la corrupción de sus autoridades y el afianzamiento de organizaciones criminales en su territorio le hunde en la ingobernabilidad; o el caso de Argentina, donde el expolio y nuevo frenesí de privatizaciones a que está sometida con el capitalista libertario Javier Milei a la cabeza del gobierno, constituyen en esta tercera década del siglo XXI un formidable obstáculo para evitar que los proyectos políticos de izquierda echen raíces, se fortalezcan y brinden a la ciudadanía una alternativa real de bienestar, desarrollo y, sobre todo, de descolonización. Pero la propia conducta de los liderazgos de esas izquierdas también ha constituido un factor de desequilibrio y divisionismo dentro de las propias fuerzas progresistas, distanciándolas particularmente de las organizaciones de izquierda “radical” que protagonizan los movimientos sociales.

Los gobiernos progresistas en la región, tanto de la primera como de esta segunda ola, gestionaron nuevos derechos sociales y mejoraron otros ya existentes, hicieron transferencias directas de recursos a la población vulnerable y mejoraron la economía de millones de personas; pero poco afectaron los intereses del gran capital nacional y extranjero, ni mucho menos dismantelaron las bases del sistema de explotación capitalista o destruyeron el colonialismo interno aún vigente en todos estos países como herencia colonial y de la propia fundación de los Estados nacionales modernos. Más aún, a pesar de los discursos “antineoliberales” de estos gobiernos, la violencia simbólica y las subjetividades neoliberales siguen fuertemente presentes.

El cono sur del continente, y particularmente los países de Centroamérica —salvo quizá el especial caso de El Salvador—, siguen expulsando anualmente miles de migrantes que huyen de la pobreza, por ejemplo, por los efectos económicos de los bloqueos comerciales —como el que impuso Estados Unidos a Venezuela desde hace varios años—, y de la inseguridad pública, donde los cárteles de la droga, alimentados y solapados durante décadas por los gobiernos neoliberales, hacen estragos en el tejido social y se apoderan de territorios que han logrado controlar ante la incapacidad o la indiferencia de las autoridades federales, estatales o municipales, que no logran controlar la situación e imponer la legalidad y el estado de derecho.

Esta sigue siendo la realidad de muchos países con gobiernos de izquierda, y es el contexto en que Adolfo Gilly, emblemático historiador y pensador social, observó y pensó, quizá por última vez y a profundidad, la complejidad del reto que tenía frente a sí la región para lograr descolonizarse, sobre todo después de un siglo de crisis social y política que la asolaron; siglo donde serían los movimientos sociales un actor colectivo de central importancia para convertir la

lucha histórica de los grupos subalternos y explotados en una realidad y un proyecto de reconstrucción nacional y regional. Pero, tras décadas de violencia estructural en contra de estos, ¿qué propuso el historiador?, ¿cuál es el camino que deberían tomar las izquierdas latinoamericanas para enfrentar al sistema de opresión y al capitalismo salvaje?

En el siguiente trabajo trataremos de recuperar uno de los principales planteamientos realizados por Gilly al respecto de los retos que la izquierda necesita afrontar para sobrevivir al siglo XXI, lo cual resulta un análisis de gran actualidad ante las circunstancias que actualmente vivimos en México y América Latina, con una izquierda política cada vez más desdibujada y desideologizada, pragmática, vaya, que se aleja de sus objetivos “naturales”, mientras que hay una derecha que se radicaliza y encuentra nuevos canales de proselitismo político, junto a una ultraderecha religiosa y otra más que se puede calificar de neofascista, que tejen sus alianzas internacionales y tratan de normalizar sus discursos de violencia e intolerancia.

Por ello, caracterizaremos los ensayos del historiador condensados en el libro *El siglo del relámpago*, que a principios del siglo XXI se anticipaban ya a las necesidades de nuestro escenario político e histórico actual, lo cual logró el historiador después de un certero examen de lo que significó el siglo XX para la reacción en contra de los movimientos de izquierda (algunos armados) y la represión en contra de los movimientos sociales en general, así como para las luchas del sindicalismo obrero y del socialismo real.

MALESTAR POPULAR, CONVULSIÓN SOCIAL Y CRISIS: UNA VISIÓN GENERAL SOBRE EL SIGLO XX

Algo que caracterizó la historia del siglo XX fue el número de revoluciones ocurridas en muy distintas regiones del

planeta. Amplios y radicales movimientos armados, alimentados principalmente por campesinos (muchas veces liderados por intelectuales de las zonas urbanas), detonados por la crudeza de sus realidades materiales y lo insoportable de sus presentes vividos, e inspirados mucho más en la redención y las aspiraciones de sus ancestros —que también vivían en condiciones similares— que en una proyección y construcción planificada de un futuro deseable.¹ Con esta idea, el historiador Adolfo Gilly comienza a caracterizar la subalteridad de los movimientos sociales en el contexto del Estado nación.

Su relevancia como actores colectivos y motores de la historia y el cambio cuando se organizan en auténticos movimientos, se recupera y reflexiona a partir de los siete ensayos² que Gilly propuso en 2002 para comprender y comparar la historia del siglo XX como una disputa entre los explotados y desposeídos, y los dueños del capital y del poder, quienes, por cierto, tienen la capacidad de reestructurarse en cada crisis. Así, para el historiador, el siglo de las dos guerras mundiales se trata de un periodo hundido en la violencia y la crueldad —Auschwitz, Katyn, Hiroshima...—, y fue anunciado por tres grandes revoluciones: la mexicana

¹ Adolfo Gilly, *El siglo del relámpago. Siete ensayos sobre el siglo XX*.

² Los siete ensayos que se publicaron, a saber son: 1) “Globalización, violencia, revoluciones”, 2) “Izquierda y socialismo”, 3) “1968: la ruptura en los bordes”, 4) Babel y la ciudad futura”, 5) Mil novecientos ochenta y nueve”, 6) “América Latina, abajo y afuera”, y 7) “Una utopía cruel (Rue Descartes)”, que fueron presentados en diversos talleres, seminarios, cursos, coloquios y conferencias nacionales e internacionales, en diversos espacios universitarios e institutos de derechos humanos entre 1992 y 2002 por Adolfo Gilly, donde recupera los aspectos más relevantes de la última década del siglo XX, para esbozar un panorama general de todo el periodo, el cual se inaugura, según Gilly, con la Bella Época, surgida de la derrota de la Comuna de París, un gran y emblemático movimiento social.

de 1910, la china de 1911 y la rusa de 1917, así como iniciado con la confrontación mundial del capital contra la economía natural —la de las comunidades campesinas y espacios sociales “no capitalistas” (retomando aquí a Rosa Luxemburgo)—, el cual sería clausurado por una “nueva Bella Época” con el derrumbe de la Unión Soviética en 1991.³

Fue pues, un periodo de dictaduras y genocidios durante el cual se sucedieron confrontaciones que colocaron a la historia de la humanidad al borde del fin del mundo. Hay que destacar que en este periodo continuó la violencia militar colonial del siglo XIX, que se transformaría más tarde en presiones financieras e invasiones de producción industrial a gran escala contra los mercados de producción simple, artesanal, comunitaria, local, con tal de romper las estructuras socioeconómicas en que pudiesen subsistir esas economías naturales. Se trató, pues, de una nueva dinámica histórica de la invasión y el sometimiento de las sociedades del “Sur Global” al modelo de explotación capitalista,⁴ por lo que, los invadidos, los despojados, los explotados, jugarían un papel central en esta historia al luchar por sus derechos y su dignidad.

Aquí, una primera polémica es que la ruptura del orden, de la paz, del desarrollo, de la concordia, del diálogo, de la construcción y de la cooperación y solidaridad que se suele percibir como un “estado de excepción”, lo cual ocurría con una guerra “formal”, esto en los discursos “oficiales”, pero en realidad, ese cruel estado de excepción ha sido la regla general de este mundo terrible, regla que el sistema requiere para seguir funcionando en medio de la desigualdad según destaca Gilly. Así, retomando a Walter Benjamin, el historiador nos muestra cómo, en afán de alimentar indefinida-

³ Adolfo Gilly, *op. cit.*

⁴ *Ibid.*

mente el ciclo de valorización de mercancías, de la transformación de la tierra y el trabajo en mercancías, se hizo del despojo por violencia el mecanismo por antonomasia de la acumulación de capital en el proceso histórico del siglo XX.⁵ Es decir, las lógicas del saqueo a países ocupados o dominados políticamente continuó durante lo que se esperaba fuese un siglo luminoso debido a los grandes avances científicos de que era escenario.

LA REVOLUCIÓN DE LOS OPRIMIDOS

En medio de este panorama donde la violencia y la crueldad eran (y siguen siendo) la regla, aparecen los oprimidos y subalternos como los principales protagonistas del cambio y la dinámica histórico-social del periodo en cuestión, los cuales son orillados a la irrupción armada debido a las insostenibles condiciones materiales de subsistencia a que han sido sometidos por las élites explotadoras, las cuales se apropiaban del plusproducto social, lo han hecho históricamente, por lo que también esos explotados se nutren del recuerdo del sufrimiento de sus ancestros, del ánimo de venganza por la opresión sufrida. Es por ello que el historiador señala al complejo tejido de las relaciones de dominación y de dependencia como el lugar donde se cifra cada revolución.⁶

⁵ Proceso que, por cierto, fue precedido de la expansión colonial en África, Asia y Oceanía, así como hacia el oeste en Estados Unidos, durante el siglo XIX, una era “cruel de ejércitos coloniales (externos e internos); de las matanzas de los pueblos indígenas; de la expansión de las redes ferroviarias llevando los soldados, las mercancías y el mercado capitalista [...] trajo consigo decenas y decenas de millones de muertos por las armas y por el hambre e incalculables desastres ecológicos y naturales”, *ibid.*, p. 28.

⁶ La revolución es la ruptura violenta de la relación de dominación/subordinación históricamente dada con una élite que detenta el monopolio de la violencia legítima del Estado, *ibid.*, p. 19.

Así, las revoluciones del siglo XX se opusieron a la expansión de las relaciones capitalistas y a la mercantilización de todos los aspectos de la vida, pues colonizan no sólo los territorios, sino los cuerpos y hasta la forma de pensar de los oprimidos. Pero no toda oposición de los subalternos fue revolución; también hubo resistencias y rebeliones contra las diversas formas de hegemonía y dominación. Por ello, en su primer ensayo de este volumen, “Globalización, violencia y revoluciones. Nueve tesis”, Gilly destaca el anhelo por la redención entre los subalternos y oprimidos, donde el pueblo y sus prácticas sociales y organizativas son la base de la transformación, y cuyos imaginarios y prácticas simbólicas se diferencian de los que se generan entre las élites revolucionarias. Y es que la experiencia de explotación dota a las clases subalternas de diversos valores, normas e idiomas que se convierten en rasgos distintivos de la política del pueblo, permitiendo de esta forma, una más clara diferenciación con las élites.⁷

Esto constituye un gran acierto en su análisis, pues, ciertamente, otros procesos revolucionarios encabezados por la burguesía (que alguna vez fue la clase revolucionaria), como la misma Revolución Mexicana, terminaron fracturados por el distanciamiento y hasta la polarización ideológica entre las facciones revolucionarias, tal es el caso de Francisco I. Madero mandando al ejército federal contra Emiliano Zapata y Pancho Villa, caudillos del pueblo llano y raso que lo ayudaron a llegar a la presidencia, y quienes exigían el reparto agrario y el respeto a los procesos de transformación social, política y económica radical que ya impulsaban en sus regiones, como la expropiación de haciendas o ingenios azucareros en beneficio de los campesinos.

⁷ Guha, citado en Gilly, *op. cit.*, p. 25.

En la actualidad, los movimientos sociales subalternos se oponen a las nuevas modernidades del capital —como la globalización—, convirtiendo a la realidad social en el terreno de la lucha, de la organización y la resistencia que se oponen a los mecanismos de dominación y al instrumental ideológico de las élites, lo cual no impide la apropiación por parte de aquéllos, de las tecnologías de esa modernidad para coadyuvar a su lucha. Aquí, la insurrección de 1994 de los indígenas tzeltales, tzotziles, tojolabales y choles en Chiapas resulta uno de los principales referentes de esa batalla y de esas formas de apropiación, pues como es sabido, fueron de los primeros movimientos sociales en todo el mundo, en valerse de la Internet para dar a conocer su pensamiento, reclamos y posiciones ideológicas.

Lo cierto es que las nuevas condiciones de marginación, explotación y opresión resultantes de la imposición de los modelos político-económicos hegemónicos a los pueblos del Sur Global, constituyó un nuevo caldo de cultivo para el malestar y los deseos de autoliberación. Y es que el desmantelamiento de lo que llama nuestro historiador los “pactos sociales”, logrados precisamente por esos gobiernos entreguistas y subordinados a los intereses del gran capital internacional, tras décadas de lucha activa y de represión hacia los movimientos sociales, precarizó la vida de grandes sectores de la población y desarticuló gravemente las economías naturales, mientras se alcanzaba un nuevo nivel de acumulación de capital y la subsunción del conocimiento y los saberes de las sociedades del mundo.⁸

A partir de esto, señala Gilly que es la violencia del dinero (visible e invisible) lo que alimenta con mayor poder la mercantilización del espacio físico (los territorios), y somete al trabajo y a la vida al proceso de “valor que se valoriza”,

⁸ *Ibid.*, p. 33.

desde donde se está llevando al exterminio (por guerra o por pobreza) de los pueblos que se resisten o a los grupos humanos e individuos que no logran adaptarse o incorporarse al proceso de valorización universal del capital.⁹ Esto último resulta clave en la disputa por los sentidos comunes, pues los millones de desposeídos que viven en la marginalidad, y los miles que acaban viviendo en condiciones de indigencia, terminan siendo, desde el discurso capitalista, responsables de sus condiciones materiales de subsistencia por no haberse podido adaptar en una suerte de darwinismo social. Lo cierto es que, como lo señala el propio Gilly, “la violencia del capital trastoca profundamente todas las realidades sociales y resulta inclemente contra los más débiles”.

En este sentido, es necesario recalcar cómo el discurso de esta modernidad capitalista, encubre las condiciones de desigualdad que ha creado y profundizado el propio sistema-mundo capitalista, y en las que sus promotores y defensores pretenden sea desarrollada la “competencia” entre todos los sujetos y colectividades de las diferentes clases sociales como ámbito del ejercicio de las “libertades” que brinda dicho sistema y ellos construyen como concepto y práctica; condiciones que deben ser asumidas acríticamente por los oprimidos, aunque sean inclementes con ellos, no sólo en la retórica de las élites aventajadas, sino en las formas de violencia que hasta aquí hemos descrito apoyados por el historiador.

Por su parte, otro historiador, Eric Hobsbawm,¹⁰ ha destacado también la importancia del siglo XX como el periodo más convulso de la humanidad, no sólo por ser el escenario de las dos guerras mundiales, sino por el número de revoluciones que las precedieron y sucedieron, convirtiéndolo

⁹ *Idem.*

¹⁰ Eric Hobsbawm, *Historia del siglo XX.*

así en el periodo de mayor agitación en la historia, no sólo en lo social y político, sino en lo económico y cultural. Esto nos muestra la dimensión de lo que ha sido la lucha de los pueblos contra el capital y lo que han sido los momentos de crisis y disputa entre las propias potencias neocoloniales y capitalistas por los despojos de un mundo que hoy sigue repartiéndose desde nuevos esquemas de dominación, y cuyos estragos aún se padecen años después de las dichas crisis. Así, podemos entender que la ambición por la acumulación de riqueza y la apropiación del trabajo alimentó durante diferentes momentos del siglo la reestructuración capitalista y su aceleración mediante ondas expansivas del capital, tal y como lo señala Gilly.¹¹ Aquí, la distribución (o mejor dicho apropiación) de la riqueza generada como plusproducto social, por parte de las clases trabajadoras, juega un papel de central importancia.

Frente a esto, y como otra dimensión en que opera la apropiación del trabajo y la riqueza, cabe mencionar cómo el bloqueo extraterritorial impuesto unilateralmente por el gobierno de Estados Unidos en contra de Cuba y de Venezuela, grandes referentes de las luchas triunfantes de la izquierda latinoamericana, ha sido la estrategia de presión y “genocidio” con que la reestructuración capitalista pretende reestablecer el saqueo de esos territorios y lograr el derrumbe de sus regímenes socialistas que, si bien imperfectos, devolvieron la dignidad a sus respectivos pueblos, principalmente durante sus etapas revolucionarias. A partir de esto y de otros diversos factores, hoy estos países se encuentran en grave situación de vulnerabilidad. Y ni qué decir de los casos de Perú, Bolivia y Honduras, cuyos gobiernos progresistas también han sufrido los embates de las ultraderechas alineadas con Washington.

¹¹ Adolfo Gilly, *op. cit.*

MÉXICO Y LAS IZQUIERDAS EN LA ENCRUCIJADA DEL SIGO XXI

La acumulación capitalista en México, como lo señaló Gilly, no sólo creció a expensas de las formas económicas “precapitalistas” de las comunidades agrarias, sino que se articuló con el proceso mundial de expansión del capital, logrando el objetivo de acumular tierras gracias al despojo, y de separar a los trabajadores de sus medios de producción, dejándoles sólo su fuerza de trabajo para que se convirtiesen en trabajadores asalariados de los nuevos terratenientes.¹² Ésta es la base para la consolidación de la burguesía mexicana (así como de las históricas élites oligárquicas provenientes del periodo colonial) que, se puede considerar, construyeron una especial animadversión hacia los grupos étnicos que osaban resistir a sus despojos y abusos y defender sus territorios, y hacia las clases trabajadoras que pretendían organizarse colectivamente para defender sus derechos laborales ante los aparatos represivos (privados) de las empresas particulares o del propio Estado a favor de éstas.

Evidentemente, México es un caso emblemático en estas disputas y en el análisis de Gilly, así como en el papel que han jugado los movimientos sociales desde la Revolución Mexicana de 1910, pero, sobre todo, para la región latinoamericana en la actualidad, con los triunfos electorales del partido político: Movimiento de Regeneración Nacional (Morena) y sus aliados desde 2018 (partidos “rémoras” como el Verde Ecologista y el Partido del Trabajo), cuyo proyecto debía ser de izquierda, mas no ha trastocado las bases del sistema de explotación capitalista, y más bien le ha beneficiado mientras realiza transferencias directas de recursos para apoyar la supervivencia de los sectores sociales más

¹² Adolfo Gilly, *La revolución interrumpida*, p. 11.

vulnerables como su principal política pública. Esto ha dejado a su llamada “Cuarta Transformación” lejos de sembrar las bases para la correcta y concreta reivindicación de las clases trabajadoras, para su empoderamiento y para la defensa del plusproducto social en beneficio de las colectividades que lo producen.

Al respecto de esto, Boaventura de Sousa Santos, en un trabajo de 2010 intitulado *Descolonizar el saber, reinventar el poder*, problematiza precisamente el papel que ha jugado la teoría crítica occidental, aunque se puede y se debe aplicar a los partidos políticos de izquierda que recientemente han alcanzado el gobierno en diferentes países de América Latina, para los cuales existen diversos retos y dificultades, entre los cuales destaca uno muy especial para la imaginación política: “es tan difícil imaginar el fin del capitalismo como es difícil imaginar que el capitalismo no tenga fin”.¹³ Con ello, el autor cuestiona precisamente la incapacidad (o quizá soberbia) de las élites políticas de izquierda para voltear a ver y hasta aprender de los movimientos sociales, de las bases que se organizan e imaginan otros mundos, otras alternativas al modelo hegemónico de economía y práctica política.

En función de esta perspectiva, su argumento se torna incisivo hacia las limitadas opciones que las izquierdas políticas actuales han planteado para poder así desarrollar un *modus vivendi* con el capitalismo, que permita minimizar los costos sociales de la acumulación capitalista, mas no desmantelarla o transformarla radicalmente. Dichas formas políticas (*modus vivendi*) han sido —dice de Santos— la socialdemocracia, el keynesianismo, el Estado de bienestar y el Estado desarrollista.¹⁴ Actualmente, la gestión de estos

¹³ Boaventura de Sousa Santos, *Descolonizar el saber, reinventar el poder*, p. 11.

¹⁴ *Idem.*

gobiernos y proyectos de izquierda se ha limitado a significativas transferencias condicionadas de dinero a los grupos sociales considerados vulnerables, para mantener lo que estiman es el curso hacia un Estado “neodesarrollista” que articula el nacionalismo económico “mitigado” con la obediencia hacia la ortodoxia y las instituciones del capitalismo global.¹⁵

Es decir, que estos proyectos de izquierda no se han atrevido a contravenir las principales reglas con las que opera el modelo económico hegemónico, permitiendo así su continuidad y la perpetuación del proceso de acumulación. Estos gobiernos han imaginado el poscapitalismo a partir del capitalismo mismo.¹⁶ Esta ausencia de radicalismo entre las fuerzas políticas tradicionales de izquierda —las partidistas—, se vincula en cierta forma, señala este autor, con su renuncia a imaginar alternativas poscapitalistas —después del colapso del “socialismo real” (es decir, de la Unión Soviética y sus principales países satélites), a lo que yo agrego que, infortunadamente, también se debe a la distancia que han tomado —particularmente en México— de los movimientos sociales históricos (el indígena, el magisterial, el feminista y el estudiantil), así como a las lagunas dejadas por los procesos coloniales y por la vigencia de la colonialidad, que han impedido su autorreconocimiento en “otras” historias y epistemes.

¹⁵ Boaventura de Sousa Santos, *op. cit.*, p. 12.

¹⁶ *Idem.* Un caso emblemático fue el gobierno de Lula da Silva, entre el 2002 y el 2010 en Brasil, quien después de haber realizado importantes transferencias de recursos y ayudado a salir de la pobreza a miles de brasileños pobres, no pudo evitar que se gestaran las condiciones para el regreso de la ultraderecha al poder político al mando de Jair Bolsonaro. De igual forma, no tocó los intereses de la élite bancaria ni del mercado.

Las izquierdas partidistas, como la mexicana, han optado por mantener en la subalteridad a ese “otro” que integra al movimiento social, que ha sido el subalterno histórico, comportándose como las élites que juraron combatir; han optado por reproducir criterios de pragmatismo político y diferencias que los alejan de los activistas sociales, dejándolos —como lo hace Occidente en su papel de hegemonía violenta— en la dimensión de lo extraño, lo incomprendido. Por ello es que Boaventura de Sousa considera imprescindible detonar un proceso político que permita la transformación de las mentalidades y las subjetividades. De no ser así, estas izquierdas estarán reproduciendo lo que José Mariátegui denominó el “pecado original de la Conquista”, es decir, “el pecado de haber nacido y haberse formado sin el indio y contra el indio”.¹⁷

Esa ha sido la historia de los países de América durante los últimos 500 años, cimentada en el despojo y el sometimiento de los pueblos indios y el trabajo de los contingentes de africanos traídos bajo el sello de la esclavitud, lo cual tuvo continuidad —con mayor severidad inclusive que el colonialismo instaurado por las potencias europeas del siglo XVI— en la forja de los Estados nacionales modernos, donde hubo auténticas campañas de etnocidio y aculturación. Allí se sobreexplotó y a la vez se marginó a estos grupos en un contexto político en que ese mismo Estado se negó históricamente a reconocerlos étnica y culturalmente, mientras los relegaba a una ciudadanía de tercera o de cuarta, no obstante que su trabajo siguió siendo la base de la economía, sobre todo tras su paulatino proceso de proletarianización. Frente a esto, cabe destacar una aportación más para la presente reflexión, del trabajo citado de Boaventura de Sousa Santos: la sociología de las ausencias.

¹⁷ José Carlos Mariátegui, como se cita en Sousa, *op. cit.*

Esta categoría nos permitirá comprender la importancia del llamado de Gilly: “unidad entre los movimientos sociales y los partidos de izquierda”, para superar ese largo trayecto de lucha del siglo XX, en que el gran capital ha tratado de instaurar nuevas formas de colonialismo y dependencia en el Sur global. La sociología de las ausencias —que se define como la lógica de la producción de inexistencia, que se ha venido desarrollando desde una serie de escalas “dominantes” y ha sido elaborada y legitimada por la razón eurocéntrica— contrapone de forma dominante la epistemología del “Norte global” a una epistemología “del Sur” que trata de ser así sometida, borrada, vuelta ausente.¹⁸ Mientras tanto, se ha reproducido la llamada “monocultura de tiempo lineal, donde la historia tiene sentido y dirección únicos y conocidos” —el progreso de la civilización de tipo occidental—, orientado por sus concepciones de modernización, desarrollo, crecimiento y globalización.

Desde esta lógica, Occidente —como hegemonía— ha producido la “no existencia”, dice Santos, declarando atrasado todo lo que, según la norma temporal, es asimétrico con relación a lo que es declarado y reconocido como “avanzado”. En los términos de esta lógica, la modernidad occidental ha producido la “no contemporaneidad” de lo contemporáneo.¹⁹ Y desde allí, la moderna y contemporánea izquierda partidista (progresista) se vuelve soberbia y considera no contemporáneos a los movimientos sociales populares, sobre todo si son indígenas, los cuales nuevamente, como en la época del liberalismo decimonónico, son considerados obstáculos para el progreso contemporáneo y modernizante al que se aspira, sus saberes y concepciones de la naturaleza y de las prácticas

¹⁸ *Ibid.*, p. 22.

¹⁹ *Ibid.*, pp. 22-23.

de intercambio son limitantes para la generación de riqueza y la explotación de los recursos.

Así —y ya lo han demostrado algunos líderes partidarios de la “izquierda” morenista en México— asignan el carácter de residual (otro concepto trabajado por Santos), dan la forma de “residualización” a las bases sociales de la izquierda popular, a los movimientos sociales radicales que, por su carácter “popular”, plebeyo, vulgarizante, es probable, según esas visiones, que no entiendan los motivos del pragmatismo que hoy define sus acciones y estrategias políticas de élites, de los que “sí saben lo que se debe hacer”. Por ello, la no contemporaneidad de los movimientos sociales los reduce a lo obsoleto, a lo premoderno, a lo simple, y hasta a lo subdesarrollado, vaya, a todas las formas sociales de “inexistencia” y “residualización”,²⁰ todo lo cual parece haber sido asumido por las actuales élites partidistas de la izquierda política mexicana.

HACIA LA MODERNIDAD DESCOLONIZANTE

Para Gilly,²¹ las luchas sociales constituyen un cúmulo de experiencias, las cuales se condensaron en un escenario muy particular: el proceso álgido de la Guerra Fría que, después de las derrotas del imperialismo en Vietnam y otro poco en Corea, se había trasladado al Medio Oriente, a Afganistán y, sobre todo, a América Latina, donde la Revolución Cubana se había convertido en un ejemplo y, por lo tanto, constituía un peligro para los intereses de Estados Unidos. A partir de estos procesos, los movimientos de 1968 y 1969 se convirtieron en el cúmulo de esas experiencias, mismas que se habían desarrollado principalmente en las décadas de los

²⁰ *Idem.*

²¹ Adolfo Gilly, *El siglo del relámpago...*

cincuenta y sesenta con la acción política de los movimientos sociales de izquierda, las guerrillas de liberación nacional y las luchas obreras (por ejemplo, para el emblemático caso mexicano, se reactivaron durante esas décadas los movimientos de ferrocarrileros, enfermeras y estudiantes), así como de las luchas por los derechos civiles (principalmente en Estados Unidos).

El historiador consideró que estos movimientos en conjunto, pero particularmente los del 68 y 69, abrieron un verdadero “ciclo histórico” para la izquierda a nivel mundial (por ejemplo, África y Cochinchina, que lucharon por su descolonización mediante la táctica de guerrillas), y se logró su expansión desde la cultura política con la proliferación de organizaciones campesinas, estudiantiles, obreras y sindicales.²² También fue el contexto para una nueva emergencia de partidos políticos y corrientes de izquierda que lograrían un gran impacto en sus diferentes regiones. Pero ello también estimuló el caudal de respuestas represivas de los intereses económicos más poderosos del sistema imperialista.

En suma, la complejidad de estas organizaciones de izquierda y la profundidad de esas corrientes políticas tendría su contraparte en la reestructuración del proceso de acumulación de capital, el mismo que tomó la forma que hoy denominamos globalización, con lo cual, dice Gilly, se cierra el ciclo de “modernización de larga duración”,²³ orientada por los intereses del gran capital que planteó, en primera instancia, el desmantelamiento progresivo del Estado benefactor. Cabe señalar que este proceso de reestructuración del capital requirió del desarrollo acelerado de las fuerzas productivas como su principal eje, particularmente apoyado en el desarrollo de las nuevas tecnologías digitales, a partir

²² *Ibid.*

²³ *Ibid.*

de lo cual, por cierto, se ha venido dando el desplazamiento del monopolio de la violencia legítima a manos de ciertas esferas de poder “supranacionales”, cuya máxima expresión orgánica ha sido Estados Unidos.²⁴

Por ello, la historia constituye para Gilly un componente esencial de la memoria colectiva, es el motor de estas luchas, la sangre de los movimientos, la huella de un proceso que permite a los grupos subalternos reconocerse y reconocer su papel en la construcción de la sociedad moderna, lo cual se contrapone con un peso específico a las visiones dominantes de las élites, que pretenden imponer la idea de un “determinismo inexorable” de Occidente, en el hombre, en la historia y en la sociedad, de sus concepciones de progreso y de lo moderno, de lo civilizado, lo democrático y de lo justo. Es por ello que, como parte de los fenómenos de la modernidad, el pensamiento de los movimientos indígenas, de las clases trabajadoras, de los subalternos, así como sus demandas, propuestas y formas organizativas, representan el corolario de una memoria histórica de profundidad espacio-temporal y una verdadera pedagogía de la liberación que hoy, más que nunca, se presenta como alternativa al socialismo real, distante de recobrar la fuerza que alguna vez tuvo.

Al respecto de los saberes desde los que se construyen estas alternativas en el caso de América Latina, Boaventura de Sousa ha destacado que, precisamente las movilizaciones, protestas, resistencias y defensas del territorio y la autonomía durante el siglo XX y en lo que va del XXI, “fueron protagonizadas por grupos sociales integrados por indígenas, campesinos, mujeres, afrodescendientes, piqueteros,

²⁴ Imanol Ordorika, reseña de “El siglo del relámpago” de Adolfo Gilly, *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, pp. 277-280.

desempleados, cuya presencia en la historia no fue prevista por la teoría crítica eurocéntrica”.²⁵ Éstos se han organizado de muy diversas formas, dígame movimientos sociales, comunidades eclesiales de base, piquetes, autogobiernos, organizaciones económicas populares, etcétera; todas, muy distintas de las privilegiadas por la teoría crítica y las visiones que prioriza el pensamiento occidental (aunque sea crítico): el partido político.

Otro aspecto importante que resulta preciso destacar es que estos protagonistas de los movimientos no habitan los centros urbanos industriales, sino lugares remotos, en las alturas de los Andes o las llanuras de la selva amazónica, en las selvas centroamericanas y en el mundo rural y marginado de la América Latina. Aunque quizá lo que resulta más contundente de todo este balance es que estos movimientos suelen romper con la hegemonía occidental desde lo epistemológico, e inclusive expresan sus luchas en sus lenguas originarias —cuando se trata del movimiento indígena principalmente— y no en el idioma dominante e impuesto por procesos de aculturación, es decir, en las lenguas que Santos llama “coloniales”.²⁶ Es decir, su proceso de emancipación ha tomado cauces tan radicales que ni siquiera precisan del pensamiento crítico surgido en Occidente, sino que se liberan desde sus propias tradiciones del pensamiento.

Cuando sus demandas y aspiraciones son traducidas —en las lenguas coloniales—, no emergen los términos familiares en las tradiciones del pensamiento crítico que trata de reproducir la izquierda latinoamericana, como lo son: socialismo, derechos humanos, democracia o desarrollo, sino más bien: dignidad, respeto, territorio, autogobier-

²⁵ Boaventura de Sousa Santos, *op. cit.*

²⁶ *Ibid.*, p. 17.

no, el buen vivir, la Madre Tierra.²⁷ Esto resulta de central importancia, pues un acercamiento de los partidos políticos de izquierda a los movimientos sociales necesariamente debe contemplar una dimensión intercultural, lo cual, junto con las innovaciones que logran dichos movimientos, no sólo en el aspecto organizativo, sino en sus procesos de apropiación de las nuevas tecnologías de la comunicación como lo son las redes sociodigitales, desde donde logran contrarrestar la infodemia y los ataques de los medios corporativos de comunicación, constituye un auténtico desafío para la imaginación política progresista.

Es aprender de ellos a construir las alternativas al poscapitalismo y al poscolonialismo, fuera del capitalismo y del colonialismo. Por ello es que, retomando la propuesta de Boaventura de Sousa, las luchas populares deben ser reconocidas como ejemplos de modernidad descolonizadora y de un pensamiento emancipador que se vuelve maestro que se concreta al convertirse en praxis. Y si bien, ciertamente, el propio Gilly advierte sobre ser cuidadosos y evitar la idealización de las “economías naturales” —en las que también han existido relaciones de dominación, injusticias y conflictos—, igualmente es cierto que, en el análisis, el diálogo (y el aprendizaje) con estas tradiciones está —como dice el propio Gilly— una oportunidad para lograr la reestructuración política desde las izquierdas.

HACIA EL FUTURO DE LAS IZQUIERDAS EN AMÉRICA LATINA: A MODO DE REFLEXIÓN FINAL

Como mencionamos al principio, la región latinoamericana vive un proceso de cierta efervescencia de gobiernos de izquierda llevados al triunfo electoral gracias al impulso de

²⁷ *Ibid.*, pp. 17-18.

los movimientos sociales, de forma directa o indirecta, pues, como es el caso de México, el movimiento indígena de los zapatistas no comulgaba con el partido-movimiento Morena, ni con su dirigente Andrés Manuel López Obrador y otros de los liderazgos de la organización; no obstante, sus críticas incisivas hacia el neoliberalismo han contribuido históricamente a transformar conciencias e impulsar los cambios democráticos que requiere un país tan expoliado como México.

Sin embargo, dichos partidos de izquierda en el poder han buscado la coexistencia con el modelo de explotación capitalista, por lo que los mecanismos mediante los cuales se encubren y renuevan las prácticas efectivas de colonización y subalternización siguen reproduciéndose, retrasando así la implementación de una auténtica práctica descolonizadora; práctica que pueda reemplazar las medidas de despresurización del descontento social que significan las transferencias directas de recursos a los sectores más desfavorecidos y vulnerables del sistema; práctica que se ha realizado en el Brasil de Lula, en la Argentina de los Kirchner, la Guatemala de Arévalo y en el México de López Obrador, por citar algunos ejemplos.

De ahí la importancia del llamado de Adolfo Gilly a construir la unidad entre los movimientos sociales y los partidos de izquierda, un encuentro que permita reconocer el valor pedagógico de las luchas del pasado (ejemplos de descolonización), y hasta retomar el bilingüismo, tal y como ya lo ha señalado Silvia Rivera Cusicanqui, como una práctica descolonizadora que permitirá crear un “nosotros” de interlocutores/as y productores/as de conocimiento, desde formas dialogales de construcción de conocimientos.²⁸ Es decir, en los movimientos sociales se impulsaron las causas

²⁸ Silvia Rivera Cusicanqui, *Ch'ixinakax utxiwa. Una reflexión sobre prácticas y discursos descolonizadores*.

de la izquierda partidista y política, y es en éstos en los que se legitima el poder, se alcanza la gobernanza y se orienta la acción política sustantiva.

Por ejemplo, está la apuesta del movimiento indígena por una modernidad centrada en la noción de ciudadanía que no busca la homogeneidad sino la diferencia, para construir una sociedad plural y deseable, que sume y aproveche, mas no que reste y deseché.²⁹ Se trata también de la revaloración de lo popular, cuya potencia es cuestionar a las clases dominantes por hacer de la nación cívica una ilusión de resultados (es decir, una ciudadanía excluyente), y desde donde se hace posible la invisibilidad/exclusión de las naciones étnico-culturales.³⁰ Es por ello que, a partir del análisis de los hechos y disputas del siglo XX, Gilly considera la posibilidad de construir un “programa máximo de derechos sociales y políticos”, a partir de la suma de todas esas experiencias de lucha que están vivas en los movimientos sociales.

Se trata de construir un camino efectivo hacia la justicia y una sociedad igualitaria, con un programa que sea la suma de las izquierdas sociales y políticas, que permita la “reestructuración de la política y del Estado” y alcanzar los ideales democráticos. El logro de un programa conjunto a partir de esta articulación es, según Gilly, la única vía para evitar que las élites políticas de izquierda se burocraticen y se asimilen a la clase política dominante,³¹ tal y como hemos presenciado en México en los últimos seis años con los líderes del partido progresista o de izquierda moderada en el poder, que hacen alianzas con empresarios neoliberales, protegen los intereses del gran capital y caen en el pragmatismo político sumando desertores, personajes señalados de

²⁹ *Ibid.*

³⁰ *Ibid.*, p. 13.

³¹ Adolfo Gilly, *El siglo del relámpago...*

corrupción y traidores provenientes de partidos de derecha sólo para sumar votos en los congresos, antes que respetar su ideología crítica.

En el ensayo intitulado “Babel y la ciudad futura” del mismo libro aquí en cuestión, Gilly caracteriza la derrota y fragmentación de la izquierda donde, como mencionamos arriba, tuvo mucho que ver el colapso del llamado “socialismo real”, pero ello se puede interpretar como parte, precisamente de esa dependencia de Occidente que ha permeado inclusive en los movimientos políticos de izquierda, de la izquierda política o partidista, por lo que, al parecer, se quedó sin alternativas y atada a discursos obsoletos. Por ello, coincidimos con el historiador sobre su énfasis en que son los sectores subalternos de la sociedad contemporánea la real vía para la construcción dinámica de las fuerzas que puedan vencer a la reacción del capitalismo y alcanzar la justicia social.

FUENTES CONSULTADAS

GILLY, Adolfo, *La revolución interrumpida*, México, Ediciones Era, 2022.

———, *El siglo del relámpago. Siete ensayos sobre el siglo XX*, México, La Jornada Ediciones, 2002.

HOBSBAWM, Eric, *Historia del siglo XX*, Buenos Aires, Editorial Crítica, 1998.

ORDORICA, Imanol, reseña de “El siglo del relámpago” de Adolfo Gilly, *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, XLV, núm. 186, 2002, pp. 277-280.

RIVERA CUSICANQUI, Silvia, *Ch'ixinakax utxiwa. Una reflexión sobre prácticas y discursos descolonizadores*, Tinta Limón Ediciones, 2010.

SOUSA SANTOS, Boaventura, *Descolonizar el saber, reinventar el poder*, México, Ediciones Trilce, 2010.

Adolfo Gilly: pasión y razón por la universidad pública y los movimientos estudiantiles

Miguel Ángel Ramírez Zaragoza

PUEDJS-UNAM

Roberto Osorio Orozco

PUEDJS-UNAM

INTRODUCCIÓN

El presente trabajo tiene la intención de realizar un breve pero sentido homenaje al profesor Adolfo Gilly, a quien consideramos un gran intelectual que no sólo supo leer e interpretar su tiempo, sino que buscó, por los medios a su alcance, transformarlo para que las futuras generaciones vivieran en una sociedad más justa y democrática. Como todo gran pensador preocupado y ocupado por su sociedad, Gilly reflexionó sobre el Estado, la política y el cambio social, y puso especial atención en el poder de la educación pública y la universidad como espacios de disputa política y como elementos para contribuir a la transformación social. En ese cometido, don Adolfo fue consciente de la importancia de los movimientos estudiantiles que veía como formas de acción colectiva que permitían a los y a las activistas ser sujetos políticos con capacidad de agencia y gran sentido crítico. Por

ello, no sólo reflexionó sobre su importancia en la sociedad, sino que fue un firme defensor de las luchas estudiantiles.

Gilly se ganó el cariño, el respeto y la admiración de los universitarios al saber mezclar perfectamente la reflexión académica y la militancia,¹ o como decimos nosotros, la razón y la pasión. Es posible observar en Gilly una praxis política que en el fondo era una praxis democrática y democratizadora que se valía de la academia y la acción política para generar ideas y acciones a favor de un cambio político que beneficiara al pueblo, a los de abajo, a los explotados. En don Adolfo es posible observar la razón de un intelectual agudo que teoriza y analiza con rigurosidad al tiempo de mirar la pasión de un militante indignado por la injusticia que grita y se moviliza.

EL INTELECTUAL COMPROMETIDO

Adolfo Gilly fue un gran intelectual argentino nacido en la ciudad de Buenos Aires el 25 de agosto de 1928. Su nombre está ligado a las luchas de la izquierda latinoamericana, uniéndose a una lista de grandes pensadores y luchadores sociales —que nos han dejado en estos últimos años— en la que destacan los nombres de Pablo González Casanova y Enrique Dussel. Su juventud y sus ideales de justicia social lo llevaron a ser un firme defensor de la libertad y un férreo opositor de los regímenes autoritarios y represores que le tocó padecer en su país natal, ello le permitió construir sólidas bases para pensar que la democracia y el socialismo eran los caminos por donde deberían transitar nuestras sociedades.

¹ Arturo Cano, “Gilly fusionó la reflexión académica con la militancia”, *La Jornada*. En: <<https://www.jornada.com.mx/notas/2023/07/05/politica/gilly-fusio-no-la-reflexion-academica-con-la-militancia/>>.

Gilly fue un destacado profesor de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), donde contribuyó a la formación de distintas generaciones que abrevaron de su sabiduría, su erudición y su firme compromiso con una ciencia social objetiva pero no neutral, una ciencia social con rigor académico pero que tuviera a la vez la firme intención de incidir en la transformación social. Estaba convencido de que no era suficiente interpretar el mundo cuando era menester transformarlo. La academia y la investigación tenían, en su concepción, un imperativo ético y político, el cual difícilmente podían evadir, aunque siempre estuviera presente la intención de los grupos conservadores de que actuaran con una asepsia que las despojaría de su politicidad.

El profesor y militante desarrolló también una amplia labor periodística como colaborador de los diarios *Unomásuno* y *La Jornada*. Desde estos espacios, que en sus orígenes enarbolaban las aspiraciones de amplios sectores que buscaban la democratización del país y pugnaban por un cambio social, defendió las causas populares como el zapatismo, el (neo)cardenismo, los movimientos estudiantiles y la aparición con vida de los 43 normalistas de Ayotzinapa, por mencionar sólo algunos ejemplos.

Su cercanía con la izquierda social y política mexicana lo llevó a tener una estrecha relación con personajes políticos de la talla del subcomandante Marcos o el ingeniero Cuauhtémoc Cárdenas, tres veces candidato presidencial por la izquierda partidista mexicana y un gran referente en las luchas por la democratización. Gilly era un cardenista convencido, pues no sólo había escrito y teorizado sobre lo que consideraba la etapa más importante en la era posrevolucionaria, a saber, el cardenismo, en su genial *El cardenismo. Una utopía mexicana*, sino que había apoyado con pasión las iniciativas políticas del hijo del general,

sumándose a las campañas de Cuauhtémoc Cárdenas en busca de la presidencia de la República. Esa cercanía con el (neo)cardenismo le habría traído, paradójicamente, un alejamiento con la causa zapatista que, podría decirse, fue la otra lucha que enarboló con pasión y con “razón ardiente”, como lo dejó escrito en su libro *Chiapas: la razón ardiente*.

GILLY Y LOS MOVIMIENTOS ESTUDIANTILES

Como todo buen intelectual de izquierda, Adolfo Gilly supo leer su tiempo con la razón, pero también con la pasión necesaria para situarse siempre del lado correcto de la historia; del lado del explotado y oprimido que busca su emancipación; del lado del pueblo que busca, sueña, exige y construye democracia, libertad y justicia. Gilly fue un intelectual comprometido con los de abajo que, sin renunciar a su faceta académica, cuestionó frontal y abiertamente al poder. Como profesor de la UNAM tuvo siempre cercanía con los y las jóvenes estudiantes, de quienes admiraba su compromiso y capacidad de defender su universidad y sus derechos. Esa cercanía lo llevó siempre a buscar entender sus causas, sus convicciones y sus deseos para acompañarlos y solidarizarse con ellos, siempre con un gran respeto, pero también incorporando posiciones críticas. De esta manera, es posible rastrear en la trayectoria político-académica del maestro Adolfo Gilly un posicionamiento claro y firme de apoyo y solidaridad con diversos movimientos estudiantiles, dentro y fuera de la UNAM, que lo llevaron también a defender el carácter público y gratuito de nuestra universidad.

PARTICIPACIÓN ESTUDIANTIL DE ADOLFO GILLY

Don Adolfo se inició en la militancia en las filas de la Agrupación Socialista de Estudiantes Secundarios (ASES) en la Escuela Normal “Mariano Acosta”, en su natal Buenos Aires. En esta agrupación contribuyó con la edición de la revista *Rebeldía*, en la que también se desempeñó como escritor. Su estancia en esta agrupación fue breve, pues sus acciones, así como las de otros jóvenes en la revista fueron consideradas “demasiado izquierdistas” (radicales) por parte de la dirección del Partido Socialista. Posteriormente, su militancia encontraría cauce en las luchas del movimiento obrero argentino, formando parte, por ejemplo, de la organización Movimiento Obrero Revolucionario.²

Existe, pues, una temprana inquietud e interés en don Adolfo por formar parte de organizaciones de izquierda que emergían en un contexto argentino en el que el peronismo y el golpe militar en la década de los cuarenta influirían de manera relevante en la vida política de su país. En ese sentido, consideramos que su formación como intelectual no puede ser concebida sin tomar en cuenta su formación como militante. Hablamos, pues, de un intelectual que vino de la militancia y que escribió la historia como militante. Un ejemplo de esto se puede hallar en su obra *La revolución interrumpida*.

Es importante traer lo anterior a la reflexión, porque cuando nos referimos a Adolfo Gilly como un intelectual formado en la militancia, esto no es un hecho menor, pues estamos hablando de alguien que entiende la historia desde las clases subalternas, desde los sectores oprimidos. Él

² Hernán Ouviaña, “Adolfo Gilly: revolucionario e historiador de los mil caminos”, *Desinformémonos*. En: <<https://desinformemonos.org/adolfo-gilly-revolucionario-e-historiador-de-los-mil-caminos/>>.

mismo afirmaba: “mi compromiso inicial con el movimiento revolucionario llegó primero, los libros después. Lo que leía parecía de veras que confirmaba lo que mi experiencia y mi intuición ya me habían indicado”.³ Esto propició, además, como lo comenta Rhina Roux, que su acercamiento con las luchas sociales le permitiera entender la historia no como una simple sucesión cronológica de hechos muertos, sino como acciones humanas.⁴ Es un intelectual que comprende la historia enfocando su mirada hacia los sectores de abajo, hacia el mundo subalterno en el que se encuentra el campesino, el indígena, el obrero, el estudiante, etcétera.

GILLY Y LOS MOVIMIENTOS DE 1968 Y 1971

Entre los intelectuales de izquierda que entendieron la trascendencia del momento histórico de 1968 se encuentra Adolfo Gilly. Él entendía que el 68 mundial no había sido un inicio, sino la culminación de un proceso histórico-social que exigía cambios profundos del sistema político mexicano.⁵ Como buen conocedor de los sectores subalternos (de los cuales se sentía aliado), identifica que la trascendencia del movimiento estudiantil radica en su capacidad de articulación con otros sectores de la subalternidad que venían movilizándose décadas atrás, contribuyendo a fortalecer coyuntural y estructuralmente las luchas de la izquierda. En ese marco, observó en los estudiantes una lucha legítima y necesaria desde el campo de la educación en un momento de cambios significativos por la reestructuración del proceso

³ *New Left Review*, “Lo que existe no puede ser verdad”, [Entrevista a Adolfo Gilly], pp. 28-46.

⁴ Rhina Roux, “Adolfo Gilly y México”, [Video], *Perspectivas históricas*. En: <<https://www.youtube.com/watch?v=5RWo5pz4Wlw>>.

⁵ Adolfo Gilly, *El siglo del relámpago. Siete ensayos sobre el siglo XX*.

de acumulación capitalista que posteriormente se conocería como *globalización neoliberal*.⁶

A don Adolfo le tocó vivir los acontecimientos del movimiento del 68 estando recluido en la prisión de Lecumberri. En una entrevista realizada en 2010 para la *New Left Review* contó que bajo las condiciones del encierro sus medios para informarse acerca de lo que estaba sucediendo con el movimiento eran la televisión, los periódicos y el contacto mínimo con personas del exterior. Él se enteró de la represión cuando el número de prisioneros aumentó en Lecumberri tras la masacre de Tlatelolco.⁷ Posteriormente, en el mes en el que se publicó *La revolución interrumpida*, sucedió la represión estudiantil conocida como El Halconazo, en junio de 1971. Adolfo Gilly se enteró de lo sucedido mientras continuaba preso en Lecumberri, a unos meses de ser liberado. Al igual que con el 68, le tocó vivir el suceso de manera aislada, condicionado al encierro.

Esta forma de vivir los acontecimientos de represión contra el movimiento estudiantil no le fue ajena, no sólo por lo que vivía como preso político del Estado mexicano, sino además porque de joven había participado activamente como estudiante, formando parte de la ASES, perteneciente al ala izquierda del Partido Socialista de Argentina.⁸ Es decir, el activismo estudiantil también fue parte de su formación política de izquierda y, por lo tanto, de su visión crítica sobre el estudiante organizado.

⁶ *Ibid.*

⁷ *New Left Review*, "Lo que existe no puede ser verdad", pp. 28-46.

⁸ Horacio Tarcus, "Adolfo Gilly (1929-2023), cronista del siglo XX", *Jacobin*. En: <<https://jacobinlat.com/2023/07/11/adolfo-gilly-1928-2023-cronistadel-siglo-xx/>>.

GILLY Y EL CONSEJO ESTUDIANTIL UNIVERSITARIO

El primer intento privatizador de la UNAM se dio en 1986, cuando el entonces rector Jorge Carpizo propuso el cobro de cuotas como parte de un conjunto de reformas estructurales de carácter neoliberal conocidas como el “Plan Carpizo”. La reacción de los estudiantes no se hizo esperar y se conformó un amplio movimiento estudiantil protagonizado por el Consejo Estudiantil Universitario (CEU). Adolfo Gilly apoyó desde un principio esa lucha, al considerar que se trataba de un intento por dismantelar el proyecto cultural y político que significaba la universidad más importante del país, y por ser una ofensiva desde el poder que quería instaurar el neoliberalismo en la máxima casa de estudios. No sólo estuvo codo a codo con los y las estudiantes en las marchas y en las asambleas, sino que fue asesor de los estudiantes en los diálogos del CEU con las autoridades universitarias.

Para Gilly, el movimiento del CEU fue importante porque permitió que la UNAM siguiera siendo pública y porque detuvo las reformas que atentaban contra la gratuidad y el carácter público de la educación. La lucha del CEU tuvo como eje fundamental “defender un principio sustantivo de la República: la gratuidad de la educación en todos sus niveles, que no sólo es un deber del Estado, sino una misión de la República”, enfatizó categóricamente Gilly años después.⁹

GILLY Y EL CONSEJO GENERAL DE HUELGA

El nuevo intento de las autoridades universitarias por cobrar cuotas, accediendo a presiones del Gobierno federal que a

⁹ Desinformémonos, “El movimiento del CEU triunfó por permitir que la universidad fuera pública”, *Desinformémonos*. En: <<https://desinformemonos.org/movimiento-del-ceu-triunfo-permitir-la-unam-publica/>>.

su vez seguía mandatos del Fondo Monetario Internacional, desencadenó una nueva resistencia estudiantil en 1999. El 20 de abril de ese año, la UNAM amanecía con una huelga en la que participaban miles de estudiantes que acudían al llamado para defender a su universidad. Desde un inicio, don Adolfo manifestó su apoyo a los estudiantes y su rechazo a la neoliberal medida, que era parte del proyecto del entonces hegemónico régimen priista. Además, la claridad política de Gilly lo hacía conocedor de que las cuotas eran sólo la punta del *iceberg* de un proyecto mayor de desmantelamiento de la universidad y un nuevo intento por revivir la fallida estrategia del Plan Carpizo. Para Gilly, los agravios cometidos por las autoridades contra los estudiantes eran la razón principal de la rebelión estudiantil, como le gustaba llamar al movimiento encabezado por el Consejo General de Huelga. Ante el alargamiento del conflicto, para Gilly era claro que

La amplitud y duración del movimiento de la UNAM rebasa, por su sola presencia objetiva, la cuestión de las cuotas. Denota un malestar mucho más generalizado que toca al conjunto del sistema educativo y, más allá, a las relaciones entre gobierno y sociedad, y entre gobernantes y gobernados en este país.¹⁰

Junto con otros destacados universitarios como Imanol Ordorica,¹¹ Gilly cuestionó a las autoridades de la UNAM que daban largas a los estudiantes y les arrebataban banderas para deslegitimarlos, como fue el caso de la exigencia de un

¹⁰ Adolfo Gilly, "UNAM: el motivo y el agravio", *La Jornada*. En: <<https://www.jornada.com.mx/1999/05/10/gilly.html>>.

¹¹ Adolfo Gilly e Imanol Ordorica, "UNAM: plebiscito y congreso", *La Jornada*. En: <<https://www.jornada.com.mx/2000/01/19/gilly.html>>.

congreso democrático y resolutive que al final incluyeron las autoridades como parte de las preguntas del plebiscito que sirvió para justificar la ominosa entrada de la Policía Federal Preventiva a la UNAM, en febrero del año 2000, violando la autonomía universitaria. Ante este hecho, las protestas de Gilly no se hicieron esperar y fue común verlo luchar por la liberación de los presos políticos, reivindicando la lucha estudiantil como un triunfo, a pesar de la fuerte represión. En un texto titulado “El pueblo defenderá a los suyos”, Gilly escribió: “El gobierno federal nunca pensó en ceder o en negociar las cuotas ni la gratuidad ni su proyecto de universidad. Nunca. Sólo trató de ganar tiempo para desarticular al movimiento estudiantil que le resistía”.¹² Don Adolfo remata ese texto aludiendo al pueblo que siempre ha defendido a sus estudiantes: “el pueblo de siempre, el pueblo que trabaja, el pueblo pobre, ofendido y expropiado, este pueblo de México defenderá a los estudiantes, defenderá a los suyos. Y sus estudiantes, desde la cárcel y fuera de ella, sabrán resistir y defender a su universidad y a su país”.

GILLY Y EL #YOsoy132

Para don Adolfo, el movimiento #YoSoy132 logró poner en el centro de la *política* la cuestión de lo *político*, es decir, logró cuestionar el ejercicio de la política como práctica de las oligarquías, para ubicar en el centro la cuestión de lo político: que entendía como la forma de hacer de la política una cosa común. En su perspectiva, este movimiento cuestionó las formas en las que se suele hacer política en México, señalando las prácticas de los empresarios, de las empresas de comunicación y de la propia clase política que expropiaban el

¹² Adolfo Gilly, “El pueblo defenderá a los suyos”, *La Jornada*. En: <<https://www.jornada.com.mx/2000/02/07/gilly.html>>.

tema de lo político para su beneficio e intereses, monopolizando para ellos el ejercicio de la política como cosa exclusiva de los profesionales, de los que saben. No obstante, los estudiantes del #YoSoy132, siguiendo a don Adolfo, impulsaron la capacidad de decidir sobre los asuntos de la vida en sociedad. Porque con sus prácticas influyeron en las cifras de las elecciones presidenciales de 2018 y evidenciaron la imparcialidad de los grandes medios de comunicación.¹³

Cabe mencionar que don Adolfo no sólo simpatizaba con este movimiento, sino, además, lo impulsaba en su organización y asistía a sus movilizaciones. Encontraba en el estudiante un sector organizado que había logrado “desbaratar el aburrido paisaje de la campaña electoral” del entonces candidato a la presidencia Enrique Peña Nieto. En uno de sus pronunciamientos frente a cientos de estudiantes, Gilly exhortó a la organización para detener el regreso del Partido Revolucionario Institucional (PRI) a la presidencia de la República:

Estamos ahora aquí gracias a ustedes, infinitos 132, nacidos en la Ibero, cuando Enrique Peña Nieto creía que nadie se acordaba de sus crímenes contra Atenco [...]. Tenemos que mantener antes y después la frescura, la invención y el desorden, las preguntas molestas, los temas que candidatos y partidos callan, las verdades que en los debates no se dicen para no perder votos o no enemistarse con los poderosos. Se trata, compañeros, de seguir diciendo la verdad de esta elección para parar a ese señor [Peña Nieto] que quiere restablecer aquel pasado, no para tranquilizar a los señores del dinero y del orden, que de eso ya se encargaron otros, sino para dar

¹³ Adolfo Gilly, “Cuando los estudiantes tumbaron el tinglado”, *La Jornada*. En: <<https://www.jornada.com.mx/2012/11/08/opinion/018a1pol>>.

voz, razones y esperanzas, desde ahora y después de ahora, a los que no aguantan más, a los ofendidos y humillados, a los que trabajan mucho y ganan muy poco, a quienes no encuentran puesto de trabajo ni lugar de estudio, a los que buscan a sus miles y miles de desaparecidos y lloran a sus decenas de miles de muertos por la violencia, a los que no son escuchados en los juzgados y los ministerios públicos y no tienen voz en la televisión ni en los debates, al México inmenso que hoy sufre como nunca imaginó que sufriría. Nuestra acción servirá ante todo para impedir el regreso del PRI.¹⁴

Gilly vio en el #YoSoy132 lo que se encuentra, desde su perspectiva, en otros movimientos subalternos como el de los indígenas zapatistas en Chiapas, agrupados en el Ejército Zapatista de Liberación Nacional y las comunidades autónomas, a saber: la capacidad de reclamar para sí la recuperación de lo político. Lo político como un acto de participación en lo común, que surge de las causas que buscan erradicar las desigualdades e injusticias y cambiar la realidad, acto en el que se busca el involucramiento de las mayorías.

En efecto, esta visión de trascendencia que alcanza un movimiento social al poner en el debate público la cuestión de lo político, y que don Adolfo identificó en el #YoSoy132, no es exclusiva únicamente para este movimiento. Entendió que otros movimientos, en otros momentos de la historia, lograron poner en jaque la “naturalidad” de la política y posicionar demandas legítimas ante la opinión pública. En este sentido, podemos ver en Adolfo Gilly a un intelectual de izquierda que simpatiza con los subalternos porque ve

¹⁴ “Adolfo Gilly y el #yo soy 132 en la UAM Xochimilco”, [Video], *Malegor*. En: <https://www.youtube.com/watch?v=XwVGAQVaoLA&t=354s&ab_channel=Malegor>.

en estos sectores de la sociedad causas justas, auténticas, que parten de una realidad de despojo, injusticia y opresión.

GILLY Y AYOTZINAPA

Don Adolfo también se pronunció en contra de la represión perpetrada contra la comunidad estudiantil de Guerrero, que concluyó en la desaparición forzada de 43 estudiantes de la Escuela Normal de Ayotzinapa “Raúl Isidro Burgos”. Desde tempranas investigaciones sobre los hechos de represión, a un mes del acontecimiento, señaló que la desaparición forzada de los estudiantes obedecía a un crimen de Estado. Por lo que responsabilizó al Gobierno federal de presentar con vida a los estudiantes secuestrados y del castigo penal a los responsables.¹⁵

En diciembre de 2014 expresaba: “Mientras no demos respuesta a las voces de la tragedia: Vivos se los llevaron, vivos los queremos, no será legítimo intentar disolverlas en los afanes de los políticos”. Ya vislumbraba la intención del Estado priista de dar carpetazo al caso Ayotzinapa, tanto por su pasividad en la resolución del problema, como por la llamada “Verdad histórica”. Compartiendo la rabia y la indignación que la sociedad mexicana sintió con la desaparición de los 43 normalistas, Gilly daba muestras de su gran humanismo y sensibilidad, una condición que hace todavía más grande su vida y obra.

Don Adolfo dio seguimiento al caso Ayotzinapa en el transcurso de los años siguientes. Publicó artículos en *La Jornada* sobre el caso y también acompañó a los padres y madres de los estudiantes desaparecidos a las reuniones que se

¹⁵ Imanol Ordorika y Adolfo Gilly, “Ayotzinapa, crimen de Estado”, *La Jornada*. En: <<https://www.jornada.com.mx/2014/10/06/politica/007a1pol>>.

sostuvieron con funcionarios del peñanietismo, como acto de solidaridad.

GILLY Y LA DEFENSA DE LA EDUCACIÓN PÚBLICA

Para Gilly era claro que en los movimientos estudiantiles se podía identificar un proyecto democrático de universidad en tanto se defendían derechos sociales como el de la educación, y en la medida en que la universidad se veía como un espacio para la crítica y la acción política. Los estudiantes contraponían ese proyecto al intento de los poderosos de instaurar una universidad elitista al servicio de “las clases acomodadas”; para él “la huelga de la UNAM (de 1999) reivindica una demanda que incumbe a todos los actores democráticos”, cuyo objetivo central fue “preservar la universidad pública y gratuita de alto nivel académico”.¹⁶

Como férreo defensor de la universidad pública, el maestro Adolfo Gilly reivindicó las luchas magisteriales encabezadas por la Coordinadora Nacional de Trabajadores de la Educación (CNTE) y defendió a las escuelas normales rurales. Cuestionando la reforma educativa de Enrique Peña Nieto, el maestro expresó lo siguiente:

actualmente se vive un nuevo ataque contra la educación a través de la imposición desde el poder de la reforma educativa, con la que quieren arrasar con la escuela normal, que es la raíz del sistema por ser ahí donde se aprende cómo enseñar, cómo tratar a los niños, y eso no lo puede medir ninguna pin-

¹⁶ Martín Hernández, “En la UNAM se dirimen dos proyectos para México, plantean Gilly y Ordorika”, *La Jornada de Oriente*. En: <<https://www.lajornadadeoriente.com.mx/2000/02/28/oriente-g.htm>>.

che (sic) evaluación que quieran poner. La razón del Estado quiere volver a imponerse sobre la razón de la inteligencia.¹⁷

Gilly defendió y se solidarizó también con la noble lucha magisterial que durante el sexenio peñanietista encabezó una digna insurgencia en contra de la punitiva reforma educativa. Para don Adolfo era claro que la intención del gobierno era “destruir los derechos laborales de los maestros, así como sus organizaciones”, estas posiciones las defendió en franca y abierta oposición a las de intelectuales conservadores como Roger Bartra.¹⁸ Convencido de que la educación que imparte el Estado debe ser pública y gratuita, Gilly se solidarizó lo mismo con los estudiantes de la UNAM y del Politécnico que con estudiantes normalistas o profesores de la CNTE.

EL LEGADO DE GILLY: REFLEXIÓN FINAL

La obra de Adolfo Gilly dejó una profunda huella en los análisis de la realidad sociopolítica de México, alimentando disciplinas como la historia (la cual propone sea estudiada a contrapelo, como lo aprendió de Walter Benjamin), la sociología o la ciencia política. El legado de Adolfo es grande y se puede constatar, como hemos visto aquí, en su acción política y en la solidaridad desplegada hacia los y las estudiantes, sector que siempre vio con ojos de esperanza. La defensa de la universidad pública y de las luchas estudiantiles que siempre enarboló no fue ajena a una posición crítica también hacia los estudiantes, como fue el caso de sus cues-

¹⁷ Desinformémonos, *op. cit.*

¹⁸ Aristegui Noticias, “Roger Bartra, Adolfo Gilly, Braulio Peralta. Visiones sobre la CNTE”, *Aristegui Noticias*. En: <<https://aristeginoticias.com/1409/mexico/2-visiones-sobre-los-maestros-de-la-cnte/>>.

tionamientos al Consejo Nacional de Huelga por algunas acciones que consideraba como extremas (ultras, como se denominaban desde los medios de comunicación). De igual manera, su posición no estuvo exenta de contradicciones, pues en ocasiones la defensa que hacía de los estudiantes chocaba con su afinidad cardenista, la cual a veces lo llevaba a cuestionar las acciones de éstos al considerar que podían afectar al gobierno del entonces Distrito Federal encabezado por Cuauhtémoc Cárdenas.

Sin embargo, Gilly comprendió al movimiento estudiantil como una lucha necesaria para poner en el debate público el tema de lo político. Identificó en ese movimiento, como en otros sectores de la sociedad mexicana, a una parte de ésta que tiene la facultad de hacer de la política un debate de todos mediante la indignación y la capacidad de la organización y la movilización.

El maestro Gilly murió el 4 de julio de 2023 en la Ciudad de México y hoy lo recordamos sus amigos, compañeros y alumnos, rindiéndole un sentido homenaje en la medida en que fue un hombre y un universitario que reivindicó la importancia de defender la universidad pública y gratuita ante los intentos siempre presentes de los grupos reaccionarios que han buscado su privatización. En esa defensa reconoció la relevancia de los movimientos estudiantiles, que siempre han sabido ser un mecanismo efectivo para mantener a las universidades como espacios de pensamiento y acción en la construcción de una mejor sociedad.

FUENTES CONSULTADAS

“Adolfo Gilly y el #yo soy 132 en la UAM Xochimilco”, [Video], *Malegor*, YouTube, 15 de junio de 2012, disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=XwVGAQVaoLA&t=354s&ab_channel=Malegor>. (Consultado: 19/11/2024).

- ARISTEGUI NOTICIAS, “Roger Bartra, Adolfo Gilly, Braulio Peralta. Visiones sobre la CNTE”, *Aristegui Noticias*, 2013, disponible en: <<https://aristeguinoticias.com/1409/mexico/2-visiones-sobre-los-maestros-de-la-cnte/>>. (Consultado: 19/11/2024).
- CANO, Arturo, “Gilly fusionó la reflexión académica con la militancia”, *La Jornada*, 5 de julio de 2023, disponible en: <<https://www.jornada.com.mx/notas/2023/07/05/politica/gilly-fusio-no-la-reflexion-academica-con-la-militancia/>>. (Consultado el 19/11/2024).
- DESINFORMÉMONOS, “El movimiento del CEU triunfó por permitir que la universidad fuera pública”, *Desinformémonos*, 2016, disponible en: <<https://desinformemonos.org/movimiento-del-ceu-triunfo-permitir-la-unam-publica/>>. (Consultado: 19/11/2024).
- GILLY, Adolfo, *El siglo del relámpago. Siete ensayos sobre el siglo XX*, México, La Jornada Ediciones, 2019.
- , “Ayotzinapa: el crimen, la tragedia y el discurso”, *La Jornada*, 24 de diciembre de 2014, disponible en: <<https://www.jornada.com.mx/2014/12/24/opinion/008a1pol>> . (Consultado: 20/11/2024).
- , “Cuando los estudiantes tumbaron el tinglado”, *La Jornada*, 8 de noviembre de 2012, disponible en: <<https://www.jornada.com.mx/2012/11/08/opinion/018a1pol>>. (Consultado: 19/11/2024).
- , “El pueblo defenderá a los suyos”, *La Jornada*, 2000, disponible en: <<https://www.jornada.com.mx/2000/02/07/gilly.html>> (Consultado: 19/11/2024).
- , “UNAM: el motivo y el agravio”, *La Jornada*, 1999, disponible en: <<https://www.jornada.com.mx/1999/05/10/gilly.html>>. (Consultado: 19/11/2024).
- GILLY, Adolfo, y Ordorika, Imanol, “UNAM: plebiscito y congreso”, *La Jornada*, 2000, disponible en: <<https://www.jornada.com.mx/2000/01/19/gilly.html>>. (Consultado: 19/11/2024).

- HERNÁNDEZ, Martín, “En la UNAM se dirimen dos proyectos para México, plantean Gilly y Ordorika”, *La Jornada de Oriente*, 2000, disponible en: <<https://www.lajornadadeoriente.com.mx/2000/02/28/oriente-g.htm>>. (Consultado: 19/11/2024).
- New Left Review*, “Lo que existe no puede ser verdad”, [Entrevista a Adolfo Gilly], núm. 64, 2010, pp. 28-46.
- ORDORIKA, Imanol y Gilly, Adolfo, “Ayotzinapa, crimen de Estado”, *La Jornada*, 6 de octubre de 2014, disponible en: <<https://www.jornada.com.mx/2014/10/06/politica/007a1pol>>. (Consultado: 19/11/2024)
- OUVIÑA, Hernán, “Adolfo Gilly: revolucionario e historiador de los mil caminos”, *Desinformémonos*, 7 de julio de 2023, disponible en: <<https://desinformemonos.org/adolfo-gilly-revolucionario-e-historiador-de-los-mil-caminos/>>. (Consultado: 20/11/2024).
- ROUX, Rhina, “Adolfo Gilly y México”, [Video], *Perspectivas históricas*, 28 de agosto de 2023, YouTube, disponible en: <<https://www.youtube.com/watch?v=5RWo5pz4Wlw>>. (Consultado: 19/11/2024).
- TARCUS, Horacio, “Adolfo Gilly (1929-2023), cronista del siglo XX”, *Jacobin*, 11 de julio de 2023, disponible en: <<https://jacobinlat.com/2023/07/11/adolfo-gilly-1928-2023-cronista-del-siglo-xx/>>. (Consultado: 19/11/2024).



HISTORIA A CONTRAPELO ADOLFO GILLY Y EL OFICIO DE HISTORiar

FELIPE ÁVILA ESPINOSA
ARACELI MONDRAGÓN GONZÁLEZ
TATIANA PÉREZ RAMÍREZ
EDGAR URBINA SEBASTIÁN
JOHN M. ACKERMAN
COORDINADORES

fue editado por el

**INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS HISTÓRICOS
DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO
Y EL PROGRAMA UNIVERSITARIO DE ESTUDIOS
SOBRE DEMOCRACIA, JUSTICIA Y SOCIEDAD DE LA
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO**

Se terminó en la Ciudad de México en junio de 2025.

El cuidado de la edición por parte del equipo

del PUEDJS-UNAM estuvo a cargo de

José Antonio Albarrán Castro, y la asistencia en el

diseño de portada, de Horacio Leonardo Vázquez García.

Este libro retrata la vida y obra de Adolfo Gilly, escritor, académico y militante, reconocido en México y en diversas regiones del mundo por su pensar y actuar. Fue profesor de la UNAM y de otras universidades internacionales por más de 40 años, cultivó una red intelectual y de amistad en distintos círculos docentes y de investigación. Desde algunos de estos espacios, surge —después de su partida el 4 de julio de 2023— la iniciativa de rememorar el legado de este profesor entrañable, con un coloquio coordinado por Felipe Ávila Espinosa del INEHRM, Araceli Mondragón González de la UAM-Xochimilco, Edgar Urbina Sebastián de la FCPyS de la UNAM y Tatiana Pérez Ramírez de El Colegio Mexiquense. El homenaje intentó abordar los principales aportes teóricos de Gilly al análisis de lo político, al estudio de la historia, de la Revolución Mexicana y de las luchas en América Latina. Por supuesto que, en el transcurso del evento, estos temas fueron acompañados por historias y sentires que van de la importancia que puso este gran pensador en temas como el arte, la literatura, los mitos y, en general, las configuraciones simbólicas y estéticas, hasta anécdotas que dimensionan su preocupación por la educación sentimental y los principios éticos, pasando por el reconocimiento de la sensibilidad que tenía para ubicar a los movimientos sociales y los sujetos rebeldes en el momento mismo de su emergencia en la historia. Posteriormente, John M. Ackerman y el PUEDJS de la UNAM se sumaron al proyecto, contribuyendo con algunos textos que enriquecen el análisis crítico de su pensamiento. De ese coloquio, junto con nuevas reflexiones, nació el libro que hoy presentamos.



Cultura
Secretaría de Cultura



Instituto Nacional de
Estudios Históricos de las
Revoluciones de México

